
BEST SELLER EN BRASIL, CON MÁS DE
10 MILLONES DE PÁGINAS LEÍDAS.
LA INESPERADA
BEBE DEL
Médico
BIA CARVALHO

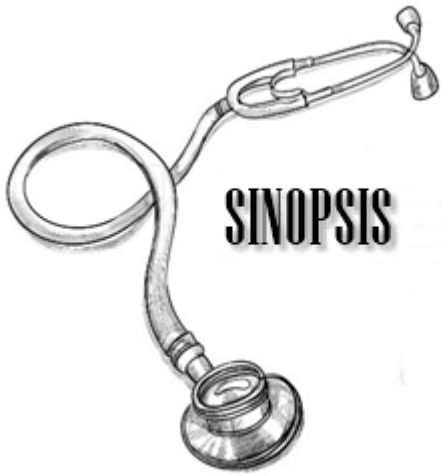
LA INESPERADA BEBE DEL *Médico*

BIA CARVALHO

Índice

LA INESPERADA BEBÉ DEL MÉDICO
Índice
Sinopsis
Playlist
Dedicatoria
Ilustración
Nota de la autora
Prólogo
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21

22
23
24
25
26
27
28
29
30
31
32
33
34
35
36
37
38
39
Epílogo
Escena extra - Ella Mitchell



SINOPSIS

Nathan Mitchell es uno de los herederos de la cadena de hospitales St. Clair. Rico, atractivo y seductor, está completamente seguro de su talento como médico y no tiene ningún interés en hacerse cargo del imperio de su familia. Lo único que quiere es ejercer la medicina.

Olivia Lancaster es hija de una mujer adicta a las drogas. Lucha cada día por sobrevivir y alcanzar sus sueños, sin perder el optimismo. Lo último que quisiera es involucrarse con alguien en medio del caos que es su vida.

Ella simplemente no esperaba conocer a un médico encantador, dieciséis años mayor que ella, que logre seducirla y hacer que se entregue.

Una gran pérdida obligará a Nathan a dejar a Olivia atrás y terminar su relación con ella. Tendrá que hacerse cargo del hospital familiar, y las circunstancias lo convertirán en un hombre frío y amargado.

El destino, sin embargo, los vuelve a reunir cuando Olivia aparece en su hospital tras un accidente, en estado grave, necesitando ser salvada. Y no llega sola. Ella está con su bebé que Nathan no conoce, pero que es hija suya.

Dejando el pasado a un lado, Nathan no solo deberá cuidar a la mujer que ama, sino también aprender a ser padre y recuperar la familia que ni siquiera sabía que tenía.

©Copyright 2023 - BIANCA CARVALHO

Todos los derechos reservados. De acuerdo con la Ley de Derechos de Autor, la digitalización, carga y distribución electrónica de cualquier parte de este libro sin el permiso de la autora constituye piratería ilegal y un robo a la propiedad intelectual del autor. Gracias por apoyar los derechos de la autora.

Este e-book es una obra de ficción. Aunque puede haber referencias a eventos históricos reales o lugares existentes, los nombres, personajes, sitios e incidentes son producto de la imaginación de la autora o se usan de forma ficticia, y cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, establecimientos, hechos o lugares es pura coincidencia.

¡EL PLAGIO ES UN DELITO!

Traduccion: Natacha Baraldi

Portada: LA Design

Diagramación: Independente

Imágene: Depositphotos, FreePik e Canva

Ilustración: Mery Oliveira

SIGUE A LA AUTORA EN LAS REDES SOCIALES

Instagram: @Biacarvalhoautora

Facebook: https://www.facebook.com/biacarvalho.autora.7

Amazon: https://acesse.vc/v2/267e47181b

Sitio web: http://www.biacarvalho.com

Tik Tok: https://www.tiktok.com/@biacarvalho_autora

Playlist



¡Escucha la playlist que inspiró el libro!



DEDICATORIA

Para Luana Lima (la Luuh), ¡que el Doctor Bombón te conquiste!

Para la querida Sara Fidelis. Sin ti, este libro no habría sido traducido. ¡Gracias por todo!

Para todas aquellas personas que alguna vez sintieron el corazón latir más rápido de lo normal. Para quienes se perdieron en un sentimiento tan intenso que parecía dar vuelta el pecho. Las historias de amor arrasadoras son como pequeñas llamas. A veces comienzan y se apagan, dejando pequeñas cicatrices; otras veces provocan incendios imposibles de apagar.

Ilustración



Ilustración por Mery Oliveira



NOTA DE LA AUTORA

Les voy a contar un poco cómo surgió esta historia.

En el mes de mayo, un día antes del Día de las Madres, mi abuela, que tiene casi 90 años, sufrió una caída y terminó en el hospital, donde estuvo internada por casi un mes. En medio del caos de cuidarla y de la preocupación porque fuera a necesitar una cirugía, llevé una libretita al hospital y empecé a garabatear una historia mientras ella dormía.

Pasé a vivir el día a día de un hospital desde adentro. Médicos, enfermeros, técnicos y otros profesionales comenzaron a formar parte de mi rutina, al igual que otros pacientes que estaban en situaciones similares. Hasta que un día vi a un médico coqueteando con una enfermera.

Él tenía un aire un poco "Mark Sloan" (sí, el de Grey's Anatomy), y ahí empecé a crear a mi Nathan. Pero Olivia llegó de otra forma: como una chica común, con una historia de vida dura. Algunas cosas que incluí en el libro sobre el ambiente médico las investigué en el mismo hospital. Otras, en series y libros sobre medicina.

Fue una investigación extensa. Si iba a escribir un romance ambientado en un hospital, quería hacer el mejor trabajo posible. Espero haberlo logrado.

Cuando termines de leer, no te olvides de dejar una reseña contándome qué te pareció. Sígueme en redes sociales y mándame

un mensajito, ¡me encantaría leerte!

Con cariño,

Bia



PRÓLOGO

NATHAN MITCHELL

En la actualidad

—¡Doctor Mitchell! ¡Doctor Mitchell! —la voz sonó por el altavoz, haciéndome levantar la cabeza y esperar las instrucciones que vendrían a continuación. —Preséntese en el centro quirúrgico.

Saqué el celular del bolsillo de la bata y miré la hora. Eran poco más de las tres y yo ni siquiera había almorzado. El día estaba agitado, pero esos eran los mejores. Si hubiera querido tranquilidad, me habría quedado detrás de un escritorio, lidiando con cuestiones burocráticas de la administración de la cadena de hospitales St. Clair, de la cual soy CEO.

Pero no estudié Medicina para eso.

Miré al joven interno que tenía al lado, sosteniendo una carpeta, mientras la enfermera tomaba la presión de una paciente mayor que acababa de ser operada.

—Aumenta la dosis de tramadol y agrega un medicamento para las náuseas en la receta. Cada ocho horas. También indícale dieta líquida, al menos por un día. Mañana veremos cómo responde.

Pide también un análisis de sangre para medir la hemoglobina, porque cuando ingresó estaba un poco anémica.

—Sí, doctor —respondió el chico. Era bueno. Tenía futuro, sobre todo por la forma en que trataba a las personas. Yo siempre estaba atento a eso.

Puede que no fuera el jefe más simpático, ni el médico más cálido que un paciente pudiera conocer, pero me esforzaba por ofrecer algo de empatía, aunque no pudiera librar a mi propio corazón del caos en el que vivía.

—¡Doctor Mitchell! ¡Doctor Mitchell! —otra vez oí mi nombre, así que puse los ojos en blanco mirando a los dos que estaban conmigo, e hice un gesto con la cabeza para indicar que me iba a apartar.

Caminé hacia las puertas vaivén de la enfermería, saliendo justo a tiempo para oír otra vez:

—¡Doctor Mitchell, preséntese en el centro quirúrgico con urgencia!

Solté un suspiro, murmurando en voz baja, para mí.

—Ya escuché, ya escuché...

Hacía poco más de un año que había asumido la gestión de la marca St. Clair, desde la tragedia familiar. Fui el único que quedó para el cargo, ya que mi hermano mayor -una eminencia en cardiología, de quien podría haber jurado que seguiría los pasos de nuestro padre y se convertiría en uno de los más grandes del país- ya no estaba.

Tomé una responsabilidad enorme, que ni siquiera deseaba, en medio del duelo. Y eso me cambió. Me transformó en una versión más sombría del Nathan Mitchell que todos conocían.

Ya no veía ninguna luz al final del túnel. Nada que pareciera lo suficientemente esperanzador como para aferrarse a él, como a un salvavidas. Mi barco se iba hundiendo cada día más, a la deriva en un mar de oscuridad e incertidumbre, y yo había perdido el control. Y no *quería* tenerlo.

Al menos, no hasta que ella reapareció.

Esa tarde, no tenía ninguna cirugía programada. Normalmente no atendía emergencias desde que asumí la dirección,

a menos que alguien faltara y hubiera que cubrirlo. Aun así, el equipo era completo y era muy raro que me llamaran de esa manera. Sobre todo porque ya no operaba. Y todos lo sabían.

Algo había pasado.

Entré al vestuario del área semirestringida, me puse el uniforme quirúrgico, y empujé mis rizos castaño claro dentro del gorro. Me lavé las manos y estaba por entrar a la sala cuando una médica del equipo de emergencias -mi mejor amiga- apareció un poco agitada.

Me puse delante de ella, impidiéndole el paso, porque parecía tan aturdida que ni me había notado.

—¿Qué pasó? ¿Por qué me llaman así? —pregunté, y ella finalmente levantó la cabeza para mirarme.

Era una de las más antiguas y competentes del equipo. Trabajaba en el St. Clair desde que empecé, a los veintisiete, como interno, y ella era la residente a cargo. De eso hacía ya una década.

El tiempo realmente volaba.

—Un accidente. Un taxi. Una chica y un bebé de tres meses —Me puse más serio. Todo lo que involucraba niños me afectaba, porque me hacía pensar en mi sobrina, que había cambiado tanto después del accidente.

—¿Cuál es la situación?

—La bebé está ilesa. El conductor murió en el acto.

—¿Y la chica?

—Vamos a operarla. Tiene una lesión axonal difusa. También una lesión en la cadera, fractura en la muñeca y algunos cortes menores.

—¿Hay presión intracraneal? —Preguntar eso era casi un acto reflejo, aunque no estuviera a cargo de la cirugía. No podía hacerlo. No después de lo que pasó.

—No.

Seguí caminando sin responder, poniéndome los guantes. La doctora Gordon me siguió, ajustándose la mascarilla.

—¿Presión arterial? —pregunté a otro médico, más joven, que evaluaba a la paciente, sin siquiera mirarla.

—Trece nueve. Estable.

—Perfecto —dije, poniéndome la mascarilla también. Quizás podría simplemente echarle un vistazo. No era necesario intervenir directamente, podía orientar a alguien y...

—¡Nate! —Rachel Gordon me llamó, haciéndome detener. Cuando entraba en modo automático, me costaba desconectarme, pero aparentemente tenía algo importante que decir.

—Encontramos un papel en el bolsillo de ella. No tenía identificación, pero había una dirección de este hospital y tu nombre completo.

—¿Mi nombre?

—Sí. ¿La conocés?

Ni siquiera había visto su cara aún, pero me acerqué un poco a la mesa quirúrgica, pensando que podía ser alguna paciente del pasado, a la que me costaría reconocer.

Pero no.

Ese rostro jamás había salido de mi memoria, tanto por atormentarme como por ser el último recuerdo de paz que tenía.

La chica a la que dejé atrás cuando todo en mi vida empezó a derrumbarse.

—Sí, la conozco —dije, casi en un susurro. —Se llama Olivia Lancaster. —Solté un suspiro y tomé una decisión impulsiva que me costaba horrores. Si lo hubiera pensado mejor, si hubiera considerado lo que pasó un año atrás en esa misma sala, habría dicho que no. —Voy a encargarme de ella.

Me faltó decir que esa mujer era mi mayor arrepentimiento.

Estaba ahí, en mi hospital, entre la vida y la muerte. Y yo necesitaba salvarla.



NATHAN MITCHELL

Un año y dos meses antes

—Sabes que conduces como un loco, ¿no? —se quejó Thomas, mi hermano mayor, a mi lado, en el asiento del copiloto.

Seguí con mi tarea, desabrochándome el cinturón de seguridad y agarrando mis documentos, ansioso por salir del coche.

—Qué bueno que en nuestra familia uno de los médicos es prudente y el otro es guapo —bromeé, intentando tomar las cosas con liviandad.

No había manejado tan rápido en la carretera, Thomas solo era un poco paranoico, quizás con razón. Siempre fue el más correcto de los dos, el que se encargaba de las responsabilidades, el que durante toda su vida quiso agradar a nuestros padres, especialmente en lo que respecta a su carrera.

La medicina, para mí, siempre fue la única opción plausible. No porque fuera la más fácil.

Y no se engañen: de hecho, lo era.

Lo tenía todo servido en bandeja. Nací en una familia de cirujanos de renombre. Mi bisabuelo comenzó el legado, trabajando

como médico del ejército durante la Segunda Guerra Mundial, rescatando víctimas de Pearl Harbor, en la línea de frente, salvando al hijo de un multimillonario que pensó que solo una condecoración del gobierno estadounidense no era suficiente y lo recompensó con una suma de dinero indecente que le permitió abrir un hospital pequeño y modesto en la ciudad donde vivía.

Creciendo como pudo, poco a poco; con una gestión inteligente y siendo transmitido de generación en generación, St. Clair se convirtió en un referente en varias localidades, abriendo sucursales por todo el país, pero manteniendo la de Chicago como la principal. En cardiología, nos volvimos imbatibles desde que mi padre tomó el control y también después de su fallecimiento, cuando Thomas se hizo cargo del legado.

Todas las decisiones de Thomas, que sentía el peso de ser el primogénito, fueron tomadas en beneficio de la familia, del negocio, hasta su matrimonio con una médica parecía orquestado, aunque ambos se llevaban muy bien y tenían una hija igualmente perfecta que cuando juagaba con sus Barbies... ¿las convertía en qué?

En médicas, por supuesto.

Mi decisión habría sido diferente, sin duda, si no estuviera realmente enamorado de lo que hacía. Siempre fui considerado la oveja negra de la familia, el rebelde. Decía que quería ser bombero, luego cambié de idea creyendo que mi vocación estaba en la música, aunque mis intentos por aprender guitarra fueron un fracaso.

Muchas ideas pasaron por mi cabeza, pero todas eran pura terquedad. Sabía lo que quería. Solo que no podía admitir tan fácilmente que sería otro más dentro de la familia Mitchell, picado por el bichito de la medicina.

Terminé eligiendo Clínica General. Quería la emoción de una emergencia, de correr de un lado a otro en un hospital, en ese límite entre la vida y la muerte. Quería la emoción de tener un segundo para tomar una decisión que podría significar la supervivencia de una persona.

Quería ser el maldito héroe del día a día.

Finalmente salimos del coche, justo después de que tomara la corbata de la guantera. Afuera, sentí el sol pegando fuerte en las

lentes de mis Ray-Ban de aviador, mientras intentaba hacer un nudo decente con esa maldita cosa alrededor de mi cuello.

Era pésimo en eso.

Sabía que me había quedado todo chueco, e intenté comprobarlo en la ventanilla oscura del coche, pero sentí la mano de Thomas en mi hombro, girándome hacia él con esa cara de desaprobación que todo hermano mayor es capaz de poner cuando el más pequeño comete una travesura.

Con un tirón mucho menos amable de lo que podría haber sido, Thomas comenzó a deshacer el nudo y rehacerlo desde cero. Me quedé parado, mirándolo con una sonrisa torcida, odiando el hecho de que, aunque nunca lo admitiera en voz alta, lo consideraba un ejemplo.

Conectados en pensamientos, Thomas dijo algo que me sorprendió.

—Estoy orgulloso de ti, mocoso —dijo en voz baja, todavía murmurando.

Yo estaba lejos de ser un mocoso, con mis treinta y seis años, pero como había una diferencia de seis años entre nosotros, siempre me llamó así. El apodo quedó, y siempre que había una *good vibe* entre nosotros, lo usaba. Thomas no era de los que se tomaban la vida con liviandad; solía tomarse todo *muy* en serio. No podríamos ser más diferentes.

Pero la palabra específica que usó pasó casi desapercibida, porque el resto de la frase tenía mucho más significado. Era raro que recibiera un elogio de mi hermano, y odiaba que hablasen tanto de mí.

—Gracias, gruñón.

Fue un momento breve, porque ninguno de los dos sabía cómo seguir después de un elogio. Era como si fuéramos una pareja de baile donde ninguno de los dos tenía buen ritmo y termináramos rígidos como una piedra, pero aún intentándolo.

Era mejor que nada.

Con un par de palmadas en mi hombro, Thomas indicó que había terminado, así que abrí la puerta trasera del coche, sacando mi bata que estaba colgada allí. Me la puse y la arreglé para que

combinara con el nudo perfecto de la corbata, pasando los dedos por mi cabello también.

Cerramos el coche, y eché un vistazo a la fachada del Harmony Falls Regional Medical Center. Un nombre pomposo, para una estructura que necesitaba mucha ayuda de nuestro equipo.

Entramos, caminando hacia la sala de reuniones, en la parte trasera del edificio, donde algunas personas ya nos esperaban. Caras conocidas, que llevábamos con nosotros, y personas nuevas, con las que iba a convivir casi a diario durante los próximos tres meses.

Tan pronto como entramos, comenzó una ovación, y bajé la cabeza, avergonzado. No me gustaban ese tipo de halagos. Thomas lidiaba mucho mejor con eso.

—No es necesario —dije, sonriendo, rascándome la cabeza solo para intentar usar las manos para algo y no dejarlas quietas.

—Sí, lo es. Mi hermano es muy modesto, pero este proyecto fue una idea audaz de él, que abrazamos con entusiasmo —Thomas comenzó a hablar, y era excelente en oratoria. Podría fácilmente postularse para algún cargo político. —Ayudar a quienes lo necesitan debería ser una de las grandes obligaciones de la Medicina, y en una investigación que realizamos, descubrimos varias ciudades carentes de buen servicio médico, lo cual es básico para la supervivencia. Aunque Harmony Falls tiene esta estructura completa, los residentes buscan clínicas más pequeñas, porque el servicio aquí no es favorable. Y no piensen que es culpa de ustedes, es solo una cuestión administrativa, que vamos a ayudarlos a resolver.

Thomas me hizo un gesto para que tomara la delantera, así que di un paso al frente.

—Los médicos y algunos empleados de la Red de Hospitales St. Clair se están distribuyendo, dividiéndose para ofrecer consultoría en varias ciudades. Es un proyecto largo, que requerirá esfuerzos de todo nuestro equipo, pero será gratificante. Es un trabajo completamente voluntario, sin fines de lucro, que haremos con gusto. Harmony Falls fue la primera ciudad en ser parte del proyecto, y estaremos aquí tres meses para ayudarlos en todo. Espero que sea un viaje de aprendizaje y de muchas experiencias compartidas.

Hubo otra ovación, y finalmente nos sentamos. Necesitábamos esa charla inicial para alinear algunas decisiones, y Thomas aún tendría una reunión con el director y el alcalde de la ciudad, para definir algunos asuntos. No estábamos cobrando por esa consultoría, pero la asociación incluía buenas relaciones con el gobierno local. Además de la población, claro.

Aunque yo era el que firmaba el proyecto y me había ofrecido para ser responsable de este primer intento, incluso poniéndome a trabajar personalmente, era un desastre con la parte burocrática. Mi hermano se encargaría de eso, mientras yo me ocuparía de nuestro alojamiento.

Él estaría allí solo unas pocas noches, mientras que yo me quedaría más tiempo, por lo que alquilamos una casa en lugar de un hotel. Elegí una cerca del lago, una especie de cabaña de la que me enamoré a primera vista. Era el tipo de lugar donde viviría fácilmente, aunque, la mayor parte del tiempo, me encantaba el caos urbano de la ciudad.

Y yo vivía en Chicago, lo cual era mucho decir.

Tecleé la dirección en el GPS, saliendo del lugar donde estaba estacionado, concentrado en la maniobra. Podía disfrutar de pisar el acelerador cuando no había nada en mi camino y en autopistas, pero en medio de la ciudad, donde pasaban personas y niños todo el tiempo, prefería ser muy cauteloso.

El problema fue que no esperaba toparme con un pequeño huracán que apareció en el momento y lugar equivocados...



CAPÍTULO 2

OLIVIA LANCASTER

Casi se me cae el celular después de tantear la mesa de noche para agarrarlo y mirar la hora. ¿No era hora ya de que hubiera sonado la alarma? Sentía como si hubiera estado en la cama más tiempo del debido.

Parpadeé, tratando de lubricar mis ojos secos para despejar la vista borrosa, porque había dormido con un brazo cubriéndolos, y me costó un poco distinguir los números pequeños en la esquina superior derecha.

Pero no tardé tanto en lograrlo, y me sorprendí.

—¡Maldita sea! —exclamé, saltando de la cama y casi tropezando con la almohada que había caído al piso durante la madrugada.

Sí, tenía un sueño pesadísimo.

Y menos de media hora para prepararme y salir.

Abrí el armario y agarré lo primero que vi, agradeciendo a Dios haber lavado un montón de ropa el día anterior, en la casa de mi mejor amiga, Portia.

Solíamos tener una lavadora. Yo la había comprado después de juntar, con mucho esfuerzo, dinero de mi salario, pero mi mamá la vendió. Para comprar drogas. Como siempre hacía.

Para ser sincera, la casa se iba quedando cada vez más vacía a medida que pasaban los días. A medida que su adicción se volvía un callejón sin salida. Yo quería tener mis cosas, quería un poco más de comodidad, pero no solo no podía mantener todo por mi cuenta, sino que ni siquiera valía la pena. Aún me sorprendía encontrar la estufa y la heladera intactas. Tal vez porque eran viejas y de segunda mano, más difíciles de revender.

Sentía los ojos de la gente de Harmony Falls clavados en mí, juzgándome. *¿Cómo es posible que no cuide a su madre? Miren el estado de la señora Lancaster, ¿dónde está su hija a esta hora?* Eso me hacía sentir culpable. Yo la cuidé por un tiempo, hasta que empecé a darme cuenta de que me estaba destruyendo a mí misma.

A los quince años, salía corriendo de la escuela para ir a casa, con el corazón en la garganta. Mientras mis compañeras dudaban sobre qué vestido ponerse para la fiesta de esa noche, yo temía llegar y encontrar a mi mamá muerta. Las realidades eran tan diferentes que terminé alejándome de ellas. Portia fue la única amiga que me quedó.

Pero no importaba. Algún día me iría de Harmony Falls y podría empezar de nuevo en otro lugar. Solo tenía veinte años, toda una vida por delante.

No perder el optimismo, incluso cuando todo parece una mierda: eso fue algo que mi papá me enseñó.

Corrí al baño, me metí en la ducha y me bañé rapidísimo, sin lavarme el pelo. Lo peiné y me lo até en una coleta, con algunos mechones sueltos sobre la cara. No me maquillé, la juventud tendría que hacer su parte. Tenía un labial en mi bolso y podía ponérmelo al llegar a la tienda.

Tampoco pensaba desayunar, sino agarrar una manzana de la cocina -si es que todavía quedaba alguna-, que me ayudaría a aguantar hasta el almuerzo. Normalmente me hacía unos sándwiches para llevar, pero ese día iba a tener que almorzar en la pensión. O sea, más plata tirada a la basura.

Odiaba llegar tarde.

Hice todo corriendo, me colgué la mochila al hombro y bajé las escaleras, decidida a no perder ni un segundo. Pero la imagen

que vi al llegar al primer piso fue la peor posible.

Mi mamá estaba tirada en el sillón del living, completamente desnuda, con un montón de porquerías que usaba para drogarse desparramadas sobre la vieja mesa ratona. Había un envoltorio de condón en el piso, pero ni rastro de alguno de sus amantes cerca, por suerte.

Probablemente, como era martes, se trataba del chico soltero que debía tener mi edad y siempre se drogaba con ella.

Los reconocía por descripciones muy particulares. Los viernes, estaba el pelado que hacía un ruido infernal. El barbudo del olor a pata insoportable iba los sábados; el tipo negro enorme, que era el más simpático y hasta me trataba con respeto, aparecía los jueves; el del pelo grasoso, que parecía un mafioso, le pegaba los lunes y también algunos miércoles, cuando no tenía que estar en su casa, con su esposa.

Un hombre para cada día de la semana. Ellos financiaban sus vicios y dejaban algo de plata para pagar cuentas, pero mi mamá insistía en que no eran sus *clientes*. Eran sus *novios*.

¿Si uno sabía del otro? No tenía idea, ni me interesaba. Mejor que siguiera siendo su problema y no mío.

Podría haber pasado junto a ella simplemente, sobre todo porque ya se me estaba haciendo muy tarde, pero mis piernas parecían tener vida propia y se frenaron a mitad de camino. Frente a la puerta, suspiré y conté hasta diez.

¿Cuántas veces había pasado ya por esa escena? Aunque con algunas variaciones. Estaba tan cansada...

Volví, me detuve al lado del sillón y me incliné para tocarla. Sabía que solo estaba dormida, porque el ronquido y su respiración me indicaban que seguía viva.

Al menos eso.

—Mamá —la llamé, tocándole el brazo.

Ella refunfuñó y se movió, dándose vuelta de lado con la cara hacia el respaldo, arrancando la manta que yo había puesto para tapar las roturas en el cuero de pésima calidad.

—¡Mamá! —repetí, con un poco más de énfasis. Ella solo volvió a quejarse.

Me sentía un poco incómoda al verla así, sin ropa y en ese estado. Aun así, quería hacer lo posible por darle un poco de dignidad.

—Andá al cuarto —le pedí, intentando guardar lo poco que me quedaba de paciencia.

—No, Liv. Déjame en paz —respondió con la voz apagada. Cerré los ojos, respiré hondo, tratando de calmarme.

—Está bien. Me voy a trabajar. Tratá de comer algo, por favor. —Sabía que era un pedido que nunca cumplía. La veía cada día más y más delgada, más pálida, más enferma. Quisiera saber qué hacer, pero simplemente no lograba encontrar una solución.

Internarla en una clínica de rehabilitación sería una opción, pero en nuestra ciudad no había ninguna. Mandarla a otro lugar requería un dinero que no teníamos. Las únicas que había encontrado eran carísimas.

Lo único que me quedaba era ir a trabajar, porque si perdía el empleo sería peor.

La librería donde trabajaba no quedaba muy lejos de casa, y normalmente era fácil legar caminando. El problema era que mi turno empezaba a las nueve, y yo salí de casa exactamente a las diez. Le había mandado un mensaje a mi jefa, que era bastante comprensiva, sobre todo considerando mi situación, pero sabía que todo tenía un límite.

Nunca pude tener un auto, no solo porque no tenía cómo comprar uno, sino porque tenía miedo de que también lo terminaran vendiendo para alimentar el vicio de la señora Mónica Lancaster, o mejor dicho, de mi madre. Por eso, mi mejor opción era mi querida y vieja bicicleta.

La tenía desde los quince años, y unos meses atrás los papás de Portia la habían mandado a arreglar. Incluso le habían puesto una canastita con flores artificiales que, la verdad, sentía que era justo mi estilo..

Me subí y empecé a pedalear, saliendo del garaje de casa. Tomé las calles, sintiendo el viento en la cara y preguntándome por qué no hacía eso más seguido. No solo usar la bici para ir al trabajo, sino también para pasear. Antes solía disfrutar recorrer el pequeño

bosque de Harmony Falls, rodear el lago y perderme entre los árboles, los sonidos de la naturaleza, y pasar un rato en el claro, pensando.

Incluso en aquel entonces mis pensamientos estaban un poco perturbados, pero aún me quedaba un poco de inocencia. Lamentablemente ya no.

Debo confesar que la sensación fue tan buena que me distraje un poco. Al punto de no darme cuenta de que un auto estaba maniobrando para salir del borde de la calle y meterse en el camino.

Por suerte iba despacio, o el golpe habría sido mucho peor.

Terminé cayendo al piso, y mi rodilla fue lo primero que chocó contra el asfalto, raspándose fuertemente. Por el ardor y el dolor que sentí, los jeans se habían arruinado. No es que fuera nuevo, pero no tenía muchos, y mucho menos dinero para comprar otro.

La segunda parte afectada fue mi dedo índice, que empezó a arder también, porque mi mano derecha intentó frenar la caída, sin éxito.

Me quedé quieta, con los ojos cerrados, esperando que el dolor dejara de latir, hasta que escuché que se abría una puerta y luego se cerraba de golpe.

—¡Maldición! —dijo una voz masculina. —¿Estás bien?

Abrí por fin los ojos y hasta me sobresalté al ver el rostro del tipo que se había detenido a ayudarme, después de haberme atropellado.

Tenía los ojos claros, como los de un gato, de un azul cristalino muy particular. El cabello también era de un tono castaño indefinido, casi rubio, corto, pero seguro se le ondulaba si lo dejaba crecer.

Tuve la impresión de que él también estaba un poco impresionado con lo que veía, y el dolor desapareció por unos instantes, dando paso a la sorpresa.

Ese hombre no era de Harmony Falls ni por casualidad. Lo recordaría, seguro. Más aún porque estaba saliendo del hospital, con una bata blanca puesta.

—Ey, ¿estás bien? —preguntó de nuevo, sujetándome ambos brazos, pero sin dejar de mirarme con esa intensidad de antes.

—Sí. Estoy bien. Solo me duele un poco la rodilla.

El tipo se agachó para comprobar lo que le había dicho, y recién ahí mis ojos siguieron los suyos, dejándome casi mareada. Le tenía horror a la sangre, y la herida estaba un poco fea.

—Tu suerte del día: que te atropelle un médico —dijo, con un tono medio en broma y encogiéndose de hombros. —¿Está bien verlo de esa manera o estoy intentando minimizar demasiado mi error?

—No fue tu culpa. Yo estaba distraída.

—Tal vez ninguno de los dos esté equivocado, y haya sido solo obra del destino... —dijo con una sonrisa muy encantadora, que curvó una de las comisuras de su boca. —Con permiso, señorita…

Sin decir nada más, simplemente se levantó, se inclinó y me levantó del suelo en brazos, lo que me hizo soltar una exclamación de sorpresa, porque realmente no esperaba ese gesto, mucho menos la facilidad con la que me alzó.

Me aferré a sus hombros, jadeando, asustada.

—¿Qué estás haciendo?

—Segunda suerte del día: vas a recibir tratamiento VIP en nuestra unidad intensiva, con un kit de primeros auxilios nunca antes usado. ¡Con curitas de Disney incluidas!

Eso me dejó aún más sorprendida, y levanté una ceja mientras me sentaba en el asiento delantero de su auto, con las piernas hacia afuera.

Él rodeó el coche, abrió la puerta del otro lado y sacó la cajita de primeros auxilios de la guantera.

—¿Un tipo tan grandote como tú usando curitas de Disney? —Y sí, era realmente grandote.

Deliciosamente grandote.

—Tengo una sobrina de ocho años. Ella fue quien cambió la cajita, porque dijo que a mis pacientes les iban a gustar más.

No pude evitar sonreír por la forma en que hablaba de la niña.

—Tranquila, señorita. Estás en excelentes manos. Voy a cuidar de ti. —Dicho eso, me guiñó un ojo, y podría jurar que, si no hubiera estado sentada, las piernas me habrían temblado.

¿Pero quién diablos era ese hombre? ¿Qué hacía en Harmony Falls y por qué se cruzó en mi camino de esa forma?



CAPÍTULO 3

NATHAN MITCHELL

Que el infierno ardiera si esa chica no era una de las más bonitas que había visto en mi vida.

Bonita del tipo que incluso a un tipo como yo, que no solía quedarse medio idiota al tratar con mujeres, le había hecho perder un poco la compostura.

Claro que eso podía explicarse fácilmente, ya que nuestro primer encuentro no había sido precisamente un cuento de hadas. Sin duda, haberla atropellado no me pondría en muy alta estima ante ella. Lo único que me quedaba era ser lo suficientemente encantador como para, al menos, tener una oportunidad de redimirme.

Y que la bendita curita de Disney me ayudara con eso también.

Tomé una tijerita del botiquín y la levanté para que la chica la viera.

—Voy a tener que cortarte un poco el pantalón, ¿sí?

—Creo que el asfalto ya hizo la mitad del trabajo por ti.

Sonreí, al menos tenía buen humor.

Empecé a cortar la tela, abriéndola más para poder hacer un vendaje decente.

Agarré el suero fisiológico y una gasa, la empapé con el líquido, y justo cuando iba a lavar la herida, ella levantó la mano.

—¿No me vas a avisar que va a arder? Todo médico respetable tiene que hacerlo, ¿no?

—No es alcohol. Es suero. Vamos a lavar bien la herida para poder poner una pomada antibiótica que va a ayudar en la cicatrización.

—Pero igual va a arder, ¿no?

—Lamentablemente, sí. Pero menos. Si te doy la mano, ¿crees que lo aguantarás mejor?

—¿Siempre tratas así a los pacientes? Parece que soy una nena.

—No soy pediatra, así que considéralo tu respuesta.

Ella asintió y cerró los ojos, así que cumplí con lo prometido.

Fui con mucho cuidado, limpiando la sangre, mientras sentía su pequeña mano apretar la mía. Eso me obligó a seguir sonriendo. De verdad que era un encanto.

Tenía que controlarme para no quedarme mirándola, estudiando sus rasgos. Sus ojos, que ya no podía ver porque estaban bien cerrados por el dolor, eran de un verde oscuro; el cabello, castaño; y todo el contorno de su rostro la hacía parecer una muñeca preciosa. Muy joven, sin duda. No más de veinte años. No más que una niña.

—No fue tan terrible, ¿verdad? —pregunté, avisando que ya había terminado.

Ella mordió su labio inferior y entreabrió solo un ojo, como si quisiera confirmar que decía la verdad.

—Más o menos.

Tomé una gasa seca y la pasé de nuevo sobre la herida con manos suaves. Después apliqué la pomada y coloqué la venda.

—La herida es algo grande. No voy a poder usar mis curitas especiales en ella —me lamenté, y la dulce chica levantó el dedo índice, que también estaba raspado, aunque mucho menos que la rodilla.

Fue lo más adorable del mundo, especialmente por el pequeño puchero que formaron sus labios en forma de corazón.

Con otra gasa limpia, también desinfecté esa heridita. Saqué la cajita de curitas que me había dado Bella, mi sobrina, tomé una y envolví su dedo.

Cuando ya estaba cubierto, limpio y protegido, lo tomé y le di un besito, sin llegar a tocarlo del todo. Casi como si besara al aire. Eso volvió a sorprenderla.

—¿Es parte del ritual? —preguntó.

—La parte más importante de todas —respondí, levantando una ceja con un gesto algo canchero. —Cuenta la leyenda que un beso del Dr. Nathan Mitchell puede curar cualquier tipo de herida.

Mi frase pareció ponerla un poco tímida, incluso se llevó un mechón de pelo, que se le había soltado del recogido, detrás de la oreja.

—¿Entonces estoy siendo tratada con una combinación poderosa?.

—Curita de Disney y beso para sanar. Infalible. Confía en mí. Estudié para esto. Incluso era una materia en la facultad. No optativa.

La chica se rió, y le extendí la mano para ayudarla a levantarse.

Parecía estar bien cuando apoyó el pie en el suelo y se afirmó. Intentó caminar, rengueando ligeramente, pero después siguió firme, sin necesidad de apoyo.

—Escucha... —la llamé cuando se alejó un poco, todavía probando los pasos. Estaba de espaldas a mí y me lanzó una mirada por encima del hombro. —De verdad lamento mucho haberte atropellado. Si necesitas, puedo llevarte a algún lado, o a tu casa...

—No te preocupes. Como te dije, no fue tu culpa. No desperté de buen humor, salí un poco molesta de casa y pasó lo que pasó.

Crucé los brazos sobre el pecho, analizándola con cuidado y notando que sus ojos realmente parecían un poco tristes mientras hablaba. Como si se hubiera acordado de algo malo.

—No es que me haya gustado atropellarte, pero tengo que admitir que mi día, que ya venía bien, mejoró mil por ciento después de que aparecieras así, de la nada.

Era un halago tonto, pero sincero. Mi estadía en esa ciudad iba a ser lo suficientemente corta como para que no pensara en involucrarme con nadie, especialmente con una chica joven y encantadora como ella, con ese aire tan inocente. Aun así, se me hacía muy difícil resistirme cuando esos ojos verdes me miraban con tanta atención, tan intrigados como seguramente se veían los míos.

Ninguno de los dos, obviamente, tenía intención de conocer a alguien de esa forma, en ese día en particular. Ella parecía estar lidiando con sus propios asuntos, y yo tenía los míos. Cada uno a su manera.

Ella empezó a caminar hacia la bicicleta, y decidí acompañarla, ayudándola a levantarla del suelo y también a recoger su mochila, que había quedado tirada todo ese tiempo.

—¿Vives aquí? —le pregunté, no queriendo dejarla ir sin que me contara un poco más sobre ella.

—Sí. Desde que nací. —Se colgó la mochila en la espalda. —Tú no eres de acá, eso es obvio.

—No, pero voy a quedarme un tiempo. Quizás necesite una guía turística. O una compañía para tomar un café, tal vez.

La chica volvió a sonreír. Y... ¡puta madre! No es que antes tuviera dudas, pero sí, era hermosa. Se le hacía un hoyuelo al lado de la boca y debía medir más de veinte centímetros menos que yo. Era bastante delgada, pero tenía algunas curvas. Las suficientes como para que su cuerpo me resultara terriblemente atractivo.

—¿Siempre les tiras onda a tus pacientes, Dr. Mitchell? —preguntó bromeando, y no pude evitar notar que había memorizado mi apellido.

—Técnicamente no eres mi paciente.

—¿Cómo que no? —Abrió los ojos con sorpresa. —Me diste una curita y un beso especial.

Podría haberlo dejado pasar, pero estaba demasiado interesado como para no jugar todas mis cartas. Así que me incliné y le hablé al oído:

—Tengo otros mil tipos de besos especiales guardados, por si te interesa.

Eso bastó para que levantara los ojos hacia los míos, como si lo que acababa de decir hubiera sido completamente inesperado. Y sí, lo era. No solía decir ese tipo de cosas a mujeres que acababa de conocer, pero la atracción era algo que no se podía controlar, ¿verdad?

Y bien podría estar hablando de varios tipos de besos, no solo los eróticos o de seducción. Podría ser algo tan inocente como el que acababa de darle.

Si es que eso podía llamarse beso.

La chica volvió a sonreír, aunque parecía un poco desconcertada, pero se recuperó enseguida.

—¿Quién sabe? ¿El destino no nos ayudó hasta ahora? Capaz vuelve a ayudar. En algún momento, en este pequeño pueblo, nos volveremos a encontrar. —Se subió a su bicicleta, lista para pedalear, con el pantalón roto a la altura de la rodilla y la venda bien visible.

Comenzó a alejarse, dejándome ahí parado, sintiendo como un tonto que acababa de soltar la peor frase de levante posible.

—¡Ey! ¿No vas a decirme tu nombre? —Abrí los brazos, entre indignado y fascinado. Como un cohete descontrolado.

Ella, todavía sonriendo con ese adorable hoyuelo, me lanzó una mirada por encima del hombro mientras seguía en su bicicleta, misteriosa y hermosa, dejándome boquiabierto, tratando de entender por qué sentía que el atropellado había sido yo y no ella.



OLIVIA LANCASTER

El día comenzó tan agitado que ni siquiera tuve mucho tiempo para analizar lo que había pasado. Me dolía mucho la rodilla y todavía tenía que volver a casa antes de ir a la librería, para cambiarme el pantalón roto. Lo cual, en parte, fue bueno, porque vi que mi mamá finalmente se había acostado en la cama, aunque seguía dormida y ni notó que yo estaba ahí.

Le expliqué toda la situación a mi jefa, que estaba un poco enojada con mi ausencia, sobre todo porque habíamos recibido un envío de novedades de una editorial. Pero lo entendió y hasta se preocupó por mí.

Como estábamos muy atrasados con el trabajo, porque necesitábamos registrar los productos nuevos, recién logré parar como a las cuatro de la tarde, cuando el movimiento se calmó y Portia, mi mejor amiga, apareció.

Yo estaba organizando algunos títulos en una estantería, de pie, lo que hizo que ella notara la curita en mi rodilla, ya que opté por una falda en vez de un pantalón.

—¿Pero qué demonios te pasó? ¿Por qué estás herida? —exclamó alarmada.

Terminé de acomodar uno de los títulos entre otros dos, respetando el orden alfabético, y me alejé del estante.

—Me atropellaron —solté despreocupadamente, empezando a caminar por la librería, porque no tenía mucho tiempo que perder. El estómago me rugía del hambre, y estaba desesperada por parar a comer algo.

—¿¡Qué!? ¿Estás bien? ¿Necesitas ir al hospital?

Solté una sonrisa medio tonta, pensando en la situación con más calma.

—Todo bien. Para ser sincera, el auto solo me empujó al suelo, y me raspé. De hecho, me atendieron bastante bien. —Aparentemente, mi cara decía más que mis palabras, porque Portia entendió perfecto el tono de mi revelación.

—¿Qué está pasando, Olivia? ¿Por qué esa cara?

Me puse de puntitas para intentar ver hacia el otro lado de la habitación, donde mi jefa estaba haciendo algunos cálculos.

—Mary, ¿puedo comer algo? ¡Va a ser rápido! —pregunté, y ni siquiera me miró de tan concentrada que estaba, solo levantó el pulgar, aprobando.

Me quité el delantal que era parte de nuestro uniforme, lo dejé detrás del mostrador y salí con el brazo entrelazado al de Portia, yendo directo a la pensión que estaba al lado de la librería para comprar algo de comer. No planeaba almorzar, porque no quería perder tanto tiempo, pero un bocadillo tendría que bastar.

Elegí uno en el mostrador, pedí también un jugo, y mi amiga terminó haciendo un pedido también. Nos sentamos en una mesa, y ella estaba muy ansiosa.

—¡Anda, Olivia! ¡Suéltalo ya!

—Tienes que tratar esa ansiedad en terapia, amiga —me burlé, y Portia puso los ojos en blanco. —El tipo que me atropelló es médico, y definitivamente no es de Harmony Falls.

—¡Ah! Ya sé de lo que estás hablando. Por lo visto, esta mañana llegaron algunos médicos de Chicago para dar consultoría al personal de aquí.

—Mmm, debe ser eso, entonces. Me dijo que va a quedarse un tiempo. Se llama Nathan Mitchell.

—¿Qué? —Se volvió a escandalizar, esta vez sin importar que hablara con la boca llena. —¿Nathan Mitchell? ¿El mismo?

—¿Lo conoces?

—¡Claro que sí! No es *cualquier* médico del proyecto, es el creador. Pero más que eso, es hijo del dueño de uno de los hospitales más grandes del país.

Eso sí me sorprendió. No solo por la información, sino porque pude vislumbrar un poco la personalidad del tipo, y parecía muy agradable. Mis impresiones sobre la gente rica no eran precisamente las mejores. Lo cual, claro, era un error, porque no podía generalizar.

—He visto algunas fotos de él. El tipo es un bombón —agregó Portia.

—Y sexy. Encantador. Un bombón en todo el sentido de la palabra —dije eso y le di un sorbo a mi jugo, con la mirada algo perdida, reviviendo la escena poco a poco.

—¡Ay, ya está! Te enamoraste a primera vista —se burló. —Esto de ver series médicas nos está afectando mucho.

—No es eso. Solo que... bueno... fue muy amable conmigo.

—Te atropelló, ¿no? Era lo mínimo que podía hacer.

Portia tenía razón. Claro que era una tontería de mi parte creer que un tipo millonario como él realmente podría coquetear con una desconocida sin un propósito. En cuanto vio que yo estaba herida, probablemente solo quiso ser simpático para que no me enojara.

Aunque tampoco fue del todo culpa suya, ¿no?

—Pero, oye, ¿y si hay algo de destino en todo esto...? —empezó a decir, toda misteriosa, y yo fruncí el ceño, confundida.

—¿De qué estás hablando?

Se inclinó sobre la mesa, como si fuera a chismear conmigo.

—Mi mamá va a encargarse del buffet de un evento que va a haber en el hospital, por la inauguración del proyecto que te mencioné. Va a ser pasado mañana. Creo que no te lo había dicho, ¿verdad?

—No, no me habías dicho nada.

—Es que no era tan interesante hasta que conociste al tal doctor Mitchell. Pero ¿sabes qué te iba a decir hoy, allá en la librería?

—Negué con la cabeza mientras le daba una mordida al bocadillo. Estaba medio frío, pero yo seguía muerta de hambre y no podía perder más tiempo, porque no quería dejarle todo el peso del trabajo a Mary ese día. —Una de las chicas que trabaja con mi mamá no va a poder ir. Me preguntó si tú no querrías reemplazarla.

—¡Por supuesto que quiero, Portia! —Y no era por la posibilidad de ver al doctor Mitchell otra vez, sino porque siempre necesitaba un dinerito extra. —Dale las gracias a tu mamá de mi parte.

—Le va a encantar. Y puede ser una oportunidad para que te reencuentres con el Doctor Bombón.

La definición le quedaba perfecta.

—Lo bueno es que los dos vamos a estar trabajando —comenté, intentando sonar indiferente, aunque ya me sentía bastante ansiosa.

Lo cual era una tontería, ¿no? Podría haberle dado mi número, haberme presentado, pero me quedé callada porque las cosas no eran tan simples.

—¿Bueno para quién?

—Para él, seguramente. ¿Quién en su sano juicio querría estar conmigo, Portia? ¿No ves toda la carga que tendría que aguantar?

—¡No estamos hablando de matrimonio, Olivia! El tipo no va a tener que cargar con nada. Unos besos por aquí, unos arrumacos por allá. Ya va siendo hora de que te relajes un poco.

—Soy complicada.

—¿Y tú crees que él no lo es? Amiga, va a estar en Harmony Falls muy poco tiempo. Sería solo un amor de verano, pero en primavera.

—Ahí está el problema. Ya te dije, es súper encantador, tiene labia, ¿sabes?

—Ay, amiga, lo sé muy bien —respondió ella con un suspiro y una mirada soñadora. —Pero si ya tienes en mente que se va a ir y que solo es para divertirte, puede ser distinto. Nunca te has permitido vivir algo así. Simplemente... disfruta.

No pude evitar soltar una carcajada.

—Estás sacando un millón de conclusiones apresuradas. Apenas hablé con él. ¿Hubo coqueteo? Sí. Pero puede ser del tipo que le tira onda a cualquier cosa que sea mayor de edad y tenga tetas.

—Y, otra vez, ¡no te vas a casar con él! Hasta donde sé, el hombre está soltero, puede coquetear con quien quiera.

Lo más molesto era que tenía razón, y yo no tenía cómo refutarlo. Mi vida caótica siempre me hacía sobrepensar todo, sobre todo cuando se trataba de mí y de cuánto venía dejando mi vida de lado para cuidar a mi madre. Cuánto dejaba mi juventud en pausa para trabajar, pagar cuentas y ver todo desmoronarse, porque la persona que debía cuidarme a mí solo se hundía más y más frente a mis ojos.

Portia siempre era la primera en animarme a dejar un poco las responsabilidades -sin perder el control- y vivir un poco más.

¿Y si la presencia del Doctor Bombón -como ella lo había apodado- ayudaba a cambiar un poco eso? Si de verdad hablaba en serio cuando me invitó a salir o cuando mencionó los besos, quizás podía dejar que las cosas fluyeran y ver qué pasaba. Podría enfrentar las consecuencias después.



NATHAN MITCHELL

Los canapés estaban increíbles. Lo supe apenas puse un pie en el evento, porque fue de las primeras cosas que hice: meter la mano en la bandeja del mozo para calmar el hambre que me estaba matando. Mi cuñada decía que era porque soy de Tauro, pero era difícil encontrar un placer mayor que comer.

O mejor dicho... había algunas cosas aún más interesantes que hacer, pero para eso hacía falta una excelente compañía.

Ya había perdido la cuenta de cuántos me había llevado a la boca en esos veinte minutos interminables en los que nos detuvimos cerca de un grupo de cuatro hombres, quienes pertenecían a la élite local. La realeza de ese pueblito, dadas las proporciones.

De los dos herederos Mitchell, sin duda yo era el más sociable, pero Thomas era el mejor en ese tipo de situaciones. Se movía entre grupos de millonarios en todas partes, con toda su elegancia, y siempre había sido así. Ahí estaba, hablando con los empresarios de Harmony Falls, además del alcalde, como si fueran amigos de toda la vida. Yo trataba de seguir la conversación, riéndome de los chistes sin gracia, asintiendo y soltando comentarios puntuales que probablemente no tenían mucho sentido.

—Su padre fue un referente para todos nosotros —dijo uno de los hombres que estaban hablando con nosotros. Era el director del hospital local. —Un hombre íntegro, que recibió el reconocimiento que merecía.

—Sin duda. Y estaría muy contento con esta alianza. Será un excelente vínculo entre nuestra ciudad y la de ustedes. Podremos recomendar a su equipo para nuevos proyectos y...

Thomas hablaba con su voz impostada, y por más que lo quisiera, tenía que admitir que era un poco aburrido escucharlo. Tanto así que empecé a mirar a mi alrededor, buscando una distracción para sobrevivir a todo ese evento. Jamás imaginé que mis ojos caerían justo sobre un rostro conocido y muy, muy agradable.

No voy a ser hipócrita y decir que pasé los últimos días pensando en la chica que conocí. No tuve tiempo, para ser sincero, porque desde el miércoles hasta entonces había pasado tantas horas en el hospital tratando de entender su rutina y anotando lo que debía modificarse, que todo el encanto de aquel primer día había quedado olvidado en algún rincón de mi memoria.

Tampoco voy a ser falso y decir que no salí del hospital al día siguiente, cuando oficialmente comencé a trabajar ahí, buscando de un lado a otro una bicicleta con una canastita llena de flores, intentando creer que su teoría era cierta y que en una ciudad tan pequeña como esa terminaríamos cruzándonos en algún momento.

Bueno... sucedió. Solo que no esperaba que fuera ahí.

No sabía si ella ya se había dado cuenta de mi presencia, pero en ese momento exacto en que la vi, tenía la cabeza baja, revisando algo en una bandeja. Iba vestida completamente de negro, con pantalón y blusa de vestir, igual que el resto del personal del buffet, lo cual me llevó a sacar mis conclusiones.

Estaba incluso más linda que el día en que la atropellé, con el cabello recogido en un moño, otra vez con mechones cayéndole sobre el rostro, pero ahora con un poco de maquillaje, sobre todo en los ojos. Parecía tan concentrada en su trabajo como yo lo estaba en observarla.

—¿No te parece, Nate? —Sentí la mano de Thomas en mi hombro, llamando mi atención.

Tuve que apartar la mirada de la chica y concentrarme en lo que estaba diciendo, aunque no tenía ni la más remota idea.

—¿Podrías repetirlo? —pregunté, intentando una sonrisa encantadora, aunque no consiguió convencer a mi hermano. Tanto así que Thomas me miró con expresión de reproche, pero aun así continuó:

—¿No crees que los médicos de aquí tienen potencial?

Yo sí lo creía, aunque todos me parecían pequeños robots que respondían las preguntas como si estuvieran leyendo libros técnicos. Eran dedicados, querían desesperadamente agradar, pero necesitaban un empujoncito y algún que otro susto.

—Sí lo tienen. Solo les falta un poco de experiencia. Eso es justo lo que queremos ofrecer. Los mejores van a ir a Chicago, al St. Clair, para pasar un mes viviendo los desafíos de una sala de emergencias de ciudad grande.

—Va a ser maravilloso para ellos —dijo el alcalde, enderezándose como si todo eso hubiera sido idea suya.

Thomas siguió con la conversación, y yo tuve que participar, sobre todo cuando miré de nuevo hacia donde estaba la chica de la bicicleta y noté que ya no estaba ahí.

Cuando logré liberarme, caminé por el salón, tomé una copa de vino y fingí estar relajado, aunque claramente la estaba buscando.

Durante los primeros minutos nos cruzamos sin vernos, y empecé a convencerme de que ese destino del que ella había hablado no tenía ninguna intención de colaborar. Pero entonces la volví a ver, sonriendo con incomodidad a uno de esos viejos babosos, que claramente la estaba acosando, incluso había sacado unos billetes del bolsillo y estaba a punto de intentar metérselos en el escote, cuando decidí acercarme.

—¡Ah, señor Glass! —exclamé con un poco más de entusiasmo del necesario. Le pasé un brazo por los hombros. —Qué bueno que lo encontré. Mi hermano me comentó que usted es un

experto en autos… —Le guiñé un ojo a la chica, que parecía todavía algo aturdida por el acoso del viejo.

—¿Yo? —preguntó el hombre, confundido. Claro que no lo era. Solo lancé ese comentario para darle tiempo a la chica de salir de ahí intacta, sin tener que pasar un mal momento en su ambiente de trabajo.

—Ah, ¿será que me equivoqué? Estaba pensando en cambiar el mío, y Thomas me dijo que tú podrías ayudarme.

—Puedo intentarlo.

Esa gente sería capaz de cualquier cosa con tal de agradarnos, y yo tenía una ligera sospecha de que el señor Glass no sabía ni cambiar una llanta, pero aún así me acompañó hasta el estacionamiento con entusiasmo y se quedó escuchándome hablar sin parar sobre mis opciones, aunque lo único que yo quería era darle un puñetazo y decirle que dejara de ser tan irrespetuoso con una mujer que podía ser su nieta.

Pero todo era un juego de intereses ridículo, y no era conveniente para mi proyecto meterme en líos en los primeros días.

Intenté sostener la mentira lo más que pude, pero él se rindió y dejó de ayudarme, salvado por alguien que lo llamó, dejándome solo allá afuera.

Aproveché para tomar un poco de aire fresco, respirando hondo mientras seguía tomando mi vino, con una mano en el bolsillo. Llevaba un smoking, y lo único que quería era arrancarme esa maldita corbata de moño, porque no estaba acostumbrado a ir tan emperifollado. Mi estilo era más bien chaqueta de cuero, camiseta de algodón y jeans. Pero cuando tenía que convertirme en el heredero y hombre de negocios, lo cual, gracias a Dios, no pasaba muy seguido, había que hacer pequeños sacrificios.

Estaba de espaldas a la entrada del salón cuando sentí que alguien me tocaba la espalda. Me di vuelta y me encontré con una cosita pequeña, con esa carita de muñeca y el hoyuelo en la mejilla, con una sonrisa algo incómoda.

—¿Acaso eres mi paciente fugitiva? —murmuré, en un tono casi de susurro, mientras el corazón se me llenaba de ternura.

Era ridículo pensar que esa chica era tan, pero tan linda, que sentía que me derretía con solo mirarla.

—No me escapé.

—Eso es debatible —la provoqué, alzando una ceja y cruzando los brazos, aún con la copa en la mano.

—¿Puedes ayudarme?

No esperaba que me pidiera algo así, sobre todo porque parecía muy seria.

—Claro. Si está dentro de mis posibilidades.

—Eres médico de personas, pero ¿crees que podrías ayudar a un animalito también?

Fruncí el ceño, todavía sorprendido.

—Creo que sí, depende del caso.

Ella cerró su mano alrededor de mi brazo, a la altura de la muñeca, y empezó a tirar de mí. Decidí seguirla sin protestar, dejando la copa sobre el techo de mi auto, solo porque no tenía un mejor lugar donde ponerla.

Fuimos caminando por el costado de la casa, por un pasillo algo angosto que parecía no terminar nunca.

—¿Debería preguntarte si tus intenciones conmigo son honorables? —le dije en tono de broma, solo para romper el silencio. Estaba completamente intrigado e interesado, pero también muy curioso.

—Perfectamente honorables.

—Qué lástima.

Me miró por encima del hombro con una de esas sonrisas encantadoras, y no pude evitar suspirar.

Nos detuvimos justo detrás del salón donde se hacía el evento, que había sido alquilado por el propio alcalde, y ella señaló con la cabeza hacia una pared alta. Detrás había un techo, y tuve la impresión de que debía haber algo allá arriba, aunque estaba demasiado oscuro.

—¿Puedes ayudarme a subir a ese techo?

—¿Qué?

Ella levantó la mano, señalando en la dirección en la que miramos justo después.

—Hay un gatito allí. Parecía herido, pero se escapó de mí. Te llamé porque eres médico, claro, pero si pudieras ayudarme con esto... —Hizo una pausa y añadió: —¿Puedes?

—Sí, claro que puedo. Pero, ¿has pensado en la posibilidad de que *tú* también puedas acabar lastimándote?

—Eso no va a pasar. De niña era medio salvaje. Además, no lo voy a dejar ahí abandonado.

Tardé unos segundos en pensar qué hacer. Probablemente, si no la ayudaba, lo intentaría sola de todas formas, así que era mejor que yo estuviera ahí.

Empecé a desabotonar las mangas de mi blazer, porque tenía la impresión de que nos íbamos a mover bastante, y no precisamente como a mí me gustaría.

—Voy yo. Puedo subir al techo en lugar de ti.

La chica se puso las manos en la cintura y negó con la cabeza, muy convencida.

—Debes pesar casi el doble que yo. Ese techo no aguantaría ni un paso tuyo. Además, el muro es difícil de escalar, solo voy a poder hacerlo si tú me ayudas.

Resoplé, tratando de parecer impaciente, pero ¡No era posible! No solo porque ella realmente era encantadora, sino porque tenía una buena causa.

—Casi no te conozco, preciosa —empecé a decir, quitándome el blazer y mirándola con atención, —pero ya estás en mi lista de cosas que podrían darme un infarto algún día, si te doy la oportunidad.

—¿Un infarto? ¿Por qué?

—Las dos veces que nos cruzamos, en ninguna vivimos emociones tranquilas. Pero hay otro motivo también.

—¿Cuál sería?

Una de las comisuras de mis labios se curvó en una sonrisa, le guiñé un ojo de forma tonta y mi voz se volvió un poco más ronca, más susurrada:

—Que seas tan bonita.

Apenas dije eso, no le di tiempo de analizar mis palabras. Esperaba que el impacto fuera un poco mayor de esta manera.

—Con permiso —le dije, poniendo ambas manos en su cintura, colocándola frente a mí y acercándonos unos pasos más.

Sin ningún esfuerzo, porque era pequeña y ligera, la levanté lo más alto que pude, y ella escaló el techo de la casa, dejándome con el corazón en la mano y desapareciendo en medio de la oscuridad.



OLIVIA LANCASTER

—¡Mierda! —maldije, en voz baja, comenzando a gatear sobre las tejas, tratando de tener mucho cuidado para no lastimarme. Con cada avance, tanteaba un poco adelante, esperando no encontrar vidrios rotos o algo que pudiera ser peligroso.

La rodilla, que todavía no estaba completamente curada, me molestaba, y trataba de apoyarme en la otra, lo que me hacía perder el equilibrio constantemente.

¿Qué diablos estaba pensando al seguir adelante con esa idea estúpida?

Mi determinación comenzaba a desvanecerse, cuando de repente escuché un maullido de gatito que me conmovió. El sonido era muy parecido a un llanto, lo que me destrozó aún más el corazón.

—Calma, bebé. Vamos a ayudarte. Ven aquí, ven aquí. —Si él viniera a mí, las cosas serían más sencillas. Pero él parecía esconderse aún más, y solo podía ver sus ojitos azules brillando en medio de la oscuridad.

Saqué mi celular del bolsillo, encendí la linterna y logré iluminarlo. Era gris, todo peludito y realmente muy pequeño. Unos tres meses, como mucho. Si hubiera tenido algo de comida,

probablemente sería más fácil atraerlo, porque debía estar muriéndose de hambre.

Dí otro "paso", entre gateo y gateo, aún con cuidado, aprovechando que estaba acorralado. Aún tenía miedo de que me clavara las uñas en la cara o me mordiera, pero eso no me iba a desanimar.

Mi rodilla buena golpeó una teja floja, haciéndola crujir. Perdí el equilibrio un poco, necesitando usar la otra, ya herida, para no caer, pero terminé soltando un gritito por el susto, lo que hizo que el gatito se acurrucara.

—¿Todo bien ahí? —Escuché la voz del doctor Mitchell desde abajo, ya no tan susurrada.

—Sí. S-sí —tartamudeé, aunque no quería hacerlo. Pero todavía estaba un poco asustada por el casi desastre, mientras intentaba mantenerme firme y seguir adelante. Ya estaba en medio del camino, no iba a rendirme.

—Si no vuelves en dos minutos, voy a ir por ti, querida —dijo en tono autoritario, sonando preocupado.

Dos minutos eran muy poco. Él no podía subir ahí, porque ambos caeríamos. El tipo era enorme, todo musculoso, iba a destruir esas tejas frágiles.

—Está todo en orden. Solo dame un poco más de tiempo.

Más apurada que antes -y más de lo que debía-, seguí avanzando, y por milagro, la cosita minúscula vino caminando hacia mí también, como si entendiera que estaba allí para rescatarlo.

—Eso, mi amor. Ven, ven con la tía...

"Tía"… Lo que uno le dice a los animales...

Él -o ella- se detuvo en el camino, aún desconfiado, estirándose y soltando otro maullido.

—Puedes confiar en mí, amor. —Como si él fuera a entender algo.

Tuve que moverme solo un poquito más, extender un brazo y mi mano alcanzó al gatito. Hice todo lo posible para no agarrarlo de una manera que pudiera lastimarlo, pero mi cuerpo entero temblaba de miedo, temiendo caer y llevarlo conmigo.

Lo traje a mis brazos, y él me miró con sus ojitos azules vulnerables. Tenía que ver su pequeña herida, que era en una pata, pero podía hacerlo desde la seguridad de mis pies en el suelo.

—Te tengo, mi amor. Vas a estar bien —susurré, sintiéndolo acurrucarse en mis brazos. Sin luchar, sin intentar zafarse. Tal vez sí quería ser rescatado, aunque estuviera asustado.

Comencé a regresar por el techo, pero con el gatito en mis brazos, me quedé pensando cómo iba a bajar.

Tan pronto como extendí las piernas, vi al Doctor Bombón allá abajo, esperando y luciendo nervioso. Casi sonreí al verlo.

—¡Por el amor de Dios, muchacha! Ya estaba aterrorizado. Este techo parecía a punto de derrumbarse.

—No exageres. —Señalé al gatito con la cabeza. —Pero al menos logré agarrarlo.

—Perfecto. Ahora sal de ahí. —Hizo un gesto con las manos, indicando que saltara. Me sentí un poco desconfiada. —¿Dudas de que te voy a atrapar?

—Un poco.

—Confía. Soy médico. Mi misión es salvar vidas —dijo en tono juguetón, tratando de aliviar la situación, como parecía ser su estilo de humor.

—Ser médico no te convierte en un campeón olímpico de... —pensé un poco en la palabra, pero no la encontré. —Bueno, cualquier deporte en el que la gente se lance en brazos de otros.

—Vamos, linda. El gatito necesita cuidados.

Por él, y solo por él, hice lo que el Doctor Bombón me pidió. Cerré los ojos y me lancé al vacío, esperando que me atrapara de verdad.

Fui sostenida por brazos firmes, tal como lo prometió, y lo hizo sin dificultad alguna, cargándome como si fuera una novia, exactamente como me había cargado el otro día cuando nos conocimos, como un verdadero caballero.

—¡Esto de que siempre acabes en mis brazos así me está malacostumbrando! —dijo, con su voz grave y profunda, susurrada, tan cerca que pude sentir su respiración contra mi rostro, lo que me hizo morderme el labio inferior.

No fue un movimiento intencional, pero hizo que Nathan mirara mi boca e inclinara un poco la cabeza.

Dios, tenía una mirada... Este hombre era pura seducción en todos los sentidos.

Me dejó en el suelo, sentía las piernas temblorosas. Simplemente negué con la cabeza para volver al planeta Tierra cuando me acordé de que estábamos ahí para cuidar del gatito, que soltó otro maullido en mi regazo.

Nathan lo sacó de mis brazos como si fuera un bebé, sonriendo mientras lo levantaba para mirarlo.

—¿Verdad que eres un encanto, amiguito? —dijo, acomodando al animal con cuidado en la curva de su brazo, donde se veían los músculos bajo la tela de la camisa blanca, casi a punto de estallar. Era un contraste adorable, lo pequeño que era el gatito comparado con lo grande que era Nathan.

Mientras jugaba con la criaturita, vio su pata lastimada. La examinó con cuidado, moviéndola de un lado a otro con delicadeza, mientras susurraba palabras de consuelo.

—No es nada grave. solo necesita un vendaje, igual que tu rodilla. Pero debe estar muy hambriento.

—Me imagino que sí —Lamenté, acariciando su cabecita peluda. —También está temblando.

En cuanto lo dije, Nathan extendió el brazo que no sostenía al gatito, tomando su saco que estaba colgado en la pared, usándolo como manta para envolver al pequeño.

—Te va a llenar de pelos ese saco bonito y caro —le advertí.

—No me voy a morir por eso.

Ok...

Un médico guapísimo, encantador, amable, que incluso me ayudó a rescatar a un gatito perdido. Además de su mirada toda derretida al mirar al animalito.

¿Quién no quedaría encantado con un hombre de ese tamaño que sabía ser tan dulce con un gatito necesitado?

—¿Qué piensas hacer con él? —preguntó, sin quitar los ojos del gatito, jugando con su hocico.

El pequeño animal ya estaba enamorado también, con sus ojitos brillando acurrucado en ese regazo tan cómodo.

—Esta es la parte en la que pensarás que estoy aún más loca.

—¿Es posible? —respondió con una sonrisa cómplice, mirándome de reojo.

—Tal vez. No tengo a dónde llevarlo. No puedo quedarme con él. No vivo sola y... —vacilé un poco antes de continuar, tratando de encontrar las palabras correctas. —Las cosas son complicadas.

La expresión amable de Nathan se volvió más seria, frunciendo el ceño.

—¿Complicadas... cómo?

Una vez más, me pareció muy tierno cómo pareció preocuparse, hasta encogiendo los hombros, como si estuviera listo para defender a la chica que ni siquiera conocía bien.

Iba a explicarlo, no con detalles, claro, pero de una forma que entendiera que no fui abusada ni maltratada, pero justo en ese momento apareció la señora Kent, la madre de Portia.

—¡Nena, te estaba buscando! —Se acercó, limpiándose las manos en un paño que llevaba consigo. Sabía que no iba a regañarme, porque estaba usando mi tiempo de descanso, pero ya me había retrasado un poco.

—Perdón, tía. Es que ocurrió un pequeño incidente.

Señalé al gatito en los brazos de Nathan, y ella no solo vio al animalito, sino que también notó con quién estaba acompañada.

—Ah, doctor Mitchell... Espero que le haya gustado nuestro buffet... —comentó la señora Kent, algo avergonzada. Claro, el evento lo había contratado el alcalde, pero Nathan era uno de los organizadores, por lo que era nuestro jefe esa noche.

—Muy aprobado, señora. Sobre todo porque no esperaba que incluyera aventuras inesperadas en tan buena compañía.

—¿La aventura incluye a esa cosita pequeña? —Ella también acarició al gatito. —Una buena razón.

—¿No es cierto? Yo también lo creo. De hecho, ya que soy quien contrató el buffet, quería pedirle dos cosas. ¿Sería posible que me preste a una de sus empleadas para completar la misión de

rescate? —Ninguna de nosotras esperaba eso, tanto que tía Susan se quedó sorprendida.

Nathan estaba disfrutando toda esa confusión, porque él era un provocador nato. Había algo en su humor simpático, encantador y en su dulce arrogancia que lo hacía aún más atractivo.

—Ah, no sé… —dijo, confundida, mirándome con las cejas levantadas. Llevó una mano para acomodar uno de los rizos de su cabello rizado que se había salido de la cofia. Cuando no estaba trabajando, su cabello natural era hermoso, mientras que Portia usaba trenzas. Las dos eran de las mujeres más hermosas que conocía. —Depende de la empleada. Si ella quiere, yo la libero.

El aire conspirador no me pasó desapercibido. Esa mujer era como una madre para mí, especialmente cuando la mía no se preocupaba en lo más mínimo. Era en su casa donde me refugiaba, de adolescente, para sentir lo que nunca pude experimentar en mi propio hogar.

Cuando necesitaba consuelo, consejos, o incluso para participar en la preparación de una cena común, tomaba mi bicicleta y recorría dos cuadras, infiltrándome en medio de esa gente que me parecía tan normal.

Normal como siempre quise ser.

—Sí, tía, para mí está bien. Siempre y cuando no te perjudique.

—No, de ninguna manera. Está mucho más tranquilo de lo que imaginé. Solo pásame tu teléfono, joven. Si pasa algo con mi niña, iré tras de ti —dijo, dejándome sin palabras.

Estaba desafiando a un cliente por mi culpa. Si eso no era la mayor prueba de que me quería, no sabía qué podría ser.

Nathan le pasó el teléfono a tía Susan, y ella lo anotó.

—Dijiste que querías pedirme dos cosas, Dr. Mitchell. ¿En qué más te puedo ayudar? —preguntó, guardando su libretita en el bolsillo.

—Tu empleada no me ha dicho su nombre hasta ahora. Creo que me lo merezco, después de convertirme en cómplice de ella en un rescate peligrosísimo —dijo, burlón como siempre.

—¡Peligrosísimo para mí! —exclamé indignada.

—Ya discutimos lo del infarto, ¿no? —murmuró para mí, como si fuera un secreto.

Tía Susan reía, divertida, y luego se inclinó hacia Nathan, esta vez en tono conspirador con él. Lo que me pareció verdaderamente absurdo.

—Olivia. Le decimos Liv. —Con una sonrisa victoriosa, Nathan me miró. —Una niña de oro, lástima que nació en la familia equivocada.

Por segunda vez esa noche, la sonrisa del Doctor Bombón desapareció, y aunque tía Susan se alejaba, dándome unos golpecitos cariñosos en el brazo, él siguió mirándome, sacando sus propias conclusiones.

No era el momento de desahogarme con un casi desconocido. No estaba tan mal como para llegar a ese punto.

Tendría que dar un giro a la situación, porque, aparentemente, teníamos un gatito que atender.



NATHAN MITCHELL

La cosita diminuta todavía temblaba en mis brazos. Ni siquiera nos conocíamos, pero él, o ella, se había entregado de tal manera, con tanta rendición y confianza, que de inmediato sentí que podía declarar *"game over"*.

¿Qué estaba pasando, que me estaba encariñando con gatos abandonados y chicas bonitas y sumamente peculiares con tanta facilidad?

—¿Adónde vamos? —preguntó la hermosa chica que estaba a mi lado, mientras caminábamos hacia el auto que había dejado estacionado al otro lado de la casa.

—Voy a llevar a esta cosita asustadiza a casa. No puede pasar la noche al aire libre y necesito darle algo de comer.

—¿Vas a quedarte con el gatito? —Ella parecía feliz ante esa posibilidad.

—Vamos con calma. Puedo alojarlo por algunas noches, no más. Podemos encontrarle una familia mientras tanto.

Había tantas cosas pasando en mi vida, y lo último que quería era la responsabilidad de una mascota. Yo solo iba a estar en Harmony Falls por tres meses, y en Chicago pasaba tan poco tiempo en casa que sería hasta cruel dejarlo solo todo el día.

Pero aún más cruel sería dejarlo en la calle, ¿no?

—Ya es mucho más de lo que yo podría hacer —dijo de manera muy dulce, cuando llegamos al auto y nos paramos junto a él. Luego, llevó su mano a mi brazo, tocándome y mirándome con aquellos hermosos y expresivos ojos verdes. —Gracias.

Me encogí de hombros, tratando de minimizar la situación. Siendo médico, muchas personas terminaban agradeciéndome, y esa mirada no era algo nuevo. No debería conmoverme, especialmente porque no era un acto tan grandioso ofrecerle refugio a un animal por unos días, pero la forma en que Olivia me miró me llegó al corazón.

Abrí la puerta trasera del auto, colocando al gatito sobre el asiento trasero, acurrucado sobre la tela de mi saco, y me volví hacia la chica.

—¿No necesitas tomar tu bolso o algo así? —le pregunté.

—Ah, no, traje todo en el bolsillo. Celular y documentos.

—Perfecto. —Le abrí la puerta, y noté que dudó un poco antes de entrar. —¿No vas a ayudarme a cuidar del gato? Pensé que íbamos a ser un equipo. No vas a abandonarme en medio de la misión ¿verdad?

—No, claro que no. Solo que...

—Relájate. Tengo buenas intenciones. Además, tu jefa me pareció muy protectora y está dispuesta a llamar a la policía si no das señales de vida.

—Eso no es reconfortante. Si no doy señales, significa que estoy muerta. No hay mucho que pueda hacer —dijo mientras suspiraba, como si se diera por vencida. —Pero está bien. Es por una buena causa.

Dicho eso, entró al auto y comenzó a ponerse el cinturón de seguridad.

No pude quitar los ojos de la chica. Quería moverme, ir a mi lado del auto y meterme detrás del volante, pero era imposible. Estaba como hipnotizado. No solo porque, de hecho, era una mujer muy bonita, sino porque había algo en su manera de ser que me agradaba mucho.

Al darse cuenta de que seguía parado, sin moverme, Olivia giró hacia mí, curiosa.

—¿Vamos? —A pesar de su ternura, había un tono de mando en su voz, y comencé a pensar que, el día que alguien se enamorara profundamente de ella, ese tipo comería de su mano.

Yo no estaba listo para eso, definitivamente. Así que lo mejor que podía hacer era dejar de admirarla sin sentido y actuar.

Cerré la puerta, entré al auto y arranqué.

Tenía muchas ganas de hablar y tratar de averiguar algunas cosas sobre ella y sobre esa familia que parecía no ser de lo más agradable, pero no quería involucrarme tanto. Así como había hecho con el gato, si me metía de lleno en la situación, insistiendo en saber más, y descubría que había algo o alguien en su vida que le hacía daño, no importaba si estaba interesado en ella o solo atraído, iría a investigar y trataría de ayudar.

Era mi naturaleza. Fue una de las razones que me hizo seguir mi carrera: odiaba dejar solo a alguien que estuviese en problemas.

Miré hacia ella, a mi lado, y noté que no dejaba de mirar al gatito por el retrovisor.

—¿Cómo puede ser? Tan pequeñito. ¿Por qué lo abandonaron? —No sabía si hablaba para sí misma o para mí, pero decidí responder. —¿Será que era el único? Me quedé pensando en eso...

—Hiciste lo que pudiste. Si aparecen otros, alguien más hará lo mismo —No estaba seguro de eso, pero esperaba que fuera así.

—Ojalá —respondió ella, tampoco muy confiada, llevándose el pulgar a la boca, mordisqueando los bordes de las uñas.

Por supuesto que tuve que provocar.

—Como médico, debería ser mi trabajo informarte que ese hábito no es nada bueno —dije, solo para tener algo de qué hablar y evitar que se formara un silencio incómodo.

—¿Qué hábito?

—Eso de morderte los bordes de las uñas. ¿Sabías que las pequeñas heridas que se abren son puertas de entrada para un montón de infecciones y bacterias? Las manos son conductoras de...

—¡Ay! —me interrumpió. —Ya veo que eres el tipo de médico *molesto*. Si como una hamburguesa, ¿me vas a hablar sobre glucosa y colesterol?

Tuve que contener la risa para fingir que realmente le estaba dando una lección.

—Perdón si quiero velar por tu integridad, sobre todo porque me doy cuenta de que no eres tan fan de ella... *Liv*.

—¿Ya nos estamos llamando por apodos?

—Si alguien me dijo el tuyo, puedes apostar a que lo voy a usar. Valoro mucho la información que recibo con esfuerzo.

Ella puso los ojos en blanco. Fue realmente encantador.

—Lo único que hiciste fue preguntar.

—No me subestimes, linda. —Levanté una ceja, preparando una actitud arrogante, porque quería hacerla sonreír. —Son muchos años de práctica en encanto y seducción. Una mirada, una sonrisa... hacen milagros.

—¡Ay, Dios! —Se llevó ambas manos a la cara, cubriéndola, y se rió.

Misión cumplida.

Seguí conduciendo, mientras la conversación avanzaba muy lentamente, pero cuando llegué al lugar donde estaba la casa en la que me hospedaba, Olivia guardó silencio, incluso abrió los labios sorprendida, mirando a su alrededor.

—Vaya. Alquilaste el chalet de mis sueños.

—¿En serio?

—¡Claro! Siempre vengo aquí, desde que era muy joven, a andar en bicicleta por el bosque, y me quedo mirando este lugar.

—El dueño lo alquila por temporada, según entendí.

—Ah, sí, pero es bastante caro.

Era un precio justo por la belleza del lugar. De hecho, comparado con los precios de Chicago, podría decir que fue una ganga. Aún así, no quería ser grosero al punto de hacerle notar que se notaba que la chica tenía una situación económica difícil.

Además de esa familia...

Estacioné en el garaje, y Olivia enseguida salió del auto, parecía hipnotizada por el entorno, como si nunca hubiera visto ese

lugar, aunque ella misma había dicho que siempre iba allí.

Mientras la dejaba admirar el lugar, tomé al gatito, que estaba dormido enrollado en mi saco, luciendo aún más vulnerable y adorable.

Maldita sea, me iba a encariñar con ese pequeño.

Mientras caminaba hacia la puerta principal, subiendo la escalera del porche, Olivia me siguió, entrando conmigo. Coloqué al gatito sobre el sofá de cuero y fue entonces cuando comencé a aflojarme la corbata que, con la prisa y la cantidad de cosas que habían sucedido, ni siquiera me había quitado.

Deshice el nudo -que obviamente Thomas había hecho por mí- y la tiré de un solo movimiento, aprovechando para abrir la camisa, al menos los primeros botones. Ya me sentía muy sofocado.

Estaba a punto de preguntarle a Olivia si quería algo de beber, pero la vi mirándome, de una manera muy sugerente. Aún con esa carita inocente y tierna, pero como si mis movimientos la estuvieran dejando sin aire.

Una sonrisa curvó una de las comisuras de mi boca, pero preferí no decir nada. No era el momento de hacerla sentir incómoda. Si estaba viendo algo que le gustaba, ¿quién era yo para interrumpirla, si el sentimiento era mutuo?

Hice como si nada hubiera pasado y me di vuelta, revolviendo entre mis cosas, dándonos tiempo para que ambos nos recuperáramos. Era una locura pensarlo, pero hacía mucho tiempo que alguien no me despertaba tanto deseo de una forma tan inesperada.

Esa chica era una cosita peligrosa, y necesitaba tener cuidado antes de que fuera demasiado tarde.



CAPÍTULO 8

OLIVIA LANCASTER

El Doctor Bombón parecía tener todos sus movimientos calculados. Hasta la forma en que se quitaba la maldita corbata era sexy. Claro que vi la sonrisita que me lanzó cuando se dio cuenta de que lo estaba observando.

Eso también fue sexy.

Pero era hora de regresar a la vida normal y ocuparme del pequeño travieso que había cambiado por completo nuestras noches. Yo no tenía otros planes, pero Nathan estaba en un evento importante, coronando su genial proyecto, y acababa de regresar a la casa alquilada con una chica casi desconocida y un gato a cuestas.

Se arremangó las mangas y se lavó las manos en el lavabo, regresando con otra de esas cajas de primeros auxilios, pero una mucho más grande que la que había usado en el auto, conmigo.

—Te arruiné la noche, ¿verdad? —comenté cuando literalmente se arrodilló en el suelo, listo para atender al pequeño.

—Difícilmente. Prefiero un vino con una chica bonita que canapés con un montón de gente aburrida halagándome. —Hizo una pausa, mirándome de reojo y sonriendo. —Y mira que los canapés estaban deliciosos.

—Siempre lo están. —Me quedé observándolo empapar la gasa con suero, calmando al gatito cuando éste maulló fuerte, listo para clavarle las uñas en su muñeca. Me apuré a actuar, sujetándolo para que no ocurriera ningún accidente. Mientras trabajábamos en silencio, repetí en mi mente lo que había dicho y me surgió la duda. —¿Vino? ¿A qué te refieres con vino?

—Pensé que no ibas a preguntar —bromeó, sin mirarme, concentrado en el gatito. —No tenemos vino *todavía.* Pero podemos tenerlo si quieres.

Era bueno en eso. *Muy* bueno, de hecho.

Tuve que moverme en el sofá, tragando saliva con dificultad, captando el mensaje. Esa podría ser una fecha si quisiera.

Y que Dios me proteja, pero quería que lo fuera.

Solté al gatito cuando terminó de limpiar la herida, y el vendaje fue hecho en silencio. El animalito lo miraba a Nathan como si estuviera hecho de estrellas, ya completamente enamorado. Por más que lo hubiera lastimado con el suero, el pequeño había entendido que lo estaba cuidando bien.

—Listo, amiguito. Preparado para más andanzas.

Le hizo cosquillas en la barriguita rosada, liberando a su paciente.

—Entonces, ¿es niño o niña? No logro darme cuenta.

—Es porque es muy pequeño. No es tan simple con los gatitos. Le voy a mandar un mensaje a un amigo veterinario que me va a guiar con eso. Pero de todas formas voy a tener que encontrar uno aquí en la ciudad, porque necesita un examen. Hay enfermedades que hay que descartar de inmediato.

Asentí, levantándome y pasando la mano por el pantalón. Ni me había dado cuenta de lo sucio que estaba después de mi aventura en el techo para rescatar al gatito, pero también era una excusa para hacer algo con las manos.

El celular de Nathan vibró de inmediato, con una llamada, y él lo atendió, comenzando a hablar con alguien que parecía ser el veterinario que había mencionado.

La persona le fue dando instrucciones sobre cómo verificar el género del gatito, y él pareció entender. Tan pronto como colgó,

tomó al travieso en brazos, sonriendo.

—¿Quieres una fiesta de revelación del género o te doy el spoiler ahora mismo?

—¡Quiero saber! —exclamé muy animada y ansiosa.

Hizo un suspenso, por supuesto. Todo parecía estar calculado con el Doctor Bombón.

—Es un niño. —Aplaudí, casi dando saltitos, pero hubiera hecho lo mismo si fuera una niñita. —Lo que significa que *tenemos* un gato.

—¿Tenemos? ¿En plural?

—Bueno, al menos hasta que le encontremos un hogar...

—¿Realmente estás insinuando que es nuestro? ¡Aún no nos conocemos bien!

—No me puedo llevar todo el crédito. Lo rescatamos juntos, así que será nuestro. Será una custodia compartida.

Fruncí el ceño, tratando de contener la risa.

—¿Es esto una estratagema para que nos veamos más a menudo, doctor Mitchell?

—¿Funcionó? —Levantó una ceja.

—¿Es una frase que sueles usar para levantar? ¿Suele funcionar?

—Para ser sincero, es nueva en mi repertorio —se burló, muy cínico. —Nunca tuve que rescatar un gato para acercarme a una chica.

Llevé un dedo al mentón, adoptando una expresión pensativa completamente falsa, solo para mantener el personaje.

—Realmente tienes una forma muy peculiar de coquetear. Primero me atropellaste, luego quieres compartir un gato conmigo.

—Soy un hombre diferente. —Me guiñó un ojo de manera irresistible. —Pero ahora creo que ese vino vendría perfecto, mientras elegimos el nombre de este travieso.

Nathan levantó al gatito y le dio un beso en la cabecita, dulce como el chocolate.

Un hombre diferente, sin dudas.

No sabía si debía aceptar. Podía ser un camino sin regreso. Nathan era un tipo increíblemente encantador, y sí, era muy bueno

coqueteando. Divertido, seductor, caballeroso, amable, y encima me ayudaba a rescatar gatitos en peligro. ¿Cómo no dejarme llevar? En poco tiempo, si seguíamos así, podría terminar enamorada, y la caída sería muy dolorosa.

Él se iba a ir. Yo tenía a mi mamá y mis problemas. Sin contar que debía ser varios años mayor que yo, lo que no sería un problema en sí, pero implicaba que tenía una experiencia de vida que lo haría salir corriendo cuando conociera mi realidad.

Era rico, guapo, médico, con una carrera consolidada. Creaba proyectos increíbles, salvaba vidas. El tipo de hombre que cualquier chica querría presentarle a su mamá.

Cuando a la mamá le importaba, claro.

Me quedé un poco perdida en mis pensamientos, y cuando me di cuenta, el gatito ya estaba en el suelo y Nathan se había alejado. Volví a la realidad cuando escuché su voz grave preguntar.

—¿Blanco o tinto?

Casi me sorprendí con la pregunta, preparándome para inventar una excusa y desaparecer, pero no quería.

Maldita sea, realmente quería pasar unas horitas ahí con él, tomando vino y sintiéndome un poco más normal.

—Tinto —respondí sin pensar mucho, y él pareció elegir una botella sin dudar.

La dejó sobre la mesa y fue a la cocina, volviendo con dos copas.

Parado frente a mí, abrió la botella y estaba a punto de servirme, pero otra vez hizo esa expresión canchera y divertida.

—Que quede bien claro que solo te voy a servir este vino porque no estás manejando. Esa bicicleta que trajiste ya es bastante peligrosa con vos sobria. Por cierto, ¿tienes licencia para andar en ella?

No me sumé a la broma y puse los ojos en blanco, tomando la copa y inclinándola un poco para que me sirviera.

Apenas lo hizo, brindamos.

—¿Por una nueva amistad? —Lo probé, de la forma más provocadora posible. Si él podía hacerlo, yo también.

—Puedes brindar por lo que quieras, pero yo, definitivamente, voy a brindar por otra cosa —dijo muy serio, chocando su copa con la mía y tomando un trago, todo sin apartar los ojos de los míos.

Sexy.

Demasiado sexy para mi propio bien.

Podía preguntarle por qué brindaba, pero me pareció prudente no meterme en eso.

Nos guió hasta el sofá, y me senté, mirando por fin a mi alrededor. La casa era tan linda por dentro como por fuera. Las paredes eran de madera, y toda la decoración tenía un estilo muy rústico. Incluso los cuadros en las paredes eran de colores sobrios, las alfombras oscuras, y todo era impersonal, aunque acogedor.

No había ningún toque personal de Nathan por ahí, porque obviamente solo era un huésped, pero no podía dejar de preguntarme cómo sería su casa.

De hecho, ni siquiera sabía si tenía pareja. Podía estar coqueteando abiertamente con un hombre comprometido.

—Tenemos que ponerle un nombre al mierdita ese —dijo, señalando con la cabeza al gato.

—Dejá de llamarlo así.

—Por eso necesitamos un nombre.

Miré al gatito, que ya estaba de nuevo hecho un ovillo, acostado sobre el saco que le había servido de manta. Nathan hizo lo mismo y nos quedamos en ese breve análisis durante algunos minutos, mientras tomábamos el vino en silencio.

—Creo que podríamos ponerle un nombre bien imponente. Tipo Thor.

—No pesa ni dos kilos... —protesté.

—Pero va a crecer. ¿Qué tal entonces Zeus?

—¿Tienes algo con la mitología griega?

—No, solo dije lo primero que se me ocurrió. —Tomó otro trago. —¿Aquiles? ¿Hércules? —Negué con la cabeza. —¿Troy, de Troya?

—¡Ah, ese me gustó! —Me enderecé en la silla, entusiasmada.

—¿En serio? —Alzó las cejas, confundido.

—Sí. Es el nombre del personaje de Zac Efron en High School Musical. Amo esa película.

Nathan se llevó la mano a la cabeza, negando con un gesto.

—No puedo creerlo.

—Puedes creerme. Se va a llamar Troy. Le queda bien. Es tierno.

—No es tierno. Se suponía que debía sonar imponente.

—Es tierno *e* imponente.

—Mi gato no va a llamarse como un personaje de Zac Efron. Sin ofender al tipo.

—Nuestro gato —enfaticé el pronombre, —va a tener un nombre que tú sugeriste y a mí me gustó. Es lo justo.

Nuestro gato. Era una frase rarísima de decir, sobre todo tratándose de un hombre al que apenas conocía. ¿Cómo era posible que estuviera tomando vino con él, hablando de ese tema, lista para compartir la responsabilidad de algo tan importante como una vida?

Me quedé pensando en eso, y estuve a punto de entrar en pánico. Él no sabía nada de mí. Yo no sabía nada de él. ¿Qué estaba haciendo?

Me iba a lastimar. Mucho. Pero mucho...

—Estamos yendo demasiado rápido con todo, ¿no te parece? —pregunté en voz baja, llevando ambas manos a la copa, sujetándola con fuerza. Mis ojos se perdieron en el vino rojo, y giré la copa solo para ver cómo se movía el líquido.

—¿Tú crees? —respondió con ese tono casual tan suyo. —Ni siquiera te he besado. —Sonrió de nuevo. Esa media sonrisa, adorablemente canalla. —Todavía.

—¿Qué te hace creer que te *dejaré* besarme?

—¿Dejar? Preciosa, vas a *pedírmelo*. Puedes anotarlo si quieres.

Abrí la boca para decir algo, pero me interrumpió el timbre del celular de Nathan. Levantó un dedo mientras daba otro trago de vino y atendía la llamada.

—¡Hola, Tom! —Hizo una pausa. —No, estoy en casa. No voy a volver ahora. Hubo un imprevisto. —Otra pausa. Mientras hablaba, empecé a pensar que esa era la señal perfecta para irme. —No fue

nada grave, pero tuve que hacerlo. Sabes que eso de socializar no es lo mío; el experto en eso, de los dos, eres tú.

Intentando no escuchar la conversación, me levanté y fui directo hacia Troy para observarlo de cerca. Acomodé el saco para que quedara bien cubierto y lo vi dormir emitiendo un pequeño ronquido.

Fueron solo unos minutos hasta que Nathan se acercó, quedándose de pie con las manos en los bolsillos, a mi lado. También me puse de pie, acomodando un mechón que se me había caído del rodete, el cual ya estaba bastante desarmado.

—Es mejor que me vaya.

Nathan respiró hondo, y tuve la impresión de que quería decir algo para evitarlo, pero no se atrevió. No sé por qué, pero en ese momento sentí que se estaba echando atrás.

—Te voy a llevar.

—No hace falta.

—Tengo que comprarle algo de comida a este pequeño. No tengo nada para ofrecerle a un cachorro. No estaba esperando esto.

Sonreí, algo incómoda.

—Perdón.

—Para nada. Mi noche se volvió mucho más interesante desde que apareciste. —Unos segundos más de silencio. Otra mirada compartida, y Nathan se agachó para cargar al gatito. —Vamos. Voy a comprarle unas cosas y de paso te llevo a casa. Si el animalito es tuyo, es tu obligación acompañarme.

¿Y quién era yo para negarme?

Necesitaba ser fuerte, protegerme, pero no tuve el valor de decirle que no, sobre todo después de eso.

Así que simplemente lo seguí, con la certeza de que esa noche iba a ser más larga de lo que había imaginado.



NATHAN MITCHELL

No es que trabajar en el Harmony Falls Regional Medical Center- ¡demonios, qué nombre tan largo!- me ofreciera grandes emociones. Sin duda, mis interacciones con Olivia eran mucho más aventureras.

Llevábamos dos días sin vernos, desde que la dejé en su casa después de pasar por la tienda de mascotas, y solo hablábamos sobre Troy, que poco a poco iba tomando demasiada confianza y mostrando su adorable personalidad de pequeño terrorista.

Y cuanto más lo hacía, más me encariñaba con él.

Era una mierda, pero algo me decía que ese cabroncito me había enganchado por completo.

Mi hermano no había tenido mucho tiempo para interactuar con él, porque esa era su última noche en Harmony Falls, pero su única frase fue: "mantén al gato lejos de Bella, o mi hija va a querer uno también".

Podía intentarlo, pero no iba a prometer nada.

Con una carpeta en la mano, estaba revisando la historia clínica de un paciente que llevaba internado al menos una semana. Le habían hecho varios estudios, y sus niveles de hemoglobina

seguían bajando. Ya había recibido más de una transfusión de sangre, pero aun así no lograba estabilizarse.

Había dos médicos conmigo, acompañándome, y uno de ellos era quien estaba siguiendo el caso de cerca.

—¿Revisaron el tipo de medicación que está tomando? —pregunté, observando la receta que era modificada a diario, siempre durante la visita al paciente. Según las molestias o necesidades, ajustábamos o cambiábamos las dosis. —¿Te diste cuenta de que está tomando cuatro anti coagulantes?

—Es que hace poco le hicieron una angioplastia. Le desobstruyeron cuatro arterias y tuvieron que cauterizar una —me explicó el Dr. Thompson, cardiólogo encargado del paciente. Ya había leído en la historia clínica que se trataba de alguien que había sufrido un infarto reciente.

—¿Descartaron ruptura del miocardio y laceración pericárdica? —Esas eran consecuencias comunes y muy graves después de un infarto.

—Hicimos un electro y un eco-cardiograma. Ambos dieron resultados normales para alguien en su condición. —El tipo debía tener unos veintiocho años, como mucho. No mucho menor que yo, pero definitivamente no estaba contento con que yo me estuviera metiendo en su trabajo.

Con la cabeza erguida y una actitud un tanto arrogante… yo había sido igual, cuando la Dra. Gordon, una santa, intentaba contradecirme o insinuaba que no había hecho lo suficiente por un paciente.

—¿Hubo algún nuevo pico de troponina durante esta internación? —insistí, y él rodó los ojos.

—Niveles normales —respondió de mala gana. —Con todo respeto, Dr. Mitchell, sé hacer mi trabajo.

No me gustaba menospreciar a nadie, mucho menos dudar de la capacidad de un colega, por más inexperto que fuera. Pero en ese caso, como solía pasar en una profesión como la nuestra...

—Estoy seguro de que lo sabe, Dr. Thompson, pero hay algo que no está bien y necesitamos averiguar qué es, ¿de acuerdo?

—pregunté con una sonrisa que dejaba ver que empezaba a perder la paciencia.

Había otra médica acompañándonos, y estaba completamente callada, observándonos como si estuviéramos en una partida de tenis. El paciente dormía, así que hablábamos en un tono muy bajo, casi susurrando.

—Si todo está bien con su corazón, dentro de lo posible, entonces tenemos que entender que está perdiendo sangre de otra manera. —Volví a leer la historia clínica desde el principio y encontré una anotación que decía "presencia de sangre en las heces". Me pareció algo escrito al pasar y poco explorado, así que pregunté. —¿Le hicieron una endoscopía? ¿Colonoscopía?

Los dos médicos jóvenes se miraron. La chica fue quien respondió:

—¿Usted cree que…?

—Creo que no se puede descartar nada. —Saqué una lapicera del bolsillo de mi bata y tomé notas. —Indiquen dieta líquida por veinticuatro horas y una limpieza intestinal. Y manténganme informado.

Le entregué la carpeta al arrogante Dr. Thompson y le dediqué una sonrisa casi amable a la doctora, alejándome enseguida antes de terminar diciendo algo que no debía.

Tenía que recordar que estaba en ese hospital para realizar un entrenamiento para médicos con mucha menos experiencia. La ciudad sufría por la falta de una buena atención médica, justamente por eso. Necesitaba tener paciencia y entender que en algún momento todo se acomodaría. Tal vez tres meses no fueran suficientes para hacer todo lo que había que hacer por ese equipo.

Tenía ganas de pasar por la UCI, solo para echar un vistazo a cómo andaban las cosas por allá, pero en ese momento sentí que vibró mi celular.

Apenas me apoyé en el mostrador más cercano para revisarlo, sonreí al ver que era un mensaje de Olivia.

OLIVIA:
¿Sabías que Troy es una derivación de *troighthigh*, que significa "soldado de infantería"?
Lo acabo de encontrar en Google.

NATHAN:
¿Copiaste todo ese nombre?

OLIVIA:
Claro.

NATHAN:
Tengo dos teorías sobre tu mensaje, linda.
Una es que tenés demasiado tiempo libre como para ponerte a buscar esas cosas.

OLIVIA:
¿Y cuál es la otra?

NATHAN:
La otra es que tenías muchas ganas de hablar conmigo y solo buscaste una excusa para sacar tema.

Fue bastante descarado de mi parte, por supuesto, pero tenía que intentarlo. Si Olivia había dicho que íbamos demasiado rápido, podía bajar un poco el ritmo, pero no sin seguir provocándola. No quería descuidar esa química que había entre nosotros.

Tenía la clara sensación de que si volvía a tocarla, todo a nuestro alrededor iba a prenderse fuego.

OLIVIA:
No sabía que necesitaba buscar excusas para eso.
La verdad, solo estaba aburrida en mi hora de almuerzo.

NATHAN:
Peor todavía.
Si estás aburrida, ¿por qué no me invitás a salir?

Era un intento. Nunca nadie me había acusado de no ser insistente.

OLIVIA:
A mí tampoco me invitaron a salir todavía.
Tenía la impresión de que eras un poco más impulsivo, Dr. Mitchell.

¡Esa pequeña provocadora!

NATHAN:
Eres tú quien conoce la ciudad, preciosa.

OLIVIA:
Vives en el lugar más hermoso de Harmony Falls.
Y quiero ver a mi gato.

NATHAN:
¿A cuál de ellos?

OLIVIA:
Hasta donde sé, solo uno de ellos es mío.

Tocado.

NATHAN:
Ya veremos.
¿Te recojo hoy a las ocho?

OLIVIA:
¡Dale, estaré lista!

Suerte del día: tenía una cita esa noche con la chica más linda de la ciudad.
Salí de esa sala, después de la visita al paciente, un poco estresado y con ganas de romperle la cara al doctorcito arrogante, pero con una sonrisa en la cara y sintiéndome como un ganador.

Tenía que pensar en algo bueno para hacer con ella. Sin segundas intenciones.

Solo una buena charla. Algunos besos, tal vez, si realmente tenía suerte. Una cena rica. Chimenea encendida, si el clima seguía fresco. Otro vino, tinto, porque ya sabía que le gustaba. Chocolates. Más besos… Y... un gato como compañía.

No era una mala perspectiva. Para nada. De hecho, estaba bastante ansioso.



CAPÍTULO 10

OLIVIA LANCASTER

Como toda chica que es invitada a una cita, debería haber dejado que Nathan tocara el timbre, hablara un poco con mi papá -si tuviera uno- o con mi mamá, esperara a que terminara de arreglarme y se quedara deslumbrado al verme aparecer. ¿Conoces esa escena clásica de la chica bajando las escaleras y dejando al chico boquiabierto? Eso era lo que quería.

Siempre soñé con ser la chica del baile, con salir con alguien agradable y tener ese momento especial. Pero no iba a pasar. Ni de cerca. Menos todavía si uno de los amantes de mi mamá ya había llegado, y los dos estaban armando un escándalo arriba.

Así que me arreglé lo más rápido que pude y me quedé esperando a Nathan afuera. Claramente, eso lo sorprendió.

—No te agrandes —advertí. —Todo esto no es por ansiedad por verte —bromeé.

En su defensa, el tipo era tan adorable que solo se encogió de hombros. Nathan no solo era guapísimo. Además, tenía una forma de tomarse todo con tanta ligereza, que era imposible sentirme incómoda a su lado, ni siquiera en esa situación, en la que no podía ser la chica que él tenía que pasar a buscar para salir.

Y además, sabía cómo arreglarse para una cita. No es que no se viera bien el cien por ciento del tiempo, pero yo tenía debilidad por los hombres altos, de hombros anchos y con chaqueta de cuero. El jean también le quedaba perfecto, marcando unas caderas estrechas y unos muslos fuertes que harían babear a cualquiera.

Nathan no dijo nada, no respondió a mi comentario. Solo se quedó ahí parado, mirándome con una sonrisa y los brazos cruzados.

—¿Qué pasa?

—Tú... Si no es una visión. —¿En serio estaba diciendo eso? No es que no estuviera linda, para ser sincera, pero Nathan parecía realmente impresionado, y eso que ni siquiera me había esmerado tanto como podría haberlo hecho. —Nunca te había visto con vestido.

—Teniendo en cuenta que solo me viste dos veces en la vida...

—Dos veces *inolvidables* —dijo en tono de broma, con su clásico cinismo de siempre, aunque tenía un toque encantador.

Ese hombre era terrible. Iba a arruinarme.

Sin decir nada más, fue a abrir la puerta para que subiera del lado del acompañante, pero, en vez de eso, usó su cuerpo enorme para empujarme hacia el auto, apoyando cada mano a un lado de mi cabeza y dejándome sin aire.

Estaba atrapada contra la carrocería, con Nathan frente a mí, nuestros cuerpos tocándose. Incluso con la barrera que formaban nuestras ropas, podía sentir el calor que emanábamos.

Inclinó la cabeza, con los labios entreabiertos. Tenía una barba mal rasurada, como si fuera apenas el descuido de unos días, que se volvía increíblemente sexy al cubrir su mandíbula marcada.

Su respiración también era cálida. Mentolada, como si acabara de cepillarse los dientes.

—¿Recuerdas cuando te dije que ibas a *pedirme* un beso? —susurró.

¿Ya mencioné que Nathan tenía una voz preciosa?

Asentí con la cabeza como respuesta, solo afirmando. Era lo único que podía hacer.

—Quiero que subas a este auto sabiendo que voy a esforzarme cada segundo de esta cita para merecer ese beso. Estoy seguro de mí mismo. —Iba a decir algo, pero él acercó un poco más la cabeza, dejando su boca a apenas unos centímetros de la mía. —No vayas a salir con que casi no nos conocemos ni que las cosas son complicadas. Porque, con todo respeto, preciosa, me importa un carajo. Nos gustamos. A la mierda. Y voy a tenerte así, de esta manera, otra vez esta noche, y entonces vamos a decidir quién toma la iniciativa.

Soltando esa bomba, Nathan se apartó, me guiñó un ojo y abrió la puerta para que por fin subiera.

Estaba loco si pensaba que iba a lograr recuperarme rápido, sin efectos colaterales, después de ese movimiento nada sutil. No había nada de delicado en la forma en que literalmente se me fue encima. Ni en su voz, ni en su mirada, ni en su lenguaje corporal. Nathan actuó como un depredador, y yo me sentía la presa.

Cuando por fin logré moverme, luego de respirar bien profundo, subí al auto y él hizo lo mismo.

Una música suave sonaba. Reconocí que era una balada vieja de Aerosmith. La inconfundible voz de Steven Tyler hablaba de sentirse como si el alma tuviera un agujero.

El camino era corto, pero el silencio igual resultó incómodo. Tal vez por lo que había pasado hacía unos minutos, o por los nervios de lo que podía pasar, pero me sentía tensa. Nathan, en cambio, iba tan tranquilo que hasta silbaba y tarareaba la melodía.

—¿Comes carne? —preguntó, con un tono tan casual que casi me confundió.

—Sí.

—Ah, qué bien. Porque una de las pocas cosas que sé cocinar son tiras de filete a la cerveza. Y ensalada. Pero te voy a preparar la mejor carne con ensalada que hayas comido en tu vida.

—Me gusta tu modestia —respondí, casi aliviada de que hubiéramos retomado un tono un poco más liviano.

Nathan se rió, concentrado en el camino al frente, y seguimos hasta el chalé.

Salimos del auto, entramos a la casa, y el pequeño vino hacia nosotros, con ese modo tan de gato, que hacen fiesta al verte, pero son demasiado independientes para el escándalo de un perro.

Me agaché, acariciando su cabecita, y el muy travieso hasta se tiró al suelo, con la pancita hacia arriba, pidiendo mimos.

—Se está volviendo adicto a esto —comentó Nathan.

—Si es así, es porque vos estás alimentando esa adicción.

Me levanté después de darme por satisfecha con los mimos a Troy, y Nathan se ofreció a sacarme el abrigo, todo un caballero.

—No. Yo solo... uso esto para relajarme a veces. Su pelaje es muy suave. Es un acto puramente egoísta.

—Ajá...

Nathan me acompañó hasta la cocina, agarrando algunas cosas: manteca de la heladera, unas cebollas, un poco de ajo, condimentos.

—¿Qué te parece si me ayudas con las cebollas?

Asentí, y me pasó dos, no muy grandes. Arremangó su camisa, me dio también una tabla de picar, tomó otra para él, y agarró un cuchillo grande. Volvió a silbar la misma canción que habíamos escuchado en el auto, y se puso a trabajar, cortando la carne con la misma posible precisión con la que usaría un bisturí. Primero la partió al medio, y después empezó a hacer tiras.

Yo también empecé a trabajar, sintiendo un peso en el pecho. ¿No era eso lo que siempre había querido? Rutina, normalidad. Claro que debería ser con una familia, pero la sensación era linda de todos modos.

¿Un novio?

No, ya estaba pensando demasiado lejos.

Tuve suerte de que, sensibilizada por la situación y por mis propios recuerdos, sentí los ojos arder y tenía la excusa perfecta en las manos. Cuando una lágrima rodó por mi cara y solté un pequeño suspiro, le hice una seña a Nathan, dando a entender que el problema era la cebolla.

Pero no sé si por algún motivo se dio cuenta de que me había quedado más callada, porque dio justo en el punto débil con una precisión asombrosa.

—Entiendo que no quieras hablar de ello, porque entiendo que es un tema delicado, pero ¿qué pasa con tu casa? —Giré el rostro hacia él, con los ojos apenas abiertos de más y la boca un poco entreabierta. Ya sabía que Nathan tenía una forma muy particular de encarar las cosas, que era directo, pero no imaginaba que tanto. —Escucha... no quiero meterme donde no me llaman, pero creo que me gusta saber en qué me estoy metiendo.

—¿Metiéndote?

—Sí. —Respiró hondo, se lavó las manos y las secó con un repasador. Mientras hacía eso, se apoyó en el borde de la pileta, mirándome. —No soy del tipo que hace las cosas a medias, Olivia. Tampoco me gusta hacerme el ciego cuando siento que algo anda muy mal.

—No pasa nada malo —intenté afirmar con la mayor convicción posible, porque conocía a ese tipo hacía muy poco tiempo. No iba a andar tirándole mis problemas encima, no solo porque creía que no tenía por qué ser él quien me salvara de nada, sino también porque no creía que *necesitara que me* rescataran.

La expresión que apareció en su rostro me dijo que no creía ni una sola palabra de lo que le estaba diciendo.

—Bueno. No puedo presionarte para que digas nada, porque recién nos estamos conociendo, pero quiero que sepas que en algún momento voy a querer saber. Sobre todo si creo que necesitas ayuda —Había un tono muy firme en cada palabra suya, pero sin dudas se esforzó mucho para que sonaran más sutiles, más suaves.

Como si nada hubiera pasado, volvió a cocinar, a silbar, y echó un poco de manteca en una sartén limpia.

Me quedé mirándolo, pensando que ese hombre increíble estaba realmente preocupado por el bienestar de una chica a la que apenas conocía. Ese hombre tan sexy, por quien yo me sentía increíblemente atraída, hablaba completamente en serio cuando decía que podía contar con su ayuda.

Sí... tal vez, para el final de la noche, yo realmente le pidiera un beso. O lo agarrara yo misma. Se lo estaba ganando.

Y yo lo estaba deseando. Muchísimo.



NATHAN MITCHELL

Ella podía fingir que me estaba engañando, pero yo iba a dejarlo pasar. No era correcto imponerme ni tratar de sacarle información que tal vez no fuera tan fácil de compartir. El hecho de que me hubiera esperado afuera de su casa solo reforzaba lo que había pensado desde el principio: esa chica tenía una vida difícil.

Para ser sincero, esa noche, además de lo hermosa que estaba con ese vestido, tuve la oportunidad de observarla con más atención, buscando alguna señal de que sufría agresiones. Esa era mi primera sospecha, aunque no fuera una idea que me agradara para nada.

No sabía si vivía con su madre, padre, hermanos... pero tanto por lo que ella me había dicho como por lo que la dueña del buffet había afirmado, había algo muy complicado en su historia. Si alguien le estaba haciendo daño, por más que no hubiera un vínculo fuerte entre nosotros, yo no lo iba a ignorar. Ya había hecho denuncias antes, por pacientes que llegaban al hospital -gente que ni siquiera conocía- pero que claramente eran víctimas de abuso, así que no iba a poder mirar a una chica que realmente me interesaba y fingir que no pasaba nada.

La cena estuvo lista, y fuimos a la mesa. Puse dos velas sobre ella, además de unos individuales bonitos que encontré en un cajón, y también usé una vajilla decente. No podía esmerarme mucho más, porque no estaba en mi propia casa y tenía que arreglármelas con lo que había, pero me gustó la sonrisa de Olivia cuando nos sentamos.

Más aún cuando se llevó un bocado a la boca.

—Realmente, la mejor carne que he comido —comentó, suspirando.

Tenía los ojos cerrados, saboreando la comida, y yo me quedé mirándola, con una sonrisa suave, pero sintiendo cómo algo dentro de mí se aceleraba. No estaba acostumbrado a quedarme como un tonto por una chica -y definitivamente no solía coquetear con mujeres bastante más jóvenes que yo-, pero la dulce Olivia tenía algo que había captado mi atención.

Algo que todavía no sabía qué era.

—Espera a descubrir otras cosas en las que soy realmente muy bueno —solté, en un tono divertido, en un intento tonto de ponerla nerviosa.

Funcionó. Abrió los ojos de golpe y se sonrojó.

Ah, mierda. Ahí estaba yo otra vez, sintiendo ese cosquilleo en el pecho. O sea, el tiro me salió por la culata, porque también yo me puse un poco incómodo. Tanto que agarré la copa de vino, la llevé a la boca, y tomé un sorbo esperando que bajara suave por la garganta.

—¿Ese beso que voy a pedirte? —respondió ella, y no esperaba que fuera tan directa. Juré que iba a cambiar de tema.

—Puedes apostar que sí.

Estaba esforzándose mucho por parecer relajada, tanto que siguió comiendo, pero se movió en la silla. Bajó la cabeza y volvió a cortar otro pedazo de carne, evitando mirarme.

—Pero además de preparar una carne increíble, ser un gran médico y, *en teoría*, besar bien... —Olivia carraspeó, provocadora. —¿Con qué más te gusta alardear?

—No estoy alardeando. Son datos estadísticos.

—¿Sobre los besos también?

—No es que tenga intención de hablar de besos del pasado, pero nunca recibí quejas.

—La gente suele ser educada, ¿sabías?

—Podrás descubrir la verdad cuando quieras.

Era como un juego. Olivia era una oponente interesante, porque no se dejaba intimidar por mis provocaciones. Respondía rápido, y eso hacía que todo ese proceso de coqueteo fuera mucho más divertido.

Ella era muy interesante.

—Pero, respondiendo a tu pregunta: soy un excelente tío.

—¿Tío?

—Sí. Mi hermano tiene una hija de ocho años. Se llama Bella. Nunca vas a conocer a una discutidora más habilidosa. Es una cosita terrible.

—Bueno, sin duda heredó eso de alguien.

—Ah, claro. Es hermosa —afirmé, en tono de broma, por supuesto. Olivia puso los ojos en blanco. —Estoy loco por ella. ¿Sabías que es adicta al Libro Guinness?

—¿Cómo es eso?

—Siempre juega conmigo a que adivine cuántos años tenían las trillizas más viejas del mundo. O cuál es la nacionalidad del hombre más alto de la historia. Esas cosas.

—Guau, debe ser muy inteligente.

—Y muy observadora —Sonreí, lleno de orgullo. —Es la mejor niña del mundo.

Todavía tenía esa sonrisa tonta en la cara, pensando en mis charlas con Bella y en cómo lograba convencerme con su carita tierna y sus comentarios brillantes.

—¿Tienes hermanos? —Era una forma mucho más inocente de averiguar cosas sobre Olivia. De a poco podía ir sacándole información.

—No.

Una respuesta rápida, seca. Apenas la soltó, Olivia se metió otra cucharada en la boca, como si quisiera protegerse de más preguntas. Como si me advirtiera que debía frenar.

Pero no iba a frenar.

—¿Todavía vives con tus padres? —Intenté sonar casual, despreocupado, como si el tema me diera igual.

—Solo con mi madre.

Mierda, de verdad iba a complicar la conversación. No me iba a dar lo que quería: información más precisa.

—¿Y tú, doctor Mitchell? ¿Vives con alguien? ¿Hay alguna chica en tu vida? —Me devolvió la pregunta con la misma intención, lo cual me hizo pensar, una vez más, que era una rival muy intrigante.

—¿Creés que si tuviera una chica estaría coqueteando con vos?

—No lo sé. Muchos tipos hacen eso.

—No soy un *tipo cualquiera.* Soy un hombre.

Era importante que ella entendiera eso. No conocía a Olivia, no sabía cuál era su historia de vida. Había llegado a esa ciudad hacía poco, y no tenía planes de involucrarme con nadie. Al menos no en algo duradero. Claro que no me iba a negar si aparecía alguien atractiva, para una o dos noches, pero tenía la sensación de que lo nuestro no iba a ser así.

Podía ser una relación breve, pero sabía que no iba a llevar a Olivia a la cama y marcharme al día siguiente. De alguna forma, ella sería importante. Aunque fuera solo durante los pocos meses que iba a quedarme en Harmony Falls.

La cuestión era que esa chica podía tener todo tipo de experiencias en relaciones, desde las mejores hasta las peores, así que era difícil saber con qué clase de bagaje emocional venía.

Yo no era un sinvergüenza. Tenía labia, sí, y mis aventuras, pero no me gustaba hacerle daño a la gente. Y no tenía la intención de hacerlo con ella.

Terminamos de comer unos minutos después, y Olivia se levantó enseguida, recogiendo los platos para lavarlos sin decir nada. La notaba un poco tensa, y temía haberlo arruinado todo. Tal

vez por las preguntas sobre su familia -que todavía no me olía bien- o por la manera en que hablé, como si diera a entender que me había molestado su pregunta.

Decidí observarla por unos instantes, porque no quería volver a dar un paso en falso. Tenía la impresión de que Olivia tenía momentos muy introspectivos, y eso era una característica tan suya como ese aire de vulnerabilidad y desamparo que llevaba encima.

Me levanté despacio de la silla, dejando la copa de vino sobre la mesa. Mientras seguía observándola, la vi intentar apartarse un mechón de cabello castaño con el dorso de la mano, que estaba empapado de jabón. Me acerqué con cautela, colocándome detrás de ella. Sin tocarla. Sin hacer ruido. Aunque ella claramente lo notó.

Sentí que contuvo el aliento unos segundos, y dudé antes de estirar la mano y llevar yo mismo ese mechón detrás de su oreja, para ayudarla. Incliné un poco la cabeza, apartando el resto del cabello y dejando expuesto su hombro.

Se estremeció un poco al sentir mi respiración en su piel.

—Es un vestido muy bonito —dije en voz baja, en un susurro.

Pasé el dorso de los dedos por la tira del vestido, por debajo, de forma casi instintiva. Estaba desesperado por bajarla, pero no iba a hacer nada que Olivia no me permitiera. No esperaba llevarla a la cama esa noche. No era tan atrevido. Pero quería su beso. Y haría todo lo posible para conseguirlo.

—Era de mi mamá. Es viejo. Casi nunca se usó —Compartió esa información como si necesitara decir algo. No era relevante, pero en ese momento yo quería saber todo sobre ella.

—Ajá —murmuré, mientras seguía acariciando la piel de su hombro, como si fuera de seda. Incliné la cabeza y dejé que mi boca rozara la curva de su cuello con suavidad. Era un delicioso juego de seducción, y yo estaba más que dispuesto a ir despacio, probando sus límites.

—¿Puedo? —La voz me salió ronca y arrastrada, porque también empezaba a quedarme sin aliento.

Era como si todo el oxígeno de la casa se hubiera esfumado.

—S-sí —balbuceó. Lo que significaba que mis intenciones estaban funcionando.

Empecé dejando un beso muy suave justo en ese punto, que por lo que podía notar era lo bastante sensible como para que volviera a estremecerse.

Y solo porque me costaba controlarme, tomé un puñado de su cabello y tiré de su cabeza hacia atrás con toda la delicadeza que pude. A Olivia pareció gustarle, porque volvió a jadear.

Antes de besar realmente su piel, rocé mi rostro contra ella: especialmente la parte donde tenía barba incipiente, la nariz, la boca. La estaba sintiendo. Absorbiendo el olor a jabón mezclado con un perfume que no era exactamente dulce, pero tampoco amaderado. Era cítrico. Un aroma peculiar, que me haría recordarla por mucho tiempo.

¿Notas de limón, tal vez...?

Limón con vainilla.

Ella olía a *mousse de limón*.

Seguí con esa exploración lenta y sensorial, hasta que abrí la boca y empecé a besarle el cuello. Podría haber dejado el contacto en algo más sutil, pero mi lengua necesitaba probar su sabor de alguna forma. Así que hice con esa parte de su cuerpo lo mismo que quería hacer con su boca.

Uno de mis brazos rodeó su cintura, atrayéndola hacia mí, haciendo que su espalda se apoyara en mi pecho. Toda su delicadeza contrastaba con mi rigidez.

La forma en que la sujetaba era demasiado posesiva para alguien que solo pretendía darle una muestra de cuánta química teníamos.

—Ni siquiera tuve que pedirlo, al parecer —dijo ella, con una voz casi susurrada.

—Puedo hacerlo mucho mejor cuando esté besando tu boca.

Una vez más, se estremeció. Las cosas estaban saliendo muy bien.



OLIVIA LANCASTER

No estaba preparada para Nathan Mitchell.

El coqueteo empezó siendo divertido, con un aire liviano, y dejé que las cosas pasaran, que fuéramos perdiéndonos poco a poco en esa neblina de seducción. Pero todo se salió de control y se estaba acelerando mucho. Me sentía como si estuviera en un tren sin frenos, sosteniéndome de la puerta, al borde entre un vagón y otro, mientras él volaba por los rieles, listo para derribarme.

No debía haber dudado ni por un segundo de que ese era un hombre que sabía muy bien lo que hacía. Sabía cómo tocar, cómo besar y cómo seducir. El problema fue que subestimé mis propias reacciones hacia él. Siempre había sido fuerte, siempre resistía a las tentaciones, pero la forma en que él sabía llevar todo el proceso era distinta.

Las cosas que decía. Cómo me olía. Lo poco que necesitaba para dejarme con las piernas temblando.

El Doctor Bombón era un cataclismo. Un terremoto.

—Nathan... —lo llamé, apoyando las manos en el borde del lavabo, agarrándome para intentar estabilizarme.

—¿Qué pasa, Liv? ¿Quieres que pare?

—No sé. No puedo pensar...

—No quiero que pienses. No ahora —dijo con esa voz ronca. Susurrada. Grave. Dios mío, ¡iba a perder la cabeza!. —Yo no pienso con claridad desde que te conocí. Así que sería justo.

Solté un pequeño gemido cuando él lamió justo una parte muy sensible en la curva entre el cuello y el hombro. Eso lo puso más ansioso, porque la mano con la que sostenía mi cabello tiró con más fuerza y lo oí gruñir por lo bajo y maldecir.

También me presionó un poco más contra el lavabo, y mi trasero rozó su erección, que era *bastante evidente.*

Hice un movimiento atrevido con la cadera, fingiendo que había sido sin querer, pero Nathan reaccionó de forma muy repentina. Puso ambas manos sobre mis caderas y me giró, haciéndome quedar de frente a él.

Levanté la mirada, con la boca entreabierta y respirando aún más fuerte. Arrinconándome como lo había hecho en el auto, colocó un brazo a cada lado de mi cuerpo, apoyando las manos sobre el lavabo, rodeándome. Inclinó la cabeza, y juré que su boca iba a buscar la mía, que me besaría, pero no lo hizo.

Estuve a punto de sentir el roce de nuestros labios, pero en el último segundo, el muy desgraciado desvió el movimiento, volviendo a sentirme. Porque esa era la única forma correcta de describir lo que parecía estar pasando.

Era como si estuviera usando sus cinco sentidos conmigo.

—Tu olor... —Casi gruñó, —no saldrá nunca de mi cabeza.

—De verdad no puedo respirar —fue lo más elocuente que logré decir.

Pero él no se detuvo. No parecía tener intención de besarme, pero deslizó las manos por mis hombros, por mis brazos, bajando hasta encontrar mi cintura. Allí se detuvo, la apretó, y yo me vi obligada a echar la cabeza hacia atrás, mientras seguía recorriéndome el cuello con la nariz, aspirando y dejando que su boca se deslizara por ahí.

En un momento, me mordió muy suave a la altura de la garganta, y solo pude murmurar.

—Oh, Dios...

Con mi reacción, Nathan aprovechó el contacto y me levantó del suelo, sentándome sobre la mesada que se extendía más allá del lavabo.

¡Por el amor de Dios! ¿Qué me estaba haciendo?

Con toda la delicadeza, pero de una forma intensa, una de sus manos enormes fue a parar a mi cuello, tomándolo por el frente. Cualquiera que lo viera pensaría que Nathan estaba a punto de estrangularme, pero no ejercía presión. Era solo una forma muy, muy sexy de acercarme hacia él.

Nada de besos todavía. Rozó sus labios con los míos, y también lo sentí respirar hondo, tomando aire con fuerza. Casi desde el alma.

—Dr. Mitchell, realmente eres terrible —Era imposible saber si lo que decía se entendía, porque sinceramente no podía concentrarme en nada más.

Aun así, escuché su risa maliciosa vibrar contra mi piel.

—La terrible eres tú. Podrías terminar con esta agonía en cualquier momento.

—¿No vas a ceder? ¿Aunque no te lo pida?

—No. Pero no tienes idea de lo que te vas a perder...

Tenía alguna idea.

Y nunca fui precisamente una persona muy orgullosa, ¿no? No necesitaba mantener la dignidad intacta, porque eso me haría perder un tremendo beso, y de eso sí estaba segura.

—Entonces bésame —dije bajito otra vez, y juré que iba a complicármela, pero Nathan también parecía bastante ansioso por escucharme decirlo.

Tanto es así que lo siguiente que supe fue que su boca finalmente encontró la mía, abriéndola con su lengua, en la que se adentró con avidez, como si quisiera extraerme todos los sentidos.

La mano que todavía estaba en mi cuello permaneció ahí, y la usó para atraerme más hacia él, como si necesitara mantenerme ahí, como su rehén. Yo tampoco tenía intenciones de huir.

El beso encajó de tal manera que fue como si no fuera nuestra primera vez. Pasé los brazos alrededor de sus hombros, mientras emitía un suave sonido de placer, dejando que nuestras

lenguas se encontraran en un duelo frenético. Ninguno de los dos parecía dispuesto a ir despacio, con moderación. Era una urgencia muy erótica y muy intensa.

Estaba en la altura ideal, así que además de usar los brazos, también usé las piernas para abrazarlo, lo que hizo que Nathan llevara una mano hacia una de mis piernas. Agarrándola con fuerza, la levantó, dejando de sostener mi cuello para abrazar mi espalda.

El hombre me levantó del lavabo, en esa posición, y ni siquiera sabía qué pensaba hacer, pero nos llevó al sofá, sin dejar de besarme. Se sentó y me acomodó sobre su regazo, con una pierna de cada lado, y fue entonces cuando las cosas se pusieron más frenéticas.

Se volvió un contacto violento. Salvaje. Nos movíamos hacia adelante y hacia atrás, nuestras cabezas caían de lado, inclinadas, para que pudiéramos ir más profundo, y comencé a marearme. Embriagada.

—¡Maldita sea, Liv! ¡Maldición! —Era bueno darme cuenta de que él también estaba sintiendo algo parecido. Yo era la inexperta de los dos, pero si él también estaba reaccionando de esa manera, era porque realmente había una química sorprendente.

—Se suponía que solo era un beso, ¿no? ¿Qué está pasando? —pregunté, un poco perdida.

—*Nosotros estamos pasando*, linda.

Eso debería haber sido respuesta suficiente, pero yo estaba demasiado inquieta para aceptarlo. ¿Realmente había un *"nosotros"*, después de todo? ¿Qué iba a pasar de ahí en adelante?

¿En quiénes nos convertiríamos el uno para el otro, sabiendo que Nathan se iría poco después?

Cuando el beso terminó, después de largos, largos minutos, Nathan sostuvo mi rostro y se quedó mirándome con los ojos entrecerrados. Uno de sus pulgares acariciaba mi mejilla. Tan sensual y tierno que juraría que la combinación era muy peligrosa.

—Eres hermosa. —dijo, con la voz suave.

—Tú también lo eres —no pude evitar decirlo. El hombre, de hecho, no solo era muy atractivo y besaba como un demonio. Tenía un rostro perfecto. Sin contar su cuerpo, claro.

No esperaba que fuera tan amable después de habernos atracado como locos, pero Nathan me giró nuevamente en sus brazos, y me dejó sentada en sus piernas, de lado, atrayéndome contra su pecho.

Hacía mucho tiempo que no me sentía abrazada de esa forma, como si alguien realmente quisiera cuidarme. Como una chica que creció sin mucho cariño, sin mucha protección, podría fácilmente lanzarme en sus brazos, no solo físicamente, sino también en el sentido figurado. Podría hacer de él mi tabla de salvación y no era eso lo que quería. Sobre todo porque las cosas entre nosotros eran tan recientes.

—No vamos a analizar demasiado las cosas, ¿está bien? Yo también estoy sorprendido, un poco asustado.

—¿Eso es bueno o malo?

—La sensación es buena. Pero no suelo asustarme. Lo cual ya indica que eres diferente.

—¿Diferente cómo? —Miré hacia él, con los ojos bien abiertos, sorprendida. Nathan sonrió y me dio un beso en la parte superior de la cabeza.

—No lo sé aún, cosita impaciente. Vamos a descubrirlo juntos, ¿está bien?

—Está bien...

Me quedé en su regazo, y pronto Troy vino a hacernos compañía, pidiendo que lo subiera al sofá. Lo tomé y lo coloqué sobre mi abdomen, convirtiéndonos los tres en un delicioso amontonamiento.

Tampoco sabía bien qué pensar sobre lo que estaba sucediendo entre nosotros, pero, al igual que Nathan, quería descubrirlo. Estaba ansiosa por ello, por todo el proceso.



OLIVIA LANCASTER

Era curioso darle la bienvenida a una nueva persona en mi vida. Incluso cuando se trataba de una aparición pasajera, siempre tenía la sensación de que dejaba una marca. La mayoría de las personas tiene algo que enseñar o aportar.

No todas, en realidad, y está bien.

El problema empieza cuando esas marcas comienzan a hacerse un poco más profundas, a medida que la convivencia se vuelve más frecuente.

Habían pasado unos tres días desde que nos besamos por primera vez. Ninguno de los dos presionó para que volviera a suceder, mientras estábamos en su casa, porque sentía que todo entre nosotros fluía de forma muy natural. Estuvimos conversando, yo sentada en su regazo, y él me contó un poco sobre su rutina en el hospital, además del proyecto en Harmony Falls.

Yo le compartí cosas mundanas de mi vida, sobre todo mi deseo de estudiar psicología. Claro que no le expliqué que quería especializarme en el tratamiento de personas con adicciones, porque eso tal vez sería demasiado íntimo y me obligaría a tocar temas para los que aún no estaba preparada, pero él me escuchó, participó y se

entusiasmó con la posibilidad de que yo fuera a estudiar a Chicago y, quién sabe, conseguir un puesto en el hospital de su familia.

Cuando la noche terminó, me llevó a casa, y nos dimos otro beso, pero fue suave, muy distinto al primero.

Así que seguía en abstinencia. Quería más de mi Doctor Bombón, quería volver a sentir esa maravillosa sensación de pertenencia. Ese refugio que encontré en sus brazos, aunque fuera solo por unas horas.

Estaba pensando en Nathan cuando sentí que el celular vibraba en el bolsillo trasero de mis jeans.

Lo saqué y sonreí al ver que me había enviado un mensaje.

NATHAN:
¿Recuerdas al paciente del que te hablé, el que tenía los niveles de hemoglobina bajos?

OLIVIA:
Sí, claro.
Al que recomendaste que se hiciera una colonoscopía.

NATHAN:
Ese mismo.
Encontramos una herida en su intestino.
Nada grave, pero como está tomando anti coagulantes, las cosas se complicaron.
Yo tenía razón.
Vamos a cauterizarla y va a estar bien.
Tú me habías pedido que te avisara...

Aquella noche Nathan me había contado sobre varios de sus pacientes. Era impresionante el cuidado que tenía con todos ellos y cuánto se preocupaba. Me gustaba ver cómo los trataba, cómo conocía a muchos por su nombre y cómo le gustaba seguir los casos

de cerca. Tenía buen prestigio en la comunidad médica por su apellido, pero no usaba eso como excusa para hacer un trabajo menos humano o competente.

En los últimos tres días, aunque no nos volvimos a ver -en parte porque queríamos ir despacio y también porque nuestras agendas no coincidían-, hablamos mucho por mensaje. El intercambio era constante, y él me contaba muchos detalles de su rutina en el hospital. A veces se indignaba por ciertos errores que veía, pero también había tomado a esos jóvenes médicos del pueblo bajo su ala, y yo ya empezaba a sentir una especie de orgullo cuando hablaba de ellos.

No pude evitar sonreír. Tenía a mi propio superhéroe personal.

OLIVIA:
¿Qué tan arrogante vas a estar esta noche cuando nos veamos, Doctor Sabelotodo?

Finalmente, después de lo que pareció una eternidad, íbamos a poder vernos esa noche. Quedamos en cenar, en un restaurante, para variar, y después dejaríamos que la noche nos llevara.

Aún no le había contado que era virgen, pero en algún momento tendría que hacerlo, porque intuía que más besos como aquel primero nos llevarían a algo más.

NATHAN:
Nada que no me merezca.

Envié un emoji con los ojos en blanco.

Juraba que la provocación iba a continuar, pero su siguiente mensaje me sorprendió.

NATHAN:
Estoy leyendo y releyendo el mensaje sobre vernos esta noche.
De verdad que estoy ansioso por eso.

No importaba que tuviera ese pequeño lado arrogante en su corazón. Sabía cómo ser tierno cuando quería.

OLIVIA:
Yo también lo estoy.

—¿Por qué no me sorprende que estés sonriendo como una tonta frente a la pantalla del celular y tan ida que ni siquiera me escuchaste llamarte?

Levanté la vista de golpe y vi a Portia justo enfrente, sosteniendo dos libros contra el pecho.
Pensaba seguir escribiéndole algo a Nathan, pero solo bloqueé el celular presionando el botón lateral y lo guardé rápido en el bolsillo.

—No te escuché porque hablaste bajito —intenté explicarme, y entonces agarré los libros apilados en una estantería que necesitaba limpiar.

—Estamos en una librería.

—¿No se supone que solo en las bibliotecas hay que hablar bajo?

—No sé. Nunca me dieron un reglamento.

—¡Grosera!

Empecé a trabajar, pasándole el plumero a los libros, y Portia se apoyó sobre la estantería, jugueteando con su cabello trenzado.

—Si compro estos dos libros, ¿te dan comisión, verdad? —dijo con un tono bien meloso.

—Sí. Lo sabes. Pero, ¿por qué lo preguntas?

—Porque eso me haría una amiga genial, ¿no te parece?

La miré de reojo, ya esperando el golpe bajo.

—¿Qué quieres, Portia Abigail?

Ella odiaba su nombre completo, y yo lo usaba sin piedad cuando discutíamos o cuando quería llamarle la atención.

—Esa blusita tuya linda, la verde. ¿Me la prestas?. —Parpadeó muchas veces, como si fuera una nena inocente.

—¿Hace falta tanto drama? Sabés que no tengo casi nada bonito para compartir con vos. Si quieres algo, pídemelo y listo.

—Eres la mejor. Voy a comprar los libros y quedarme leyendo en la cafetería de al lado hasta que termines tu turno.

—Dile al cajero que te convencí. Que soy la mejor vendedora que conociste. —Obviamente era una broma, porque no solo mi jefa, sino toda la pequeña ciudad de Harmony Falls sabía que Portia y yo éramos mejores amigas.

Faltaba media hora para que pudiera cerrar el turno, y normalmente me gustaba quedarme en la librería. No solo porque me encantaba el ambiente, porque amaba los libros, sino también porque era mucho más seguro que mi propia casa.

La mayoría de las veces, cuando llegaba, mi mamá estaba revolcándose con alguno de sus novios, o tan drogada que me daba vergüenza.

Hacía al menos un año que no conseguía tener una conversación con ella, que no teníamos una relación normal de madre e hija.

No quería llegar a casa y que hubiera comida quemada en el horno -aunque, claro, eso ayudaría mucho-; incluso preferiría ser yo quien cocinara, con tal de que ella cenara conmigo. Que me preguntara cómo estuvo mi día.

Quería poder contarle que estaba saliendo con un tipo increíble. Explicarle que había probado el mejor beso de todos.

Quería desahogarme y recibir algún consejo.

Tal vez estaba buscando una perfección inalcanzable, pero los sueños eran sueños.

Ese día, Portia salió de la librería conmigo. Muy pocas personas entraban a mi casa, porque no quería que vieran el estado en el que se encontraba. Claro que sabían quién era mi madre. Claro que sabían que vivía con una adicta en una situación grave. Pero era diferente cuando la veían.

Siempre había sido una mujer hermosa. Llena de vida. Nunca fue exactamente una buena madre, pero nunca dejó que me faltara nada. Yo fui un accidente, y ella nunca dejó de dejarlo claro. No con palabras, pero con acciones. Aun así, la gente la quería.

Todo comenzó con uno de sus novios. Uno que la llevó a probar, y a engancharse. Desde entonces, era la paria del pueblo. Y lo sería aún más si la vieran.

Portia, sin embargo, era distinta. Ella sabía todo.

Abrí la puerta de casa y estuve a punto de dudar, pero mi amiga me empujó suavemente, intentando hacerme ver que no pasaba nada con que entrara. Yo no lograba estar de acuerdo con eso, seguía sintiendo vergüenza, pero avancé.

Subimos las escaleras mientras Portia fingía que todo estaba bien, hablando sobre el libro que había comprado en la librería y que ya había empezado a leer. Una de las cosas que nos unió fue justamente la literatura. Harry Potter, para ser más exacta.

Casi logró entusiasmarme con lo que contaba, y pasamos por la puerta del cuarto de mi madre sin que yo hiciera mi chequeo habitual. Cuando Portia se fuera, sin duda iba a revisar, tocando la puerta con cautela.

Aparentemente, estaba sola, porque todo estaba demasiado en silencio.

Me detuve frente a la puerta de mi habitación y la abrí con la llave. Era triste tener que cerrarla con llave, pero si no lo hacía, un día iba a volver y no encontraría ninguna de mis cosas. Ella podía forzar la puerta, sus novios también, pero quizás ese era un límite que ni siquiera su falta de juicio era capaz de cruzar.

—Liv —me llamó Portia, con un tono que me asustó un poco. —¿Puedes venir?

Vi a mi amiga parada frente a la puerta del cuarto de mi madre, casi en estado catatónico. Había una rendija abierta, lo que ya me puso más tensa.

—¿Qué pasa? —pregunté, acercándome.

Ella señaló la rendija, y entonces lo vi.

Me maldije por no haberlo notado antes, cuando eché una mirada rápida al pasar. Vi parte de la mano de mi madre asomando, lo que daba a entender que estaba tirada en el suelo.

No era algo fuera de lo común. Muchas veces había llegado a casa y la encontré así, corriendo hacia ella solo para descubrir que se había caído de la cama o que se había quedado dormida ahí mismo, sin darse cuenta de nada.

El problema fue que mi corazón se aceleró de una forma aterradora.

Empujé la puerta de madera, que crujió al abrirse, y ese sonido también me pareció un mal presagio. Era el mismo de siempre, de un mueble que necesitaba arreglo como todo en esa casa, pero esta vez solo sirvió para hacerme sentir como si estuviera en una película de terror.

No necesité dar muchos pasos para verla, completamente pálida, con los labios azulados. Tampoco tardé en entender lo que había pasado al ver todas las cosas en el suelo, especialmente un frasquito y una jeringa.

Todavía tenía un torniquete amarrado al brazo, y cuando me acerqué, tirándome al suelo a su lado, sentí su piel helada.

—¡Mamá! —grité, buscando su pulso. Estaba un poco débil, pero estaba ahí.

También acerqué mi cara a su nariz, intentando ver si respiraba.

Gracias a Dios, sí lo hacía.

—¡Portia, llama a una ambulancia, por favor!

No miré en dirección a mi amiga, pero escuché sus movimientos y supe que se estaba moviendo.

Yo, por mi parte, me quedé un poco paralizada, mirando a mi madre en ese estado, culpándome por haber dejado que todo llegara a ese punto. Me preguntaba qué clase de hija era, que no había hecho nada antes, que no la había obligado a buscar ayuda.

¿Qué clase de persona era, que me permitía vivir momentos de romance con un tipo, que me besaba con un casi desconocido, mientras mi madre se destruía frente a mis ojos?

Pensar en Nathan me causó una angustia insoportable, como si todo lo que hacía estuviera mal. Pero al mismo tiempo, me impulsó a reaccionar.

Saqué el teléfono del bolsillo y lo llamé.

—¡Hola, preciosa! —contestó, animado. —¿Puedes creer que justo estaba pensando en ti y…?

—Nate... —su nombre salió entre sollozos de mi boca. —Mi mamá... Ella...

—¿Qué pasó, Liv? —su voz se volvió tensa de inmediato.

—Tuvo una sobredosis. ¿Qué hago? ¿Qué hago? —pregunté, desesperada.

Nathan tardó poco más de un segundo en reaccionar. Menos mal que al menos uno de los dos tenía la cabeza fría.

—¿Ya llamaron a una ambulancia?

—Sí, mi amiga lo está haciendo.

—Perfecto. ¿Le revisaste el pulso?

—Sí. Está viva.

—Aún mejor. ¿Puedes girarla hacia un lado?

¿Con lo flaca que estaba mi mamá? Yo sola podía hacerlo, pero Portia regresó y, al verme intentando moverla, me ayudó de inmediato.

—Listo —le avisé a Nathan.

—Muy bien, hiciste todo correctamente, querida. Déjala así por unos minutos, pero no le quites los ojos de encima. Dale un masaje cardíaco y trata de despertarla. Pero debes saber que la ayuda está en camino. Intenta juntar todo lo que encuentres cerca de ella. Vamos a hacer pruebas con las drogas y así podremos darle un tratamiento más preciso. Voy a agilizar todo desde acá. En

cuanto llegue al hospital, me voy a encargar de ella personalmente, ¿de acuerdo?

Eran muchas indicaciones, pero podía con eso.

—Está bien. Está bien. Está bien.

No sé cómo logré tener la claridad suficiente para cortar la llamada, pero sentí cuando Portia buscó mi mano -que seguía apoyada en el suelo- y la sostuvo con fuerza. La miré de reojo, sintiéndome completamente perdida, pero al mismo tiempo agradecida por no estar sola.

Muy, muy agradecida.

Solo necesité unos segundos para recuperarme, hasta que empecé a hacerle el masaje cardíaco, con la esperanza de poder ayudarla.

Esa noche, esperaba muchas cosas.



CAPÍTULO 14

NATHAN MITCHELL

Yo podría haber acompañado a la ambulancia que fue a buscar a la madre de Olivia, pero decidí quedarme en el hospital y dejar todo preparado para cuando llegara. Reuní a un equipo formado por los mejores que tenía disponibles en ese momento, incluyendo a uno de los médicos que había estado conmigo en el proyecto en Chicago.

Moví influencias y conseguí ayuda para ir a buscarla lo más rápido posible, y cuando llegó, fui yo mismo a recibirla.

La camilla fue llevada por los pasillos mientras uno de los para-médicos usaba una bolsa de oxígeno de silicona para intentar mantener la ventilación artificial.

—¿Ya le dieron Narcan? —pregunté a uno de los para-médicos.

—Sí, doctor.

—¿Cómo están las vías respiratorias?

—Respira por sí sola. Tiene taquicardia de 180. Está con fiebre y sudoración excesiva. —Lo último era fácil de notar. El cabello de la mujer estaba pegado a la frente y brillaba por completo. Sudaba por todos los poros.

—¿La presión?

—Dieciséis doce.

—¿Convulsionó en algún momento?

—No. Al menos no mientras estuvo con nosotros, pero la chica no supo decirlo con certeza porque no sabe cuánto tiempo llevaba así.

—Está bien. Bolo intravenoso. Lavado gástrico e intestinal inmediato. Diez miligramos de carbón activado por sonda nasogástrica. Manténganla estable. También quiero una tomografía, necesitamos saber si hay daños cerebrales.

Fui caminando al lado de la camilla, pero entonces vi a Olivia acercándose junto a una chica de su edad, bonita, negra, que prácticamente la sostenía.

Hice una señal para que mis colegas siguieran con la paciente, y me acerqué a ella, sabiendo que necesitaba una palabra de consuelo.

—Hiciste lo mejor que podías hacer —le dije, sabiendo que necesitaba escuchar algo que le devolviera un poco de ánimo. Sus ojos rojos y su rostro hinchado me decían que ya había llorado más de lo que merecía.

—¿Va a estar bien? —preguntó en un hilo de voz.

—Voy a hacer todo lo posible para que sí. —Ella asintió, confiando, y luego me volví hacia su amiga, esperando que entendiera mi leve gesto con la cabeza como un incentivo para que cuidara de Olivia.

Volví apurado a la sala de emergencias, enfocando toda mi atención en la señora Lancaster.

—¡Taquicardia de 250! —gritó alguien apenas entré, y corrí hacia ella para analizarla.

No podía perder a la madre de Olivia. No en esas circunstancias.

—Denme una bolsa de hielo. Rápido. Y preparen un gramo de adenosina.

Me atendieron de inmediato, y presioné el paquete de hielo contra su rostro, tratando de bajar su temperatura. Mientras tanto, los otros médicos actuaban, aplicándole la adenosina.

Revisamos sus pulmones, y había líquido en ellos. La taquicardia no se detenía. Una cosa era consecuencia de la otra.

Los minutos siguientes marcaron la diferencia entre la vida y la muerte. El equipo fue rápido, no solo en atenderla, sino también en realizar un examen toxicológico que permitió detectar que la sustancia en el frasquito que Olivia había llevado al hospital contenía fentanilo, lo que nosotros llamábamos "la droga de la muerte".

No era una sorpresa. Mezclado con efedrina, el efecto era certero. No era algo que haría un aficionado, y eso me hacía pensar que la mujer tenía un proveedor confiable.

Aunque no quería pensar en ello en ese momento, no fue difícil entender por qué Olivia no me dejó entrar a su casa aquel día. Tener una madre adicta era razón suficiente para querer evitar que alguien viera esa situación.

Después de todos los procedimientos, tuvimos que intubarla. Sus pulmones estaban levemente comprometidos, y aunque logramos bajar un poco la frecuencia cardíaca, aún no se había normalizado.

A aquella mujer todavía le quedaba un largo camino por recorrer.

Me quité el guante que estaba usando y lo arrojé sobre la mesa, casi con rabia. Aunque ejercía la medicina desde hacía bastante, no siempre podía aceptar las cosas con facilidad. No es que no estuviera acostumbrado a ver morir gente -incluso habiendo salvado muchas vidas-, pero salir de una sala de emergencias o de cirugía sin una definición clara siempre era frustrante. Internar a alguien en terapia intensiva sin saber si iba a sobrevivir era un proceso doloroso, y pensar que esa persona era la madre de alguien que me importaba me ponía todavía más inquieto.

La vida era cruel. La muerte, también. Estábamos constantemente atrapados en una lucha entre las dos; una batalla en la que nunca sabíamos quién iba a ganar.

—¿Dr. Mitchell? —La voz del Dr. Thompson, el arrogante que me había desafiado días atrás, sonó mucho más amable que la última vez. —Voy a atender una emergencia en el área de pediatría, ¿de acuerdo? Si necesita algo...

—Está bien. Puedes ir tranquilo. —Le di dos palmadas en el hombro, lo que pareció sellar una tregua entre nosotros.

Me quedé solo en ese espacio casi claustrofóbico, deseando, por un momento, que algo cambiara y pudiera darle alguna noticia a Olivia. Peor que decirle a alguien que una persona no sobrevivió -lo cual ya era lo suficientemente duro- era tener que informar que… no había información. Explicar todo el proceso y esperar que un ser querido aceptara que su padre, madre, hermano o pareja estaba en una especie de limbo, alimentando esperanzas que muchas veces podían romperse, era algo extremadamente doloroso.

Salí de la sala, caminando por el pasillo hacia el lugar donde la había dejado esperando. La primera persona que vi fue a su amiga, abrazándola, mientras Olivia tenía el rostro hundido en el pecho de la chica.

Juré que estaba llorando, pero cuando se giró hacia mí, en el momento en que notó mi presencia, me di cuenta de que estaba entera. Solo parecía muy cansada.

Quise abrazarla, consolarla, pero sentí que no era lo correcto estando en mi lugar de trabajo. Ni para mí, ni para ella. En las ciudades pequeñas, los rumores corrían rápido, y no quería que nadie interpretara mal la situación.

—¿Y? —preguntó, angustiada.

—Tu mamá está en terapia intensiva. Tuvimos que intubarla porque sus pulmones resultaron afectados —Como médico, necesitaba ser lo más honesto posible con ella. Pero noté que eso la puso aún más inquieta. —Estamos haciendo todo lo posible para estabilizarla. Dejé a algunos de los mejores profesionales del hospital con ella. Puedes confiar.

Olivia asintió, demasiado seria. Ese rostro tan melancólico me partía el alma.

—Tienes que comer algo —le dije, mirando a su amiga, buscando apoyo. Pensé que, como íbamos a cenar, probablemente no había comido nada, y eso me preocupaba.

—No tengo hambre, Nate.

—No cambia nada que te quedes acá con el estómago vacío esperando. Tienes que estar fuerte para poder sobrellevar esto.

Vamos a hacer todo lo que esté en nuestras manos para que ella esté bien, y cuando eso pase, tú debes estar bien —respondí con un tono más rudo del que hubiera querido, pero necesitaba ser firme.

—Vamos, Liv. Al menos un café. Yo te llevo.

Mi mirada se cruzó con la de su amiga, y ella comenzó a llevarse a Olivia, incluso sin que respondiera. Al menos era una preocupación menos para mí.

También fui a tomar un café, pero de la pequeña máquina que teníamos en la sala de descanso. Cuando terminé, regresé a la terapia intensiva, tratando de recabar más información.

—Logramos reducir un poco más la frecuencia cardíaca de la señora Lancaster. Está en 120.

—Excelente —le respondí a la doctora. Era una de las más prometedoras del lugar. —Administra 5 mg de Tridil y repite la dosis en una hora. Vamos a continuar así hasta llegar a 20 mg. También pide una tomografía cerebral.

Ella asintió, se alejó y se dirigió a su trabajo.

Me quedé ahí, recorriendo los pasillos de las salas, intentando ocuparme de otros pacientes.

Visité al señor Smith, el de la colonoscopía. A la señora Martin, que fue operada del páncreas. A la preciosa niña Verity, que se parecía tanto a mi sobrina. Sabía sus nombres. Le había hablado de ellos a Olivia. En ese momento, su madre era una de mis pacientes. Podía ser solo un nombre más en un hospital.

Había pasado una hora cuando finalmente salí hacia la recepción. También era mi hora de irme, y pensé que tal vez podría convencer a Olivia de que viniera conmigo, si su amiga no se había ofrecido antes.

Cuando llegué, había otra mujer con ellas. La dueña del buffet, que probablemente era la madre de la chica que la acompañaba.

En cuanto me vio, Olivia se levantó.

Ya había hablado con Olivia unas tres veces por mensaje, informándole sobre los avances que habíamos logrado, aunque sabía que eran pocos. Me sentía cansado.

La idea de la noche había sido cenar con una chica hermosa, darnos unos besos y tener un paseo romántico. Amaba mi profesión y jamás me importaría cancelar un compromiso por causa de un paciente, pero las cosas cambiaban cuando se trataba de algo personal.

—¿Alguna novedad? —Olivia se pasó la mano por el cabello. Lo tenía desordenado de una forma que me hizo querer peinarlo yo mismo. Ya fuera con los dedos o con un cepillo.

También quería cuidarla, tratar de borrar esa expresión de preocupación en sus ojos. Quería tener el poder de chasquear los dedos y arreglarlo todo, lograr que su madre se recuperara.

Quería además entender esa culpa que se le notaba en la mirada. Comprender la historia. Ahondar en los motivos por los que esa familia parecía estar tan rota.

Pero yo era médico, no adivino.

Respiré hondo antes de responder.

—Tu mamá está tan estable como puede estar. Medicada, bajo observación. Sus signos vitales están normales, dentro de lo posible. Como médico, lo único que puedo hacer en este momento es aconsejarte que te vayas a casa. Date una ducha caliente, descansa. —Me acerqué un poco más a ella, extendí la mano y toqué su rostro, sin importarme las personas alrededor. —Como el tipo que está interesado en ti, voy a proponerte que duermas en mi casa.

—¿Qué? No... yo no...

Sabía que sus dos amigas nos estaban observando, así que la tomé del brazo y la alejé un poco, solo para que pudiéramos hablar con más privacidad.

—Me imagino que estarás sola en casa, con tu mamá internada.

—Sí, pero no pensaba salir del hospital —dijo con total convicción. Era una chica decidida y, sin duda, tenía un espíritu protector.

Repetí el gesto de tocarla, pero esta vez hice lo que había querido hacer desde el primer momento: acomodé un mechón de su cabello detrás de la oreja.

—Si te quedas conmigo, voy a ser el primero en recibir cualquier noticia. Ante cualquier cosa, podemos volver de inmediato. Vas a poder descansar. —Ella estaba a punto de protestar, pero levanté el dedo para interrumpirla. —Confía en mí, Liv. No tienes que sacrificarte. Irte del hospital no te convierte en una mala hija, sino en alguien consciente. Por lo que entendí, son solo ustedes dos, ¿cierto? —Ella asintió. Sus ojos empezaban a llenarse de lágrimas. Era un tema sensible. —Entonces ella va a necesitarte.

Por suerte, no necesité muchos más argumentos para convencerla. Sus dos amigas parecieron algo preocupadas, pero respetaron su decisión. Así que Olivia salió del Harmony Falls Regional Medical Center conmigo, en mi auto, aunque no pude ignorar cómo giró el cuello para seguir mirando la fachada del hospital, como si al irse estuviera dejando su alma atrás.



OLIVIA LANCASTER

Bajé del auto, ya en la cabaña de Nathan, sintiendo como si no tuviera control sobre mi propio cuerpo. Mis piernas se movían simplemente porque no les quedaba otra opción, y de verdad agradecí cuando él se puso a mi lado, pasó su brazo firme por encima de mis hombros y prácticamente me sostuvo durante ese proceso.

Entramos, encendió la luz y se quitó el saco. Yo también me quité la chaqueta, que él tomó y colgó junto a la puerta. Hicimos todo eso en silencio, dejando que el ambiente hablara por nosotros.

El viento soplaba afuera, con esa suavidad típica de la primavera, y podía escuchar el agua del lago moviéndose despacito. También se oían algunos animalitos -quizás un sapo, un grillo-. Las hojas de la vegetación que rodeaba la propiedad crujían, y todo eso me transmitía un tipo de consuelo que la casa donde vivía con mi madre jamás me daría.

—¿Comiste algo? —fue lo primero que preguntó. Él también parecía muy cansado, lo cual era totalmente comprensible.

—Sí. Portia casi me metió un sándwich a la fuerza.

Nathan sonrió con debilidad.

—Las mejores amigas son así.

Asentí, de acuerdo, mientras caminábamos por la cabaña. Él se dirigió casi marchando a su habitación, abrió el armario y sacó una camisa.

—Te va a quedar grande, pero es lo que hay. ¿Te arreglas con la ropa interior?

—Siempre llevo algunas cosas extras en mi mochila. Nunca se sabe qué puede pasar cuando una pasa todo el día fuera.

—Una mujer precavida. Eso me gusta. —Ahí estaba su sonrisa encantadora de siempre, pero con ese dejo amargo que el momento ameritaba.

Era extraño todo. El abismo entre aquella otra noche, en la que nos besamos, y el comportamiento de Nathan ahora. Me gustaba ver que, a pesar de ser un tipo confiado y bromista, sabía cómo respetar los momentos y ser serio cuando hacía falta.

—Siéntete como en casa —dijo, mostrándome la suite. —Cuando termines, voy a estar en la sala. Mientras tanto, voy a armar una cama para mí en el sofá.

Estaba tan ida en ese momento que ni siquiera presté atención a lo que me estaba diciendo. Me sentía un poco atontada, como anestesiada. Solo cuando me metí en la ducha fue que la desesperación me golpeó.

Tuve que apoyarme en los azulejos, extendiendo la mano y tocándolos, mientras el agua caía sobre mi cabeza, mis hombros, y corría por todo mi cuerpo. Hubiera sido genial que también se llevara mis lágrimas, que me quitara los recuerdos de aquella noche desastrosa.

Tenía tantos pensamientos enredados en la cabeza que empecé a marearme. Varios puntitos plateados aparecieron ante mis ojos, y sentí que me desmayaría si no me sentaba de inmediato.

Me dejé resbalar por los azulejos, igual que el agua, y me senté en el suelo, encogida, abrazando las rodillas. Enterré la cara en ellas y me perdí ahí. Trataba de ordenar mis ideas, al mismo tiempo que quería tomar decisiones, pero tenía miedo de pensar en el futuro.

Perdí la noción del tiempo hasta que escuché, a lo lejos, unos golpes en la puerta. Insistentes, firmes.

—Olivia, ¿estás bien? —preguntó Nathan, sonando angustiado. —¿Olivia? —Su voz se volvió un trueno, y me sobresalté.

Podía mentir, podía decir que sí, que solo necesitaba un poco de tiempo, pero no fui capaz.

—No, no estoy bien.

Nathan irrumpió por esa puerta casi como si tuviera que derribarla. No me importó estar desnuda en ese momento. Seguramente ya había visto más cuerpos femeninos de los que podría contar, no solo los de las mujeres con las que se había acostado, sino también los de sus pacientes. No hacía ninguna diferencia.

—Ay, mi vida... —murmuró con pesar y empezó a actuar. Práctico, preciso, firme. Todo lo que yo necesitaba.

Corrió a cerrar la ducha, tomó una toalla y se agachó frente a mí, empezando a secarme. Aquella escena me hizo derrumbarme aún más.

—Yo... yo no suelo ser así. No soy débil de esta manera... —susurré, agotada.

—No veo a nadie débil. Aguantaste muy bien, preciosa. Actuaste rápido cuando encontraste a tu madre como estaba, pediste ayuda, llamaste a un médico, diste los primeros auxilios. En el hospital te mantuviste firme. No hay nada de malo en dejarte caer un poco. —Nathan hablaba con tanta dulzura y suavidad que hasta cerré los ojos. Podría haberme dormido ahí mismo, con él pasándome la toalla por el cuerpo, secándome, como si fuera un masaje.

—No dejo de pensar en cómo pude cerrar los ojos ante todo esto.

—¿Qué sería esto, mi vida?

—La situación de ella. Ya son muchos años lidiando con esto.

Nathan se quedó en silencio por un momento, pero me envolvió en la toalla enorme, cubriendo todo lo que pudo de mi cuerpo, y se sentó a mi lado.

—¡Te vas a empapar todo! —exclamé, con los ojos bien abiertos.

—No hay problema. —Hizo una pausa mientras se acomodaba de la mejor forma que pudo, y luego continuó. —¿Cuánto hace?

Suspiré, tirando de las puntas de la toalla y encogiéndome un poco más.

—Tenía quince años cuando empezó.

Nathan respiró hondo.

—Lo siento mucho. No es el tipo de cosa con la que una chica debería tener que lidiar. ¿Y tu papá?

—No sé quién es. Ni siquiera creo que mi mamá sepa. Ella era una chica… aventurera, como le gustaba decir. —Nathan asintió, y me alegré de que no hiciera ningún juicio. —Yo fui un accidente y arruiné su vida. Estaba de paso por Harmony Falls. Ese era su plan de vida: quedarse dos o tres meses en cada ciudad y luego partir hacia la siguiente. Trabajos temporales, relaciones breves, sin apegos, sin echar raíces.

Durante unos segundos reinó el silencio, pero era un silencio cómodo. No quería seguir hablando, solo quería dormir. Pero como yo había empezado la conversación, se me hacía difícil echarme atrás.

—¿De qué huía?

La pregunta me hizo girar la cabeza hacia él, sorprendida, con los ojos muy abiertos.

Nunca me lo había planteado. Tampoco había profundizado jamás en una conversación con mi madre para tratar de entender sus razones. Nunca fuimos íntimas a ese nivel.

—¿Tú crees que era eso?

—No estoy diciendo que hubiera una amenaza real, física. Pero tal vez estaba tratando de huir de sí misma. Empezar de cero.

Bajé la mirada, fijándola en el agua que corría por el desagüe, mientras pensaba.

—Y entonces aparecí yo, arruinando todos sus planes —concluí con cierta melancolía.

—No es tu culpa.

—Lo sé.

—¿Lo sabes de verdad? —Volví a mirarlo, aún sorprendida por lo directo que era.

Me gustaba tratar con personas así.

—A veces lo sé. Igual que sé que no puedo salvarla. Pero me pregunto si no fui negligente. Iba a casa todos los días y veía el estado en el que estaba. Solo pasaba, intentaba aconsejarla, pero nunca me impuse para obligarla a parar. ¿Hasta qué punto eso me hace cómplice?

—No se puede ayudar a quien no quiere ser ayudado, Liv. He visto a muchas personas llegar al hospital, víctimas de sobredosis como ella. Juran que van a dejarlo, van a clínicas de rehabilitación, pasan meses, regresan limpias. No pasa mucho tiempo antes de que terminen otra vez en emergencias por lo mismo. —Nathan extendió la mano hacia mí, y puse la mía sobre su palma. —Si no es una decisión de ella, tu insistencia no serviría de nada.

Sacudí la cabeza, imaginando que había mil otras cosas que quería sacar de adentro, pero ya no podía. Estaba cansada, agotada, y necesitaba renovar energías para poder enfrentar el día siguiente.

—¿Tú crees que va a estar bien? —pregunté en voz baja, mirándolo y sintiéndome más vulnerable de lo que quería.

—Creo que está recibiendo el mejor tratamiento posible y tiene buenas posibilidades. Dependerá de cómo responda su cuerpo y de su fuerza de voluntad para seguir adelante.

Era una respuesta prudente, y lo entendía perfectamente. También me quedé pensando en mi madre y en cuánto *querría* seguir viviendo. ¿Le gustaba esa vida que llevaba? ¿O elegiría el camino más fácil y simplemente se rendiría?

No debería estar pensando en eso. Mucho menos cuando Nathan pasó un brazo por mis hombros, apoyó mi cabeza en su hombro y empezó a acariciar mi pelo mojado.

Dejé que me meciera así, hasta que el cansancio fue tanto que me quedé dormida ahí mismo. Solo desperté cuando me sentí ligera, casi flotando, y me di cuenta de que me estaba cargando.

—Puedo… No hace falta… —balbuceé, como si estuviera ebria.

—Está bien, cariño. Te llevaré a la cama para que puedas descansar, ¿de acuerdo?

¿Qué más podía hacer sino acurrucarme contra su pecho, disfrutar de ese calor, sentir los latidos de su corazón y volver a dormirme?

A pesar de todo lo que estaba pasando, hacía mucho que no me sentía tan segura.



CAPÍTULO 16

NATHAN MITCHELL

Durante la semana siguiente, el cuadro de la señora Lancaster fue volviéndose menos grave. La presión dentro de los vasos sanguíneos del pulmón fue cediendo, y pudimos extubarla. Estaba siendo monitoreada en todo momento, y su presión se estabilizó, al igual que la frecuencia cardíaca. Seguía en coma, pero su actividad cerebral estaba dentro de los parámetros normales.

La vida dentro del hospital tuvo que seguir, y la dejamos en la unidad de cuidados intensivos.

No fue ninguna sorpresa cuando recibimos la noticia de que su estado era mejor de lo que se esperaba.

Yo estaba acompañando a dos médicos recién graduados que acababan de ser admitidos como interinos. No era mi función hacer de residente allí; ellos estaban siendo supervisados por otro doctor, pero este tuvo que viajar a un congreso, y yo asumí ese rol por algunos días.

Fue divertido.

Los observé mientras hacían las preguntas de rutina a una paciente de unos cuarenta años que se quejaba de un dolor abdominal intensísimo, además de náuseas, vómitos y malestar general. Se le había hecho un test de embarazo, pero el resultado

dio negativo. El problema era que la mujer estaba sufriendo tanto que apenas podía hablar.

La joven doctora insistía, poniéndose cada vez más nerviosa. Sosteniéndole el brazo con suavidad, la llevé a un rincón, dejando al otro médico con la paciente.

—Tranquila —dije, esperando que mi tono no sonara rudo. No quería que pensara que le estaba dando un sermón.

—Perdón, doctor. Es que ella no sabe explicar… quiero ayudar, pero…

—Hazle preguntas simples, que pueda responder con un "sí" o un "no". Supón cosas. Tócala. Pregunta lo más básico. Nuestro trabajo es leer entre líneas. —Ella asintió, aunque todavía parecía algo perdida. —¿Quieres que conduzca la consulta para que puedas observar?

Eso pareció aliviarla bastante. Volví junto a la paciente y le sonreí de forma encantadora, esperando que eso la hiciera sentir un poco menos asustada.

—Señora Adler, soy el doctor Mitchell. Necesito que me responda algunas cosas. Voy a tocarla, y necesito que me indique cuáles son los puntos que le duelen, ¿de acuerdo? No voy a hacerle daño, solo vamos a conversar.

Ella asintió, y cumplí lo que le prometí. Salí de la sala pidiendo un análisis de sangre y una ecografía abdominal. Podía jurar que se trataba de una apendicitis, aunque la mujer no tuviera fiebre.

Me estaba dirigiendo a revisar a otro paciente cuando mi nombre sonó por los altavoces.

—Doctor Mitchell, preséntese en cuidados intensivos.

Ya sabía que solo podía tratarse de algo relacionado con la madre de Olivia. Cuando me lo confirmaron, la realidad era mucho mejor de lo que había imaginado. Desde que la ingresaron, tenía mucho miedo de perderla. Era un temor que me acompañaba con cada paciente, porque todos eran igual de importantes; pero lo último que quería era dar esa noticia.

No a la chica con la que estaba empezando algo.

Una de las médicas de cuidados intensivos me dio toda la información necesaria, y primero quise asegurarme de que todo

estuviera bien antes de llamar a Olivia, que estaba en el trabajo.

Yo mismo revisé los signos vitales de la señora Lancaster, que todavía parecía un poco aturdida. Le hice algunas preguntas básicas para evaluar su memoria, y todo parecía en orden.

Demasiado en orden.

—Si hubiera sabido que me iba a atender un médico tan guapo, me habría enfermado antes.

Parecía estar bromeando, pero sí había un tono de coqueteo. Su voz sonaba arrastrada, como si aún estuviera drogada, y sus ojos seguían pesados.

—Mire qué coincidencia. Ese médico es el novio de su hija.

Eso pareció sorprenderla. Ni siquiera era del todo cierto, porque Olivia y yo no habíamos oficializado nada, y yo me iría en dos meses, pero casi que lo era, ¿no? Está bien que no la había tocado de nuevo con todo el caos, pero habíamos empezado a convivir, ya que en los últimos días se estaba quedando en mi casa.

Ninguno de los dos había dado el primer paso hacia algo más íntimo, solo parecíamos disfrutar de la compañía del otro, especialmente en los momentos difíciles por los que ella estaba pasando. Yo cuidaba de Olivia. Y ella también cuidaba de mí, pero de otra manera.

—Pues esa niña es más lista de lo que pensé. Más lista que su madre, sin duda —dijo en un tono entre murmullo y reproche, y juro que debería haberme quedado callado, pero sentí que merecía una pequeña conversación.

—Olivia es muy lista. Y dulce. Amable. Una mujer increíble. —Podría decir que fue ella quien crió a esa mujer, pero no sabía si podía atribuirle a la madre el carácter de Olivia, siendo que ella se las había arreglado sola desde muy joven. —Tuvo una semana bastante complicada, si me permite decirlo.

—No lo permito, pero me imagino que lo va a decir de todas formas.

Respiré hondo. Era amarga, esa mujer. No parecía tener mucho cariño por su hija, lo cual era triste.

—Lo haré. Porque me importa Olivia. Y creo que debo darte un consejo, como tu médico. —Ella puso los ojos en blanco. Eso me

dio una rabia que llegué a poner la mano en la reja de protección de la cama, cerrando el puño, esperando que eso me calmara un poco. —El egoísmo también es una enfermedad. Más corrosiva que cualquier sustancia química. Cuando estás drogada, imagino que te olvidas de muchas cosas malas, y eso te da un placer y alivio momentáneos. Pero no puedes olvidar que hay una persona que aún te ama.

—Ella ni siquiera debería amarme.

—Pero hasta donde sé, tú eres todo lo que ella tiene. Amar a alguien nunca fue una elección. Amamos porque no podemos no amar. Así como sospecho que a ti tampoco te resulta tan sencillo desintoxicarte, ¿verdad? —Ella se quedó callada. Ya estaba hablando más de lo que debía. Además, necesitaba hablar con Olivia y darle la buena noticia. —Espero que te mejores. Cualquier cosa que necesites, solo tienes que llamar. Soy el Dr. Mitchell.

La Sra. Lancaster no me respondió, y yo solo me alejé, observando mientras ella giraba el rostro hacia el lado, como si no pudiera distinguir si estaba conmovida por lo que había dicho o si sería solo algo momentáneo. Esperaba haber ayudado a Olivia con mis palabras.

Salí de la UCI, saqué el celular y la llamé. Podría haberle enviado un mensaje, pero quería escuchar su voz al recibir la buena noticia. Claro que su madre aún necesitaba observación, teníamos exámenes por hacer, pero el hecho de que ella hubiera despertado, sin duda, era un gran paso.

—Hola, linda. ¿Vas a venir al hospital cuando salgas del trabajo? —le pregunté después de que atendió. Miré el reloj. Ya eran como las cinco y cuarenta de la tarde, y ella siempre pasaba por ahí después de su turno.

—Claro. ¿Está todo bien?

—Creo que vas a recibir una buena sorpresa cuando llegues —respondí, emocionado.

Ella entendió el tono de mi voz.

—¿Mi mamá despertó? —Cerré los ojos, porque el grito estridente que soltó después era, al mismo tiempo, adorable, pero

dañino para los oídos de cualquiera. —¡Dime que sí, Nate! ¡Por favor!

—Sí, querida. Despertó. Habló conmigo. Sus signos vitales están bien.

—¡Ay dios mío! Hablaré con mi jefe y le preguntaré si puedo ir allí ahora. ¡Muchas gracias!

Ni siquiera esperó mi respuesta, simplemente colgó desesperada, lo que me hizo sonreír.

En las horas siguientes, solo me enfoqué en la interacción entre madre e hija. Olivia era tan cariñosa que me dio la impresión de que aún se sentía culpable, incluso después de nuestra conversación en la ducha. La Sra. Lancaster, por su parte, conversaba con ella sin mucha afección, solo respondía, aún con la voz entrecortada. Pedía mucho también. Que arreglara la cama, que llamara a la enfermera, que intentara convencer a alguien para que le dieran algún medicamento. Decía que la comida estaba horrible y que la cama era dura.

La escena me estaba irritando, por lo que me alejé antes de decir algo de lo que podría arrepentirme. Me quedé observando desde lejos, revisando algunos expedientes, pero permanecí en el área de UCI. Me sentí aún más disgustado cuando unas horas más tarde apareció un hombre con una flor en la mano, que obviamente no podía llevar a un entorno como una unidad de cuidados intensivos, que está completamente esterilizada.

No me gustó cómo reaccionó Olivia ante su presencia, ni mucho menos cómo la Sra. Lancaster lo trató, como si él fuera mucho más importante que su hija. El tipo no había aparecido allí ni una sola vez, solo después de una semana, cuando la mujer finalmente despertó.

Normalmente solo permitíamos que un solo paciente estuviera allí, así que ella tendría que salir.

Decidí dejar de observar y de seguir esa escena deplorable. Le hice un gesto con la cabeza, y Olivia me siguió.

—Es uno de los amantes de mi madre, Joel. Dijo que recibió la noticia de una enfermera, que es su hermana. Yo ni siquiera sabía

de él —me fue explicando, mientras caminábamos por uno de los pasillos.

Abrí una de las puertas dobles, pasando por ella, con Olivia a mi lado.

—Parece que no te gusta.

—No. Creo que él es quien le da las drogas. Pero no puedo afirmarlo.

—Mmm —respondí, con un gruñido nada simpático. —Yo tampoco simpatizo con él. No me gusta verte cerca de él, ni la forma en que te mira —solté casi sin pensarlo y me arrepentí de inmediato de lo que había dicho.

No porque fuera mentira, sino porque sonaba demasiado posesivo. La conocía desde hace un mes, no tenía derecho a imponer ese tipo de cosas, mucho menos a controlar con quién se relacionaba; fuera un novio de su madre, fuera un amigo. Maldita sea, incluso si ella estuviera interesada en esa persona, no podía ser mi problema. No nos habíamos comprometido, no estábamos *saliendo*, no importaba lo que le hubiera dicho a su madre.

Pero fue terrible sentir que mis instintos protectores se activaban e incluso un poco de celos brotaban con la misma intensidad.

—¿Ah, no? —Sonrió Olivia. ¿Será que mi comentario no la había incomodado?

Ella tomó mi mano, entrelazando nuestros dedos.

—No. Pero creo que eso no importa, ¿verdad?

—Depende. Mi mamá dijo que te presentaste como mi novio —comentó, casi sin darle importancia. Giré la cabeza hacia un lado para mirarla y finalmente reconocí a la dulce chica que me había cautivado en aquel primer y desastroso encuentro.

Ella estaba nuevamente radiante.

—Lo hice —afirmé, con convicción, sintiéndome un poco tonto.

Pensé que Olivia me exigiría una respuesta, trataría de entender el motivo de esa conversación, o incluso me cuestionaría, ya que no le había consultado antes de decir algo tan serio a su madre.

Pero ella solo siguió sonriendo, con sus adorables hoyuelos, y seguimos caminando.

—Bueno... veamos a dónde nos lleva esto. Creo que puedo ir a tu casa esta noche. ¿Qué opinas?

Esa era otra cosa que me gustaba de ella. Sin juegos. No había sido invitada, al menos esa noche en particular, pero no se preocupó por lo que yo pensara, mucho menos por hacerse la difícil.

—Me parece una excelente idea.

Todavía agarrados de la mano, continuamos caminando, en dirección a la salida del estacionamiento del hospital, donde recogeríamos mi auto y nos dirigiríamos al chalet.

Mientras tanto, solo podía pensar que *realmente* me gustaba mucho.

Mucho, de verdad.



CAPÍTULO 17

OLIVIA LANCASTER

No era una cuestión de gratitud, aunque, de hecho, yo estaba muy agradecida. Él lo haría por cualquier paciente, sin dudas, pero su dedicación merecía ser destacada.

Tenía a un hombre increíble en mis manos. Ahora quedaba saber qué iba a hacer con ello.

Paramos en la tienda de comestibles antes de llegar a la cabaña, a comprar algunos alimentos para preparar la cena. Nathan conversaba conmigo como siempre, y yo juraba que él no tenía la menor idea de lo que iba a pasar esa noche.

Ni yo, para ser sincera. Solo lo sabía en teoría.

Troy nos recibió como siempre, restregándose contra nuestras piernas y haciendo su pequeño show. Después de prestarle atención, cada uno de nosotros se fue a bañar, y cuando volví, él estaba sirviendo dos copas de vino. El día en que mi mamá sufrió la sobredosis, teníamos planes de hacer algo diferente. Queríamos salir, tener una cita, cambiar de ambiente. No sucedió, y entonces sentí ese momento que compartimos como un ligero déjà vu.

Pero quería hacerlo diferente.

Estábamos distantes. Tanto como podíamos estar en la misma habitación.

Él, con la cadera apoyada en la mesa del comedor. Yo, en la misma posición, pero apoyada en el lavabo. Él llevó la copa a sus labios, bebiendo un sorbo, pero me miró por encima del borde, de una manera en que nunca me habían mirado antes.

—Creo que sería mejor que vayamos a cocinar, preciosa. Para tu seguridad —dijo, con esa voz deliciosa.

Después de su mirada, llegué a sentir que el centro de mis piernas palpitaba. La tensión entre nosotros era tan intensa que, si estiraba la mano, podía tocarla.

—¿Por qué? —pregunté, segura de que podría seguir provocándolo, ya que quería que fuera más lejos.

—Porque si me acerco, te voy a agarrar, te voy a tirar sobre esta mesa y voy a beberme el vino de ti, en lugar de usar esa maldita copa.

Si me hubiera hecho un electrocardiograma en ese momento, sin dudas habría visto que mi corazón estaba más que bien, porque volvió a la normalidad después de saltarse algunas pulsaciones, y juraba que en cualquier momento simplemente se iba a detener. Mi pulmón probablemente tampoco estaba dañado, porque logré encontrar oxígeno, aunque casi no podía respirar.

Eso sin contar la sangre, que estaba caliente, casi hirviendo.

No solo la sangre, en realidad.

—Nadie te lo impide —respondí impulsivamente, y hasta pensé que él dudaría o insistiría en que era demasiado pronto. O, tal vez, solo fuera uno de sus halagos precisos y encantadores.

Pero Nathan no retrocedió. Ni por un segundo.

Después de dejar la copa sobre la mesa, se acercó hacia mí. En cuanto se puso frente a mí, tomó la mía y la puso sobre el fregadero, y yo...

¿Cómo decirlo?

Agarrada sería una palabra suave para lo que pasó, porque fui arrebatada.

Nathan se inclinó un poco, me abrazó por la cintura y me levantó del suelo. No me sentó de nuevo sobre el lavabo, pero me mantuvo suspendida por la fuerza de su brazo, y con la otra mano me sostuvo la nuca, marcando el ritmo del beso.

No había nada lento. No había nada inocente. Su boca me tomó sin freno, sin piedad. Era una exploración feroz, una cadencia alucinante. Una locura.

Menos mal que Nathan me sostenía de esa forma, porque si no, no hubiera podido mantenerme en pie.

Con la misma firmeza, me llevó hacia la mesa sobre la cual prometió que me tiraría, primero poniéndome de pie, junto a ella.

Ninguno de los dos dijo nada, pero comenzamos a arrancarnos la ropa, mientras luchábamos para que el beso no se interrumpiera, porque yo, al menos, no quería de ninguna manera dejar de sentirlo, de probar su sabor que se mezclaba con el dulzor de la bebida.

Nathan me dejó solo con las bragas, quitándome por último el sostén con una destreza impresionante, usando solo una mano. Sujetándome por los muslos, me levantó y me puso sobre la mesa, justo en el borde. Él seguía con los pantalones puestos, y yo quería desnudarlo por completo, para verlo, pero ya estaba completamente sin aliento cuando miré su pecho.

Todo definido, Nathan parecía modelado por las manos de un escultor muy competente. Sus hombros eran anchos, y no solo estaba musculoso, era grande. La cintura estrecha terminaba en esa V que descendía hacia sus caderas, metiéndose en la cintura del pantalón. Sus marcados abdominales estaban duros como una roca y fueron lo primero que toqué con la mano cuando se acercó a mí, empujándome hacia abajo sobre la superficie de madera.

—Voy a besarte toda. Maldita sea, Olivia. Necesito besarte. Cada centímetro. Cada maldito centímetro de ti.

Al decir eso, usó ambas manos para sujetarse, se inclinó sobre mí y encontró nuevamente ese punto sensible en mi cuello, el cual ya había explorado la vez anterior, torturándome con su lengua.

Le sentí estirarse, aunque no sabía por qué. No es que pudiera pensar con él tan cerca y haciendo todas esas cosas, pero cuando se apartó -solo un poco, lo que me dio la oportunidad de respirar-, sentí que un líquido se deslizaba por el hueco de mis pechos, hasta que la cálida lengua de Nathan lamió el camino desde justo encima de mi ombligo, hasta mi pecho.

Pude ver que sostenía la botella de vino, y eso era lo que había vertido en mí.

—Te dije que iba a beber sobre ti, ¿no?

Asentí, un poco perdida con la cantidad de cosas que estaban pasando al mismo tiempo. Lo vi tomar la copa, mojar el dedo en ella, para luego llevar ese mismo dedo a mi pezón, dejando que unas gotas de vino salpicaran sobre él. No tuve tiempo de reaccionar, porque su boca se zambulló, chupando con fuerza el pezón.

Gemí tan fuerte que casi no reconocí el sonido de mi propia voz. Mi cuerpo también respondió de una forma nueva, arqueándose, ofreciéndose.

Repitió el gesto en el otro, más tiempo aún, incluso mordiéndolo un poco, lo que me hizo jurar que el corazón se me iba a salir por la boca.

Quería decirle que era virgen, que nunca me habían pasado esas cosas, pero me quedé sin palabras. Era incapaz de pensar, de formular ideas.

Sentí su dedo en mi boca, untándome los labios con el líquido rojo. Sin embargo, antes de que pudiera lamerlo, Nathan me besó, usando su lengua para saborearme a mí y a la bebida.

Su otra mano, que no había estado en el vino, bajó hasta la mitad de mis piernas, sacándome las bragas. Puso dos de mis dedos en mi clítoris, masajeándolo mientras hacía el amor con mi boca, aumentando lentamente el ritmo de ambos.

Solté un gemido aún más fuerte cuando encontró mi concha y metió uno de sus dedos hasta el fondo, sin que yo estuviera preparada para la sensación que me provocó. Era algo nuevo. Nadie había llegado nunca tan lejos.

Mientras Nathan me masturbaba y yo sentía todas esas cosas por primera vez, volvió a verter el vino en mi interior, en mi vientre. Lamió alrededor de mi ombligo, aspirando la bebida, y sentí que bajaba un poco más.

Su lengua se ocupaba de mi clítoris, jugando con él, húmedo -no sabía si por su saliva o por el vino-, mientras seguía siendo penetrada. Sentí como aquella increíble boca succionaba aquel punto

tan sensible, que ya estaba hinchado, mientras sentía como deslizaba su dedo índice en mi interior, manteniéndolo en forma de gancho, lo que hizo que diera en el punto justo.

El lugar que ni siquiera conocía, que nunca había sido explorado, pero que al parecer era una absurda fuente de placer.

Rodeé su cintura con mis piernas, apretándolas entre sí.

—Vénte, preciosa…

¿Cómo sabía que iba a acabar?

¿Cómo *sabía* yo que eso iba a ocurrir?

Todo dentro de mí daba vueltas, explotaba. Todo era un desastre, un caos. Al mismo tiempo, algo tan maravilloso que no podría describirlo aunque lo intentara.

Y ni siquiera *quería* intentarlo.



CAPÍTULO 18

NATHAN MITCHELL

Ella era como chocolate derritiéndose en mis manos. Nunca había sentido una entrega como la de Olivia; nunca una mujer me había respondido así. Como si fuera... inocente. Como si no supiera nada de lo que le estaba haciendo.

¿Podría ser eso posible?

Mi mente llegó a planteárselo, pero estaba tan embriagado, mirándola después del éxtasis, que no podía concentrarme en nada más que en lo hermosa que estaba, toda sonrojada, sin aliento e incluso un poco sorprendida.

Mirando su cara, lo primero que parecía destacar en ella eran los labios hinchados por mis besos, así que volví a llevar mis dedos a su vulva empapada, mojándolos, y los pasé por su boca, como si de vino se tratara. Volví a saborearla con un beso mientras la levantaba de la mesa, la rodeaba por la cintura y la llevaba al dormitorio.

Cuando la acosté en la cama, sentí que su cuerpo se tensaba un poco; más aún cuando me quité los pantalones, dejándolos caer al suelo junto a los calzoncillos, quedándome desnudo.

Esto reforzó un poco más mis sospechas.

Me acosté encima de ella, besándola una vez más, esperando a que dijera algo.

Y eso fue lo que pasó.

—Nate, yo... tengo algo que decirte... antes de que... vayamos más lejos —tartamudeó, sonando extremadamente vulnerable-.

—Creo que sé lo que es. No tienes que decírmelo si no quieres. No cambia nada para mí, pero necesito saber si estás segura... Podemos parar, si…

—No. No quiero parar. Te deseo.

Y yo la deseaba a ella. En ese momento, mientras nuestros cuerpos desnudos se acercaban, calientes y llenos de deseo, habría jurado que no había forma de que me apartara. A menos que ella me lo pidiera. A menos que dijera que no.

Sería físicamente doloroso, pero lo haría.

No obstante, con su consentimiento, alargué la mano y abrí el cajón de la mesita de noche. Allí tenía una billetera y sabía que había un preservativo. Abrí el paquete, lo deslicé sobre mi pene y volví a llevar mi mano entre sus piernas. Todavía estaba mojada, pero volví a jugar, esperando que el proceso fuera lo menos doloroso posible.

Cuando me metí dentro de ella, lo hice despacio, por mucho que me costara autocontrolarme.

Olivia hizo una mueca cuando llegué a un punto en el que sabía que iba a romper su himen. Me detuve, probando cuánto podía aguantar.

—No pasa nada. Es que eres grande... —lo dijo con tal naturalidad que me reí.

—Eso le sube el ego a un hombre, preciosa. Me lo tomaré como un cumplido.

—Sí, sí... ¡ay! —Odiaba hacerle daño. Odiaba que siguiera tensa. Así que tuve que hacer algo para calmarla.

Tomé su mano y la llevé a mi pecho. Justo al lado de mi corazón.

—¿Lo notas? —pregunté, mientras me movía un poco más.

—¿Tu corazón?

—Sí. Está acelerado…

—El mío también.

—¿Sabes lo que es eso? —Ella asintió, mientras yo seguía enterrándome dentro de ella, tan cuidadosamente como podía. —Es dopamina. Actúa directamente sobre los receptores beta-1 del corazón. Cuando esto ocurre, aumenta la fuerza de contracción del músculo cardíaco, lo que induce o exacerba las arritmias.

—¿Ese es tu *lenguaje sucio*? —preguntó con una sonrisa tonta en la cara. Esto era mejor que la mueca, estaba funcionando.

Me moví, llevando también mi mano a su pecho, pero acariciándola, incluidos sus senos, pasando mi palma sobre su pezón, haciéndola retorcerse.

—No. Te explico cómo funciona el cuerpo cuando estamos enamorados.

Esto pareció sorprenderla, porque sus ojos se abrieron de par en par y me miró, muy confusa.

—¿Enamorados?

—Sí. Si dices que no lo estás, me decepcionaré mucho.

En cuanto terminé de decir eso, llegué por fin al punto más profundo de su cuerpo, y ella jadeó. De dolor, por supuesto. Pero sabía que duraría poco. Yo haría que así fuera.

—Lo estoy. —Mientras ella hablaba, moví un poco las caderas y volvió a jadear, mordiéndose el labio inferior. —Sí, lo estoy, Nate.

—Es bueno que estemos en la misma página.

¿Qué íbamos a hacer con eso? No tenía ni idea. Teníamos poco tiempo, porque yo no podía evitar volver a Chicago, y no creía que Olivia pudiera acompañarme.

Pero aún teníamos tiempo para decidir.

Deslicé la mano entre nuestros cuerpos y bajé hasta el clítoris de Olivia, estimulándolo, con la esperanza de provocar placer en medio del dolor.

—Eres preciosa, ¿lo sabes? Nunca he visto nada más hermoso que cuando acabaste. Quiero volver a verte así. —Empujé un poco más fuerte, probando, y ella pareció sentir menos dolor. Estaba desesperado, porque quería mucho más, pero tenía que contenerme para no perder la delicadeza y hacerle daño. —Demonios, Liv. Esto muy bueno... muy bueno. Quiero que sientas lo mismo que yo.

—Entonces dame más —dijo, y yo casi gruñí, porque no me había esperado su reacción.

Volví a penetrarla hasta el fondo, repitiendo el movimiento más de una vez.

Poco a poco sentí que se acostumbraba.

Tenía que ser paciente. Era su primera vez. Por mucho que quisiera perderme desesperadamente en su cuerpo, por mucho que la química que teníamos me hiciera desear penetrarla con fuerza y oírla gritar mi nombre, mantuve el control. Por muy poco.

Pero Olivia empezó a gemir suavemente. Encontré un punto sensible en su interior y conseguí agarrarla del muslo, levantándola y sujetándola alrededor de mi cintura, poniendo a prueba su límite. No parecía sentir dolor, solo placer.

Entonces la solté un poco. Me permití ir más allá, sumergiéndome dentro de ella, acercándome a lo que realmente deseaba.

—Cuando estés lista, cariño, voy a darte mucho más —necesité decir, mientras embestía, controlándome. Aferrándome con los dientes apretados.

—¡Ahhhhh! —Olivia gemía más fuerte, volviéndome loco.

Estaba al límite.

Mierda, había llegado demasiado lejos.

La sentí endurecerse dentro de mí, anunciando que estaba a punto de acabar. Gimió con fuerza, agarrando la sábana y arqueando el cuerpo.

Yo también cedí y llegamos al clímax casi juntos.

Fue una revelación para mí. Nunca había tenido sexo estando enamorado. Y para ella era la primera vez. Cada uno experimentaba una sensación nueva, pero cuando nos miramos, cada uno con una mano en el pecho del otro, sintiendo que nuestros corazones se aceleraban, dije, jadeando:

—Dopamina…

Olivia sonrió. Yo le devolví la sonrisa.

Estábamos enamorados.

Pasamos un rato más en la cama y finalmente fuimos a cenar. Después del sexo, definitivamente necesitaba comer.

Me reconfortó mucho ver a Olivia más suelta y menos melancólica después de los últimos días difíciles. Saber que su mamá estaba mucho mejor hizo que esa increíble luz que irradiaba volviera a encenderse.

Fue duro para mí pensar en aquella escena de ella en el hospital, hablando con su mamá cariñosamente y siendo tratada con indiferencia. Más aún cuando llegó el amante, que miró a Olivia como si fuera un trozo de carne.

¿Cuántas situaciones embarazosas había pasado probablemente esa chica en su propia casa? No me extraña que no me dejara entrar.

—Ese hombre... el novio de tu madre…

—Novio, no. Amante —corrigió ella. —Joel. El tipo está casado.

—Bueno. Amante. ¿Va mucho a tu casa?

Olivia dejó lo que estaba haciendo para mirarme.

—Te vas a preocupar por eso ahora, ¿no?

—Un poco. ¿Te incomoda?

Ella sonrió, acercándose. Se puso de puntillas y me besó.

—Es dulce que te preocupes, pero está bien. No tiene solo uno, como te dije. Algunos son simpáticos, otros son idiotas. Este usa la excusa de que su mujer no puede darle un hijo. Queda embarazada y siempre lo pierde. Entonces acude a mi madre para "aliviar sus penas".

—¿Y ella acepta?

Se le escapó una risita mientras volvía a remover la olla.

—¿Siempre y cuando él mantenga su adicción? Es difícil para ella decir que no. También le paga algunas facturas. Es bastante triste, por eso me siento tan culpable.

Le puse la mano en el hombro, masajeándole la nuca. Seguía tensa. No sabía si era por todas las emociones de la noche o por aquella conversación, pero no me gustaba verla así.

—Definitivamente no es culpa tuya. Lo he dicho antes y lo volveré a decir. Ella buscó su propio destino. Tú entraste en su vida sin preguntar.

—Para bien o para mal, es mi madre. Es mi deber cuidar de ella.

—Pero es más su deber cuidar de ti. Eres demasiado joven, Liv. No puedes declararte responsable de un adulto.

—Sí, ya lo sé. Pero aunque lo sé, es difícil dejarla ir. Más aún ahora que estuve tan cerca de perderla.

No me quedaba mucho por hacer. Quería convencerla de que estaba equivocada, de que la culpa que sentía era infundada, pero en ese momento lo único que podía hacer era ponerme detrás de ella, rodearle la cintura con el brazo y besarle la mejilla, mientras ella seguía cocinando para nosotros.

Mientras pudiera, cuidaría de ella. Era una misión que había asumido y que no pensaba descuidar.



OLIVIA LANCASTER

Un mes pasó volando. En pocos días, muchas cosas ocurrieron, incluida la salida de mi madre del hospital. Intenté cuidarla lo mejor que pude, pero parecía más gruñona que nunca conmigo. Tenía la impresión de que no le agradaba mucho la idea de que estuviera "saliendo con alguien". Siempre soltaba una broma venenosa sobre que ella no tuvo la misma suerte que yo, de encontrar a un hombre bonito y rico, porque se había quedado embarazada.

Como si yo tuviera la culpa de eso.

El problema era saberlo teóricamente, pero no en la práctica.

Los días se dividían entre cuidar a mi madre, trabajar y las noches con Nathan. Los mejores momentos los vivía con él; cuando podía simplemente relajarme, disfrutar de su buena compañía, y de la de nuestro gato, que por cierto, ya había crecido bastante.

Realmente amaba todas nuestras horas juntos; esperaba los encuentros con ansiedad, pero aquel sábado, cuando subí a su auto porque él vino a buscarme a la librería –que solo abría hasta el mediodía- estaba aterrada.

Cuando me vio, Nathan soltó una carcajada. Intentó contenerla, pero fue imposible, porque a mí me encantaba ese

sonido. No cuando lo usaba para burlarse de mí, claro.

Enojada, le di un golpe en el brazo, pero terminé lastimándome la mano, porque él parecía estar hecho completamente de piedra.

—Me río respetuosamente —comentó en tono burlón. Llevaba gafas de sol y, si cabe, cada día que lo veía me parecía más encantador.

—Ya sé... te conozco, Dr. Mitchell.

—Pero no es nada, preciosa. Solo vamos a conocer a mi familia.

—¡Claro! Las personas que más amas en el mundo. Incluyendo a tu sobrina.

—Que se va a enamorar de ti.

Cruce los brazos sobre el pecho, y puse los ojos en blanco.

—Tengo la sensación de que solo me viniste a buscar para que no me escapara.

—Sin dudas.

Él era realmente terrible. Mis manos temblaban. Y temblaron aún más cuando, una hora después de nuestra llegada a su chalet, un todoterreno se detuvo anunciando su llegada con el crujido de sus neumáticos sobre las piedras.

Los bifes ya estaban sazonados, y planeábamos freír unas papas para Bella, porque Nathan dijo que le encantaban. Yo solo quería una excusa para no salir, así que decidí hacer una salsa con algunos ingredientes que teníamos en la nevera, solo para tardar un poco más en encontrarlos.

A pesar de eso, había una ventana en la cocina, justo encima del fregadero, que usé para espiar.

La familia consistía en tres personas: un hombre alto, muy parecido a Nathan, solo que con el cabello un poco gris, que debía ser Thomas, su hermano. La mujer era rubia, delgada, bonita, con el cabello lacio. La niña era alta para su edad, y tenía el cabello castaño claro. Bella fue la última en salir del auto, pero cuando lo hizo corrió hacia los brazos de su tío, quien la recogió en un abrazo de oso, levantándola del suelo.

—¡Tío! ¡Te extrañé mucho! —dijo mientras giraba en el aire.

—Yo también, mi amor. Yo también.

Nathan abrazó a su cuñada y luego saludó a su hermano con un poco más de distancia. No sabía mucho sobre su relación, pero en principio no parecían muy cercanos. O tal vez Thomas Mitchell fuera un tipo frío en general, porque su esposa se acercó, poniéndose a su lado, y él no le tomó la mano, no la tocó ni la miró.

Lavé mis manos rápidamente mientras los escuchaba entrar, y me las sequé con el paño de cocina. Troy, que estaba cerca de mí, se acercó a las personas, y escuché a la niña exclamando:

—¡Oh, Dios! ¡Tienes un gatito!

Parecía tan adorable al decir eso que me armé de valor y me dirigí a la sala, solo para encontrarla abrazada al gato, sentada en el sofá.

—Deberías haberme avisado, Nate. No tengo la intención de darle un gato a mi hija.

—No te preocupes. Eres excelente diciendo que no —fue la respuesta siempre cínica de mi novio, y aún así puso su mano sobre el hombro de su hermano, apretándolo. Lo hizo rápido, porque enseguida me vio llegar y se acercó. Se puso a mi lado, rodeándome la cintura con un brazo, atrayéndome hacia él en un gesto que me pareció demasiado protector como para pasar desapercibido. —Chicos, ¿les hablé de Olivia? Pensé que este almuerzo en familia sería una buena oportunidad para presentárselas.

Sonreí, tratando de ser lo más amable posible, y la primera persona en acercarse para saludarme fue la mujer. No extendió la mano para un saludo frío, sino que me abrazó de inmediato, atrayéndome hacia ella.

—Mucho gusto, querida. Soy Lisa.

—¡Hola, Lisa! Nathan habla mucho de ustedes, especialmente de Bella —dije, volviéndome hacia la niña. Bella se levantó, aún con Troy en su regazo, y se acercó a mí con una mirada desconfiada.

—¿Eres la novia de mi tío?

La niña era directa. Muy directa.

—Sí, lo es, mi amor —Nathan se apresuró a responder, y yo levanté una ceja en su dirección, un poco sorprendida por tanta convicción.

No recordaba que hubiéramos hablado de eso.

Bella miró a su tío y luego a mí nuevamente. Nathan pareció animarla a hablar conmigo y entonces la vi sonreír.

—Eres bonita —dijo, linda y adorable.

—Gracias. Tú eres mucho más.

—El gatito también es bonito. ¿Cómo se llama?

—Troy.

Bella abrió los ojos sorprendida.

—¿Como Troy de High School Musical? —Eso me dejó sorprendida.

—¿Te gusta?

Lisa levantó la mano.

—A mí también me gusta.

—No te juzgo. Estoy un poco enamorada de Zac Efron, así que cuando salió, veía la película todo fin de semana. Sábados y domingos. ¿Sabes lo que eso significa? —Intenté relajarme un poco, porque ya tenía algo en común con la niña.

—¿Que no tienes vida social y no tienes mucho que hacer? —Claro que Nathan tenía que hacer una broma, que me hizo poner una cara bastante fea.

—¿Tu tío siempre ha sido tan tonto? —le pregunté a ella, señalando a Nathan con el pulgar.

La niña soltó una carcajada.

—¡Siempre!

—¡Eh! —Nathan se indignó. —Pero dejando los insultos de lado: ahora quiero saber qué significa, al final.

Extendí la mano hacia Bella, quien la tomó sin siquiera preguntarme por qué. Lo interpreté como un voto de confianza que me emocionó.

No tenía mucha experiencia con niños, pero me gustaban. Yo también había sido una niña de ocho años y aún recordaba cómo me gustaba ser tratada, especialmente porque, al tener que manejarme sola, maduré muy rápido, lo que me hizo odiar que me hablaran como si fuera una niñita.

Bella parecía ser muy lista también, así que no era difícil imaginar que tenía un comportamiento similar.

—Significa que las dos tenemos gustos similares y necesitamos ver la película juntas.

—¡SÍ! —Bella celebró, y yo salí corriendo con ella para encender la televisión, mientras los demás se preparaban para almorzar.

Al final, la tarde fue perfecta. Aunque Thomas era bastante frío, como pensé desde el principio, me trató con la mayor cordialidad posible. Después del almuerzo, él y Nathan se fueron al hospital, y yo me quedé con las chicas. Al igual que Bella, Lisa me recibió muy bien, e incluso vimos algunas otras películas juntas, mostrándole algo más antiguo a la niña, como Grease.

Troy estaba enamorado de Bella. No salía de su regazo, y cuando salía, era solo para jugar, casi como si fuera un cachorrito.

—Liv, ¿sabías que el gato más grande del mundo mide cuarenta y ocho centímetros? —preguntó, de repente, mientras comíamos helado.

—No, no lo sabía.

—¿Y sabías que el gato más viejo del mundo murió con 38 años, en 2005? Se llamaba Creme Puff. —La niña se rió sola. —¿No es un nombre horrible? Troy es mucho mejor.

—¿Sabes que pienso lo mismo? Un nombre excelente —comenté, sin contarle a la niña que, en teoría, Troy era nuestro gato temporal. Cuando regresara a Chicago, Nathan planeaba encontrarle otra familia.

—Si algún día tenemos una gata, mamá, podemos llamarla Gabriella. Creo que si insisto mucho papá estará de acuerdo.

Lisa se inclinó hacia mí, susurrando en mi oído.

—Puede que no lo parezca, pero Thomas es capaz de hacer cualquier cosa por esta niña. Aún más porque ella sabe cómo doblarlo. Y por la forma en que Nathan te mira, estoy segura de que no será muy diferente.

Lisa se volvió hacia su hija, diciéndole que tenían que hablar muy bien con su padre antes de pedir algo así, pero lo que dijo me dejó con la duda.

¿Qué me diría Nathan si, cuando llegara el momento de que él se fuera, yo le pidiera que se quedara? ¿O que me llevara con él?

Esto era algo que me intrigaba hasta que llegara el momento de despedirnos.



CAPÍTULO 20

NATHAN MITCHELL

A pesar de mis treinta y seis años, a veces aún me sentía un tonto, cerca de mi hermano de cuarenta y dos. Mientras hacíamos nuestro recorrido por el Harmony Falls Regional Medical Center, iba contándole con entusiasmo cada mejora que habíamos logrado en los dos últimos meses desde mi llegada. Cada cosa que conseguimos modificar, cada médico a quien enseñamos técnicas más modernas, cada paciente que salvamos, incluida la madre de Olivia.

Serio como siempre, estaba con las manos atrás, casi como si fuera un soldado, moviendo la cabeza y asintiendo, observando todo con atención.

Al finalizar el recorrido, saludó al equipo, dijo que prepararía un informe de lo visto y nos dirigimos al estacionamiento, donde recogeríamos el auto para regresar a casa.

Algo dentro de mí se movía, exactamente como si fuera un niño buscando un regalo de Navidad. Fue como si hubiera ido con muchas expectativas a esa visita y terminara caído de boca.

—¿Te gustó lo que viste? —le pregunté cuando subimos al coche. Esperé a que se pusiera el cinturón antes de obtener mi respuesta.

—¿En el hospital? Sí. Es un buen trabajo.

—¿Solo bueno?

—No voy a alimentar tu ego, que ya es suficientemente grande, Nathan. Es un buen trabajo. Aún podemos hacer algunas mejoras.

Me quedé paralizado, mirándolo, mientras él simplemente tomaba el teléfono y comenzaba a revisar cualquier tontería que pudiera ser más importante que la conversación conmigo.

Debería ser menos dependiente de sus opiniones, pero desde que mi padre había fallecido, Thomas se había convertido en mi referencia. Había siete años de diferencia entre nosotros, y siempre fui su sombra, incluso cuando era niño. Quería agradarlo; quería que mi proyecto tuviera éxito, que lo hiciera sentir orgulloso.

—No se trata de mi ego, Tom. Se trata de algo mucho más grande.

—Puede que no se trate de tu ego, pero tiene que ver con tu pene, ¿no?

Eso me golpeó como un puñal. No solo porque fuera una forma grosera de hablar —lo cual no era común en Thomas, —sino porque me sorprendió.

—¿Mi pene?

—Claro. ¿Vas a conseguirte una novia en cada ciudad a la que lleves el proyecto?

Ah, *de eso se trataba*.

No supe cómo reaccionar, solo me quedé con las manos en el volante, sujetándolo con fuerza, bajando la cabeza y respirando profundo.

—¿Eso es lo que piensas que está pasando? ¿Que estoy usando el proyecto como excusa para acostarme con mujeres?

—No tardaste mucho en encontrar una por aquí.

Bien. Estaba furioso.

—¿Eso es lo que piensas de mí, Thomas? —Exploté, llegando a golpear el volante. —¡Por favor, ¿no ves cuánto esfuerzo he puesto en esta mierda?! Estas cosas pasan. No planeaba involucrarme con nadie, pero pasó.

—La hija de una drogadicta... que trabaja en una librería... Conveniente para ella, ¿verdad?

Eso hizo que mi sangre hirviera. De una manera tan absurda que pensé que explotaría dentro de mis venas y se esparciría por todas partes.

Le levanté un dedo, acercándolo a su cara, en un gesto amenazante.

—Si tuviera un poco menos de respeto por ti, te mandaría a salir de este maldito coche y te daría un puñetazo por hablar así de ella —mi voz sonó como un gruñido.

Finalmente, Thomas dejó de mirar el celular y me miró. Sus ojos seguían serios, indiferentes, como si toda su vida fuera solo un juego que le aburría demasiado jugar.

—¿Crees que estás enamorado?

—No veo que eso sea asunto tuyo —continué irritado. Amaba a mi hermano, pero no toleraba la falta de respeto.

—Sí me importa, porque esto puede afectar muchas cosas. Cuando me casé con Lisa, elegí a la mujer correcta. Eso es lo que debemos hacer, considerando lo que nos espera.

Lisa era hija de un banquero. Una mujer que nació en cuna de oro. Bella, con una formación en Derecho de Harvard, educada y hacía obras de caridad. Era brillante y dulce; siempre bromeaba diciendo que Thomas había tenido mucha suerte.

Mi Olivia no había tenido ni la mitad de las oportunidades de Lisa. Tuvo una infancia complicada y una adolescencia igualmente problemática. Trabajaba duro y aún tenía que lidiar con los problemas en casa. También era hermosa. Dulce. En ningún momento podría compararlas, pero si lo hiciera, seguiría tomando las mismas decisiones.

—Solo la conozco desde hace dos meses, así que por supuesto el matrimonio no se me ha pasado por la cabeza, pero no la descartaría porque sea humilde. Es una chica increíble.

—Y concluiste eso con dos meses.

Estaba usando *mis* palabras en mi contra. Eso era muy cobarde.

Cansado de aquella conversación, arranqué el coche y salí del aparcamiento del hospital.

—No quiero hablar más del tema, porque ahora me das asco. Si quieres, haz tu puto informe sobre el proyecto, pero no te metas en mi vida personal.

—Lo que tú digas…

Y eso fue lo último que nos dijimos antes de llegar al chalet.

Encontré a las tres chicas llevándose muy bien, tomando helado, y Bella no paraba de hablar de Olivia, que por cierto, se dio cuenta enseguida de que algo malo había sucedido, sobre todo porque mi cara no debía lucir muy bien. Thomas, por su parte, parecía el mismo de siempre. No me sorprendía, ya que no mostraba muchas emociones.

Vi que Olivia me miraba con los ojos entrecerrados, un poco recelosa, pero tuvo que contener sus comentarios porque Bella seguía acaparando su atención durante un rato, hasta que empezó a pedirle un gatito a su padre.

Sea como fuere, mi familia no se quedó mucho tiempo allí, partieron con la excusa de que iban a aprovechar para visitar alguna ciudad cercana.

Me despedí de Bella con un abrazo enorme, y ella hizo lo mismo con su nueva mejor amiga, Olivia. Saludó a Troy, casi llorando cuando tuvo que dejarlo, y todo el proceso se alargó más de lo debido. Por mucho que quisiera pasar más tiempo con mi sobrina, el ambiente con mi hermano no era el mejor. Apenas nos mirábamos.

Tanto que cuando subieron al coche, casi respiré aliviado. Era horrible tener estos pensamientos, pero no podía controlarlos. Thomas me había defraudado, me había llevado al límite, y realmente era mejor que nos alejáramos antes de que todo volviera a estallar.

—¿Te encuentras bien? —Me sorprendí cuando Olivia me rodeó la cintura con los brazos y apoyó la cabeza en mi pecho.

—Me he peleado con mi hermano, pero ya se me pasará.

¿Por qué fue?

Fue estúpido por mi parte mencionarlo, ya que no quería seguir hablando de ello, y mucho menos explicarle que ella era uno de los motivos de la discusión. El más importante, de hecho.

—Cosas del trabajo. Es un poco metódico.

—Realmente lo es. Bella y Lisa son maravillosas.

Sí, lo son.

Nos sentamos en silencio unos instantes, y odié el ambiente que se había formado, sobre todo porque Olivia parecía un poco fuera de lugar, sin saber qué hacer. Acababa de conocer a mi familia, y yo quería que se sintiera acogida, sobre todo porque no tenía esa referencia en su propia casa.

Odiaba pensar que Thomas hubiera dicho todas esas cosas y más aún el hecho de que me hubiera afectado tanto. No porque estuviera de acuerdo con lo que había dicho, sino porque me habían irritado tanto sus palabras.

Queriendo minimizar el daño, agarré a Olivia, empezando a quitarle la ropa allí mismo, con la esperanza de que eso me animara.

—¡Nate! ¡Mira dónde estamos! ¿Y si vuelve tu hermano?

—No va a volver. Nadie va a venir aquí ahora. —Continué con la misión de desvestirnos, dejándome en ropa interior y a Olivia en bragas y sujetador.

—Nate, tengo que trabajar esta noche. Voy a ayudar a la madre de Portia en el buffet.

—Nadie te lo impedirá. Aún faltan muchas horas para que tengas que partir.

Al decir esto, me incliné y la agarré por los muslos, echándomela al hombro y corriendo hacia el lago. Olivia soltó un gritito y yo no pude evitar reírme, casi olvidando lo que había pasado.

Casi.

Nos zambullimos y la atraje hacia mí, sujetándole la cara y robándole la boca, reclamando el beso. Ella respondió de inmediato, rodeándome los hombros con los brazos.

Estaba loco por ella. La forma en que su cuerpo reaccionaba al mío y viceversa.

Arrancarle las bragas y arrojarlas a cualquier parte de aquel lago fue una pequeña consecuencia de una necesidad. Una emergencia.

Agarré a Olivia por los muslos, la rodeé por la cintura y me bajé los calzoncillos quedando completamente desnudo. Tampoco me importó que alguien pudiera vernos. Era improbable que ocurriera, pero había una posibilidad. Estábamos en una finca privada y desierta, pero el bosque tenía fácil acceso a ella, así como a los alrededores.

Aun así, necesitaba liberar toda la tensión del momento anterior, y nada mejor que aquella chica, con toda su dulzura y entrega, para curarme.

La apoyé contra una roca, con vistas a la cabaña y al lago, enterrándome dentro de ella sin pensar en nada más. La reacción de Olivia fue soltar un fuerte gemido, seguido de un quejido, que yo ya sabía que eran sus sonidos de placer.

—Me voy a poner duro, preciosa. Te necesito. Necesito darte duro.

—¡Sí, Nate, Sí! —gimió ella en respuesta, e hice lo que había prometido.

Usando la gran roca como soporte, la presioné con más fuerza, apoyando una de mis manos en ella, solo para tomar impulso, y empecé a empujar.

El primer empujón la hizo rebotar.

—Agárrate fuerte, cariño.

Haciendo caso de mi consejo, Olivia se agarró a mí con todas sus fuerzas, incluso hundiendo las uñas en mi piel. Quizás me rasguñaría un poco, pero ¿a quién le importaba? Mi sangre estaba tan caliente que ni siquiera podía sentirla.

Un empujón violento más y gritó.

—¿Te estoy haciendo daño?

—No. Ni un poco. Eres... increíble.

—Es bueno saberlo —respondí con una sonrisa, colocando al mismo tiempo la mano que no sujetaba la piedra sobre una de las nalgas de ella, apoyándola y utilizándola para que se moviera arriba y abajo, deslizándose a lo largo de mi verga.

A medida que ella se movía, yo también lo hacía, empujando, contrayéndome para penetrarla cada vez más profundamente.

Olivia también estaba participando, usando mis hombros como apoyo para sentarse literalmente sobre mí, y se notaba que no quería que terminara. Quería quedarme dentro de ella, quedarme allí hasta el amanecer, con el agua a nuestro alrededor, hasta que se nos arrugaran los dedos. Quería enterrarme en Olivia durante horas, porque ella era mi antídoto contra todo.

Estaba realmente enamorado. Y no importaba cuánto tiempo llevábamos juntos, nada iba a cambiar eso.

Sentí que estaba a punto de acabar, tanto que se contrajo, derramándose después sobre mí. Su entrega siempre me llevaba al límite, así que yo tampoco pude contenerme mucho más y también llegué al orgasmo, abrazándola con fuerza, inmovilizándola contra la roca para poder recuperarme.

No importaba lo que dijeran los demás. Solo mi corazón tenía la certeza que necesitaba.



CAPÍTULO 21

NATHAN MITCHELL

Debían de ser cerca de las dos de la madrugada cuando me desperté al oír sonar el teléfono en la mesilla de noche.

Cuando... mi vida empezó a cambiar por completo y a entrar en un bucle de desesperación y oscuridad. En todos los sentidos.

La cama, a mi lado estaba vacía, y tardé un rato en recordar por qué. Olivia había dormido en su casa porque se había ido a trabajar. Debería haberle pedido que volviera a la cabaña después del evento, solo para que no tuviera que estar cerca de esa madre que no la valoraba y de esos amantes que la miraban de una forma que le daba escalofríos.

Pero en aquel momento, lo más importante era atender la llamada. Como médico, no era el tipo de persona que se asusta por las llamadas telefónicas a altas horas de la madrugada. Podía tratarse de un paciente, de una urgencia, así que contesté con la mayor calma posible, limitándome a frotarme la cara con una de las manos.

—¿Hola? —Mi voz sonaba ronca y entrecortada. Yo todavía estaba acostado, recién me había dado vuelta y estaba boca arriba.

—¿Dr. Mitchell? —No reconocí la voz del otro lado de la línea.

—Sí, es él.

—Lamento informarle, pero tengo malas noticias. Hubo un accidente... Tu hermano estaba conduciendo y...

Me tomó un tiempo procesar la idea de que no era solo la noticia de *un accidente*. No es que no me conmovieran estas cosas, pero era mi *familia*.

El chico ya estaba hablando de otras cosas, pero yo me perdí completamente en la conversación.

—Mira, lo siento... yo... yo no entendí. ¿Estás diciendo que mi hermano, el Dr. Thomas Mitchell, tuvo un accidente? —Necesitaba que lo repitiera, incluso aunque fuera obvio.

Sintiéndome completamente despierto, me senté en la cama y puse una mano en mi frente.

Perdido. Desconcertado. Aturdido.

—Sí, doctor. Fue llevado al Hospital St. Clair en Chicago.

—¿Él? ¿Y... y...? —Apenas podía hablar. —¿Mi cuñada? ¿Lisa Mitchell? Mi sobrina... una niña de ocho años. ¿Cómo están?

—La niña está en observación, pero aparentemente fuera de peligro. La Sra. Mitchell no sobrevivió. Lo lamento mucho.

Necesitaba actuar. Tenía que volar a Chicago, aunque sabía que sería una hora y media de viaje. Tenía que hacer algo. No podía dejar que nadie más pusiera sus manos sobre mi hermano para cuidarlo.

Debía actuar como el médico racional que era.

—¿En qué estado se encuentra? —pregunté, mientras saltaba de la cama e iba a recoger las cosas que podía meter en una mochila primero. Podría preocuparme por mi maleta más tarde.

—Doctor, tiene dos órganos perforados, edema cerebral y embolia pulmonar.

—¡Mierda! —exclamé sin siquiera pensar.

—¿Ya lo están operando?

—Acaba de llegar, hace unos quince minutos. El Dr. Gordon nos pidió que le avisáramos urgentemente.

—Voy para allá.

Colgué el teléfono, empezando a pensar en la mejor manera de llegar a St. Clair lo antes posible, volando.

Me detuve de repente, casi sintiendo como si una lucecita se hubiera encendido en mi cabeza. Una muy pequeña, que ni siquiera iluminó la oscuridad que se había formado, pero que me dio una idea.

Volando...

Era lo mejor que podía hacer.

Había una compañía privada en Harmony Falls que alquilaba helicópteros. A las tres de la madrugada sería difícil ponerse en contacto con ellos, pero yo tenía el número de teléfono del propietario. De hecho, tenía acceso a todos los empresarios de la ciudad, y sabía que siempre estaban dispuestos a ayudarme.

Por milagro, logré que me respondiera. Fue un golpe de suerte, pero tenía helicópteros disponibles las 24 horas del día, así que lo único que tuve que hacer fue correr a la sede de la empresa, porque me lo habían organizado todo con carácter de urgencia.

Podría haber pedido un helicóptero al hospital de mi familia, pero habría tenido que hacer el viaje de ida y vuelta. No podía perder ni un minuto.

A los quince minutos de haber embarcado, llegué a la azotea del St. Clair, que tenía un helipuerto preparado para recibir rescates aéreos. Prácticamente salté del helicóptero, corriendo como loco por los pasillos del hospital, dirigiéndome a la sala de operaciones, me tiré al vestuario de la zona semirrestringida y me preparé.

Cuando me vieron, un médico me detuvo, colocando sus dos manos sobre mi pecho, impidiéndome entrar.

—Doctor Mitchell, por favor... —me dijo, casi suplicando. Se le notaba la compasión en el rostro, pero yo no quería saber nada de esa mierda, de ninguna manera. No quería la lástima de nadie, solo quería salvar a mi hermano.

Lo empujé sin decir palabra, sintiendo las olas de rabia crecer dentro de mí.

—Déjame pasar —dije, apenas reconociendo el sonido de mi propia voz, que sonaba como un gruñido.

—Doctor, por favor.

Insistí. Era más fuerte que yo. No podría vivir conmigo mismo si me quedaba afuera, esperando que otras personas intentaran

salvar a Tom.

No después de nuestra última conversación.

Pero todo se transformó en una escena lamentable. Considerando mi tamaño, fui hacia el médico, que era mucho más bajo que yo, pero vi que otros dos venían a su ayuda.

Fueron tres hombres contra mí. Y la única persona que logró detenerme fue Rachel.

Cuando la vi, con esa expresión tan severa, casi maternal, aunque era solo un poco mayor que Tom, me desplomé.

—¡Cálmate, doctor Mitchell! —me dijo con firmeza. Casi nunca me llamaba por el título, siempre me decía Nate. Éramos amigos. Mejores amigos. Sin embargo, en ese momento estaba lidiando con un hombre trastornado, y era buena en el manejo de crisis.

Yo respiraba con dificultad, mientras trataba de controlarme.

—Rachel... —dije su nombre como un suspiro. —Sabes que no puedo quedarme aquí afuera sin hacer nada. Me volveré loco.

—¿Estás en condiciones de tener la vida de tu hermano en tus manos? Él está muy grave —Ella nunca se andaba con rodeos. Era algo que me gustaba mucho de su personalidad, pero en ese momento casi le pedí que me mintiera, que me engañara. Pero, ¿de qué serviría?

—Lo estoy. Es lo que mi padre hubiera querido que hiciera. Se lo debo... —Tuve que tragar saliva para mencionarla. —Se lo debo a Bella.

Rachel asintió, levantando el mentón y mirándome de una manera completamente diferente a la de los demás. No sentía lástima. Sentía respeto, que era justo lo que necesitaba en ese momento.

Ella me acompañó personalmente en cada uno de los procedimientos; toda la situación me fue explicada, y me coloqué al lado del cirujano que estaba operando a Thomas, observando lo que tenía frente a mí.

Necesitaba desligarme de la realidad. Limpiar mi mente y tratar de convencerme de que se trataba de un caso más, como tantos otros. Un paciente sin nombre, sin identidad. No es que

pudiera hacer eso en una situación normal, porque solía preocuparme.

Pero si quería salvar a mi hermano, necesitaba protegerme.

—Tenemos una lesión en el centro del cerebro —comenzó a hablar Rachel, mientras yo seguía en estado de shock, tratando de recomponerme. —Nathan, ¿me estás escuchando? —preguntó con firmeza, como si fuera la comandante de un ejército.

Tomé una bocanada de aire, tratando de oxigenar mi cerebro, esperando que eso hiciera que funcionara mejor.

—Sí, Rach. Sí, te escucho.

—Perfecto. Continúo, esta lesión es causada por un coágulo que se desprendió de la válvula de la aorta.

—¿Algún vaso sanguíneo bloqueado? —pregunté, entrando en modo profesional.

—Sí. Uno del lado derecho que se extiende un poco hacia el izquierdo, cerca del conducto mesencefálico.

—Está bien —respondí y me giré hacia la otra persona que estaba cerca de mí, que ni siquiera sabía quién era. Al menos no con la máscara y los lentes de protección. —Necesitaré hacer una perforación. ¿Me pasas la broca quirúrgica, por favor?

Me entregaron el objeto, y realicé una pequeña perforación en el cráneo de Thomas. También hice una pequeña abertura para ver un poco más, y entonces confirmé lo peor.

—La hemorragia tiene que ser controlada —afirmé en tono autoritario, y Rachel fue la primera en moverse para cauterizar el sangrado. También comenzó la succión, con trozos de algodón.

Seguí tratando de mantenerme tranquilo, mientras identificaba las venas que estaban sangrando, mirando los monitores, casi como si estuviera rezando para que los signos vitales de mi hermano se mantuvieran estables.

Mi propio corazón, si estuviera siendo monitoreado en ese momento, mostraría una arritmia alarmante. Al menos eso era lo que parecía, mientras palpitaba contra mi garganta, casi como si fuera a salirse por mi boca. Luchaba contra el temblor de mis manos, sentí a una enfermera limpiando el sudor de mi frente y

sentía las miradas de todos sobre mí, como si fuera a colapsar en cualquier momento.

Sabía que el estado de Thomas era sumamente complicado, pero mientras lo atendía yo mismo, teniendo las cosas bajo mi control, casi creí que todo estaría bien. Como cuando tienes el control del volante de un coche y te sientes más confiado de que el viaje será tranquilo.

No podría haber estado más equivocado.

De repente, Thomas se contrajo sobre la camilla. Tan de golpe que llegué a paralizarme. Su cuerpo entró en espasmos, y alguien gritó.

—¡Bajada de presión arterial!

Miré de nuevo al monitor, tratando de controlar el pánico para actuar, mientras sus signos entraban en colapso.

—Más sangre. ¡Transfusión! —grité, viendo cómo el caos volvía a desatarse entre las personas. —¡Paro cardíaco! ¡Traigan el desfibrilador! —ordené, y alguien trajo el carro de emergencia, colocándolo a mi lado.

Con mucha prisa, conecté los electrodos al pecho de Thomas y encendí el aparato.

—¡Aléjense!

Le di la descarga a mi hermano. Su pecho subió, respiró con dificultad, pero volvió a caer.

Repetí dos veces más y no pasó nada.

—¡Epinefrina! ¡Ahora! —Mi frente estaba completamente empapada, y me sentía sin aliento como si hubiera corrido un maratón.

—Doctor, no hay latidos cardíacos.

—¡Al diablo con esto! —Nunca había utilizado ese tipo de lenguaje en el hospital, y mucho menos en un quirófano, con un colega.

Pero tenía que seguir intentando. ¡Era Thomas, maldita sea!

Fueron tres veces más, y ya estaba gritando, desesperado.

—¡Reacciona, hijo de puta! —Necesitaba que volviera, pero el pitido constante que anunciaba la muerte no dejaba de sonar.

En una de las pausas, sentí la mano de Rachel en mi brazo.

—¡Nathan! —me llamó, pero no le presté atención. Entonces repitió mi nombre. —¡Nathan! ¡Escúchame! —Giré hacia ella, dándome cuenta demasiado tarde de que tenía lágrimas en los ojos. Suspiré casi suplicante, aunque no pedía nada. Simplemente no quería escuchar lo que iba a decir, aunque sabía perfectamente de qué se trataba. —Él se fue, querido. No hay nada que podamos hacer por él.

Lo sabía.

Lo sabía muy bien.



CAPÍTULO 22

NATHAN MITCHELL

Estaba tirado en el suelo, sentado en uno de los cuartos vacíos, con la puerta cerrada, esperando que nadie me encontrara. Ni siquiera me había quitado la bata quirúrgica. Todavía la tenía puesta, a pesar de los salpicones de sangre, sosteniendo la cofia con la mano.

Sentía las lágrimas deslizándose por mi rostro, tocando mi barba, pero no podía moverme para secarlas. Era como si me hubieran anestesiado.

El celular vibraba en mi bolsillo, y sabía que era Olivia. Ya era de mañana, y siempre nos hablábamos temprano, cuando los dos ya habíamos salido para nuestros respectivos trabajos. Yo llevaba horas allí, intentando, sin éxito, juntar mis pedazos y convertirme en un ser humano decente suficiente para ir a ver a Bella.

Rachel me había asegurado que ella estaba bien, solo algo atontada por la medicación, y yo estaba posponiendo el momento al máximo. Pero necesitaba estar a su lado. Era urgente que sacara fuerzas de donde no tenía para ofrecer refugio a mi sobrina.

También me habían informado que los abuelos de ella, los padres de Lisa, que vivían en Milwaukee, ya estaban en camino. No

quería ni imaginar el dolor que debían estar sintiendo por perder a una hija.

Aún más, a una hija como Lisa.

Quería hablar con Olivia. Quería escuchar su voz y desahogarme. Quería que estuviera allí a mi lado, para abrazarme y decirme que todo iba a estar bien.

El problema era que había demasiadas cosas en juego. La más importante de ellas era que no podía olvidar el hecho de que mi última conversación con Thomas había sido sobre mi relación con Olivia. Discutimos, y nunca podría revertir eso.

¿El accidente podría tener algo que ver con el estrés que le causé?

No culpaba a nadie por lo que había pasado, excepto a mí mismo. Olivia era la mejor chica que podría conocer, y todos mis sentimientos por ella eran reales. Sin embargo, mi conciencia estaba muy afectada. Por más que hubiera un mar de verdades frente a mí, solo podía encontrar un camino: el de la culpa.

El teléfono sonó otra vez, pero decidí ignorarlo, sobre todo porque la puerta del cuarto en el que estaba se abrió, y vi a Rachel entrar.

—Quería estar sola un poco más —dije, pero a ella no pareció importarle.

De hecho, esa mujer hacía lo que quería. Ya había pasado por muchas cosas dentro del hospital, pero siempre estuvo a mi lado, como una hermana mayor. Siempre me dio buenos consejos, me mantuvo cuerdo, pero en ese momento no lograba ver una salida, ni siquiera contando con su consuelo y su sabiduría.

Se sentó a mi lado, en el suelo. No era una persona cariñosa, pero no era tan fría como Thomas. Exactamente por eso sentí que me desmoronaría fácilmente cuando ella tomó mi mano.

Pensé que tenía que decir algo, aunque fuera fuera de contexto, antes de que ella tocara el tema que no quería que mencionara.

—Tengo un maldito gato —afirmé. Cualquiera que me oyera no entendería. —Acabo de perder a dos personas que amo y solo

pienso en el maldito gato que quedó en Harmony Falls, y no pude traerlo.

—¿Tienes un gato?

—Sí. Es una larga historia...

—Encontraremos la forma de ir a buscarlo. Le pediré a Paul que vaya a buscarlo con James —Hablaba de su marido y su hijo. —Será un buen paseo para ellos.

Suspiré aliviado y, al mismo tiempo, algo frustrado porque el problema ya se había resuelto, y ya no podía seguir pensando en algo tan tonto para compensar.

Así que ella empezó...

—No es tu culpa, Nate —afirmó con convicción. Sabía que eso era lo que necesitaba escuchar, pero lamentablemente las palabras no iban a servir de nada. —Él ya estaba condenado cuando lo pusimos en esa mesa de operaciones.

—Debería haber hecho algo —respondí en un susurro, pero con rabia, con un tono de voz ronca y amarga. Hablaba entre dientes, con la voz entrecortada. Luchando contra las lágrimas.

—¿Qué? A menos que tengas algún poder milagroso que yo no conozca, no había nada que hacer.

Tragué saliva por enésima vez ese día, apoyé la cabeza en la pared y miré al techo.

—¿De qué sirve ser médico, si no puedo salvar a las personas que amo?

Rachel apretó mi mano con cariño, y miré nuestros dedos entrelazados, el contraste que formaban nuestras pieles. La suya, negra. La mía, blanca. No era algo en lo que necesitara poner atención, pero en ese momento, cualquier cosa parecía más segura que dejar que mi mente vagara por los pensamientos oscuros que comenzaban a formarse dentro de ella.

—Ya has salvado incontables vidas, Nate. Veo cómo brillan los ojos de las personas cuando hablan contigo. La forma en que tratas a tus pacientes. Lo humano que eres. Lo que te dedicas...

—Cualquiera en este hospital podría haber hecho lo mismo —dije.

—Me imagino que sí. Tenemos excelentes profesionales. Tu papá dejó un legado, y Thomas lo continuó. El St. Clair es una referencia, pero puedo garantizarte que cualquier persona que haya sido tratada por ti no querría ser tratada por nadie más.

El mensaje que ella quería dar era bastante empático, pero fue otra cosa la que me impactó. Thomas ya no estaba allí para dirigir el St. Clair. Esa misión ahora sería mía. Yo tomaría el lugar de mi hermano.

Si pronunciaba ese pensamiento en voz alta, Rachel diría que era una tontería, que Thomas también "tomó el lugar de mi padre", pero yo no habría estado de acuerdo. No estaba preparado para esto. La partida de mi hermano no fue natural, no debía suceder.

Mi papá estuvo casi dos años enfermo y tuvo tiempo para preparar a su primogénito para la misión. Conmigo, todo sucedió en un segundo.

Sin contar que el peso sobre mis hombros era aún mayor...

—Nos peleamos —solté, sin mucha explicación.

—¿Qué?

—Tom y yo. Una de las últimas cosas que le dije fue que me daba asco.

—¿Y eso por qué?

Suspiré, llevándome una mano a la cabeza. Era vergonzoso, pero ya que había empezado a confesar...

—Por una chica.

—¿Se pelearon por una chica? —Rachel estaba confundida.

—No fue tan así. A él no le gustó que me hubiera conseguido una novia en Harmony Falls.

—Mmm... como si eso fuera una novedad. —En cualquier otra situación habría reído. Creo que ni siquiera recordaba cómo hacerlo. —De todas formas, eso no es razón para que te sientas culpable. Conozco a Tom desde la universidad, lo sabes. El respeto y cariño que le tenía eran inmensos, pero no era un hombre fácil.

—No sé si es el momento adecuado para decir esto.

—No estoy diciendo que voy a sufrir menos. Era un amigo y colega brillante. Un excelente médico y también muy humano, aunque no lo demostrara. Pero las cosas tenían que ser como él

decía. —Rachel hizo una pausa y apretó un poco más mi mano. —Pero él te amaba.

¡Maldición! ¿Podía empeorar? Oírla decir eso rompió las barreras que estaba luchando por mantener alrededor mío. Tanto que sentí que me ahogaba y no pude responder. Simplemente abracé mis rodillas y apoyé mi rostro en ellas, como si quisiera esconderlo.

—¿Sabes quién también te ama? —Escuché un tono entrecortado en la voz de Rachel, lo que me decía que ella también estaba llorando. —Esa niña. Los abuelos ya llegaron, ya le dieron la noticia. Solo tienes que ir, abrazarla y decirle que todo va a estar bien.

—No va a estar bien, Rach.

—No, querido. No lo estará. Pero ella necesita creer que sí.

—¿Y si me quiebro? Mira cómo estoy. ¿Cómo voy a poder darle fuerzas a mi sobrina?

—Entonces se fortalecerán juntos. No tiene sentido que te escondas aquí.

—No me estoy escondiendo.

—Pues parece que sí. Te escondes de ti mismo. De la culpa que sientes sin razón. —Rachel se puso de pie y extendió su mano hacia mí. —Levántate, Dr. Mitchell. Ve a hacer tu papel de tío. —Siempre me hablaba así, con firmeza, y siempre funcionaba. Ese día estaba siendo difícil.

Aún así, puse mi mano en la de ella e hice todo el esfuerzo para levantarme.

Me acompañó hasta el vestuario, donde tomé un baño. Me esperó, porque no podía aparecer en la habitación de mi sobrina cubierto con la sangre de su padre.

Cuando estuve listo, más decente, ella también me acompañó hasta la habitación donde Bella estaba internada. Abrí la puerta, y ella se giró hacia mí.

Su hermoso rostro estaba lastimado, lleno de hematomas, y sus ojitos estaban rojos, llenos de lágrimas. La abuela estaba sentada en su cama, sosteniendo su mano, también destrozada,

mientras el abuelo estaba cerca de la ventana, pareciendo ser la sombra de un hombre.

—¡Tío Nate! —su vocecita era tan frágil que mi corazón se rompió de nuevo.

Me acerqué lentamente a la cama, medio sin saber cómo actuar, pero Bella era mucho mejor en eso que yo, porque extendió los brazos, y no dudé en lo que debía hacer. Solo ocupé el lugar de su abuela, que me lo cedió, me senté y la abracé. Muy fuerte.

Rachel tenía razón. Ese contacto me hizo sentir un poco más fuerte.

Porque necesitaba serlo. Por mi pequeña.



CAPÍTULO 23

OLIVIA LANCASTER

Me había prometido a mí misma que no sería ese tipo de chica, pero la verdad es que pasé toda la mañana pensando en Nathan y preguntándome por qué no había respondido mis llamadas.

Era ridículo estar sufriendo por eso, cuando podría haber un millón de explicaciones, pero no podía dejar de sentir esa presión en el pecho, esa preocupación.

Lo cual era ridículo. El hombre era un médico. No tenía por qué estar disponible para una chica cuando tenía pacientes que realmente lo necesitaban.

Mi ánimo no estaba precisamente en su mejor momento, mientras organizaba algunas cosas en la librería, sobre todo porque la fiesta en la que había trabajado la noche anterior terminó tarde y había dormido muy poco, pero tenía que trabajar. No podía quedarme llorando por los rincones.

El problema era que, cuando la ciudad es pequeña, las noticias no tardan en llegar.

Tuve la impresión de que Mary, mi jefa, no tenía la intención de hablar conmigo, al menos no hasta que yo diera el primer paso,

pero la vi cuchicheando con su otra empleada, mientras me miraba con una expresión de compasión.

Al principio intenté dejarlo pasar, hacer como si no fuera mi problema, pero terminó volviéndose imposible cuando fuimos a tomar un café y ella puso su mano en mi hombro, apretándolo cariñosamente.

—¿Cómo estás? Sé que no debe ser fácil… —me preguntó.

Ese tipo de comentarios debería estar prohibido, especialmente fuera de contexto.

—¿Qué no debe ser fácil? ¿Qué está pasando? —Me entró pánico inmediatamente. Desde lo que había pasado con mi madre, me costaba no asociar cualquier situación con ese trauma.

—Sobre... bueno... sobre el Dr. Mitchell. ¿No te enteraste?

Estaba sosteniendo un vaso de plástico, vacío, por suerte, lista para llenarlo de café. Lo dejé caer al instante, mientras mi corazón se aceleraba dentro del pecho.

—¿Qué le pasó a Nate? —solté la pregunta sin siquiera intentar controlar mi desesperación.

Mi cabeza dibujaba las posibilidades más absurdas.

Podría haberse caído en casa.

Podría haberse lastimado cocinando; de todas formas, ni siquiera era muy bueno en eso.

Quizás se habría enfermado y...

Todas esas hipótesis me dejaron mareada, tanto que tuve que apoyarme en el mostrador.

—Tengo una amiga enfermera —empezó a hablar la otra empleada de la librería , —y me dijo que el Dr. Mitchell tuvo que regresar a Chicago porque... bueno... hubo un accidente con su familia.

El mareo volvió.

Solo podía pensar en las tres personas que había conocido el día anterior. En la niñita maravillosa, sobre todo. ¿Cómo era posible que, en un abrir y cerrar de ojos, la realidad pudiera cambiar tanto?

—¿Qué les pasó a ellos?

—Parece que fue un accidente terrible de auto. La niña sobrevivió, pero los padres no. El Dr. Mitchell debe estar devastado.

Un hombre tan bueno sufriendo de esa manera...

—¿Cómo está él, Liv? Envía nuestras condolencias sinceras.

Ellas seguían hablando y hablando, pero ya no podía prestarles atención. Sus voces sonaban borrosas, y me fui alejando, sujetándome de las paredes como podía, hasta que me metí en la parte trasera de la tienda y me dejé caer en una silla.

Eso solo podía ser un error. No podía ser real...

Personas como Nathan... Él tenía el mundo en sus manos.

Su hermano, aún más.

¿Cómo era posible?

Pero lo era. Era muy posible. Era la manera en que la vida nos muestra que no importa cuánto poder tiene una persona. No importa qué tan rico o qué tan exitoso es. No importa si eres un médico renombrado... La ley de la vida y la muerte es la misma para todos.

El destino era algo que ninguno de nosotros podía comprar.

—Liv, ¿estás bien? —Mary vino a preguntarme, y tuve la sensación de que debía estar muy pálida. Al menos sentía como si toda mi sangre se hubiera congelado.

—Yo... no sé. Necesito hablar con Nathan. No me atendió en toda la mañana.

—Es comprensible, querida. No puedo imaginar el dolor de perder a dos personas así.

Yo tampoco. Y también imaginé que debía estar sufriendo mucho, no solo por él mismo, sino por Bella.

Esa sonrisa linda e inocente de niña sería borrada. Incluso yo, que solo conocía a la niña desde hacía un día, no podía evitar sufrir por ella.

—Necesito intentar hablar con él otra vez. ¿Puedo tomarme mi horario de descanso más temprano hoy? —Era casi mediodía. Normalmente, salía alrededor de la una de la tarde.

—Claro. El día está tranquilo. Puedes tomarte el tiempo que necesites.

Le agradecí a mi jefa y fui a buscar mi bolso. Normalmente ni siquiera salía de la tienda, solo me quedaba en la sala de atrás,

comiendo algo que había llevado de casa o comprado en el camino. Ese día realmente necesitaba despejarme.

Salí afuera y tomé mi bicicleta. Me subí a ella y comencé a pedalear, primero sin saber exactamente hacia dónde ir.

Pero en el fondo sabía.

El camino hacia el chalet de Nathan fue la elección de mi subconsciente. Pedaleé hasta allí y me detuve frente a la propiedad, sosteniendo la llave que él me había dado unas semanas atrás.

Me quedé jugando con ella en la mano, pensando si debía entrar o no. Él me había dado total libertad para ir y venir, pero aún me sentía un poco incómoda, especialmente sin su presencia.

Pero al mismo tiempo, pensaba que él debía haberse ido corriendo de casa. No tenía idea de en qué momento había recibido la noticia, pero probablemente ni siquiera pudo organizar muchas cosas.

Abrí la puerta del chalet y entré, sintiendo una sensación extraña al entrar. Aunque era un lugar lleno de buenos recuerdos, era como si la esencia de Nathan ya no estuviera allí.

Lo primero que pensé fue que no vi a Troy. ¿Se habría escapado el gatito? ¿O, incluso en medio del caos, Nate había pensado en recogerlo?

Abrí el armario donde guardábamos su comida y sus cosas, pero tampoco estaban allí. Eso me tranquilizó.

Fui caminando hasta su cuarto y abrí el armario. Efectivamente, como pensaba, ninguna de sus cosas estaba allí. Sin embargo, la cama estaba deshecha y había algunas cosas en el suelo. Como él era muy organizado, la escena me parecía desesperante. Probablemente había recibido la llamada y se había ido apresurado, sin mirar atrás. Pero había llevado lo que era importante.

Recogí la ropa del suelo, doblándola y dejándola sobre la cama. Me senté en ella e intenté nuevamente llamar a Nathan.

No contestó.

Pensé que sería necesario enviar un mensaje, así que lo hice:

OLIVIA:
Supe lo que pasó.
No puedo ni expresar lo mucho que lo siento.
No necesitas atenderme, solo quiero que sepas que estoy aquí, si me necesitas.

Guardé el teléfono de nuevo en el bolso y me recosté en la cama, abrazando su almohada. Dejé que unas lágrimas cayeran, porque quería que fuera él quien estuviera allí. Quería poder estar cerca para hacer algo, como él lo hizo cuando lo necesité.

Pensé que no me respondería, pero fueron unos diez minutos hasta que mi celular vibró:

NATHAN:
Perdón por no contestar.
No estoy en condiciones.

Mi corazón se partió aún más. Conociendo a Nathan y su personalidad radiante, su forma de ser, y sabiendo cuánto amaba a su familia, era inevitable no llorar un poco más por él.

OLIVIA:
No te preocupes.
Lo entiendo.
Lo siento mucho de verdad.

NATHAN:
Gracias.

Pero los días pasaban. No quiero decir que no tuviera noticias, intercambiamos mensajes y muy raras llamadas telefónicas. No todos los días, por supuesto, pero siempre que podía me enviaba señales de vida. Al principio, lo hacía con frecuencia, pero conforme fue tomando más responsabilidades por la dirección del hospital, esas señales se hicieron cada vez más escasas. Ya sabía lo que iba a pasar. No hacía falta ser muy inteligente para entender que lo estaba perdiendo.

Me fui preparando poco a poco para eso. Y no podía juzgarlo, porque sería cruel hacerlo. Sabía que Nathan estaba destrozado. Lo sentía en el tono de su voz, en la seriedad que había adquirido de repente. Imaginaba que una parte de él había muerto junto con su hermano y su cuñada.

No era una muerte que se supera sin dejar cicatrices. Así como él no era el tipo de hombre que se olvida con facilidad.

Cuando finalmente me informó que iba a Harmony Falls, porque necesitábamos hablar y porque tenía que recoger algunas cosas que habían quedado, estuve absolutamente segura de que nuestra historia llegaría a su fin.

Me desperté esa mañana sintiéndome muy mal porque había estado dando vueltas en la cama toda la noche, llorando. Al mismo tiempo, era un sentimiento ambiguo, porque quería verlo. Aunque fuera para terminar conmigo, aún pensaba que sería muy honorable que lo hiciera en persona.

Tan pronto como lo vi salir del coche, mi corazón perdió el rumbo dentro de mi pecho. Estaba sentada en el pequeño porche del chalet, en los escalones que llevaban a él, abrazada a mis rodillas. Lo observé caminar, mientras se quitaba las gafas de sol, revelando ojeras que no existían antes. Podría haber jurado que había algunas arrugas nuevas en su rostro, a pesar de que no nos habíamos visto en poco más de un mes.

Nathan seguía siendo el hombre más guapo que había visto, pero claramente el golpe de la pérdida lo había afectado.

No habíamos dicho nada el uno al otro aún, pero era como si el alma que habitaba su cuerpo grande y firme hubiera cambiado. Ya no era el mismo. Ya no tenía esa aura de seducción, ese dulce cinismo ni la ligereza de antes.

Lo quería de cualquier manera. En sus buenos y malos momentos. Quería al hombre que fue y al que se había convertido. Poco me importaba. La separación solo me había servido para entender que no solo estaba enamorada, sino que lo amaba. El problema era que no podía forzar algo que no era.

Seguimos en silencio mientras nos acercábamos. Nathan se puso frente a mí, y yo frente a él. Ambos de pie.

El sentimiento de nostalgia hizo que mi estómago se revolviera.

Fue él quien reaccionó primero. Puso los brazos a mi alrededor, tirándome contra su pecho, llegando a suspirar. También parecía extrañarme.

Ese contacto fue doloroso, porque algo dentro de mí sabía que no era una señal de que todo seguiría igual. Nunca tuve grandes esperanzas de que nuestra relación durara, pero no esperaba que fuera de esa manera. No quería que ninguno de los dos estuviera sufriendo. Quería que fuera una decisión simple, por la distancia o las diferencias entre nosotros.

Estuvimos unos minutos así, y Nathan fue el primero en apartarse. Sujetó mis brazos por unos instantes, mirándome a los ojos. Los suyos estaban rojos y levemente humedecidos.

¿Cuánto habrá llorado ese hombre últimamente?

—¿Entramos? —preguntó, y asentí. Estábamos tomados de la mano cuando él abrió la puerta del chalet, y entramos.

Como un caballero, Nathan me quitó el abrigo y lo colgó. Hizo lo mismo con el suyo.

Después de haber pasado tanto tiempo en ese lugar, sin él, era extraño estar de nuevo juntos.

Las paredes estaban impregnadas de recuerdos maravillosos, pero parecían no tener más sentido en medio del caos que era todo ahora.

Lo primero que extrañé fue al gatito rondando y viniendo a recibirnos.

—¿Dónde está Troy? —pregunté, mientras caminaba por la casa.

—No pude llevármelo esa noche, pero mandé a alguien a buscarlo. Todavía estoy con él, pero tengo la intención de encontrarle una familia pronto.

Asentí, y pensar en el gatito me llevó a otra persona.

—¿Cómo está Bella? —pregunté más seria, sabiendo que debía ser un tema sensible, después de que nos sentamos a la mesa del comedor.

No en el sofá. No en la cama. Y no fue una decisión de él; fue mía. Era más seguro que una proximidad forzada.

Él se encogió de hombros.

—Perdón, la pregunta fue un poco estúpida —dije, avergonzada.

—No, no lo fue. Solo estás... preocupada. Y está bien. —Suspiró. Nuevamente me dio la impresión de que no parecía el mismo Nathan de antes. —Bella... está... Ni sé qué palabra usar, Liv. Es como si mi niña pequeña hubiera perdido su luz.

—Pobrecita —dije en un susurro, controlándome para no llorar, pensando en la imagen de esa niñita linda y feliz viviendo una tragedia como esa.

—Todos perdimos. Los padres de Lisa... Yo... Aún me siento aturdido.

—No es para menos.

Nathan unió una mano con la otra, entrelazándolas. Primero cerró los ojos, respiró profundo, y supe que el tema saldría a la luz.

—No quería nada de esto. No solo la pérdida de mi familia, sino lo que vino con ella. El St. Clair... es... es un legado que no me pertenecía. —No sabía qué podría decirle. Tal vez era demasiado inmadura para saber cómo aconsejar a un hombre dieciséis años mayor que yo, así que lo único que me quedó fue extender la mano y apretar la suya, en un gesto para que supiera que no estaba solo. —Estoy recibiendo mucha ayuda, pero es insoportable. Cuando me convertí en médico, solo quería cuidar a las personas. Nunca pensé

que terminaría detrás de un escritorio resolviendo asuntos burocráticos. Thomas era bueno en eso. Yo no.

—Eres bueno en todo, Dr. Mitchell. —Temí que mi broma fuera demasiado atrevida, que me rechazara por intentar sonar ligera en medio de un tema tan pesado.

Nathan no sonrió, pero sus ojos me miraron con ternura. Casi agradecido por mi comentario.

—No quiero serlo, Liv. Quiero regresar a Harmony Falls, continuar desde donde lo dejamos. Quiero hacer la diferencia en otras ciudades. Solo quiero ejercer mi profesión. Aquella para la que sé que nací.

Me quedé mirándolo, sin dejar que sus palabras me golpearan de la manera equivocada. No me estaba diciendo lo que iba a hacer. Querer no es poder.

—Pero no puedes ¿Verdad? —concluí, y él levantó la mirada hacia mí también, llena de nostalgia y arrepentimiento.

Era el final, lo sabía muy bien.

—No, querida. No puedo.

Moví la cabeza, bajé la mirada y me preparé.

—Necesitaba hablar contigo personalmente, porque he pensado mucho en este último mes. Necesito tiempo y no creo que sea justo pedirte que me esperes.

—Yo esperaría —dije en un susurro, y Nathan cerró los ojos.

—Pero yo no quiero. Eres hermosa, viva, joven, inteligente, mereces algo mejor que esto. Mereces más de lo que yo voy a poder darte a partir de ahora. Ya no soy el mismo hombre. No sé si alguna vez volveré a serlo.

Había tantas cosas que quería decir. Tantos argumentos, tantos motivos por los que podríamos haber funcionado mejor juntos que separados. Podría intentar ayudarlo. Podría ser el pegamento que uniera sus pedazos nuevamente. Podría apoyarlo, estar a su lado en un momento tan difícil. Pero Nathan prefería terminar conmigo, prefería enfrentar todo solo, y no podía impedírselo.

Tragué en seco, nuevamente moviendo la cabeza, porque eso era lo que me quedaba por hacer.

—¿Me prometes que me llamarás si necesitas algo? ¿Que no me vas a sacar de tu vida, ni siquiera como amiga?

Sentí sus labios temblar.

Mierda, si él lloraba, yo iba a llorar también.

—No lo haría. Eres importante para mí, linda. No quería sentirme un mongrelo por haberte sacado...

—No. No me obligaste a eso. Me entregué porque quise, aunque sabía que podría no ser para siempre.

Asintió, bajando la cabeza. Puse mi mano en su rostro y lo obligué a mirarme nuevamente.

—Yo... —Mis palabras se atoraron en mi garganta. No era justo decir que lo amaba. Ni con él ni conmigo. —Espero que te recuperes. Que todo esté bien.

Nathan tomó mis dos manos y las besó. Y esa fue nuestra despedida.

Lo que no sabía en ese momento era que había más de él dentro de mí de lo que esperaba.

Y lo peor de todo fue que mi madre se dio cuenta antes que yo.

Fue entonces cuando el verdadero infierno comenzó.



NATHAN MITCHELL

Un año después

El hospital se volvió mi hogar. Esas paredes, salas y pasillos eran todo mi mundo. Había días en los que ni siquiera salía de ahí. Me escondía detrás de excusas baratas sobre ordenar papeles y me mezclaba con los residentes, usando mascarilla y pasando las madrugadas conversando con uno u otro paciente que no podía dormir.

La vida afuera me asustaba. Era una realidad que había dejado de conocer. Ya no veía noticias; todo lo que sabía era por alguien del St. Clair. Algún comentario de una enfermera que me acompañaba, o el relato de algún paciente.

Al mismo tiempo que el hospital era mi refugio, también era mi peor pesadilla. Nunca volví a entrar a un quirófano. Y no tenía nada que ver con el hecho de haberme encargado de la parte administrativa. Me gustaba atender personalmente a los pacientes, pero no a los que necesitaban ser operados. Haber perdido a mi hermano, haber sido incapaz de salvarlo, me quitó toda la confianza. No sabía si sería capaz de volver a sostener un bisturí.

Pero eso no importaba. Todavía existía la medicina, aunque de una manera distinta.

Solo que, por más que tratara de convencerme de eso, ¿por qué sentía tanta vergüenza de mí mismo? No solo por haber fracasado como médico en muchos sentidos, sino también por estar fallando como ser humano.

Bella era uno de los dolores más profundos que tenía en el pecho. No es que la hubiera olvidado o abandonado. Nos veíamos, pero con mucha menos frecuencia que antes. Cada vez que la encontraba, me hundía en un mar de autocompasión que detestaba. Mirarla no solo era ver el rostro de Lisa en una versión más joven, sino también recordar que no fui capaz de salvar a su padre.

Sabía que sus abuelos estaban haciendo un gran trabajo. Eran buenas personas, la querían, y la habían llevado a terapia, algo que yo mismo recomendé. Bella todavía no lo había superado, por supuesto, pero seguía adelante. Su rendimiento escolar había bajado mucho, pero estaba haciendo el esfuerzo. Cuando hablábamos, incluso podía sentir un poco de esperanza de que algún día volvería a ser la misma niña de antes.

Sin embargo, no era solo mi sobrina quien me traía recuerdos crueles. Era inevitable pensar también en Olivia y en el error que cometí. Cada día, el arrepentimiento me carcomía por dentro. Y dolía aún más porque, al mismo tiempo que me odiaba por haberla alejado, sabía que había hecho lo correcto. Porque esa mujer maravillosa no merecía que yo la arrastrara a mi oscuridad.

Después de nuestra ruptura, ella me ayudó a recoger algunas cosas que todavía tenía en el chalet, y fui al hospital de Harmony Falls para hablar con mis colegas y tratar de animarlos a continuar el proyecto sin mí. Al final, ocurrieron tantas cosas que ni siquiera pude preparar un plan para otra ciudad, como se esperaba desde el principio.

No había descartado nada, pero con todas las demandas del St. Clair, todavía no lograba pensar en otra actividad.

Pero volviendo a Olivia…

Ese mismo día, en la carretera, solo pensaba en que era un imbécil. Un hijo de puta, idiota, que estaba dejando pasar una

oportunidad entre mil con una mujer que era rara, especial, y que muchos hombres darían un brazo por tener a su lado.

Y probablemente ella merecía a uno de esos hombres.

Eso fue lo que me hizo mantenerme alejado durante dos semanas. Casi quince días horribles, en los que bebía más que cualquier otra cosa. Pasé un tiempo encerrado en mi departamento, hundido en el alcohol y desmayándome en el sofá de la sala, agradeciendo las horas que pasaba completamente inconsciente.

Cuando tuve que volver al hospital, después de la pequeña licencia que me tomé -teniendo en cuenta que no dejé de trabajar inmediatamente después de que Thomas muriera, simplemente porque no podía-, lo primero que hice al estar sobrio y de vuelta incorporado a la vida normal fue llamarla. Pero no me contestó.

No es que no me lo mereciera, pero al principio me preocupé.

Seguí intentando, intentando, hasta que recibí un mensaje pidiéndome que desapareciera. Que dejara de buscarla, porque no le estaba haciendo bien.

Eso me destrozó, pero me obligué a seguir adelante, con la certeza de que aún intentaría arreglar las cosas, cuando ella estuviera lista para perdonarme.

Cuando yo estuviera listo para perdonarme a mí mismo.

Pero luego todo eso pasó...

Un día que parecía como cualquier otro. Uno más en el que probablemente pasaría la madrugada en el hospital, porque no tenía la menor intención de volver a casa.

Hasta que la vi en esa mesa de operaciones.

Por unos segundos, estuve completamente convencido de que estaba alucinando. Tenía algunos golpes en la cara, pero aun así era imposible no reconocerla. La situación, de hecho, se volvió un poco más complicada porque, considerando que no siempre me sentía en plenas condiciones de salud mental -especialmente en días como ese, en los que solo levantarme de la cama ya me exigía casi todas mis fuerzas y energía-, tardé en entender que mis ojos no me estaban engañando.

Ni mi cabeza.

La miré con atención, asustado.

No podía ser… ¿Qué estaba haciendo ella ahí, en Chicago? Y peor aún, ¿lastimada de esa forma, sobreviviendo a un accidente de auto?

En ese momento, ni siquiera pensé en el bebé. No porque no fuera importante, pero las palabras de Rachel se volvieron un borrón en mi mente, y ya no lograba recordarlas con claridad.

—Olivia Lancaster —repetí lo que ya había dicho, pero con un tono mucho más frágil.

Todavía completamente fuera de mí, extendí la mano enguantada, listo para tocarla, como si estuviera en un trance, en un sueño muy extraño, cuando sentí que alguien me tomaba del brazo y me arrastraba hacia una esquina de la sala.

—¿Olivia Lancaster? —Por supuesto que era Rachel. Era la única persona ahí adentro que no solo tenía la autoridad para hacer lo que hizo, sino también la confianza conmigo para hacerlo. —¿Tu Olivia? ¿La de Harmony Falls?

Tu Olivia…

Quise responder: no, no es mía, pero simplemente asentí.

Rachel, además de Bella, era la única que sabía de la existencia de esa mujer. Pero ninguna de las dos tenía idea del tamaño de mis sentimientos. Tal vez mi sobrina no tuviera el juicio suficiente para entenderlo, pero mi amiga, sin duda, debía creer que se trató apenas de un amor de verano, especialmente porque nunca volví a mencionarla.

Pero no era eso.

—¿Qué está haciendo aquí?

—No lo sé —respondí, mirando por encima de su hombro, deseando volver al lado de Olivia.

Rachel volvió a sujetarme.

Empezaba a vivir un déjà vu.

—¿A dónde crees que vas? —gritó ella.

—A salvarla.

—Ni lo sueñes. ¿Sabes hace cuánto no operas a nadie? Y encima ella tiene un vínculo contigo.

La miré directo a sus ojos oscuros, con la cabeza apenas ladeada, dudando.

—Siempre fuiste la persona que insistió en que la muerte de Thomas no fue mi culpa —susurré.

—Y no lo fue. Pero acá hay muchos factores que complican la situación, Nate. Ella te conoce, llevas mucho tiempo alejado del quirófano y además tienes un trauma.

—¡No voy a dejar que eso me afecte! Dije que voy a salvarla, y eso es lo que voy a hacer —le respondí de forma áspera. Odiaba comportarme así, sobre todo con Rachel, pero mi ánimo ya venía por el piso. Y en ese momento, todo se agravaba.

Todavía nos mirábamos, muy serios, cuando el sonido aterrador del monitor cardíaco sonó, ese pitido estable, continuo, que ya conocía demasiado bien.

—¡Paro cardíaco! —gritó uno de los residentes, y Rachel y yo nos acercamos a la mesa.

Ya no había tiempo para discutir. Olivia no podía esperar.

Me posicioné al frente, siendo el responsable de usar el desfibrilador en ella, todavía muy impactado por lo parecida que era esta escena al pasado.

Pero, a diferencia de Thomas, ella reaccionó. Su corazón volvió a latir, y miré a Rachel casi suplicante. Necesitaba *hacer* esa cirugía. Lo sentía como una cuestión de supervivencia.

Era mi única forma de salvarme como médico. Podía seguir intentando engañar a todos con ese discurso falso de que me sentía conforme con las decisiones que tomé, de que estaba bien ejerciendo mi profesión como lo hacía ahora, pero la verdad era una sola. Y mi corazón lo sabía.

Probablemente Rachel también lo supo, porque me dio esa oportunidad. Y no pensaba desperdiciarla. No solo era la chance que necesitaba para volver a confiar en mí, sino que era la vida de Olivia la que estaba en mis manos.

La mujer que amaba y a la que dejé atrás.

Pero ella estaba allí. Necesitándome, como medico.

No iba a fracasar.



NATHAN MITCHELL

Probablemente la explicación era que el estado de Olivia era mucho menos crítico que el de Tom. Aun así, quise creer que se trataba de un milagro.

Y no me refería a la cirugía en sí, aunque había sido un éxito. Sentía como si algo dentro de mí por fin se hubiera reparado. Como si mi espíritu se hubiera roto en dos y una de sus mitades se hubiera perdido.

Cuando tomé el bisturí, listo para salvar la vida de Olivia, ese mismo espíritu encontró el camino de regreso a casa.

La operación duró alrededor de tres horas, y salí de la sala caminando normalmente, con la espalda recta, limpiándome las manos y felicitando al equipo. También intenté mantener la compostura mientras me quitaba la bata quirúrgica y volvía a ponerme mi ropa. La cirugía de Olivia había sido mucho menos "sangrienta" que la de Thomas, así que no hubo daños importantes.

Volví a tiempo para verla ser llevada con cuidado a la UCI, en una camilla, y pedí un momento para refugiarme -curiosamente- en la misma sala donde me tiré al suelo después de la muerte de mi hermano.

Esa vez no me senté, solo apoyé una mano en la pared, intentando recuperar el aliento.

Llevé una mano al pecho, tratando de llevar oxígeno a los pulmones, con mucha dificultad para encontrarlo. Esa no era el primer ataque de pánico que vivía. Nunca le había contado a nadie, porque no quería que intentaran convencerme de que dejara todo o de que buscara ayuda, consejos que yo mismo le daría a cualquiera que estuviera pasando por lo mismo, pero eran aterradoras.

Revivía la muerte de Thomas una y otra vez en mi cabeza; el momento exacto en que su corazón se detenía y yo no lograba traerlo de vuelta.

Recordaba la sensación de ver su vida escaparse de mis manos.

Casi había perdido a Olivia también. Cuando escuché que su corazón se había detenido, habría jurado que el terror iba a repetirse, y que esta vez sería definitivo. No iba a poder levantarme nunca más.

Pero todo había salido bien. ¿Gracias a mí o al destino, que quiso tener piedad conmigo? Nunca lo sabría.

Y no quería saberlo.

—Sabía que te iba a encontrar acá. —Y otra escena se repetía.

Ahí estaba Rachel detrás de mí, como una sombra. Sabía que sus intenciones eran buenas, pero yo necesitaba unos minutos.

—Rach, estoy bien.

—Y no podría ser de otra forma. La chica está viva. La salvaste. —Podía no estar de acuerdo con esa afirmación, pero no lo dije. —Solo que esta vez no puedo darte tus minutos. Tienes que ver al bebé.

Por unos segundos, mi cabeza se trabó como una computadora vieja.

—¿Qué bebé?

Rachel puso los ojos en blanco.

—La nena que llegó con Olivia. Te hablé de ella antes de que entraras al quirófano. ¿Acaso estás drogado, doctor Mitchell?

—Utilizó un tono de reprimenda, aunque sabía que estaba bromeando.

—Perdón, estoy un poco aturdido —respondí, pasándome la mano por la cara. —No entendí. ¿Ella llegó con un bebé?

—Puedo hacerte un dibujito, si quieres, pero sí, llegó con una bebé.

Intenté pensar en quién podía ser esa niña, pero no se me vino nada a la cabeza.

—¿Tiene identificación?

Rachel suspiró, sostuvo la puerta abierta y con un movimiento de cabeza me indicó que debía salir de la sala y seguirla.

—Vas a entender cuando la veas.

No dije nada, simplemente salí, caminando a su lado hacia el área pediátrica. Ninguno de los dos dijo una sola palabra. Yo estaba desesperado por hacer preguntas, por entender por qué tanto misterio, pero preferí verlo con mis propios ojos.

Apenas llegamos, me acerqué a la guardería, donde estaba señalada la ubicación de la bebé.

—¿En qué estado está? —decidí decir algo mientras nos acercábamos, porque sentía que el pecho se me cerraba.

—Imagino que esa madre protegió tanto a su niña que la dejó prácticamente intacta.

Y era cierto. En cuanto la vi, envuelta en una manta rosada, noté que, excepto por un pequeño corte cerca de su boquita en forma de corazón, la bebé no tenía absolutamente nada.

También, al verla, algo inexplicable sucedió dentro de mí. Todavía no sabía nada sobre ella; ni su nombre, ni cuántos meses tenía, ni quién era. Pero sentí como si me hubieran dado un puñetazo directo al estómago de lo fuerte que fue la sensación.

Del mismo modo en que me conmovió el hecho de haber realizado por fin una cirugía, ver a esa bebé también se sintió como un reencuentro. De mi alma conmigo mismo.

Por un instante, traté de calcular su edad aproximada por el tamaño. ¿Cuatro meses, quizá? Como mucho.

Lo que significaba que debió haber sido concebida...

¡Dios mío!

Miré a Rachel, que estaba a mi lado con los brazos cruzados, observándome con mucha seriedad.

En el mismo momento en que esa duda comenzó a surgir, la niña abrió los ojos.

Eran mis ojos.

Observando su carita con atención, deteniéndome en cada detalle, llegué a la conclusión de que era una copia exacta de mí mismo.

Tenía unos rizos castaño claro, escasos, sobre su cabecita, y una nariz idéntica a la mía.

—¿Entiendes ahora por qué quería que la vieras? —dijo mi amiga a mi lado, lo que solo consiguió que mi corazón latiera más fuerte.

—Pero... esto... Esto no es...

—¿Posible? —me interrumpió. —¡Por favor, Nate! Hasta yo hice las cuentas mentalmente y coinciden exacto con la época en la que estuviste en Harmony Falls.

—¡Pero Olivia me lo habría dicho! —exclamé, casi indignado.

—No sabemos cuáles fueron sus motivos.

—Terminamos en buenos términos. Fue ella quien no quiso seguir hablando conmigo... Podríamos haber sido amigos hasta hoy.

—¿Amigos? Yo no podría ser amiga de un tipo con el que me acosté —dijo en voz baja, porque había personas cerca. —¿Puede ser porque solo me acosté con uno en toda mi vida? Puede ser. Pero, ¿quién te dice que ella no sabía ya que estaba embarazada y se enojó?

—Una razón más para haberme dicho algo.

Rachel respiró profundamente y puso los ojos en blanco.

—Mirá, no sé por qué no te lo dijo, pero para mí está clarísimo que esa bebé es tuya. Podemos pedir una prueba de ADN si quieres, pero sinceramente no creo que haga falta.

Si era hija de Olivia -lo cual parecía bastante evidente-, estaba completamente de acuerdo con Rachel. No solo porque el tiempo encajaba a la perfección, sino porque jamás pensaría que Olivia pudiera estar con dos personas al mismo tiempo, especialmente porque era virgen antes de estar conmigo.

No es que eso fuera una barrera, pero simplemente no me entraba en la cabeza. Olivia era leal, y los dos estábamos realmente enamorados.

Lástima que yo arruiné todo.

Había otro indicio sobre el origen de esa bebé: ¿qué estaría haciendo su madre en Chicago, en las inmediaciones del Hospital St. Clair, si no era para hablar conmigo, tal vez incluso para contarme sobre la existencia de la niña?

—¿Ya le hicieron estudios? —pregunté, ignorando a Rachel por un momento y dirigiéndome a la enfermera que la estaba atendiendo.

—Sí. Todos los valores están dentro de lo normal. Le administramos un poco de novalgina porque lloraba de dolor, y la estamos monitoreando de cerca mientras esperamos el resultado de la tomografía.

—Está bien. Mantenme informado —le pedí, y la mujer asintió.

Me quedé ahí parado un rato más, mirando a la niña, aún impactado por nuestro parecido.

—¿Quieres que te acompañe? ¿Vas a quedarte un rato con ella? —preguntó Rachel, casi sacándome de un trance.

—Sí, sí. Me voy a quedar. Pero no hace falta que vos lo hagas. Quiero estar solo con ella.

Ni siquiera sé si dijo algo más, pero la oí alejarse, así que me dejó solo.

A solas con la bebé.

Con... mi hija.

¿Sería realmente así?



CAPÍTULO 26

NATHAN MITCHELL

A Olivia la mantuvieron sedada, con fuertes analgésicos. Respondía a algunos estímulos, sus exámenes eran lo más normales posible dentro de lo que cabía esperar. Todo lo que podíamos hacer era esperar.

En cambio, la pequeña ya tenía condiciones para recibir el alta, la tarde siguiente a su ingreso al St. Clair, pero todos estábamos perdidos en cuanto a qué hacer con ella.

Habíamos recolectado muestras de sangre de ambos, de ella y de mí, pero en el mejor de los casos, el resultado de una prueba de ADN tardaba entre tres y cinco días, y eso porque estaba usando mis contactos. Aun así, no solo yo, sino también otras personas del hospital, estábamos convencidos de que era mi hija.

Así que me correspondía a mí hacerme cargo de ella.

Esa noche, a diferencia de las otras, salí del hospital. Mi secretaria consiguió, a último momento, comprar una sillita para el auto, un cochecito, además de otras cosas que iba a necesitar, y una enfermera me ayudó a colocar bien a la bebé, dándome algunas instrucciones adicionales. Yo sabía cuidar niños, por Bella, pero era muy distinto pensar en una que fuera mía.

De hecho, ni siquiera me cayó del todo la ficha hasta que llegué a mi edificio y tuve que llevarla en brazos hasta el departamento.

Era tan chiquitita en mis brazos, tan indefensa, que me hizo acordar un poco a Troy. Hablando de él...

No, no me había deshecho del maldito gato. Cada vez que pensaba en dárselo a alguien, se me venía a la cabeza que era mi único vínculo real con Olivia. Casi como una prueba de que ella había sido parte de mi vida. Después de todo, fue él quien nos unió. En aquella aventura ridícula para salvar a un cachorrito, conocí a la mujer de mi vida.

Pero el destino tenía formas raras de sorprendernos, porque ahora había otra prueba. Una prueba hermosa, por cierto.

Troy se acercó a nosotros como si le costara entender qué era esa cosa nueva. La bebé estaba dormida cuando la saqué del auto, pero se movía bastante, lo que me hizo pensar que no iba a tardar mucho en despertar.

—Aparentemente, muchacho, esta de acá es tu hermana. ¿No es una locura? —le dije.

Sí, estaba en ese nivel: hablándole a un gato.

Llevé a la pequeña hasta el sofá, cargándola como si estuviera hecha de cristal. Me dolía pensar que por muy poco no había perdido a su madre y que tan chiquita ya hubiera pasado por un accidente de auto. Por suerte, no se acordaría de nada.

Me senté, acomodándola un poco mejor sobre el brazo del sofá. La giré para tenerla de frente cuando noté que había despertado, y así quedamos, mirándonos directamente a los ojos. Troy saltó al sofá, a nuestro lado. Normalmente se acurrucaría, se pondría a lamerse o trataría de llamar mi atención pasándome la cola por la cara, pero esta vez se quedó muy quieto, observando a la bebé, como si no quisiera interrumpir el momento.

—¿Quién eres, muñequita? —le pregunté, observando otra vez su carita. En serio, era lo más lindo que había visto en mi vida.

Al mirarla con atención, también noté algo de Olivia en ella. Era como una mezcla de los dos. No podía ser hipócrita y tratar de negar lo que estaba clarísimo: esa niña era mía.

No solo porque nos parecíamos mucho, sino porque lo sentía. Al tenerla en brazos, no había una sola parte de mí que dudara.

—Está bien... sé quién eres. Eres mi hija. Simplemente no nos conocíamos hasta ahora. El problema es qué vamos a hacer con ello. ¿Tienes alguna sugerencia?

La niña llevó una de sus manitos a la boca, todavía un poco confundida con sus propios dedos, pero sus ojazos estaban completamente fijos en mí.

Usando un brazo para sostenerla y con la mano firme en su nuca -aunque ya parecía bastante fuerte para su edad-, usé mis otros dedos para apartar un mechón de cabello de su frente. Fui acariciando su carita, sintiendo la piel suave como seda, las mejillas rosadas y el mentón bien definido. Cuando pasé cerca de la herida, hizo un ruidito como si estuviera molesta.

No tardó mucho en empezar a llorar.

—Lo estaba haciendo bien hasta ahora, ¿no? —le dije, con un nudo enorme en el pecho.

Como si entendiera lo que estaba pasando, Troy se bajó del sofá y se alejó de nosotros.

¡Oye, traidor! Vuelve aquí. ¡No abandones a un amigo en medio de una batalla! —Al decir esto sonreí.

La forma en que mis labios se curvaron me sorprendió. Hacía mucho que no podía dejarme llevar así. Había perdido la capacidad de disfrutar las cosas desde que perdí a Thomas y Lisa, pero al parecer el regreso de Olivia a mi vida tenía ese efecto. Y eso que todavía estaba inconsciente, no completamente fuera de peligro, y yo aún no sabía por qué había ocultado que era el padre.

Pero sin duda esa perspectiva, por loca que parezca, fue algo que contribuyó a mi nuevo estado de ánimo.

Había pasado más de un año...

Más de un año sin poder siquiera pensar en desear ser feliz. Sentía que hacerlo sería una falta de respeto hacia mi hermano. Pero… esa niñita lo cambiaba todo, ¿no?

La pobrecita seguía llorando, cada vez más fuerte. La acerqué a mi pecho, la acurruqué, me levanté del sofá y le di suaves palmadas en la espalda, tratando de calmarla.

Empecé a susurrarle palabras de consuelo e incluso me puse a cantarle, aunque yo fuera totalmente desafinado.

No servía de mucho.

Como mi secretaria también había logrado comprar un cochecito, que había sido entregado en el hospital por la tienda, acosté a la niña en él y fui a la cocina para intentar preparar un poco de leche tibia, también con la fórmula que me había recomendado la enfermera.

Tenía bastante hambre cuando se la di -después de hervir la mamadera nueva-, y por unos momentos logré calmarla. La dejé tomar su tiempo mientras mamaba, y luego la puse para que eructara, como ya lo había hecho muchas veces con Bella, siguiendo las enseñanzas de Lisa.

Después la puse en el cochecito y me quedé meciéndola, con Troy durmiendo a mis pies también. Estaba tan cansado que le agradecí a Dios cuando ella finalmente se durmió.

Decidido a quedarme dormido ahí mismo en el sofá, porque era lo más práctico, solo me saqué los zapatos y la camisa, quedándome con los pantalones con los que había llegado a casa. Me había duchado en el hospital, ya imaginando que sería complicado manejarme solo con la bebé, y traté de relajarme al acostarme. Todavía era temprano, pasadas las ocho, pero sería maravilloso si lograba dormir un poco, ya que no tenía idea de cómo se comportaría la niña durante la madrugada, especialmente en un ambiente nuevo y sin su madre.

Me dolía un poco la espalda por la tensión, pero eso no fue lo que me impidió desconectar. La mente estaba acelerada.

Necesitaba contratar una niñera, pero ¿cómo iba a conseguir una de un momento a otro?

Otra cosa que no salía de mi cabeza era que ni siquiera sabía cómo se llamaba. ¡Mi propia hija! No podía seguir llamándola "nena" o "bebé", pero ¿cómo iba a averiguarlo si su madre no despertaba? En el hospital me dijeron que no tenía ninguna identificación, lo cual me pareció raro. Si Olivia había viajado desde Harmony Falls hasta Chicago, ¿cómo era posible que no hubiera traído ni el acta de nacimiento de la niña?

Había algo muy extraño en toda esa historia, y me estaba carcomiendo la necesidad de saber la verdad.

Logré dormitar un poco, casi sin darme cuenta de que me había quedado dormido, pero me despertó su llanto otra vez. Revisé la hora en mi celular y vi que había dormido, como mucho, unos cuarenta minutos.

Acercando el cochecito, la bebé se quejaba indignada, moviendo los bracitos y los piecitos. Era impresionante lo perfecta que era incluso así.

La tomé en brazos y volví a caminar por la casa, esperando que eso la calmara, pero parecía que se ponía aún más inquieta.

Le toqué la frente, pero no tenía fiebre. Le cambié el pañal, aunque estaba limpio. Intenté darle un poco más de mamadera.

Nada.

Necesitaba ayuda.

Me volví a poner la camisa, tomé las cosas de la bebé y la puse en el auto. Solo había un lugar al que podía llevarla.

Era hasta un poco cruel hacer eso, sobre todo porque ya era de noche, pero sabía que ellos me iban a ayudar.

Eran casi las diez así que intenté ser cuidadoso y mandé un mensaje a los padres de Lisa avisando que todo estaba bien, pero preguntando si podía pasar por su casa. Les expliqué, a grandes rasgos, lo que estaba pasando, sin dar todos los detalles, y me respondieron de inmediato. Así que partí.

Cuando llegué, la señora Mulder fue rápida en sacarme a la bebé de los brazos, que todavía no había dejado de llorar.

—¿Quién es esta preciosura, Nate? —me preguntó la mujer, y me sentí un poco incómodo para responder. Tal vez avergonzado, aunque la culpa de no saber nada sobre la existencia de mi propia hija no fuera mía.

—Hasta donde sé, es mía.

El señor y la señora Mulder se miraron sorprendidos, pero no dijeron nada. Sabía que eran lo bastante educados como para no hacer comentarios.

Antes de que pudiera explicarles, Bella apareció bajando las escaleras con su cabello castaño claro todo despeinado, un pijama

de mariposas y los ojos llenos de sueño.

—¿Qué pasa? ¿Por qué hay una bebé llorando y…?

Me vio y corrió a mis brazos, lanzándose sobre mí en ese mismo instante, olvidándose por completo de lo que acababa de escuchar.

—¡Tío Nate! ¡Te extrañé tanto! ¡Tanto! —Hacía como dos meses que no la veía. Tal vez más.

En ese momento, cuando su cabecita se enterró en mi pecho, solo pude pensar en una secuencia de cosas: abandoné a una chica embarazada, recién me enteré un año después de que era padre, apenas sabía el nombre de mi hija y mi sobrina había sido descuidada por mi dolor.

¡Qué hombre de mierda era yo! ¿Todavía estaría a tiempo de arreglar todo?



CAPÍTULO 27

NATHAN MITCHELL

—Eres muy buena con los niños —comenté al verla jugar con la bebé, que ya parecía mucho más tranquila. Todavía se movía inquieta de vez en cuando, pero se calmaba rápido e incluso había sonreído a la abuela de Bella. Esta, por cierto, estaba sentada a su lado, usando uno de sus peluches para entretener a la nena. —Creo que no voy a poder disculparme lo suficiente por haber recurrido a ustedes. Arruiné la noche de todos.

Eran ya más de las once de la noche, y estábamos en la sala, todos concentrados en la pequeña, que había acaparado la atención de todos.

—No digas tonterías, Nate. Al contrario, tú hiciste nuestra noche. Y nadie se va a morir por irse a la cama un poco más tarde. Vale la pena... —dijo la señora Mulder, muy convencida, mientras le pasaba un dedo por la nariz a la bebé, que soltó una risita.

Pasé una mano por el cabello, sintiéndome un poco avergonzado.

—Soy médico. Debería saber cómo hacer que una bebé deje de llorar.

Los dos se rieron.

—No es tan simple. Mucho menos dadas las circunstancias —respondió Walter, el señor Mulder.

—¿Qué circunstancias? —preguntó Bella, siempre curiosa.

Nos miramos entre nosotros, y empecé a pensar cuál sería la mejor forma de contarle a Bella cómo había llegado esa bebé a nuestras vidas.

—¿Te acuerdas de Olivia?

—¡Siiiií! Me cayó tan bien. ¿Por qué no nos volvimos a ver? —Bella hizo un puchero.

—Porque terminamos.

—¿Por qué? —Abrió mucho los ojos.

—¡Bella! —la reprendió Walter. —Esa pregunta no se hace. —Sentí que iba a preguntar "¿por qué?" otra vez, pero él levantó un dedo en señal de advertencia.

—Fue una decisión difícil, mi amor. Vivíamos muy lejos, y después de todo lo que pasó, yo no quería estar con nadie. —Con los ojos un poco más tristes, Bella asintió. No era el tipo de conversación que se tiene con una niña, por el amor de Dios. —Lo que pasa es que Olivia estaba esperando un bebé cuando me fui. —Esa fue la historia tal como la *imaginé*. Sería un gran problema si el resultado del ADN salía negativo o si Olivia me decía algo totalmente distinto.

—¿Y por qué te fuiste si ella estaba esperando un bebé?

La reina de los porqués había vuelto. Por un tiempo, Bella había dejado de ser esa nena que cuestionaba todo. No es que hubiese dejado de ser la niña más lista que conocía, pero las cosas ya no parecían tener el mismo brillo de antes. Yo la entendía muy bien.

—Porque no lo sabía. Me enteré hoy. Ni siquiera sé cómo se llama.

Otra vez abrió mucho los ojos.

—Pero... ¿qué quieres decir? solo pregúntale a Olivia.

Volví a mirar a los abuelos de Bella, un poco preocupado por el rumbo que estaba tomando la conversación. Podía mentir, inventar algo, pero Walter me animó con la cabeza. Sabía que ellos

no le ocultaban nada a la niña, y estuve de acuerdo en que era la decisión correcta.

—Olivia tuvo un accidente —respondí con cuidado, y noté que la niña se agitó un poco. Levanté una mano y tomé su brazo, listo para calmarla. —Ella está bien. Todo va a estar bien.

—Papá y mamá no lo estuvieron.

Puta madre.

No me esperaba eso. Desde la tragedia, no había hablado con Bella sobre el hecho en sí. Respetaba su decisión de apenas mencionar a sus padres cuando nos veíamos, pero tampoco era tan ingenuo como para pensar que los había olvidado o que estaba ajena a la verdad. Era una elección.

En ese momento, no sabía dónde meter la cabeza.

—No siempre es igual, querida. El tío Nate cuida personas todos los días, y cada una de ellas se cura de manera diferente —expliqué, tratando de hacerlo de un modo que pudiera entender. A sus nueve años, era muy madura para su edad, pero aún así tenía que recordar que seguía siendo una niña.

—¿Sabías que el médico más viejo del mundo tiene cien años? Es un abuelito muy tierno. Yo también quiero ser médica cuando sea grande.

Otro golpe directo al estómago. ¿Cuántos más iba a tener que aguantar? Por lo que venía ocurriendo en las últimas horas, estaba seriamente considerando comprarme una armadura para protegerme de los golpes.

—Me va a dar mucha alegría. Entonces serás mi pasante.

—¿Qué es eso?

Claro que no iba a dejarlo pasar.

Le expliqué exactamente qué significaba, y entonces la bebé volvió a llorar. La tomé de los brazos de Joanne -la madre de Lisa- y empecé a caminar con ella. Ese cambio de brazos parecía gustarle, pero la calma duraba poco.

Mientras intentaba arrullar a mi hijita, Walter y Joanne hicieron lo posible para convencer a Bella de que se fuera a dormir. Ella se quejó, protestó, discutió, pero al final se dio por vencida.

Se acercó a mí, marchando desanimada, y tomó la manita de la bebé, besándole la cabecita.

—Buenas noches, primita. —Si eso no era lo más tierno que había visto en mi vida, entonces no sabía qué otra cosa podría ser. Tuve que tragar saliva, realmente conmovido. Entonces Bella se volvió hacia mí, con una sonrisa. —Buenas noches, tío Nate. —Me agaché y la besé en la mejilla. —Te quiero. No te olvides de mí.

Eso sí que me noqueó. Principalmente porque no me dejó responderle y se fue caminando hacia las escaleras, subiendo y desapareciendo de mi vista.

Los Mulder también parecían emocionados, pero no dijeron nada.

Yo seguía sintiéndome una pésima persona por todo.

A la mañana siguiente, desayunamos todos juntos. Nos turnamos para cuidar a la pequeña, lo cual me dio bastante vergüenza. Pero la pareja parecía feliz de hacerlo. Tanto que dijeron que no se sentían cansados, sino renovados.

Llevé a Bella al colegio, que quiso presumir a su primita con todas sus amigas, y después fui al hospital.

Me las arreglé para dejar a la bebé con la enfermera de la sala de recién nacidos, prometiéndole que sería solo por un día. Por más que yo fuera el maldito director, me gustaba saber que las reglas eran iguales para todos.

Apenas me despedí de la nena, quería ir directo al cuarto de Olivia, pero fui interrumpido por la esposa de un paciente que me detuvo en el pasillo. Estaba muy agradecida por la mejora de su esposo, que se había sometido a una cirugía de bypass, que no fue realizada por mí, pero sí bajo mi supervisión

Me quedé ahí un rato, conversando con ella, y, por respeto a la mujer, dejé que el celular vibrara en mi bolsillo.

Cuando logré alejarme, revisé y vi que era Rachel. Empecé a correr, porque imaginé que tenía que ver con Olivia.

Lo que no imaginaba era encontrarla despierta.

Mi amiga estaba revisando sus signos vitales, con una sonrisa en el rostro que no le dirigía a cualquiera.

—¿Cómo te sientes, querida? —le preguntó a la chica en la cama. Tenía hematomas en el rostro, cortes en varias partes del cuerpo, pero seguía pareciéndome la mujer más hermosa del mundo.

Tanto que el corazón se me hinchó en el pecho en cuanto me detuve a observarla, apoyado en el marco de la puerta.

—Un poco confundida. ¿Dónde estoy?

—En el hospital. Llegaste anteanoche y…

—¡Mi hija! —exclamó, visiblemente desesperada.

El movimiento brusco que hizo la obligó a soltar un gemido de dolor. Ya no pude quedarme quieto y me acerqué, sin pensar que ella ni siquiera sabía que yo estaba ahí. Tal vez ni siquiera supiera que estaba en mi hospital.

Nuestras miradas se cruzaron por una fracción de segundo, y vi cómo Olivia perdía el aliento.

Podía entenderla perfectamente, porque yo me sentía igual.

—¿Nate? —me llamó en un susurro, y algo dentro de mí se derritió.

No pude reaccionar de inmediato, porque fue como un huracán. Como si una fuerza invisible y brutal tratara de derribarme.

Eran demasiadas cosas a la vez. Quería hacer preguntas, quería saber qué había pasado y por qué había escondido a nuestra bebé. Quería entender cómo había sido el accidente, por qué no volvió a responderme, sobre todo si estaba embarazada.

Pero, en medio de todo eso, estaban mis sentimientos por ella. El deseo desesperado de tomarla entre mis brazos y olvidarme de todo lo demás, siempre que ella también pudiera olvidarlo.

—Hola, Liv.

Ni siquiera me di cuenta cuando una lágrima se me escapó del ojo, deslizándose hasta la boca. Respiré hondo, intentando recomponerme y pensando que no se trataba solo de reencontrarme con la chica que creí haber perdido para siempre. Al parecer, ya no era solo la mujer hermosa y dulce con la que había compartido algunos de los mejores meses de mi vida. Era la madre de mi hijita.

Era el hecho de que había sido la primera paciente que operé en más de un año. La primera vida que sentí que salvé de verdad

desde que perdí a mi familia en ese accidente. Muchas cosas volvieron a mi memoria, y yo no era de hierro.

—Voy a dejarlos solos —anunció Rachel, saliendo por la puerta y cerrándola.

Apenas puso un pie fuera, Olivia ya se apresuró a preguntar:

—¿Dónde está Gaby? ¿Dónde está? —El tono desesperado de su voz partía el corazón. Por el estado en el que ella estaba, comparado con el de la bebé, no cabía duda de que Rachel tenía razón al suponer que la madre casi se había matado para salvar a su hija.

—¿Así que ese es su nombre?

—Gabriella. Sí, por Troy. ¿Dónde está? —repitió, y volvió a hacer una mueca de dolor, porque se estaba esforzando demasiado.

—Está en la guardería, pero está completamente bien. —Le tomé la mano, tratando de calmarla. —Le hicimos estudios, incluso la llevé a casa ayer. Puedes estar tranquila.

Olivia suspiró aliviada, y su cabeza cayó contra la almohada. Cerró los ojos unos segundos, pero pronto los volvió a abrir y me miró.

—No es que tenga alguna duda, Liv, pero... es mía, ¿verdad?

La chica dudó un poco, pero asintió lentamente.

Necesitaba mantener la calma, sobre todo porque, en el estado de vulnerabilidad en el que se encontraba, no quería preocuparla más. Aún así, era imposible fingir que todo estaba bien o que esa revelación no me había sacudido.

Apoyé una mano en la pared, la otra en la cintura, y volví la cabeza hacia la ventana, que estaba junto a su cama. No podía mirarla a los ojos, no porque estuviera enojado. Aunque me sentía bastante confundido, no lograba dudar ni un segundo de que ella tenía buenas razones. El problema era que sabía que mi desconcierto debía estar escrito en mi cara.

—Nathan... tenemos tantas cosas de qué hablar...

Sí... Dios mío, realmente lo esperaba, porque no entendía nada en absoluto.



CAPÍTULO 28

OLIVIA LANCASTER

Me dolía todo el cuerpo. Respirar era un sufrimiento. Lo único que quería era hundirme en esa cama y volver a dormirme. Sobre todo porque estar despierta significaba que tenía que recordar...

Y los últimos meses definitivamente no se habían convertido en buenos recuerdos.

—¿Puedo ver a Gaby? Dijiste que está aquí... —le pregunté a Nathan, que estaba parado cerca de mí, con los brazos cruzados sobre el pecho.

—No. Lamentablemente no puedes. Estás en cuidados intensivos. Ella es muy pequeña, los riesgos de contaminación serían muy altos.

Asentí, moviendo la cabeza lentamente y sintiendo que me palpitaba. Tenía un collar cervical rodeándome el cuello.

—¿Qué me pasó?

—¿Recuerdas el accidente?

Un escalofrío me recorrió la espalda, dejándola entumecida.

—Con claridad. Vi venir el camión en el cruce, y lo único que pensé fue en lanzarme sobre Gaby.

—Sospechamos que eso fue lo que ocurrió, ya que la bebé estaba mucho mejor que tú, en términos generales.

—Qué bueno. —Hice una pausa, cerrando un poco los ojos y notando la boca seca. —¿Puedes darme un poco de agua?

—Claro.

Nathan dio un paso adelante, tomó un vaso que habían dejado sobre la mesa y me ayudó a beber. No voy a ser hipócrita: el roce de su mano me provocó algo. También la forma en la que nuestras miradas se cruzaron mientras sorbía el agua.

Pero no podía dejarme llevar. Teníamos que resolver muchas cosas. Sin mencionar que había pasado mucho tiempo, quedaron muchas heridas abiertas, y yo había atravesado demasiadas cosas antes de llegar hasta ahí.

Demasiadas cosas, en serio.

—Llegaste con múltiples fracturas: dos costillas y una en la cadera, que tuvo que ser operada. También presentaste una lesión axonal difusa que...

—No voy a entender ni la mitad de lo que me digas a partir de ahora, ¿verdad?

—Imagino que no. —En otra situación, el Nathan que yo conocía habría hecho algún chiste con mi comentario, que intentó ser gracioso, pero él seguía muy serio.

—Entonces me conformo con saber que estoy viva.

Nathan se acercó, empezando a revisar lo que necesitaba. Tomó mi muñeca, que estaba enyesada, y sostuvo mi mano entre las suyas.

—¿Puedes mover los dedos?

Muy despacio, abrí y cerré cada uno, aunque me costó bastante.

—Estoy sintiendo algunos espasmos. También es como si todos mis músculos estuvieran muy tensos.

—Es normal para el tipo de lesión que tuviste. Puede que tengas la coordinación motora afectada por un tiempo, pero la fisioterapia te va a ayudar.

Suspiré, preocupada.

—No tengo dinero para eso. Las cosas están... complicadas.

Nathan frunció el ceño, mirándome con desconfianza. Obviamente seguía dolido, y hasta tenía derecho. Pero yo debería

estar más.

—El hospital es mío, por si no lo recuerdas. Puedo encargarme de eso.

—¿Por una vieja amiga? —pregunté con un dejo de amargura.

—Y por la madre de mi hija.

No lo dijo con ternura. Soltó las palabras con rudeza, confirmando lo que pensaba: no estaba actuando de forma amigable.

Siguió con su revisión, chequeando mis pies y levantando mis piernas para moverlas, con el mayor cuidado posible. Sentí dolor y llegué a jadear, soltando un gemido bajo.

—Perdón.

—No, está bien.

También revisó mis pulmones, mis latidos, y otra vez: debía estar algo afectada por los medicamentos o lo que fuera, porque se veía increíblemente sexy en modo profesional, con su bata y así de guapo.

Con cuidado, retiró el collar cervical y palpó mi cuello, girándome la cabeza de un lado a otro, lo que también me causó bastante dolor.

—Esto es solo una contractura. Aun así, necesitas seguir usando el collar por unos días más. —Lo volvió a colocar y regresé a la posición de antes.

—¿Cuánto tiempo voy a tener que quedarme aquí?

—Algunos días más. Necesitamos monitorear tu evolución y ver cómo reaccionas.

—¿Voy a estar días sin ver a mi hija? —Eso me aterraba más que cualquier otra cosa. —Todavía la estaba amamantando.

—Lo siento. Ayer tuve que darle fórmula, porque no había otra opción. Pero para verla, tan pronto como estés un poco mejor, encontraremos una forma.

Nos quedamos en silencio por unos momentos, y temí que Nathan saliera de esa habitación sin que yo tuviera el valor de tocar el tema. Pero no era algo tan simple. La historia que tenía que contarle era pesada, y pensaba que quizás sería mejor que estuviéramos en otro lugar.

A pesar de eso, odiaba verlo actuar así conmigo.

—Nate, necesito que sepas que si no te conté sobre el embarazo... no fue porque no quisiera *contártelo*. —Maldita sea, me estaba enredando con las palabras. —Después de que terminaste conmigo, me llevó más de una semana descubrirlo.

—Entonces, cuando te llamé y no quisiste atenderme; o cuando me contestaste diciendo que ya no querías hablar conmigo, ya lo sabías.

—Nunca te respondí diciendo eso. —Quería intentar explicarlo, pero cualquier cosa que dijera sin contar toda la historia parecía una excusa barata. Eso me estaba poniendo un poco nerviosa. —Fue mi mamá quien lo notó primero. Ni sé cómo... Ni después de la sobredosis dejó de drogarse, pero empezó a ser más cuidadosa. Entonces se dio cuenta de que estaba vomitando mucho. Cuando me dijo eso, fui a hacerme un examen y... y... salió positivo. Uno de los amantes de ella estaba ahí y...

Los sonidos de los aparatos a mi alrededor comenzaron a ser más agudos y acelerados. Nathan se acercó de nuevo a la cama, puso su mano sobre mí e intentó calmarme.

—Creo que es mejor no hablar ahora. Tu ritmo cardíaco aumentó y la presión arterial subió a quince diez. Lo que necesitas ahora es descansar.

—Necesito explicarte.

—Ya tendrás tiempo para eso.

Como él estaba tan cerca de mí y yo todavía me sentía tan desesperada, casi fuera de control, especialmente porque todo ese ruido era muy estresante, tomé su muñeca con fuerza, lo que hizo que me mirara, con esos ojos claros y bellos ligeramente abiertos, sorprendido.

—No quiero que te preocupes por mí, pero tienes que proteger a nuestra hija. Por favor, Nate. Escucha lo que te estoy diciendo... yo...

Vi a algunas personas entrar en la habitación, y no era para menos, ya que estaba demasiado alterada.

Nathan autorizó algo a una enfermera, quien se acercó con una jeringa y administró un líquido en la intravenosa.

—Cálmate. Está todo bien. Voy a proteger a las dos. No te preocupes. Ahora, lo que necesitas es calmarte.

Las palabras que dijo realmente me dejaron un poco más tranquila. Tenerlo a mi lado, saber que Gaby estaba bajo su protección -como hubiera querido desde el principio-, me dio algo de alivio.

Tanto que dejé que el sedante hiciera efecto y me sumergí en la oscuridad.

Cuando me desperté, él ya no estaba. Ya era de noche, y apareció la amable médica que me examinó al despertar.

Sonrió al verme abrir los ojos y se acercó. Estaba acompañada de una enfermera que revisó mis signos vitales, me dio algo de medicación y se fue. Podría haber preguntado qué me estaban dando, y lo habría hecho en cualquier otro lugar, pero me sentía segura allí, en ese hospital, con esas personas.

La médica sacó una silla y se sentó a mi lado. Por lo que pude notar, todavía estaba en la UCI.

—Entonces, ¿eres la chica de Nathan? —preguntó, acomodándose un poco más en su silla mientras ajustaba su bata.

—No sé cómo responder a eso.

—¿La chica de Harmony Falls de la que él se enamoró?

—La chica con la que él terminó —corregí, sintiendo mi voz aún algo arrastrada por el sueño inducido.

—Ah, querida. Quien pasa por todo lo que él pasó no puede pensar con claridad. Sé que intentó hablar contigo después. Sé que fue tu elección no atenderlo. Y el chico sufrió, ¿eh? Sufrió mucho.

—No fue mi elección. Estaba pasando por una situación complicada.

—Me imagino. Pocas mujeres optarían por tener un hijo solas, siendo que hay un buen hombre dispuesto a apoyarlas. Conozco a Nathan desde hace mucho y él nunca dejaría de asumir su rol como padre.

—También lo sé. Tan pronto como pude, fui tras él, pero mira en qué terminamos.

Ella puso la mano sobre mi pierna.

—En el mejor lugar posible —dijo con mucha convicción, lo que me hizo pensar que era una mujer de determinación inquebrantable. —El destino a veces elige lo correcto, aunque parezca que no. Y no te lo estoy diciendo solo a ti, sino también a Nathan.

La doctora se acomodó aún más en la silla, sonriendo, como si planeara quedarse allí.

—Doctora...

—Gordon. Rachel Gordon.

—No quiero molestarte. Debes tener otros pacientes que atender. Estoy bien.

—¿Y salir de aquí sin contarte cómo fue la cara de Nathan cuando vio a esa cosita linda que tienen? ¡De ninguna manera! Te daré todos los detalles...

No pude evitar sonreír.

—¿Estaba muy confundido? Ojalá lo hubiera visto.

—Confundido, atónito... pero completamente enamorado. Confieso que todavía está un poco incómodo y más rígido que una piedra, no por no saber sostenerla, sino por todo esto de ser padre. Me enteré por la mamá de Lisa que corrió a buscar ayuda. ¡Imagina el pánico! Nate no es de pedir ayuda a nadie así.

Solté una risa, pero sentí un poco de dolor y traté de controlarlo.

—Perdón. No puedo dejar que hagas movimientos bruscos. Pero necesitas saber que él está comprometido. Hoy salió de aquí con ella, ya con una niñera contratada. Dijo que iba al centro comercial a comprar una cuna y está haciendo lo que puede. Está compensando el tiempo perdido.

—Me hubiera gustado participar en todo eso.

—Como él seguramente hubiera querido estar durante el embarazo. —Iba a decir algo, a contradecirla y tratar de dar alguna explicación, pero la doctora Gordon no me dejó. —No te estoy juzgando, Olivia. Ya te dije que no sé qué pasó, pero creo que fue algo suficientemente grave como para que hayas hecho lo que hiciste. Simplemente no quiero que me lo digas antes de decírselo a

él. Nate merece saber y tú mereces hablar. Todavía tienen una historia por delante.

—Fui solo la novia de verano de él. —Me encogí de hombros, luchando contra las ganas de llorar. No solo porque todavía me dolía pensar en todo lo que pudimos haber sido, sino también por las fuerzas mayores que nos separaron: el accidente que mató a dos personas importantes para Nathan y lo que pasó después, durante mi embarazo.

—No parece que hayas sido solo eso. Confía en mí.

Era lo único que me quedaba, sin duda.



CAPÍTULO 29

OLIVIA LANCASTER

La recuperación era un proceso difícil. Cada día que pasaba en el hospital, aunque sentía que mejoraba, me daba una sensación incómoda de estar encerrada. Estar acostada casi siempre en la misma posición era molesto; dormir solo con medicinas, porque los ruidos en la UCI siempre eran muy fuertes, era horrible. Y lo principal era que extrañaba mucho a Gabriella.

Nathan pasaba gran parte del día yendo y viniendo para verme, y siempre me daba noticias. Mostraba fotos y videos que le tomaba a ella, pero eso no era suficiente.

De hecho, el primer día que me trasladaron de la UCI a la habitación, lo primero que pedí fue que hiciéramos algo para que pudiera ver a mi hija.

Como ella era muy pequeña, no podía entrar, así que necesitaba ir a verla. Pero yo seguía conectada a suero, con la cadera recién operada, la muñeca enyesada y el collarín puesto. Fue, por lo tanto, una acción clandestina, permitida solo porque los médicos pensaron que me ayudaría en mi recuperación.

Fue Nathan quien me levantó de la cama y me puso en una silla de ruedas. El movimiento no fue tan sencillo, me causó bastante

dolor, pero hice todo lo posible por no mostrarlo. No quería que se rindieran.

Necesitaba ayudarlo empujando el suero mientras él llevaba la silla. Los enfermeros ayudaron, porque les pedí que me arreglaran para ver a mi bebé. Una de ellas me peinó el cabello mientras yo ya estaba sentada, y otra acomodó mi bata, y sentí que mi corazón se aceleraba.

Fuimos hasta el área externa del hospital, donde había un pequeño jardín. Primero vi a la Dra. Gordon, que se balanceaba de un lado a otro, de espaldas a nosotros. Incluso en esa posición pude notar que ella tenía algo en los brazos, y enseguida imaginé que sería mi hija.

Tragué saliva, controlando mi respiración, pero casi me derrumbé cuando se dio vuelta y le dijo a la bebé:

—Mira a mami, querida. ¡Mamá vino a verte!

Si no hubiera estado sentada, me hubiera caído al suelo, completamente sin fuerzas.

Fueron días y días sin ver a mi bebé. Casi dos semanas, atrapada en esa UCI, pero me pareció una eternidad. Nathan acercó la silla un poco más a ella, pero yo sabía que no podía tomarla. Me dolían los brazos de las ganas de hacerlo.

Ella tenía los ojitos bien abiertos, y noté que se quedó un poco confundida al verme. Por un momento eso me dio un gran pánico. ¿Será que ya no se acordaba de mí? ¿Será que creía que la había abandonado?

Claro que ella aún no entendía esas cosas, pero yo no conocía bien las posibilidades dentro de la mente de una bebita tan pequeña como para suponer lo que podría estar pasando.

Pero luego sonrió...

Llevó una de sus manitas a la boquita, y apareció el mismo hoyuelo que yo tenía.

Morí de amor nuevamente.

—¿Ves, mi amor? Mamá está bien. Solo tienen que esperar un poquito más para volver a encontrarse.

Nathan salió de detrás de mí y tomó a Gaby en brazos. Era la primera vez que los veía juntos. La primera vez que lo veía a él con

ella en los brazos. La emoción casi me invadió.

Se arrodilló con ella frente a mí, con su usual gesto caballeroso, acercando a mi bebé lo más posible a mí.

Dejé el suero a un lado, porque era mi mano no enyesada la que estaba libre, y toqué su carita, sintiendo cómo las lágrimas caían una tras otra.

—¿Ha crecido? —pregunté, horrorizada al sentir que estaba perdiendo demasiado tiempo.

—¿Desde que llegaron aquí? Sí —respondió Nathan. —Ha ganado un kilo y medio.

Gaby me miraba fijamente, con los ojitos brillando. Enamorada. Así como yo lo estaba de ella. Yo me sentía fea, demasiado delgada, con el cabello todo despeinado, ojeras y el rostro aún marcado por los golpes, pero a ella no parecía importarle. Mi bebé me amaba tal como estaba.

—Florcita linda... cómo te he extrañado... —mi voz casi no salió, ahogada. Miré a la Dra. Gordon y vi que estaba limpiándose una de las lágrimas que también se le habían escapado.

Nathan, por su parte, no dejaba de mirarnos. Él participó en nuestro primer momento "familiar" y luego me acompañó a volver a la habitación, cuando ya no podíamos seguir allí fuera.

Dejamos a Gaby con la Dra. Gordon, y él me llevó de vuelta a la habitación en la silla poco después de que conociera a la Sra. Loomis, quien estaba cuidando a mi bebé.

—¿Confías en esta niñera que la está cuidando? —pregunté. De hecho, probablemente era la milésima vez que preguntaba esto. Tal vez porque finalmente había visto a la mujer, y para ser sincera, me pareció muy simpática. No había manera de encontrarle un defecto, aunque realmente no quería encontrarlo.

—Ella fue niñera de Bella por muchos años. Dejó de serlo solo porque mi sobrina se fue a vivir con los abuelos. Allí ya tenían a otras personas, y Joanne comenzó a pasar el día en su casa porque quiere quedarse con su nieta.

—Entiendo. Gaby parece estar contenta con ella.

—Sí, se adaptaron rápidamente.

Nuestras conversaciones seguían siendo algo frías. Yo misma me sentía un poco incómoda cerca de él, queriendo explicarle lo que había pasado, pero Nathan insistía en que sería mejor que lo habláramos cuando ya estuviéramos fuera del hospital.

Así que hice todo lo posible para recuperarme rápido, para resolver esa deuda que consideraba bastante grande. Me alimenté bien, colaboré con todos los exámenes, le informaba a Nathan sobre mis síntomas de manera constante y comencé la fisioterapia, que era lo más difícil.

Cuando salí del hospital, casi veinticinco días después de la intervención, ya no tenía el collar cervical, el yeso de la muñeca lo habían retirado, pero aún no podía caminar. Por lo tanto, necesité la ayuda de una silla de ruedas para salir, pero Nathan me sacó del coche y me cargó. Nos paramos dentro del ascensor, mientras esperábamos que subiera, y el silencio era ensordecedor.

Por suerte él lo rompió cuando ya estábamos a mitad de camino.

Claro que ya había imaginado que vivía en la azotea…

—Tengo una sorpresa para ti. Creo que te va a gustar.

—¿Más que ver a Gaby?

—No, más que eso creo que es imposible. —Me dio esa sonrisa que tanto extrañaba. Aún no era la misma de siempre, esa que me conquistó tan rápido, pero podría ser un comienzo.

O tal vez yo estaba viendo cosas donde no debía ver.

Salimos del ascensor, y él me fue cargando por el pasillo hasta una bonita puerta de madera. Aparentemente había solo dos apartamentos en todo el piso, porque solo había dos puertas, y lo único que tuvo que hacer era usar el pie para tocar.

—Podrías haber tocado el timbre —dije en tono de broma.

—Está todo bajo control.

Esperamos poco tiempo hasta que apareció el rostro familiar de la niñera que vi en el hospital más de una vez, porque me había visitado varios días.

Además de ella, ahí estaba mi bebé.

Fueron veinticinco días de ausencia. Nos habíamos visto en visitas breves, pero no podía cargarla ni tocarla, por el riesgo de

contaminación. Finalmente estaba libre, me había dado un verdadero baño en el hospital, con la ayuda de dos enfermeras, y me sentía más que lista para ponerme al día.

No fue planeado, no fue a propósito, pero en el momento en que pisamos dentro del apartamento de Nathan, lo único que pude hacer fue aferrarme a él, que aún me mantenía en sus brazos, recostar mi cabeza en su hombro y llorar.

Lloré y lloré.

Había derramado muchas lágrimas desde que todo pasó, sobre todo en las noches en la habitación del hospital, porque sabía que Nathan no podía quedarse conmigo teniendo a Gaby para cuidar. Hasta ese momento, sin embargo, no me había entregado completamente. No había sacado todo lo que necesitaba sacar.

Finalmente me sentí segura. Dentro de las paredes de un hogar que, por más que no fuera mío, había sido el refugio de mi pequeña en los últimos días. Una casa que olía a bebé. A comida. A protección.

En los brazos de Nathan, finalmente me entregué a mis propios sentimientos.

Él estaba un poco frío, diferente del hombre que era antes, y no sabía si era conmigo o con el mundo, después de la pérdida que había sufrido. Aun así, no me decepcionó y apretó el brazo que estaba detrás de mi espalda un poco más fuerte, dándome un consuelo que no sabía cómo explicar.

—Tranquila, preciosa. Todo está bien. Todo está bien.

Sabía que sí. Y era exactamente por eso que estaba llorando tanto.

Nathan me llevó al sofá, sentándose en él conmigo en su regazo. Como tenía los ojos cerrados, no me di cuenta de lo que pasaba alrededor, pero cuando me recuperé, vi que la señora Loomis había dejado a Gaby en su carrito y se había ido, de manera muy discreta, dejándonos a solas.

—Puedes tomarla —dijo Nate, y yo dudé. Cuando hizo un gesto con la cabeza, sonriendo y animándome, me incliné y la coloqué en mi regazo, trayéndola hacia mí.

Me dolió un poco la muñeca, pero Nathan me ayudó, y pude acomodarla en mi regazo, como yo estaba en el suyo.

Era la primera vez que estábamos así, los tres, sin nadie más. Mi corazón latía tan rápido en mi pecho que no sabía si reír, llorar, temblar o simplemente disfrutar del momento.

Apegué a Gaby contra mi pecho, sosteniendo su cabecita. Traté de quedarme así el máximo tiempo posible, pero ella no parecía dejarme mucho, porque estaba inquieta. Sus piernitas pateaban sin parar, y sentí un poco de dolor en la cadera.

Nathan me sacó de su regazo con cuidado, dejándome sentada en una posición más cómoda, y coloqué a Gaby de manera que pudiera mirarla.

Me quedé así por algunos instantes, medio boba, medio perdida.

—Hasta el día de hoy, sigo atónita mirándola. ¿Cómo puede haber tanta perfección? —dije, un poco divagando, pero me sorprendí con la respuesta de Nate.

—Yo me siento exactamente igual mirándolas a las dos. ¿Cómo puede haber tanta perfección?

Le lancé una mirada sorprendida, abriendo bien los ojos, porque realmente no esperaba que él se abriera de esa manera, especialmente después de tanto tiempo estando más cerrado, menos receptivo.

—¿Y la sorpresa?

Él levantó una mano, como si recordara algo, y se fue. Cuando volvió, traía algo en sus brazos.

Un gato.

Era diferente a aquella cosita pequeña que rescatamos hace un año. Tenía el mismo pelaje, los mismos ojitos asustados, pero era grande. Un hermoso felino.

—¿T-troy? —balbuceé, sin poder contenerme. Nathan lo acercó más, poniendo al animalito sobre el sofá, y se frotó contra la bebé, que empezó a reír. Parecían conocerse y llevarse bien.

—Él mismo. El mocoso.

—¡Ah, Nathan! ¡No lo puedo creer! ¿Te quedaste con él? —Ahí estaba yo, llorando otra vez.

—No pude darlo en adopción. Era un recuerdo de... —Juraba que iba a decir que era un recuerdo de mí o de nosotros dos, pero dudó, y su discurso fue diferente. —De cuando mi vida era un poco mejor, en todos los sentidos.

Asentí, equilibrando a Gaby en mis brazos, pero extendí la mano para acariciar la cabecita de Troy.

—Troy y Gabriella juntos. Quién lo diría, ¿no?

Nathan asintió, permaneció en silencio por un momento, luego carraspeó y se pasó la mano por el cabello.

—¿Se quedan ahí un momento? Necesito darme una ducha rápida...

—¿No vas a volver al hospital?

—No. Me quedaré con ustedes.

Nos miramos por unos segundos, y asentí.

Nathan se alejó, y entendí que la conversación que habíamos estado posponiendo finalmente tendría que ocurrir.

Tenía que prepararme para eso.



CAPÍTULO 30

NATHAN MITCHELL

Una ducha fría me hizo bien.

No todos los problemas de la vida podían ser solucionados con una ducha helada, y tenía la impresión de que la conversación que estaba a punto de tener con Olivia era uno de esos problemas, pero al menos me sentiría un poco mejor antes de empezar.

Durante esas dos últimas semanas en las que ella volvió a formar parte de mi vida, fui bombardeado con una gran cantidad de sentimientos completamente descontrolados. Pasaba de la más pura tristeza al deseo desesperado de abrazarla en cuestión de segundos. Cada vez que la dejaba sola en el hospital y tenía que volver a casa para cuidar de nuestra hija, sentía una frustración que parecía devorarme por dentro. El miedo de estar haciendo todo mal.

Sabía que debía haber una razón muy fuerte para que ella se hubiera mantenido oculta tanto tiempo. Sabía que su familia era una mierda y podía imaginar que el embarazo probablemente no había sido fácil.

Y ese era el problema: imaginar.

Las cosas más sórdidas vinieron a mi mente y eso hizo que me distanciara aún más de ella. No podía soportar la duda, pero al

mismo tiempo creía firmemente que esa no era el tipo de conversación para tener en un hospital, mientras ella se recuperaba.

Más que eso, no podía lidiar con el miedo. Miedo de saber la verdad y sentirme el peor de los hombres por haberla abandonado en un momento difícil. Por haberla dejado embarazada de una hija mía.

Una hija que, incluso en esos pocos días en los que nos conocimos, ya se había convertido en lo más precioso de mi mundo.

En medio de la oscuridad en la que mi vida se había sumido, mi bebé era la luz. Ella me salvó.

Pero su madre también.

Al reaparecer en mi vida, inconsciente sobre una mesa de operaciones, sentí que también renacía.

Había muchas heridas por sanar, y necesitaba estar preparado esa noche.

Despedí a la señora Loomis un poco antes de lo habitual y llamé al restaurante cerca de mi edificio, pidiendo la cena. Quería tener toda mi atención centrada en Olivia, sobre todo porque la conversación sobre lo que había sucedido durante su embarazo no sería la única de esa noche.

Tomé el sobre blanco que había llevado a casa la tarde anterior, lo observé por unos instantes y decidí que si íbamos a poner todas las cuentas sobre la mesa, esa también era una que debía ser exorcizada.

Volví a la sala, y Olivia seguía con Gaby en brazos. No mentía cuando decía que, juntas, ellas eran lo más perfecto que había visto en mi vida. No podía engañarme: un sentimiento de posesión muy fuerte se instalaba en mí al verlas y pensar que, además de Bella, eran lo más parecido a una familia que tenía. Todo lo que poseía.

Esa chica que pasó por mi vida como un huracán, a la que le dije adiós sin mirar atrás, había vuelto a mí. Estaba allí, frente a mí, sosteniendo a nuestra bebé, y sabía que mi corazón volvía a derretirse por ella.

Si es que alguna vez dejó de pertenecerme, aunque últimamente me había alejado tanto de mí mismo.

Sin que anunciara mi presencia, ella levantó la mirada y esbozó una débil sonrisa.

—Sigue tan tranquila... —dijo con dulzura, lo que hizo que mis entrañas se retorcieran.

—Sí. Es un ángel. Lloraba mucho al principio, por no tenerte —le dije, mientras me acercaba. Sostenía el sobre en la mano y lo dejé sobre la mesa del centro. Olivia lo notó, pero no dijo nada.

—¿Crees que pensó que la abandoné?

No pude evitar sonreír.

—o creo que tenga el discernimiento para eso a los cinco meses.

Olivia suspiró.

—Sí, puede ser. Tendré que confiar en lo que dices, porque eres médico, ¿no? —Se encogió de hombros.

—Claro. Todo lo que digo está comprobado científicamente.

Ella me miró a los ojos, casi sorprendida de que estuviera haciendo una broma.

Tratando de no darle demasiada importancia al momento, me senté sobre la mesa, al lado de donde había dejado el sobre, inclinándome hacia adelante y apoyando los codos en las rodillas.

—¿Sabes qué es esto? —Señalé el sobre a mi lado.

—Sospecho que sí. ¿Es una prueba de ADN?

Asentí.

—No creo que sea necesario, Liv. Sé que Gaby es mía. Y aunque no lo fuera, ya no importaría. Solo lo hice porque tú estabas inconsciente. No sabía cuánto tiempo estarías así, si entrarías en coma, y necesitaba una prueba de que la bebé era mía para poder quedarme con ella.

—No tienes que darme explicaciones.

—Pero quiero. No es solo el hecho de que ella se parezca a mí, sino que nunca dudaría de ti. Y por eso pensar que tardaste tanto en buscarme es una duda que me ha estado matando.

—Quería contártelo antes.

—Pues espero que me lo cuentes hoy.

Olivia respiró profundo, moviendo la cabeza, asintiendo.

Iba a decir algo más, pero escuché el timbre. Probablemente era nuestra cena.

Me levanté, atendí y permití el ascenso.

El repartidor recibió el pago, me entregó la cena, y la llevé a la cocina. Estuve preparando la mesa, dejando a Olivia con nuestra bebé -que estaba dormida en su regazo-, y con Troy. Luego fui a buscarla.

Tomé a Gaby de los brazos de la madre y la puse en el carrito, llevándola cerca de la mesa, porque sabía que Olivia no quería estar mucho tiempo separada de ella. Después de eso, tomé a la mujer en brazos también.

—No tienes que... Puedo comer en el sofá.

—Voy a conseguirte una silla de ruedas, pero por ahora haremos esto.

La acomodé en la silla y la ayudé a servirse. Solo entonces me senté y comenzamos a comer. Olivia apenas tocaba la comida, así que decidí intentar relajarla contando algunas cosas sobre Bella. Aún no habíamos hablado a fondo sobre la relación de mi sobrina con nuestra hija, y eso parecía distraerla lo suficiente.

Cuando regresamos al sofá, la seriedad del momento nos golpeó. Nos sentamos uno en cada extremo del mueble, en silencio, como si ninguno de los dos tuviera el valor de iniciar el tema.

Olivia fue quien dio el primer paso.

—No te conté sobre Gaby antes, porque no pude. —Ya lo había mencionado antes, no era algo nuevo.

—Está bien... —mi palabra tenía un tono de aliento. Quería que siguiera hablando.

—Como te dije, mi mamá fue la primera que se enteró de mi embarazo. Y no estábamos solas. Estaba ese amante suyo. El Joel. De hecho, él fue uno de los pocos que quedó. No sé si lo recuerdas...

Cerré una de mis manos en un puño, ya no me gustaba ni un poco lo que podía salir de esa conversación si ese tipo asqueroso estaba involucrado.

—No es el tipo de persona que se olvida...

—Así es. Y aún no sabes lo peor.

No quería sacar conclusiones precipitadas, pero la forma en que Olivia lo dijo me causó tal malestar que sentí mis hombros tensarse.

—Él no te hizo daño a ti o a Gaby, ¿verdad? Olivia... dime que no tocó a ninguna de ustedes, o yo voy a...

Olivia puso su mano en mi brazo, deteniéndome.

—Nate, cálmate. Si no, no te voy a contar todo.

—No te atrevas a detenerte ahora.

Suspiró, y yo me sentí más y más aturdido. Miré a mi bebé, que dormía en el carrito, y no podía soportar imaginar lo que ella y su madre podrían haber pasado.

—No sé si recuerdas lo que te conté entonces sobre que él estaba casado y quería tener un hijo. Pero él vio mi embarazo como una… —dudó, como si buscara la palabra adecuada— oportunidad.

—¿Cómo es eso?

—Quería robarme a Gaby. Comprarla. Y mi mamá lo alentó.

—¿Qué? —casi gruñí.

Dios mío, ¿de qué estaba hablando? ¿Robo de bebé? ¿Cómo era posible que las cosas hubieran llegado tan lejos?

Los ojos de Olivia empezaron a llenarse de lágrimas, y su respiración se volvió más incierta. Y cómo no iba a ser así, si la historia ya empezaba muy, muy mal.

Pero entonces siguió. Y me di cuenta de que las cosas podrían empeorar aún más.

—Cuando me negué y me rehusé a aceptarlo, me encerraron en casa. Pasé el embarazo recluida en el cuarto, dependiendo de ellos para alimentarme. Estuve sin acceso a celular, computadora o cualquier medio para comunicarme. Por eso no recurrí a ti.

Me levanté del sofá, casi saltando de él y comenzando a caminar de un lado a otro.

—¡No puedes estar hablando en serio!

—¿Desde cuándo bromearía con algo así, Nathan?

—No, sé que no... pero es... irreal. ¡Absurdo!

—Estoy de acuerdo. Pero viví todo esto y te puedo garantizar que fue real. ¿Por qué otro motivo no te habría contado sobre el embarazo?

Tuve que admitir que en mi cabeza podían haber muchas razones, principalmente resentimiento. Una forma de castigarme por terminar la relación, pero si lo pensaba detenidamente, Olivia no era ese tipo de persona. Más aún, si ese fuera el caso, estaría dañando a su propia hija. Y ya me había dado cuenta de que no era el tipo de madre que haría esas cosas. Ella prácticamente había dado su vida por Gaby en ese accidente.

—No sé qué decir, Liv. No sé realmente —mi voz casi no salió. Fue nada más que un susurro.

—No necesitas decir nada. Solo quiero que entiendas que en cuanto logré escapar, lo primero que hice fue venir hacia ti.

—¿Y cómo lograste escapar, por cierto?

Olivia se movió en el sofá e hizo una mueca de dolor. Hice un movimiento para ir a ayudarla, pero levantó la mano, deteniéndome.

—Fue Portia y su madre. Ambos inventaron una historia de que yo había viajado para buscarte. Cada vez que ella aparecía por allí, yo era amenazada y me quedaba callada, esperando que se fuera. Pero mi amiga comenzó a sospechar, tanto que seguía regresando. Un día, estaban tan drogados que pude hablar con ella a través de la ventana.

—¿Y luego?

—Ella pudo dejarme un teléfono, y planeamos la fuga. Fue en el momento justo, porque Gaby ya había nacido y yo sabía que él se la iba a llevar lo antes posible.

—¿Por qué no se la llevó?

—Por la lactancia materna. Porque tenía muchos cólicos y quería dejar pasar esa fase para no molestar a su esposa. Porque creo que Dios estaba cuidándonos y protegiéndonos. De lo contrario, nunca volvería a ver a mi hija, y tengo la sensación de que planeaba matarme después de eso. A mi y a mi madre, para que no se lo contáramos a nadie. —Olivia hizo una pausa y miró al suelo, luciendo incómoda. —Ni siquiera sé qué le hizo a ella... A veces me siento como una mala hija por haberla abandonado.

—¿Mala hija? ¡Mira todo lo que ella te hizo pasar! —Exploté, indignado.

—Lo sé. Pero aún así... yo...

Me acerqué nuevamente a ella, tomando sus manos y agachándome frente a ella.

—Eres una buena persona. Es tu naturaleza. No puedes evitarlo. —Besé cada una de sus manos, y la vi suspirar una vez más. Miré sus ojos y sentí dolor en el pecho.

Estuve a punto de perder a las dos.

Por muy poco.

—Estás a salvo ahora. Sabes eso, ¿verdad?

Olivia asintió, moviendo la cabeza, pero la bajó nuevamente.

Puse mi mano bajo su mentón, levantándolo.

—Quiero que estés completamente segura de eso. Nadie les hará daño a ustedes dos. Están bajo mi protección. Van a quedarse aquí conmigo, y yo me encargaré de ambas.

Ella movió la cabeza otra vez y la vi sonreír.

Me levanté, solo para sentarme de nuevo en el sofá, atrayéndola hacia mí en un abrazo, que sabía que no compensaría todo el tiempo horrible que había pasado, pero que quería que fuera un refugio.

No solo para ella, sino también para mí.



CAPÍTULO 31

NATHAN MITCHELL

Me tuve que alejar un poco. Podría haber sido un acto cobarde dejarla sola en ese momento, después de haber exorcizado esos recuerdos, pero me sentía tan asfixiado y tan consumido por la violencia, por el deseo de castigar a los culpables del sufrimiento de la mujer que amaba, que creí que lo más prudente era hacer algo para ocupar mi mente.

Inventé que tenía una llamada del hospital para atender y me fui al cuarto, comenzando a caminar de un lado a otro, pensando en todo lo que Olivia me había contado.

Era una historia que parecía sacada de un libro o de una película de acción, donde los villanos y los buenos se mezclan en una trama completamente ilógica.

Pero había sucedido. Y la idea de quedarme parado con respecto a eso me hacía sentir cómplice, aunque no lo fuera.

La dejé embarazada y rompí con ella. Por más que no supiera sobre el bebé, era mi culpa que ella hubiera pasado por todo eso, todas esas pruebas. Así me sentía.

Volví a la sala unos minutos después, esperando estar más tranquilo. La sangre aún burbujeaba, corriendo por mis venas, dejándome entumecido.

Pero Olivia parecía tener un poder. Fue así cuando regresó a mi vida, fue así incluso cuando nos conocimos. Ella sacaba lo mejor de mí.

Toda esa rabia, esa sensación de que estaba a punto de explotar, venían ocurriendo desde que mi hermano y Lisa murieron. Las pequeñas cosas me sacaban de quicio, y me costaba mucho volver a encontrarme cuando eso pasaba. Sin embargo, allí estaba ella, casi como si me estuviera sacando hacia la superficie cuando pensaba que me hundiría nuevamente.

Olivia había sacado a nuestra bebé del cochecito y la había puesto sobre su pecho. Con una mano en la espalda de la niña, la sostenía. Las dos estaban dormidas. Gaby había agarrado la tira de la blusa de su madre con su manita gordita, como si no quisiera que ella desapareciera otra vez.

Esa visión fue suficiente para que me detuviera, respirara profundamente y comenzara a preguntarme si la vida no podría tener arreglo. Con ellas dos a mi lado, tal vez podría encontrar la luz de nuevo.

Sintiéndome emocionado, me fui acercando de puntitas hasta llegar cerca. Tomé a la bebé y la puse en el cochecito, acomodándola, sin dejar de mirarla durante unos minutos. Su boquita roja en forma de corazón estaba entreabierta para que pudiera respirar. Sus mejillas rosadas, su cabello claro, todo en ella era hermoso. ¿Cómo podía no sentirme un hombre extremadamente afortunado sabiendo que esa cosita preciosa me pertenecía?

Después de contemplar a la niña durante algunos instantes, me volví hacia la mujer.

Ella también era preciosa. Desde que la conocí, siempre supe que había algo muy especial en Olivia. En nosotros. Pero el dolor me había dejado ciego. Tuve que alejarme, pero ya no creía que hubiera sido una buena idea. Si hubiera estado con ella, si no la hubiera dejado atrás, nada de lo que pasó habría sucedido. Nunca lo habría permitido.

Me incliné, prácticamente levantándola en mis brazos y sacándola del sofá. Olivia se movió y me di cuenta de que la había despertado.

—Perdón, estaba cansada. Me quedé dormida...

—No hay problema.

Lo que sí era un problema era haberla dejado allí sola después de que abrió su corazón y me contó todas esas barbaridades. Por más que la abrazaba y trataba de consolarla no era suficiente. Ella merecía mucho más.

—Aún necesito tomar algunos medicamentos antes de dormir —dijo en voz baja, pero se acurrucó en mi pecho, lo que hizo que mi pulso se acelerara de ternura.

—Lo sé. Si no lo recuerdas, soy tu médico.

Ella soltó una risita, y mi mente comenzó a formular una nueva pregunta: ¿cómo era posible que esa chica pudiera mantener el optimismo y esa dulzura después de haber pasado por tanto?

¿Después de haber hablado de todo el horror que le sucedió en su vida?

—Como te dije... voy a cuidarte a partir de ahora.

Ella no dijo nada al respecto, pero terminó durmiéndose nuevamente en mis brazos, y la llevé a la cama, dejándola allí. Aún nos quedaba una hora hasta que tuviera que tomar el siguiente medicamento, así que la dejé dormir un poco más y fui a buscar a Gaby para llevarla a la cuna.

Más tarde, cuando regresé a la cama para darle su medicina a Olivia, estaba a punto de irme, pero sentí su mano cerrarse alrededor de mi muñeca.

—¿Te quedas? —pidió, casi como una súplica. Dudé unos instantes, no porque no quisiera, sino porque las cosas entre nosotros aún estaban muy confusas.

Aun así, me costaba decirle que no.

Me acosté a su lado, como me pidió, y por algunos momentos tuve la esperanza de que se acurrucaría conmigo. Pero era un pensamiento demasiado atrevido. En algún momento llegaríamos a ese punto. Necesitaba creer que no todo estaba perdido.

Hasta pensé que podría dormir, especialmente con ella a mi lado, pensando que mi hija estaba en la habitación de al lado, pero me demoré, me di vuelta de un lado a otro, y solo podía pensar en la historia que ella me había contado.

No importaba que hubiera logrado escapar. No importaba que pudiera cambiar las cosas a partir de ese momento y ofrecerle una vida mejor a ella y a Gaby. Esos hijos de puta no podían salir impunes. Ni siquiera si una de ellos era su madre. Eso no importaba en absoluto.

Cansado de quedarme despierto y acostado en la cama, me levanté de golpe, me senté al borde de la cama. Apoyé los codos en las rodillas y me llevé las manos al rostro, cubriéndolo.

Necesitaba levantarme y hacer algo o me iba a volver loco. Esa no era la primera noche en la que no podía dormir y en la que un montón de pensamientos conflictivos y oscuros invadían mi cabeza de manera aterradora. Hacía un año que eso era una constante. Me dolía el pecho, mi cuello se sentía tenso, me sentía para la mierda...

—Nate —La voz de Olivia me hizo saltar. Lo mismo ocurrió con su mano sobre mi hombro. —¿Qué pasó?

La miré por encima del hombro, respirando hondo.

Mierda, no quería contaminar su cabeza. Olivia aún se estaba recuperando, no necesitaba ser el apoyo de un tipo completamente traumatizado, además, ella también tenía sus propios traumas.

—Es una pregunta un poco tonta, ¿no? No es como si te hubiera contado un cuento de hadas —completó.

—No, no lo es. Pero la peor parte fue para ti. —Giré hacia ella y la encontré sentada a mi lado. —Necesito hacer algo, Liv. Esos dos son criminales. Tenemos que ir a la policía.

—Solo tengo a Portia como testigo. Y ella es mi mejor amiga.

—No importa. Van a revisar la casa, van a encontrar algo. Tu jefa que no te ha visto más. La gente de la ciudad. No se hizo ningún control prenatal, ni consulta médica.

—Pueden decir que solo soy una madre tan irresponsable como mi madre. —Hizo una pausa, usando un tono algo amargo. —Vamos, Nate. ¿No estás de acuerdo en que hasta tú piensas que la historia es absurda? Si no me conocieras...

—Tenemos que hacer un registro de denuncia, Olivia. Cómo actúe la policía es otro tema, pero es lo correcto. Lo hice contra el conductor que chocó con el auto de mi hermano y descubrieron que

estaba borracho. Lo juzgaron y lo condenaron. No trajo a mi familia de vuelta, pero me dio un sentido de justicia.

Estaba dispuesto a discutir más, pero Olivia asintió.

—Está bien. Iré.

Me sentí un poco más aliviado.

—Gracias —le dije, aunque sabía que era una medida para los dos. Se habían metido con *nuestra* hija.

Me volví a acostar, pero tenía la sensación de que ninguno de los dos iba a poder dormir. Tanto es así que estábamos tumbados boca arriba, mirando al techo.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —Olivia soltó de repente.

—Claro. Siempre.

—¿Buscaste ayuda después del accidente?

Yo ya sabía que Olivia siempre era directa, pero llevábamos tanto tiempo sin vernos que había olvidado lo mucho que me gustaba su sinceridad.

—No. No quise. Pero animé a los Mulder a llevar a Bella a terapia.

—¿Por qué ella necesitaba ayuda y tú no?

—Porque ella es una niña y... —empecé a hablar, pero me interrumpí a mí mismo, sabiendo que era una excusa. —No *dije* que no la necesitara.

—Pero lo dejaste pasar.

—La vida fue pasando. La responsabilidad del St. Clair cayó sobre mis hombros.

—Y me enteré de que hiciste un excelente trabajo, a pesar de todo.

Sonreí, aún algo desanimado.

—¿Tú y Rachel hablaron bastante, no? Ella es bastante bocona.

—Me hizo compañía cuando lo necesité. —Iba a decir algo, pero Olivia me interrumpió. —No, no te sientas culpable. Estabas cuidando a Gaby. De hecho, parece que también hiciste un gran trabajo con eso. ¿No te cansas de ser bueno en todo, Dr. Mitchell?

Definitivamente no era bueno en todo. Lo más evidente era que no había manejado bien la situación y había dejado pasar a la

chica más increíble de todas.

—A partir de ahora, solo quiero ser bueno para ti y para nuestra hija.

Tal vez aún había tiempo para nosotros. Tal vez tuviéramos una segunda oportunidad.



CAPÍTULO 32

OLIVIA LANCASTER

Nathan me acompañó a la comisaría al día siguiente, y allí hicimos el registro de la denuncia. Una cosa era revivir toda la historia para Nathan, otra, completamente diferente, fue contársela a la oficial que nos atendió. Ella fue muy atenta y empática, lo que ayudó, pero temía que nadie creyera lo que decía. De hecho, este fue uno de los argumentos que mi madre y Joel usaron para convencerme de que me quedara callada, si lograba escapar.

Ese mismo día llamé a Portia, y ella confirmó que me ayudaría con un testimonio. Desde el hospital le pedí a Rachel que se pusiera en contacto con el número que tenía memorizado, para que pudiera avisarle a mi amiga que estaba bien. Desde entonces, nos habíamos hablado algunas veces, con la ayuda de la Dra. Gordon, así que ella estaba al tanto de mi estado y el de Gaby.

De la comisaría fui directamente al hospital para hacer la fisioterapia; de hecho, ese se convirtió en el lugar al que empecé a ir día por medio. Me esforzaba al máximo en cada sesión, porque no quería quedarme demasiado tiempo moviéndome en silla de ruedas de un lado a otro.

Estaba viviendo con Nathan, pero quería trabajar. Buscar un empleo, ser útil, aprovechando que él había contratado a la Sra.

Loomis, que era un ángel. También quería poder llevar a mi bebé a pasear, caminar por el parque, presumirla, ya que tenía una hija preciosa.

Eso, claro, con cierta moderación. La policía me informó que había ido a la casa de mi madre y la encontró vacía, aunque llena de restos de drogas. Comenzaron a buscar a los dos, pero no los hallaron. El nombre que proporcioné, el del amante de mi madre, parecía ser falso. Al menos eso era lo que yo sabía. El tipo estaba casado y probablemente quiso proteger su identidad y la de su familia. Además, no eran de Harmony Falls.

Contrariamente a lo que imaginé que sucedería, la policía estaba muy comprometida en encontrarlos. Y yo tenía fe en que eso sucedería tarde o temprano.

Con las semanas, fui mejorando, y caminar se fue volviendo cada vez más fácil. Primero con el apoyo del fisioterapeuta, luego de la mano con él, y después en casa, con la ayuda de Nathan.

Después de algunas sesiones más, ya podía moverme con la ayuda de una muleta, solo para apoyarme. El dolor era casi nulo, y solo podía agradecer por estar viva; por ser libre.

El primer paseo que decidimos hacer los tres fue ir a la casa de Bella, porque sentía que era algo que Nathan evitaba. No por su sobrina, sino por las memorias que ella debía traerle. La niña no tenía la culpa, y desde que estaba viviendo con él, sus llamadas eran constantes, todas con el mismo pedido: que fuéramos a verla, porque quería reencontrarse con su primita.

Estaba un poco nerviosa mientras me preparaba, porque no tenía mucha ropa bonitas, así que llamé a Portia, porque no sabía qué vestido elegir: uno era el que había usado en mi primer encuentro con Nathan, y el otro era uno que nunca había usado, porque me quedaba un poco ajustado en las caderas. Pero como había perdido peso después del accidente, los dos parecían buenas opciones.

Me tomé fotos de cada uno frente al espejo, y Portia me llamó.

—Son hermosos los dos. Me has complicado las cosas —dijo.

Dios mío, cuánto extrañaba a mi amiga. Aún no la había visto en persona, porque no había podido ir a Chicago, pero lo tenía planeado para finales de ese mes.

No podía esperar.

—Y ahora me lo complicas a mí —respondí.

—Bueno, creo que si los dos están hermosos, y uno de ellos el Doctor Bombón aún no lo ha visto, podemos optar por este —se refería al vestido que ya tenía puesto.

Era blanco con flores azules, de breteles, y ajustado al cuerpo. En el busto tenía dos tiras que había que atar para fruncirlo, y hacía que el pecho luciera muy bonito.

Estábamos en altavoz, así que claro, Nathan apareció justo cuando Portia lo llamó "Doctor Bombón".

Lo escuché aclararse la garganta, y cuando miré, él estaba parado en la puerta, apoyado en el marco, con los brazos cruzados, mirándome y riendo.

Casi pierdo el aliento.

Llevaba unos jeans, una camiseta gris oscuro y una chaqueta de cuero negra. Su cabello estaba un poco más largo que cuando lo conocí, y la teoría de que se rizaría se había cumplido. Parecían más claros también, con algunos hilos blancos.

—Portia, amiga, gracias. Nate ya me está apurando. Voy a colgar.

—Está bien, cariño. Hablamos después.

Intenté hacer como si nada hubiera pasado y seguí arreglándome, pero claro, Nate iba a comentar algo.

—¿Doctor Bombón? —preguntó, aún parado en el mismo lugar.

Me puse frente al espejo, esperando poder quedarme de espaldas a él -aunque podía verlo a través del reflejo-, mientras intentaba subirme el cierre del vestido. Solo había llegado hasta la mitad para mostrárselo a Portia, en la prisa.

—Así te llamábamos nosotras al principio.

—¿Nosotras? ¿Tú también?

Ahí lo tienes. ¡Me lo merecía!

—Sí, Nate. Yo también… Esto va a inflar aún más tu ego, ¿verdad? —respondí.

Se acercó y me ayudó con el cierre del vestido. Respiré profundamente, dándome cuenta de que no dejaba de mirarme a través del espejo. De esa manera.

—Ya no soy ese tipo de hombre, Liv.

—Me gustaba ese tipo de hombre.

—Pues puedo aprender a serlo otra vez. La verdad, hacía tiempo que no pensaba en esas cosas, pero al verte tan linda con ese vestido, lo único que quiero es tomarte así, frente al espejo, para que veas todas las cosas sucias que voy a hacerte, si me dejas.

Me faltó el aire con la forma en que lo dijo, pero traté de mantener el control. No quería responderle nada, porque aún sentía que había mucho por resolver entre nosotros. Por eso no me detuve demasiado el momento y dejé que pasara. Bajé la cabeza, esperando cuál sería su siguiente movimiento, pero Nate solo terminó de ayudarme con el vestido y se apartó.

Salimos poco después, llevando a Gaby y a Troy con nosotros. Era una aventura, para ser sincera.

Pero valió la pena el esfuerzo solo por ver la carita feliz de Bella. No iba a mencionar el tema, de ninguna manera, pero esa niña merecía absolutamente todo después de perder a ambos padres. Era bueno ver que, al menos, los abuelos eran maravillosos con ella.

Y conmigo también. Sabía que Thomas Mitchell -que en paz descanse- no había sido muy amable conmigo cuando nos conocimos, y nunca supe por qué, ya que él había muerto y nunca le pregunté a Nathan si realmente había sido así o si solo era una impresión mía.

Ya no importaba tampoco.

Al menos en casa de los Mulders fui muy bien recibida.

Estaban locos por Gaby, y tenía la sensación de que esa pequeña solo iba a acercarnos más. Ella realmente necesitaba abuelos adoptivos, ya que ese espacio quedaría vacío de ambos lados.

Pensar en eso me hizo recordar a mi madre. ¿Dónde estaría? ¿Seguiría viva? ¿Por qué todavía me preocupaba?

Me lo preguntaba, pero me respondía yo misma: mirar a Joanne Mulder, con toda su dulzura, me hacía desear lo mismo. Me hacía desear haber sido criada de esa manera, tener un apoyo, alguien que se hubiera preocupado por mí.

Sentí que mis ojos se humedecían cuando vi a la mujer levantarse, dejando el vaso de jugo sobre la mesita, y acercarse a mí. Estábamos en el jardín de su casa, con piscina, donde Gaby jugaba, acompañada por el abuelo. Nathan se había sentado en el borde, con el dobladillo de sus pantalones arremangado, sosteniendo a Gaby en brazos, aprovechando que el sol aún no estaba tan fuerte.

Troy se había refugiado en la sombra, debajo del sillón en la que yo estaba sentada, luciendo muy perezoso.

—¿Puedo sentarme aquí contigo? —preguntó, colocándose en la silla a mi lado.

—Claro, será un placer.

—Genial. Porque tengo que decirte que es impresionante cómo hiciste un milagro. Tú y esa cosita preciosa de allí —Joanne señaló a la bebé, que reía y movía manos y pies mientras miraba a su prima nadando en la piscina, presumiendo para ella.

—¿Un milagro? ¿Por qué?

—Siempre amamos a Nathan. Para ser sincera, incluso más que a Thomas, aunque él fuera nuestro yerno y tratara a nuestra hija con respeto. Sabía que la amaba, pero ambos preferíamos a las personas cálidas. Y así fue como nos enamoramos del pequeño de los Mitchell. —Hizo una pausa. —Durante un tiempo, incluso tuvimos la esperanza de que Lisa cambiaría de hermanos… —Soltó una risa. —¡Mira qué absurdo! Estoy hablando de un hombre que ya murió…

—Nadie te va a juzgar.

—Ah, qué bueno, porque siempre he sido muy sincera. —Unió las manos, como si estuviera lista para hablar más. —La cuestión es que cuando Thomas y Lisa se fueron, me di cuenta de que Nate estaba listo para convertirse en una versión más joven de su

hermano. Y eso me preocupó. Ese chico encantador, lleno de vida y buen humor, se estaba perdiendo. Hasta que tú volviste.

Sentí que se me revolvía el estómago y que el corazón se me aceleraba. No era el tipo de cosas que necesitaba escuchar cuando todavía estaba en proceso de aceptar que Nathan fuera parte de mi vida nuevamente.

—Imagino que Gaby tiene más peso en este proceso que yo.

—Oh, sin duda. Pero cuando estabas en el hospital, esa noche en que él apareció aquí desesperado pidiendo ayuda con la bebé, no estaba como ahora.

—¿Cómo?

—Casi en paz. Ahora parece un poco más el Nathan que conocimos y amamos. —Joanne extendió la mano y tomó la mía, de forma cariñosa. —Sé que la historia de ustedes es difícil, pero valdrá la pena. Puedo sentir que fueron hechos el uno para el otro.

Eso podría ser cierto, pero todavía teníamos un largo camino por recorrer.

Y eso se hizo aún más evidente cuando regresamos a casa esa noche y pusimos a la bebé en la cuna, ya dormida.

Nos quedamos parados en el pasillo, mirándonos, sin saber bien cómo actuar. Lo que él había dicho sobre el espejo seguía rondando en mi cabeza, junto con las palabras de Joanne, y me preguntaba qué haríamos si le diera otra oportunidad.

Pero aún no estaba lista, después de todo lo que habíamos pasado.

—Buenas noches, Nate —fue lo que dije, dirigiéndome a mi habitación.

Desde que mi movilidad mejoró, me quedaba en la habitación de huéspedes de su departamento, y ya no dormíamos juntos.

No podía negar que despertar sin él a mi lado, a pesar de que habíamos pasado noches completamente separados, sin siquiera tocarnos, era un poco frustrante.

De hecho, frustración fue la expresión que vi en el rostro bonito de Nathan.

Juraba que iba a decir algo más, pero respiró hondo y respondió.

—Buenas noches, Olivia.

Y entró en su habitación, dándome la espalda y cerrando la puerta, sin parecer nada contento.



CAPÍTULO 33

NATHAN MITCHELL

—¿Qué te pasa hoy, Nathan? —Ella no tocaba para entrar. Era un mal hábito del que siempre me quejaba, porque debería dar el ejemplo. Yo era el director de ese maldito hospital; si la gente comenzaba a imitarla, mi oficina se convertiría en el próximo comedor del lugar.

—No tengo ganas, Rachel —respondí, gruñendo.

—No vas a salirte con la tuya. —Entró y cerró la puerta con rudeza. Dejé de escribir el correo que tenía que enviar y cerré la computadora. —Ya hace unos días que estás así, encerrado en esta oficina. ¿Sabías que tus pacientes preguntan por ti?

Intenté acomodarme mejor en la silla, recostando la espalda hacia atrás, apoyando los codos en los apoya brazos y entrelazando las manos. Levanté la mirada hacia ella, claramente sin paciencia.

—Si algún paciente me necesita con urgencia, que me llamen. Ninguno de ellos es mi paciente. Si no lo sabes, ni siquiera debería estar allá afuera, vagando por los pasillos y haciendo el trabajo de otros.

—Pero tú elegiste este camino. Y si lo hiciste, más te vale que sigas haciendo un buen trabajo, Dr. Mitchell. —Utilizó un tono

autoritario, y casi sonreí. Habría sonreído si no estuviera tan de mal humor.

—Hasta donde yo sé, Dra. Gordon, sigo siendo tu jefe.

Ella se puso rígida, como siempre lo hacía cuando sentía que tenía razón. Y hasta cuando sabía que estaba equivocada, pero tenía un orgullo excesivo y no bajaba la cabeza ante nadie. Yo la admiraba mucho por eso. Siendo negra, ya había pasado por un montón de dificultades al tener un cargo tan importante en uno de los hospitales más grandes del país, pero fue esa actitud, junto con su competencia, lo que la llevó tan lejos.

—Podría enviarte a ese lugar o meterte ese poder que crees que tienes en el lugar de tu cuerpo donde el sol no da. Te acogí en este hospital cuando aún usabas pañales como médico. Te enseñé todo lo que sabes. Y no recuerdo haber entrenado a un cobarde y a un médico sin alma. Así que levántate de esa silla y trágate cualquier mierda de problema que te esté haciendo estar tan malhumorado. La semana pasada yo vine a trabajar dejando a mi marido y mi hijo en casa con una infección estomacal, y estaba sonriendo a las personas, porque ellas no tienen nada que ver con nuestra vida afuera.

Esa vez no pude evitar sonreír. Tampoco me quedó otra opción que echar la cabeza atrás y levantarme.

—Estás haciendo una tormenta en un vaso de agua, Rachel. Llevo tres días encerrado aquí en la oficina también haciendo mi trabajo. Esta mañana fui a ver a la señora Paul, del cuarto 122, porque me dijeron que no se sentía bien. Hablé con la mamá del niño Henry, del cuarto 98, en la ala pediátrica, porque pasó la noche quejándose de dolores abdominales, y lo examiné, confirmando que era por gases. Ya lo mediqué. —Fui diciendo todo con una calma casi letárgica, como si hablara con un niño, mientras me ponía la bata que estaba colgada en el respaldo de la silla y tomaba mi estetoscopio. —Solicité exámenes para la chica rusa del cuarto 213, la señorita Vaskova, porque se operó del tobillo hace cinco días y ya está en buenas condiciones para regresar a su casa.

Levanté los ojos hacia ella, ampliando mi sonrisa, listo para empezar la "ronda".

—Yo no...

—Lo que pasa es que escuchaste los chismes de algún pasante, porque hoy, más temprano, pasé un buen sermón. Bien merecido. No descuido a mis pacientes, pero tengo otras cosas que hacer. Ya no soy solo médico de emergencias, y bien sabes eso. ¿Estoy de buen humor? —pregunté mientras daba la vuelta a la mesa y me acercaba a ella. —Ni un poco. Pero no me vuelvas a acusar de no ejercer mi profesión.

Salí por la puerta, dejándola abierta, porque sabía que vendría detrás de mí.

—Nate... —Podía escuchar un tono de "arrepentimiento" en su voz, pero ya estaba lo suficientemente estresado como para no querer escuchar nada de eso.

—Ni se te ocurra, Rach. Está todo bien. Sigamos adelante...

Corrió un poco para acercarse a mí, porque sus piernas eran mucho más cortas que las mías.

—Soy tu amiga, Nate. Si hay algo que te está preocupando, quiero saber si puedo ayudarte.

Me detuve en el medio del camino, mirándola.

—Lo que quieres es chismear.

—No... —respondió, pero sin mucha convicción. —O tal vez sí. Solo que no de la forma en que lo estás pensando. Joanne habló conmigo y...

—Tú y Joanne se están metiendo mucho en mi vida.

—Claro que sí, porque necesitas supervisión. O la necesitabas. Ahora lo que necesita supervisión es tu relación con Olivia.

—¿Qué relación? Hasta donde yo sé, no existe absolutamente ninguna.

Ella levantó una ceja, cruzando los brazos, sorprendida.

—Ah, ¿ves? ¿Te cuesta decirlo? ¿Por eso esa cara de culo, no?

Puse los ojos en blanco.

—Rachel, no voy a hablar de mi vida amorosa contigo en medio de los pasillos del hospital.

—Podemos ir a la cafetería. O a uno de los cuartos vacíos. O al depósito. Donde quieras. Solo háblame. ¡No podemos dejar que

pierdas a esa chica!

—¿De eso se trata? ¿Todo este teatro? Yo creo que...

Estaba a punto de seguir hablando, pero uno de los médicos pasantes vino corriendo, fuera de sí, parando frente a nosotros.

—¡Menos mal que los encontré! La bebé sufrió un paro cardiorrespiratorio súbito.

Miré a Rachel, sabiendo que se trataba de una paciente mía, de la UCI. Una bebé de treinta y siete días que había llegado al hospital con bronquiolitis viral. Cuando la trajeron, ya tenía insuficiencia respiratoria aguda, lo que nos preocupó y nos llevó a dejarla en observación intensiva.

Salí corriendo desesperado, y Rachel hizo lo mismo. Fui a la sala pediátrica, entré y encontré a dos médicos ya atendiendo a la niña, que había sido sometida a intubación traqueal, con fentanilo, ketamina y succinilcolina.

—¡Asistolia! —gritó una de las médicas, y tomé la delantera, iniciando las compresiones torácicas inmediatamente.

—¡Epinefrina! Endovenosa. Dos dosis. ¡Ahora! —grité, de forma pausada.

Mi corazón latía rápido en mi pecho, pero ya había entrado en modo automático. Después pensaría en las consecuencias de todo. Rachel estaba a mi lado, también actuando y usando la bolsa de oxígeno entre mis compresiones.

Durante unos minutos, llegamos a tener esperanzas, porque el corazón volvió a latir.

Suspiramos aliviados, y pedí ver los exámenes de la niña, comprobando que se trataba de un neumotórax hipertensivo. Una condición que causaba acumulación de aire en el espacio pleural, lo que lo mantenía bajo presión, comprimiendo los pulmones y reduciendo el retorno venoso hacia el corazón.

Teníamos que realizar algunos procedimientos para aliviarla y mejorar la auscultación pulmonar.

Salí de allí, junto a Rachel, mientras conversaba con una de las médicas responsables de la niña, indicando más exámenes, medicamentos y procedimientos a realizar.

Pasé todo el día yendo y viniendo de la UCI, preocupado por la niña, explicándole a su madre personalmente la situación. Cuando salí del hospital esa noche, su estado era estable, pero al llegar a casa, estaba agotado. Tanto que tomé a mi pequeña y la abracé contra mi pecho, porque perder un bebé siempre es doloroso para cualquier médico, pero después de descubrir que era padre, las cosas se volvían aún más serias.

—¿Estás bien?

Mi apariencia debía ser realmente pésima, porque no había dicho absolutamente nada. Tal vez la forma en que abracé a Gaby o el hecho de que llegué tan callado, fui directo a tomar un baño y luego a ver a la bebé, saludándola rápidamente, fue un indicio.

Tal vez...

Podría mentir. Hacerme el superhéroe como siempre y fingir que no había pasado nada. Dejar que las cosas siguieran, irnos a acostar como todos los días, cada uno en su maldito cuarto, y, en el mejor de los casos, cenar juntos. Podría fingir, sonreír y tratar de conversar, pero preferí ser sincero.

—Casi pierdo a una niña hoy. Una bebé de treinta y siete días —confesé.

—¡Dios mío! ¿Qué le pasó?

—Neumotórax hipertensivo —respondí, explicándole la condición. —Tuvo un paro cardiorrespiratorio y tuvimos complicaciones para recuperarla. Yo pensaba que...

Olivia se sentó a mi lado, en el brazo de la silla en la que me había acomodado para estar con la bebé. Puso su mano en mi hombro, sin decir nada, solo masajeándolo. Cerré los ojos, disfrutando el contacto.

—Solo podía pensar en Gaby. Solo podía imaginar lo que haría si ella estuviera en el lugar de esa bebé. Y al mismo tiempo, me sentí mal por eso, porque no quería pensar en nuestra hija en esa situación. Era como si estuviera atrayendo el mal hacia ella.

—No pienses así. Ese tipo de cosas son inevitables. Después del accidente, cuando desperté y no la vi cerca mio, un millón de posibilidades horribles aparecieron en mi cabeza.

—Era diferente. Lo tuyo fue algo real. Tengo miedo de que esto se convierta en algo constante. El sentimiento fue horrible.

—Y aún así, salvaste a la niña, ¿no? Incluso con la mente afectada por todo eso.

No respondí, porque tenía la sensación de que no era eso lo que ella quería. No una conversación, sino hacerme escuchar lo que necesitaba escuchar.

Entonces, se levantó, tomó a Gaby, que se había dormido, de mis brazos y la llevó al cuna. Al regresar, hizo exactamente lo que necesitaba, aunque ni siquiera lo sabía. Se sentó en mi regazo y pasó su brazo alrededor de mis hombros, dándome el consuelo que mi corazón tanto anhelaba.

La apreté contra mí y nos quedamos así, en silencio, solo escuchando la respiración del otro.



OLIVIA LANCASTER

Fue algo natural. Tan natural como respirar.

Solo había una luz tenue para iluminarnos, en la mesita al lado del sillón de lactancia. Se oía el sonido de mi propio corazón latiendo en mi oído. Sentí el roce de la mano firme de Nathan, que comenzó a recorrer lentamente mi espalda.

Era curioso pensar que no habíamos pasado tanto tiempo juntos como para conocer ciertas facetas de su personalidad o comportamiento, pero yo lograba distinguir perfectamente la intención de su contacto. Podría haber sido solo una caricia ligera, una demostración de gratitud, pero no era el caso. Podía sentir la presión de sus dedos hundiéndose en mi piel, indicándome que intentaba algo diferente.

Su mirada también decía mil cosas. En medio de la luz dorada de la habitación, aún podía ver el brillo de la lujuria en sus ojos, mientras me arrastraba lentamente hacia él. Con cuidado, y muy despacio, fue llevando su mano hacia mi nuca, hasta que nuestras bocas estuvieron a punto de rozarse, lentamente...

Muy lentamente.

En lugar de besarme, cuando ya no había espacio entre nosotros, llevó sus dientes a mi labio inferior, mordiéndolo

suavemente. Al alejarse, sus ojos, entrecerrados, observaban mi boca, y no pude evitar estremecerme.

Todo en Nathan era increíble, pero lo que más me gustaba era cómo se tomaba su tiempo para seducir, sin prisa. Como si disfrutara cada pequeño paso del proceso de conquista.

La mano en mi nuca subió un poco más, y sus dedos sujetaron mechones de mi cabello, tirando de ellos hacia atrás, dejando mi cuello al descubierto. Los mismos dientes que mordieron mi labio se deslizaron por mi garganta, y su lengua se movió, rozando la curva de mi mentón; justo en ese punto, sopló suavemente, lo que me provocó un escalofrío.

Era curioso que ninguno de los dos dijera nada. Que no hubiese preguntas; que no habláramos sobre el hecho de que no habíamos dado ninguna señal de que ese era el momento. Era como si nuestros cuerpos nos guiaran, sin que tuviéramos control sobre ellos.

Cuando Nathan finalmente me besó, la expectativa era tan grande que sentí partes de mi cuerpo en su totalidad, dormidas. El cuero cabelludo. Las yemas de los dedos. La parte baja de mi espalda. La curva de mi pie.

Era como si pequeños bichitos curiosos estuvieran paseando sobre mí. Dentro de mí. Acampando alrededor de mi corazón, tocándolo con sus pequeñas patas, creando un agujero en él, deshaciendo la barrera que había levantado cuando Nathan me dijo adiós.

—Me hubiera gustado estar ahí, Liv —susurró, mientras su boca recorría mi piel, sin llegar a besarme. Solo deslizaba sus labios, creando un contacto suave. —Ojalá no hubiera tomado las decisiones que tomé. Yo me habría hecho cargo de ti y de Gaby desde el principio.

—Lo sé —respondí también en voz baja.

Era irónico que me sintiera nuevamente lista para saltar al vacío, mientras tomaba la mano de la persona que me había lastimado tanto, pero al mismo tiempo estaba segura de que no sucedería nuevamente. No porque me sintiera tonta -aunque, a veces, lo fuera-, sino porque, en el fondo, ni Nathan ni yo queríamos

hacernos daño el uno al otro. La vida nos maltrató de formas muy distintas.

Él no había hecho nada mal. No era un idiota por haber terminado conmigo. Solo fueron tres meses de relación. Fue una historia que podría haberse desvanecido como cualquiera otra. Un romance de verano. Una grieta en el tiempo.

Pero algo nos unió para siempre.

No solo la pequeña que dormía en la cuna, sino también lo que sentíamos. Y la prueba estaba ahí.

—¿Qué queda de nosotros, linda? ¿Podemos salvarlo? ¿Puedes perdonarme? Si te digo que voy a arreglar todo y compensar lo que pasó, ¿me perdonas?

Con esa pregunta, se apartó un poco para mirarme a los ojos, y nos quedamos en silencio por unos instantes.

Instantes... pero que se sintieron como una eternidad.

—Sigamos adelante a partir de ahora. Una historia diferente.

—No quiero una historia diferente. Quiero lo que somos. Con nuestros errores y aciertos. Todo lo que vivimos nos moldeó, Liv. Seremos mejores por eso.

Respiré profundo, dejando que sus palabras llegaran a mi mente y a mi corazón.

—Odio decir esto, Dr. Mitchell, pero tienes razón.

Sosteniendo mi rostro con ambas manos, Nathan sonrió ampliamente, como no lo hacía desde que nos reencontramos.

—Esto suele ser algo constante —dijo, guiñándome un ojo, y luego se inclinó para tomar el beso que siempre fue suyo, desde el principio. Desde que descubrimos que todo entre nosotros era... perfecto.

El sabor seguía siendo el mismo, pero noté a Nathan un poco más ansioso, lo cual no me sorprendió, considerando que llevábamos más de un año sin ese contacto. Por lo que entendí, ninguno de los dos había estado con otra persona. No es que yo pudiera, pero tampoco quería.

Podía tratar de engañarme a mí misma diciendo que solo habían sido tres meses, un amor pasajero, un romance de verano, pero la vida estaba ahí, dejándonos en claro que algunas personas

no llegan a nuestra vida solo de paso. Algunas echan raíces, aunque intentemos luchar contra ello.

Nathan se levantó de la silla conmigo en su regazo, llevándome al cuarto. Me acostó en la cama, girándome de espaldas, dejándome boca abajo. De hecho, estaba usando una blusa con un cierre en la espalda, y él lo abrió sin dificultad, besándome mientras mi piel quedaba al descubierto.

—Aún hueles a mousse de limón.

—¿Mousse de limón?

—Sí. Ese fue el olor que percibí la primera vez. Es el mismo. Maravilloso. Nunca salió de mi cabeza.

También me quitó el short y la ropa interior, levantó mis manos y me hizo sujetar la cabecera de hierro.

—No te sueltes. Si lo haces, no te dejaré llegar al final —dijo con tono firme, y asentí mientras se movía para quitarse la ropa. No podía verlo por mi posición, pero cuando volvió, agarró mi cabello y tiró de mi cabeza hacia atrás.

Su mano se cerró sobre mi trasero, apretándolo con fuerza, y entonces sentí sus dientes mordiéndome. Al mismo tiempo, su mano exploraba, buscando el centro entre mis piernas.

—Nunca hemos tenido un sexo más rudo, ¿verdad, preciosa? —había un tono perverso en su voz que hizo palpitar mi vulva, mientras él tanteaba los alrededores, aún sin apurarse.

—¿No?

—No como *podría* hacerlo —murmuró, mientras seguía repartiendo besos por toda la zona cercana a mi trasero.

Él seguía tirándome del pelo, y, por puro instinto, solté la cabecera de la cama, intentando moverme, lo que provocó una palmada sobre mi trasero.

—¡Nate! —exclamé, pero la verdad era que su actitud me había hecho estremecer. Él se rió.

—Si lo haces de nuevo, te haré algo peor que solo darte una nalgada.

Volví a agarrarme como antes, y Nathan soltó mi cabello, aferrándose a mis caderas y levantándome, haciéndome quedar en cuatro sobre la cama, con el trasero bien arriba.

Separé bien las rodillas y lo sentí acomodarse entre mis piernas, acostado boca arriba, listo para lamerme. Era mejor que tuviera las manos ocupadas sujetando algo, porque sin duda me habría derrumbado.

Comenzó lamiendo mi clítoris, con la misma lentitud de siempre. Uno de sus dedos rodeó la entrada, que ya estaba bastante mojada solo por la expectativa, tanteando entrar. Jadeé, hundiendo el rostro en la almohada, deseando morderla para ahogar los gemidos.

—Debería llamarte Doctor Tortura, ¿sabes? —dije, sintiendo cómo mi voz salía entre jadeos desesperados. Al final de la frase se me escapó un gemido bajo, porque era imposible contenerlo.

—¿No era el Doctor Bombón?

—Claro que no vas a olvidarte de eso.

—De ninguna manera —afirmó con cierta ronquera, y luego agregó. —Rebota en mi boca y en mi dedo, Liv. Mueve las caderas con fuerza.

Hice lo que me pidió, aunque sin mucha experiencia, lo que lo hizo soltar un silbido.

—Quiero que hagas lo mismo cuando estés sentada sobre mí. —¡Dios mío! Ni quería imaginarlo.

Mentira. Sí quería.

No solo quería imaginarlo. Quería vivirlo.

Cambiando un dedo por dos, dio con un punto que me hizo gritar, sobre todo porque su lengua implacable no dejaba de estimular. Cuando usó la boca, succionando y chupando el clítoris, reaccioné rebotando más rápido, encontrando un ritmo que hizo que Nathan apenas necesitara moverse.

Su otra mano se deslizó sin que me diera cuenta, encontrando mis pezones. Alternaba entre uno y otro, girándolos, mientras me lamía y me masturbaba. Ya estaba gimiendo bien alto cuando todo mi cuerpo se tensó, listo para el orgasmo.

Las sensaciones fueron tan intensas y violentas, probablemente porque hacía mucho que nadie me tocaba así, después de tantas noches sin algo como esto, que me derramé sobre Nathan. Él pasó ambos brazos a mi alrededor, nos acomodó en

la cama y me dejó encima de él, ya casi en posición. Podía sentir su verga dura y caliente, lista para poseerme.

Mientras me recuperaba, vi a Nathan estirar la mano hacia la mesita de noche al lado de la cama, agarrando un paquete de condones. Lo abrió y se lo puso, quedando listo.

Me moví sola, encajándonos, y Nathan cerró los ojos, soltando un gruñido cuando quedamos perfectamente posicionados y yo deslicé mi cuerpo sobre su verga, dejando salir gemiditos de puro placer por lo increíble que se sentía.

Entró muy profundo, por su tamaño y la posición en la que estábamos. Apoyé las manos sobre su pecho antes de empezar a moverme, sintiendo sus músculos firmes bajo mis palmas, el contorno de cada sección de su abdomen. Nathan intentó moverse debajo de mí, pero yo sujeté sus piernas como quise, jugando a mi manera.

—Diablilla. Sabes que me vuelves loco y vas a hacer todo lo posible para lograrlo, ¿no?

—Tenemos que estar a mano.

Me agaché, encontrando su boca, apoyando ambos brazos a cada lado de su cabeza y besándolo lentamente, del mismo modo en que él solía hacerlo conmigo. Aún sintiéndolo dentro de mí, dejé la cadera bien alzada, y él me dio una buena bofetada otra vez. Por eso, me moví apenas un poco, rebotando suave, y logré sorprenderlo.

—¡Carajo! —murmuró otra vez, con una voz áspera, casi salvaje. Me agarró el trasero con tanta fuerza que fue imposible mantenerme firme en mi intención de marcar el ritmo, porque era una batalla desigual.

Usó la fuerza de sus brazos para moverme, y como no tenía sentido resistirme, volví a menearme sobre él, subiendo y bajando hasta quedar montada encima de Nathan.

Eché la cabeza hacia atrás, abriendo la boca para que los gemidos escaparan con más facilidad. Cada una de sus manos se encargó de una parte distinta de mi cuerpo: una acariciaba uno de mis pezones y la otra estimulaba mi clítoris.

Con cada caricia, me iba deshaciendo más; me soltaba más.

Me incliné un poco hacia adelante, solo para volver a sujetarme de la cabecera, y Nathan también arqueó la espalda, rodeándome con los brazos solo para poder usar la lengua en mis pechos, sin aplicar demasiada presión, porque de vez en cuando todavía salía un poco de leche.

Los movimientos se aceleraban, a medida que los dos entrábamos en ese frenesí desesperado. Con un gruñido aún más salvaje, Nathan nos giró, dejándome debajo de un modo que hizo crujir fuerte la cama.

—Ahora prepárate, nena. Conseguiste lo que querías, me dejaste muy, pero muy duro. Aguanta las consecuencias, porque esto —Señaló hacia nosotros y hacia lo que estaba ocurriendo— va a ser fuerte. Muy fuerte.

Para dejar claro que hablaba en serio, la primera embestida me hizo gritar tan fuerte que me raspó la garganta. La segunda casi me llevó al orgasmo.

Y sí, tal como Nathan había dicho, nunca habíamos llegado a ese nivel. Nunca había sido así.

Nathan llevó la mano a mi cuello, sosteniéndolo con una ligera presión. No al punto de hacerme daño, solo para mantener mi cabeza fija contra la cama, porque con lo que me movía de arriba abajo sobre el colchón y cómo me retorcía bajo él, debía de haber alguna manera de contenerme.

El ritmo no aflojó, y sentí el orgasmo acercarse otra vez, tomándome por completo.

—Maldita sea, Liv. Yo también voy a acabar. ¡Mierda, mierda!

Enlacé mis piernas alrededor de su cintura, como si eso pudiera retenerlo conmigo, aunque no hacía falta. Nathan intentó ir aún más profundo, sujetándome de un muslo, embistiendo con fuerza, como si necesitáramos cerrar esa escena con broche de oro.

Sí… todavía había muchísima química entre nosotros.



NATHAN MITCHELL

No quería pensar en cuánto eran capaces las personas de chismorrear sobre nuestras vidas, pero la verdad era que mi cambio de humor había sido tan evidente que recibía comentarios constantes, tanto de médicos como de pacientes, diciendo que yo parecía... *feliz*.

Y aunque no pretendía andar contando detalles de mi vida personal, era imposible negarlo.

Estaba, de hecho, feliz.

A veces, ese sentimiento venía acompañado de un miedo enorme, porque no solo me había olvidado de cómo manejarlo, sino también porque me preocupaba que pudiera estar mal sentirme así.

¿No era muy reciente todavía la pérdida de mi familia? Hacía poco más de un año que había enterrado a mi hermano y a Lisa; no podía ser que ya fuera capaz de sonreír e incluso reírme a carcajadas cuando Gaby hacía alguna de sus payasadas irresistibles, pero ¿qué podía hacer? No pensaba volver a hundirme en ese pantano.

Despertarme cada día con Olivia en mi cama, hacer el amor mientras el sol se colaba tímido por la ventana, ver a nuestra bebita sonreír en la cuna al encontrarnos juntos, llenarla de besos,

prestarle un poco de atención a Troy, que en ese horario se ponía especialmente mimoso, desayunar con ellas y alistarme para ir al trabajo, sabiendo que por la noche volvería a un hogar cálido, con una familia, no tenía precio.

Tanto así que esa misma mañana, antes de ir al hospital, hice una parada estratégica en el centro comercial, en una joyería, para elegir un anillo.

No quería esperar. Ya habíamos perdido mucho tiempo, cada uno enfrentando sus propias batallas, pero nos amábamos -algo que todavía no habíamos dicho con todas las letras, aunque era bastante evidente de ambos lados- y teníamos a nuestra hija. No había razones para no dar el siguiente paso.

Se lo mostré a Rachel apenas llegué al St. Clair, en mi oficina, y sus ojos brillaron.

—Si Paul me hubiera dado uno de esos cuando me pidió casamiento, hace veinte años, lo habría arrastrado a la iglesia en ese mismo momento. Buena elección, Dr. Mitchell.

Rachel estaba casada hacía mucho tiempo y tenía un hijo de dieciséis. Su marido era ingeniero, y hasta donde yo sabía, se llevaban muy bien. Eso era justo lo que yo quería para mí. Una vida tranquila, con Olivia y Gaby a mi lado. Mi amiga era, sin duda, un ejemplo.

—Espero que ella acepte —dije, cerrando la cajita y guardándola en el bolsillo.

—Y si no acepta, pregúntame a ver si puedo sacarte del mercado de solteros en un segundo. —Me guiñó un ojo y me reí. Nunca hubo absolutamente nada entre Rachel y yo, no solo porque ella estaba casada, sino porque nos habíamos hecho buenos amigos. Era como una hermana para mí.

—Hecho. Vamos a empezar el día.

Sabía que tenía algunos documentos que revisar, sobre la compra de dos materiales caros para realizar exámenes, pero algunos pacientes eran prioridad. Ese día sería largo, porque al final de mi turno tendría una reunión con algunos responsables de distintas áreas, para coordinar el reinicio del proyecto que había sido suspendido tras la muerte de Thomas.

Además, tenía algo en mente que quería debatir con ellos, así que necesitaba poner manos a la obra.

Mi primera tarea era echarle un ojo a la bebita de la UCI. Desde que la trajimos de vuelta ese día, había ido mejorando con la medicación. Estaba ganando peso, respondiendo bien al tratamiento. Tenía la esperanza de que en un par de días pudiéramos sacarla del tratamiento intensivo y, después, darle el alta.

—Esa mamá te trata como si fueras Dios —comentó Rachel, cuando nos alejamos, cruzando las puertas dobles para salir del área de la UCI.

—¿Tú crees?

—Claro que ayuda que seas molestamente guapo y encantador —eso me hizo sonreír, —pero salvaste a su hija. Es más que justo.

—Solo hice mi trabajo. —Iba a dejar la conversación ahí, con esa muestra de humildad, pero estaba demasiado comprometido con la idea de volver a ser el Nathan de antes, así que sonreí de lado, le guiñé un ojo y añadí. —Lo que pasa es que soy demasiado bueno en esto.

Rach puso los ojos en blanco y me dio una palmada en el hombro, lo que me provocó una agradable sensación de nostalgia. De cuando todo era más simple.

El día siguió en esa misma sintonía, y yo me sentía renovado. Con una energía completamente distinta.

Y para mi sorpresa, recibí la visita de mis chicas.

Me llamaron a la sala de pediatría, y eso me preocupó un poco. Cuando llegué, le di un beso a Olivia y otro a Gaby, buscando algún indicio de que algo anduviera mal con ella.

—¿Qué pasó? ¿Por qué están aquí?

—Era su control de rutina. Ya que la pediatra de aquí la atendió después del accidente, mejor no cambiar lo que está funcionando.

Mucho más tranquilo, acompañé toda la consulta, observando. No es que no confiara en mi colega, al contrario, me parecía una médica excelente, y de hecho estábamos trabajando juntos en el caso de la bebita que tanto me había conmovido, pero,

como médico, era lógico que fuera a prestar atención a cada detalle del chequeo de mi hija.

Cuando vimos que todo estaba bien, que venía ganando peso y que todo parecía en orden, Rachel se ofreció a quedarse un rato con ella, y yo llevé a Olivia a dar un paseo por el hospital.

Como había estado internada ahí varios días bastante largos, terminó conociendo a enfermeras, médicos e incluso a pacientes que todavía seguían en recuperación. No podíamos hacer eso con Gaby a cuestas, porque no podía entrar en ciertas áreas, pero mi amiga estaba más que feliz de pasar un rato con la bebita.

Fuimos saludando a todos, y caminábamos por los pasillos tomados de la mano, lo que, sin duda, llamaba la atención. No es que la gente dudara de que yo estuviera con Olivia, porque ella era la madre de mi hija y porque era evidente que había algo entre nosotros desde que estuvo internada, pero esa confirmación era diferente.

—¿Puedo hacer un comentario? —preguntó Olivia en voz baja, y hasta me sorprendió, creyendo que iba a decir lo mismo que yo estaba pensando, sobre que todos nos miraban.

—Claro.

Ella soltó una risita tonta.

—Te ves muy sexy con esa bata. Te juro que si yo fuera tu paciente, estaría tirándote la onda, con lo caliente que estoy.

Literalmente me detuve en seco, tan bruscamente que nuestras manos se soltaron. Olivia siguió caminando por el pasillo, pero se detuvo apenas me vio ahí, como un idiota, mirándola sin poder creer lo que acababa de decirme.

—Vamos, tonto. Solo fue un comentario. Pensé que merecías saberlo.

Una mierda iba a ser solo un comentario. No podía hacerme eso, de ninguna manera.

Con pasos decididos fui hacia ella, la tomé del brazo con fuerza y abrí la puerta del primer cuarto que encontré en el camino. Era una de las salas de medicación, que en ese momento estaba vacía. Cerré la puerta con llave y bajé la persiana pequeña de la ventanita protegiéndonos de los chismosos del exterior.

—¡Nate! ¿Te volviste loco? —exclamó, demasiado alto, y me vi obligado a taparle la boca con la mano para que nadie nos escuchara.

—Tú me provocaste, preciosa. Tú me provocaste.

A mi manera, la acosté en uno de los sillones -de esos que se usan para sacar sangre- y le puse las manos sobre los apoya brazos, sujetándolas ahí.

—Quisiera penetrarte acá mismo, sería un fetiche de la puta madre, pero me voy a conformar con hacerte acabar muy rápido. Quiero que andes por este hospital con mi olor, marcada por mí.

Olivia iba a decir algo, pero me lancé sobre ella, tomé su boca y lamí su lengua con la mía, ferozmente. Al mismo tiempo que comenzaba el beso, metí la mano bajo su falda, subiéndola bien arriba y llevando los dedos a su ropa interior, corriéndola a un lado. Ella jadeó justo en el momento en que sintió la punta de mi dedo en su ranura húmeda.

Mientras deslizaba el índice y el medio dentro de ella, le hacía el amor con la boca, girando la lengua, masajeando la suya, chupándole los labios, besándola con dedicación, se sentía tan maravilloso.

—Si estuviéramos en un lugar más privado, mi boca estaría haciendo todo esto justo acá. —Para ilustrar lo que decía, usé también el pulgar, casi como una pinza, para pellizcar esa parte bien mojada entre sus muslos.

—Nathan... Dios mío... Esto no está bien... no está bien... estamos en un hospital.

—¿Crees que puedes provocarme y no habrá consecuencias?

Mientras decía eso, metí el dedo más hondo y deslicé los labios por su cuello, chupándolo, pero sin dejar marca.

Cuando ella estuvo a punto de gemir otra vez, le cubrí la boca con la mía, empezando otro beso mientras la masturbaba, entrando y tocando ese punto sensible que la hacía estar cada vez más mojada, cada vez más caliente.

Sabía que iba a acabar, y como conocía muy bien su cuerpo, me separé apenas un poco, fijando la mirada en sus ojos. La intensidad que compartíamos solo encendía más el momento.

La callé con la mano, y Olivia acabó así, tapada, o habría gritado tan fuerte que todo el hospital se habría enterado.

Y sin duda, iba a caminar por esos pasillos completamente marcada por mí. Por mis besos, por mi olor, por mis caricias y por lo mucho que deseaba que repitiéramos la hazaña esa misma noche.



CAPÍTULO 36

OLIVIA LANCASTER

—Creo que para fin de mes voy a poder ir a verte. Mi mamá no para de organizar eventos, y yo estoy ayudando en lo que puedo. La universidad también me muy ocupada —explicó Portia durante nuestra llamada.

Tirada en la cama, estaba esperando que Nathan regresara, porque él era el encargado de acostar a Gaby esa noche. De hecho, desde que salí del hospital, mi bebé solía dormirse mucho más fácil en los brazos de su papá.

¿Quién podría culparla?

Portia y yo intentábamos hablar casi todos los días, pero la última semana había sido complicada por sus estudios. Aun así, logramos ese pequeño espacio en la noche, lo cual me vino bien, porque había pasado el día entero en el St. Clair.

Tenía una pregunta ensayada desde que ella me llamó, pero me alegré de que el tema se desviara con todos los detalles que me contaba sobre su vida. Estaba saliendo con un chico, así que, por supuesto, necesitaba enterarme de todo.

Pero cuando llegó mi turno de hablar, un nudo se me formó en la garganta. Claro que había algo que necesitaba saber más que cualquier otra cosa.

—Portia, ¿tienes alguna noticia de mi mamá?

Solté un suspiro luego de soltar la pregunta, sintiéndome mal por dos motivos: por un lado, porque tal vez ya no debería importarme, después de todo lo que ella me hizo; y por otro, porque seguía sintiéndome una hija horrible al no saber siquiera si mi mamá seguía viva.

—No, amiga. Nadie sabe nada. Te confieso que mi mamá y yo hemos intentado averiguar algo, por vos. La policía fue, revisó la casa, interrogó gente, pero hasta ahora no se sabe si descubrieron algo. Me imagino que ya te habrías enterado si hubieran conseguido alguna información importante.

—No sé... Pero, igual, ¿soy una idiota por seguir preocupándome?

Portia suspiró del otro lado de la línea.

—No lo eres. Solo eres una buena persona. Es tu mamá, es imposible desconectarse así nomás. Si fuera la mía...

—Es distinto, Portia. Tu mamá es maravillosa.

—Por suerte. Y es un poco tuya también. Cuando necesites un abrazo... Aunque ahora ya tienes uno mucho más rico, ¿no, descarada? ¿Cómo es que te hizo acabar ahí en el hospital?

Obvio que le había mandado un mensaje después de lo que pasó. No me sentiría normal si no pudiera chusmear sobre un chico con mi mejor amiga.

—La sensación fue una locura. Al mismo tiempo que tenía miedo de que alguien apareciera, la adrenalina se me fue al cielo.

—¡Dios mío! Me lo imagino. Yo ya ni me acuerdo lo que es acabar, mucho menos así, de ese modo. Aún no he tenido sexo con mi bombón, pero espero resolverlo pronto.

Seguimos hablando, pasando a temas mucho más livianos que la situación con mi madre, y colgué solo cuando vi a Nathan entrar en la habitación, sonriéndome, y dirigiéndose directamente al baño.

Me quedé recostada en la cama, hasta que se apagó la luz del cuarto. La puerta de la suite se abrió, dejando entrar un poco de la luz del baño, y él apareció frente a mí, completamente desnudo,

usando solo una bata de médico y con el estetoscopio colgando del cuello.

—¡Ay, Dios mío! —Llevé ambas manos al rostro, riéndome a carcajadas, porque era algo totalmente inesperado.

—¿Qué? ¿No dijiste que te parecía sexy con bata? Pensé que podría seducirte así.

—No necesitas esforzarte tanto.

Me levanté y fui hacia él, poniéndome en puntas de pie para besarlo.

—Pero te hice reír... Ya con eso me doy por satisfecho esta noche —Nathan puso las manos en mi rostro y profundizó el beso, haciéndome suspirar. Luego se agachó, apoyando las manos en ambos lados de mi trasero, levantándome del suelo y envolviendo mis piernas en su cintura. —Pero tengo otros planes.

Me acostó en la cama, y usó sus hábiles manos para quitarme la ropa, dejándome completamente desnuda. Tomó una corbata que estaba colgada en una percha en la esquina del cuarto, y la usó para vendarme los ojos. Solo eso ya me llenó de ansiedad.

—Necesito hacer un estudio... —Mientras decía eso, fue deslizando algo frío por mi cuerpo, de metal, que supuse era el estetoscopio. Mi piel caliente lo recibió con un escalofrío, y aún más cuando el objeto helado terminó en uno de mis pezones.

Llegué a soltar un suspiro por la reacción que me provocó.

—Es un estudio científico... Necesito saber cuál de las cosas que te voy a hacer esta noche acelera más tu corazón. Tengo varias opciones. Muchas formas de excitarte, pero alguna de ellas, sin duda, va a ser la más efectiva.

Me quedé callada, inmóvil, mientras permitía que sus fantasías tomaran el control. Podía imaginarlo observándome, mientras me retorcía ante esa dulce tortura.

Nathan no dejó al otro pezón sin atención, pero se levantó, dejando solo un susurro como advertencia:

—Quédate quietita, preciosa. La noche va a ser larga.

Ah, Dios... solo por esa promesa ya sentía un cosquilleo entre las piernas.

Sentí el colchón hundirse con el peso de Nathan a mi lado, y gemí bien fuerte al sentir que algo era introducido en mí. Algo que empezó a vibrar de inmediato, haciéndome entender de qué se trataba.

—Nathan —su nombre salió como un gemido de mi boca, y arqueé la espalda mientras sentía que mi cuerpo ardía.

—¿Jugamos al doctor? Creo que te va a gustar.

Ni respondí, porque el estetoscopio fue colocado sobre mi pecho, como si Nathan estuviera midiendo el nivel de placer que estaba sintiendo.

Mi clítoris empezó a ser masajeado también, y él volvió a medir.

—Interesante...

Apartó el estetoscopio, pero solo para volver a acercarlo en el momento en que llevó su boca y el otro dedo a cada uno de mis pezones. Uno recibió su lengua con la cual llegó a succionarlo, mientras el otro era presionado y girado sin piedad.

—Tu corazón está muy acelerado, preciosa. La frecuencia cardíaca normal de un ser humano en reposo es de hasta 100 latidos por minuto. Si pudiera apostar, diría que el tuyo está por encima de eso. ¿Por qué no cuentas conmigo? Lo cronometraré. Pero quiero que lo digas en voz alta.

—No voy a poder. No... yo no...

Algo fue colocado en mis oídos, y pude escuchar claramente el ritmo de mi propio corazón. De hecho, parecía muy, muy acelerado.

—Cronómetro activado, querida. Vamos...

No tenía por qué entrar en ese juego, pero era tan delicioso jugar con él...

—Uno... dos...

Empecé a contar, pero sentía que el ritmo se aceleraba mientras la mano de Nathan recorría mi cuerpo despacio, tan caliente, tan firme, tan grande... Y entonces apretaba ciertas partes, causando presión, especialmente en la parte interna de mis muslos...

Y también aumentó un poco el ritmo de las vibraciones. Fue casi imperceptible, pero me hizo soltar un gemidito, y sentí que los latidos se aceleraban aún más.

—Sigue contando —ordenó, pero obviamente no estaba ayudando en nada en su "experimento", porque no podía concentrarme.

Fue aún peor cuando sentí que el orgasmo se acercaba. Simplemente dejé de contar, porque no podía. Ya ni siquiera escuchaba bien mi propio corazón. Ya no oía nada. Probablemente, con los movimientos que hice, el aparato había caído de encima mío.

Me dejé caer sobre la cama, pero Nathan no se detuvo. Sacó el vibrador de dentro de mí, pero volvió a colocar el estetoscopio en el mismo lugar de antes, justo donde podían escucharse claramente mis latidos.

Entonces se colocó entre mis piernas, abriéndolas y hundiendo la cabeza en medio de ellas, chupando mi clítoris y penetrándome con los dedos. No me dio tiempo de recuperarme, se abalanzó sobre mí de una forma casi violenta, como si quisiera beber de mí. Como si mi sabor fuera su única fuente de salvación en medio de un apocalipsis.

El corazón se aceleró de nuevo, de inmediato.

—Y ahora, amor... ¿vas a seguir contando? Si lo haces bien, continúo. Si te pierdes, vamos a tener que empezar de nuevo de otra manera.

Fui contando, pero sabía que mi conteo no era nada preciso, porque solo estaba diciendo números, sin ritmo. Era imposible prestar atención a nada con lo nublada que tenía la cabeza por sus embestidas.

Cuando me perdí por primera vez, estaba a punto de llegar al orgasmo, pero él se detuvo, colocando algo frío entre mis piernas, como si quisiera bajar la temperatura que había provocado.

—No hagas eso, Nate. Duele de tanto deseo. No pares.

—Es un dolor rico, ¿no?

No podía negar eso, pero...

Antes de que pudiera responder, me giró en la cama, moviéndome hasta dejarme de rodillas. Tomando mi mano, la llevó a

mi pecho, colocándola sobre la parte del estetoscopio que estaba pegada a mi piel.

Entonces Nathan se posicionó detrás de mí, pegando su pecho a mi espalda, dejándome sentir su calor. El vibrador volvió, provocando sensaciones distintas, ya que estaba en otra posición.

—Sujétalo. Sigue escuchando tu corazón y contando. Quiero saber...

Con ambos brazos me abrazó, sujetando uno a la altura de mis pechos, de una forma que le permitía jugar con mi pezón, y el otro más abajo, dejando su mano al alcance de mi clítoris.

Su boca descendió por mi cuello, por el hombro, no solo besando, sino usando la lengua e imitando un beso de verdad, en los labios.

Ya estaba gimiendo los números en vez de contarlos normalmente. Pero jadeé aún más cuando empezó a rodear mi ano.

—¿Qué te parece si probamos algo diferente? Mientras el vibrador te penetra por delante, yo te tomo por detrás.

—Yo... yo no sé...

El aparato seguía estimulándome sin parar, y ni siquiera podía pensar de la cantidad de placer que estaba sintiendo.

—Vas a estar completamente llena.

—¿Va a doler?

—Tal vez un poco, pero no mucho. Menos que cuando perdiste la virginidad —hizo una pausa. —No tenemos que hacerlo si no quieres. Solo...

—Quiero —solté las palabras atropelladamente, llena de expectativa.

—¿Segura?

—Completamente.

Nathan fue cuidadoso en todo momento. Usó lubricante para facilitar las cosas y hasta se puso un condón.

Sosteniéndome por las caderas, me acomodó, colocándome sentada sobre él, de espaldas. Fue delicado, haciendo que me deslizara despacio. Detuvo el vibrador para que pudiera concentrarme en una sola sensación.

No dolía, en realidad. Solo era un poco incómodo.

Extraño...

—¿Estás bien?

—Sí. Todo bien... Todo... muy bien.

—¿Y los latidos?

—Muy acelerados. Pero... también estoy un poco nerviosa, por ser la primera vez.

—Entiendo. Pero te va a gustar.

Y como Nathan siempre cumplía sus promesas, no tardé en soltar un gemido bien alto cuando entendí por qué a la gente le gustaba tanto el sexo anal. De verdad era distinto, pero cuando nos encontramos, cuando la incomodidad se fue... ¡Dios mío!

Cuando Nathan encendió de nuevo el vibrador, tuve que inclinarme hacia adelante y usar una mano para agarrarme de la cabecera de la cama, porque la sensación era simplemente incomparable.

—¡Nate! ¡Maldición! ¡La puta madre...!

—Me encanta esa boquita sucia —prácticamente ronroneó en mi oído, mientras usaba los dedos para volver a masajear uno de mis pezones, y el otro, mi clítoris, con movimientos perfectamente rítmicos en ambos.

Recibía estímulos de todas partes. Absolutamente todas.

Mi cabeza podía explotar. Podía ver pedazos de Olivia volando por toda la habitación. No iba a quedar ni un resto de mí cuando Nathan terminara lo que estaba haciendo.

—¿Tu corazón sigue acelerado? —preguntó.

—Siento que va a salirse del pecho.

—Entonces sigue contando, amor.

—No puedes hablar en serio —casi grité, y el hijo de puta se rió.

—Muy en serio. Si no cuentas, me detengo.

Por todos los santos, no podía dejar que parara. Bajo ninguna circunstancia.

Así que empecé a contar.

Pero apenas llegué al quince y ya estaba acabando. Esta vez, Nathan tampoco pudo contenerse y se dejó llevar también,

apretándome contra él, y los dos caímos rendidos en la cama, mientras él sacaba el vibrador de dentro de mí.

Cerré los ojos, destruida... pero en el mejor sentido posible. Aun así, me levantó en sus brazos y me sacó de la cama.

—¿Qué pasa? ¿Qué haces? —pregunté, aturdida.

—Voy a comerte la concha ahora, amor, pero en la bañera. No vas a tener que mover ni un dedo. Deja todo el trabajo en mis manos.



CAPÍTULO 37

NATHAN MITCHELL

Si hubiera sido mi teléfono el que sonaba, podría haber lugar a la duda. Desde que Thomas tuvo el accidente, cada vez me sentía más asustado con esas llamadas nocturnas. Eran muy raras, sobre todo desde que yo me había hecho cargo del hospital. Pero a veces sucedían.

¿Será el teléfono de Olivia? Me desperté de inmediato.

Ella tardó un poco más, probablemente porque estaba muy cansada después de la sesión de sexo intenso que habíamos tenido, y era casi una crueldad despertarla. Pero no quería contestar sin saber de qué se trataba, y me parecía que era ella quien debía hacerlo.

Toqué su brazo, con suavidad, y acaricié su rostro, intentando llamarla sin armar demasiado alboroto, aunque sabía que solo podía tratarse de una mala noticia.

—Liv… Amor… tu teléfono está sonando.

Tal vez era bueno que el estetoscopio aún estuviera al lado de la cama, porque sabía que el susto podía ponerla en una situación de ansiedad. Olivia sabía manejar bien las cosas, incluso después de haber pasado por una situación tan complicada en su vida, pero no sabía qué pasaría si su seguridad volvía a estar en peligro.

O la de Gaby.

Tuve que sacudirla con un poco más de fuerza, y fue despertando poco a poco, pero abrió los ojos de golpe al notar que todavía era de noche.

—¿Qué pasa? —preguntó, aunque no tardó en mirar hacia su teléfono, que ya estaba en mi mano.

Me lo arrebató, de hecho, presionó la pantalla y se lo llevó al oído.

Sabía que pocas personas tenían ese número, pero no era difícil conseguirlo, sobre todo porque Olivia había vuelto a llevar una vida normal. Había hecho amigos e incluso se había registrado en el St. Clair por las consultas de Gaby.

Cualquier cosa podía descubrirse hoy en día, con un poco de esfuerzo.

—¿Hola? —contestó, desesperada, y le hice una señal para que pusiera el altavoz, porque no iba a poder quedarme solo como espectador.

Menos mal que lo hice.

—Hola, Liv. Sabes quién habla, ¿no?

La sentí ponerse tensa frente a mí.

—No. No sé.

—Soy Joel.

Se giró hacia mí, aún con los ojos muy abiertos, aterrada.

—¿Dónde está mi mamá, hijo de puta? —preguntó, completamente fuera de control, y puse la mano sobre su hombro para tratar de calmarla.

No necesitaba mucho para entender que el que hablaba debía ser el amante de su madre; el mismo que la había tenido cautiva, primero embarazada, y después con mi hija.

Estuve a punto de arrancarle el teléfono de la mano para hablar yo mismo con ese tipo.

—Tranquila. Tranquila, porque si te pones así toda histérica, la que va a pagar es ella.

—¿Qué quieres? —preguntó Olivia entre dientes, visiblemente alterada.

—Tienes que venir hasta acá. Quiero plata, pero en efectivo. Nada de transferencias. Nada de cheques. Ven, déjame el dinero y llévate a tu madre.

—Estás loco si crees que voy a encontrarme con vos en cualquier parte.

—Puedes venir con tu doctor. Pero solo con él. Si te haces la viva y llamas a la policía, me voy a enterar. Y le vuelo la cabeza a tu mamá. —Hizo una pausa y aspiró fuerte, lo que dejaba en claro lo que yo ya sospechaba: debía estar muy drogado. —Aunque ni siquiera sé si sería mejor enviarla al más allá de una vez. En el estado en que está…

Olivia respiró hondo y me miró otra vez. No dijo nada, no respondió, y su mano empezó a temblar. Entonces decidí encargarme yo de la situación.

—¿Joel, no? —dije, y del otro lado de la línea hubo silencio. —Nathan Mitchell en la línea. ¿Cómo esperas que creamos que la señora Lancaster está viva? Necesitamos una prueba.

Estaba tratando de jugar a su juego. Necesitaba ganar tiempo para pensar una salida a todo eso.

—Te puedo enviar un vídeo de ella, pero tendrás que buscarlo por tu cuenta. No sería tan tonto como para jugar una carta que no puedo conservar. Ya he perdido mucho. La policía me persigue, interrogaron a mi esposa y yo solo quiero irme del país. Pero estoy armado y haré lo que sea necesario.

—Si me dices dónde estás, envío a alguien…

—¿Crees que soy idiota? —gritó. Y sí, lo había subestimado un poco. Solo era un intento. —Ni se te ocurra venir solo. Estoy vigilando los alrededores. Si no la veo a ella, mato a la madre. Si tienen que venir los dos, los quiero a ambos.

—¿Por qué querés a Olivia?

—Porque ella es mi garantía de que no vas a arruinarlo todo. Si no tienes cuidado, los mataré a ambos. —Pero este tipo no iba a ponerle un dedo encima a Olivia. Incluso si tuviera que matarlo primero también. —Y diré más: si nadie aparece, voy a hacer de vuestras vidas un infierno. Sé dónde vives, sé dónde trabajas. Lo sé todo. De hecho, también deberías tener cuidado con tu sobrina.

Tengo mis contactos, sé dónde estudia. Incluso sé quién es el psicólogo que la atiende. He estado haciendo mi tarea y estás en mis manos. Anota la dirección y la fecha límite que te doy para que puedas presentarte aquí con el dinero que te voy a pedir.

Joel dio la información, y Olivia la anotó. Estaba pidiendo doscientos mil dólares. Debía estar realmente desesperado, porque debería haber sabido que yo tenía mucho más que eso. El problema era que tomaría más tiempo recolectar una cantidad mayor y lo necesitaba todo "para ayer".

La dirección que nos pasó era en Chicago, en Cabrini-Green, una zona pobre y marginal. No quería llevar a Olivia hasta ahí. Pero ella, obviamente, ya estaba más que alterada. Tanto que se levantó de la cama y empezó a vestirse.

—Tenemos que establecer algunas cosas, Liv. No podemos hacer todo tal como él dice —advertí.

—No puedo dejar que maten a mi mamá, Nate.

Yo también me levanté, me puse frente a ella y la tomé de los brazos.

—Nadie está hablando de eso.

—Sé que es mucho dinero, pero puedo buscar la manera de pagarte. Puedo trabajar, puedo…

—Liv... basta —la interrumpí. —No es por el dinero. Es por nuestra seguridad.

—¡Sí! ¡Exactamente eso! Escuchaste lo que dijo. Amenazó a Gaby y a Bella. Si no hacemos nada, ¿qué más podría intentar?

—Lo sé. Y creo que puedo darle el dinero, pero no puedo permitir que tú vayas.

—¡Es una decisión mía! Haría cualquier cosa por mi hija. Si tú llegas allá sin mí…

—Él solo quiere el dinero. Está fanfarroneando.

—No puedo creer eso. Podemos avisarle a alguien. Debes tener alguna empresa de seguridad en la que confíes.

—Sí, tengo. Puedo hablar con ellos, claro, pero aún pienso que deberíamos negociar si tú vas o no.

—No es una opción. Estamos juntos en esto. Vamos a trazar un plan para que podamos resolverlo sin que nadie salga herido.

—O... mejor aún: que Joel termine preso. Y, lamentablemente, tu madre también. En el mejor de los casos, que vaya a rehabilitación —afirmé con cautela. Imaginaba que debía de ser horrible pensar en que alguien a quien amamos está a punto de ir a la cárcel, pero Liv había sido muy lastimada por su propia madre. Era de esperarse que tal vez ya estuviera lista para lo peor.

—Está bien. Prefiero que vaya presa a que muera. Espero que algún día logre reencontrarse consigo misma. Que se salve del caos en el que está viviendo.

No quise decir nada, pero en mi opinión, la señora Lancaster no tenía mucho que rescatar. No lo decía solo por las drogas, sino por su alma. Esa mujer era fría y no parecía importarle nadie. Era egoísta, y ese tipo de cosas no se curaban en una rehabilitación.

—Vamos a ayudarla —prometí, atrayendo a Olivia hacia mis brazos.

Esperaba estar diciendo la verdad. Pero más aún, esperaba poder librarme de esas personas que tanto daño le habían hecho a ella y a mi hija.

Fuera como fuera, lo único que no podía permitir era que volvieran a hacerles daño.

No importaba lo que tuviera que hacer.



CAPÍTULO 38

OLIVIA LANCASTER

No pude pegar un ojo ese día. Estuve dando vueltas por la casa, no solo pensando y preocupándome por mi madre, sino temiendo que Nathan hiciera algo por su cuenta, a mis espaldas. Que tomara la dirección y fuera tras Joel sin mí.

En cualquier otra situación, no creería que tuviera el valor de engañarme, pero tratándose de mi seguridad, no lo dudé.

Lo escuché mientras hablaba por teléfono con la empresa de seguridad con la que tenía contacto, planeando alguna forma de llegar protegidos, pero sin que se notara que llevábamos nuestra propia protección.

No éramos ese tipo de personas. Él era médico. Yo trabajaba en una librería. Teníamos una bebé. No queríamos vivir una aventura con riesgos reales. No queríamos enfrentarnos a alguien armado, mucho menos poner en riesgo la vida de personas importantes para nosotros.

Solo que el problema era que, entre nosotros, las cosas nunca fueron simples. La forma en que nos mantuvieron separados ya contaba una historia que no pertenecía a dos personas comunes.

Nathan colgó el teléfono y se acercó a mí. Ya estaba completamente vestido, después de bañarse: llevaba una chaqueta

de cuero, una camiseta y jeans. Se lo veía serio, muy concentrado y con la mandíbula apretada, como si estuviera muerto de rabia.

Y claro que debía estarlo, igual que yo.

—Antes que nada, tenemos que llevar a Gaby a casa de los Mulder. Ya pedí que dos guardias de seguridad vayan para allá. Tenemos que avisarles. —Solo asentí, sintiéndome completamente perdida. Aturdida. —¿Puedes preparar a la bebé?

Seguí dudando unos segundos, hasta que Nathan se acercó a mí, puso las manos en mis brazos y me miró a los ojos. A pesar del caos, seguía siendo dulce y paciente.

—Vamos, amor. Tenemos que actuar.

Sus palabras funcionaron como si alguien hubiera presionado un botón para hacerme reaccionar, así que prácticamente salté y corrí al cuarto de Gaby.

Las siguientes dos horas fueron confusas. Mi corazón latía con fuerza mientras despertaba a mi hija, le ponía algo de ropa y luego me preparaba yo.

Salimos rumbo a la casa de los abuelos de Bella, quienes ya estaban avisados. No nos quedamos mucho tiempo ahí, porque queríamos resolver todo lo más rápido posible.

Todavía quedaba el problema del dinero, así que esperamos a que amaneciera y, en cuanto lo hizo, Nathan contactó al gerente de su banco. La empresa de seguridad también se ofreció a ayudar, ya que siempre tenían efectivo reservado para ese tipo de situaciones, y poco después de las nueve de la mañana, ya teníamos todo lo que necesitábamos.

Subimos al auto y salimos hacia la dirección que Joel había enviado, una hora después de que todo el equipo montara el operativo que iban a usar. Ese hijo de puta no iba a escapar sin rendirle cuentas a la policía.

Aun así, Nathan sacó un arma de la guantera del auto.

—¿Sabes disparar? —pregunté, preocupada.

—Sí. Muy bien, de hecho.

Por supuesto que sabría. Ese hombre sabía hacer prácticamente todo.

Bajamos del auto, y él me dio la mano para que cruzáramos juntos hasta la casa, que estaba del otro lado de la calle. El barrio era bastante humilde, tal como ya me había advertido, y podía ver a algunas personas ya medio drogadas caminando por ahí; algunas incluso sentadas en el suelo, a esa hora de la mañana.

Golpeamos la puerta y escuchamos una voz desde adentro que nos dio permiso para entrar.

Entramos, y Nathan me colocó detrás de sí, en un gesto de protección. Él sostenía una carpeta con el dinero, y la pistola estaba asegurada en el cinturón de su pantalón. A pesar de todo esto, parecía tan tenso como yo. Tal vez más, porque probablemente sentía la obligación de protegerme.

Seguimos el sonido de la voz, y me sobresalté al ver la escena. El lugar estaba completamente sucio. Había envases de comida, principalmente latas, regados por todas partes. También frascos con drogas de todo tipo. Cucharas sucias, jeringas, polvo, botellas de licor, cigarrillos... Era un verdadero festival de la degradación.

Mi madre estaba tirada sobre un sofá. Me recordaba a una de las escenas que solía ver cuando vivíamos juntas, y yo salía temprano para ir a trabajar, encontrándola completamente drogada, casi inconsciente. No estaba desnuda, pero llevaba una camiseta completamente rota y manchada, además de un short muy grande, que debía ser de Joel. Estaba aún más delgada que la última vez que la vi, y eso no hacía tanto tiempo.

Pálida, con los labios agrietados, babeando. Joel, de pie, mantenía el arma apuntándole, y ella ni siquiera se daba cuenta de nada. Incluso podía escuchar el sonido de sus ronquidos.

—No la lastimes, por favor —pedí, en voz baja.

—No tengo intención de lastimar a nadie. Solo quiero el dinero y largarme.

Nathan y yo nos miramos. Ninguno de los dos confiábamos en él.

Con una mano levantada, Nathan dio algunos pasos hacia adelante.

—Tengo la cantidad que pediste. Si bajas el arma, yo...

—Nada de eso. No voy a bajar ni mierda de arma. Abre el maletero frente a mí. Y sin movimientos bruscos.

Nathan lo hizo, muy despacio, tomando todos los cuidados posibles para que Joel no interpretara ninguna reacción como un ataque. Mientras toda la escena se desarrollaba, yo trataba de ser útil de alguna manera, observando todo, especialmente al hombre armado frente a nosotros. Estaba nervioso. Irritado. Se rascaba la ceja, inquieto. No podría decir si era porque quería salir de allí de inmediato o si era porque estaba a punto de hacer algo más drástico.

—No voy a contar. No tengo tiempo. Pero si me estás engañando, volveré, y ustedes van a pagar por eso. Principalmente las niñas. Esa bebecita bonita podría ser mía y de mi mujer, ¿sabes?

Una angustia me subió hasta la garganta, y escuché a Nathan gruñir a mi lado. Puse la mano en su brazo, pidiéndole que se calmara, porque sabía que esa amenaza hacia Gaby lo dejaría furioso.

Con un resoplido, cerró la maleta y la dejó en el suelo, pateándola por el suelo sucio en dirección a Joel.

—Vete de aquí, antes de que me arrepienta —vociferó Nate, y entrelacé mis dedos con los suyos, esperando que eso lo calmara.

Joel se agachó para tomar la maleta, pero seguía apuntando el arma hacia mi madre. Cualquier movimiento en falso de nuestra parte, él podría disparar. Tal vez no la mataría, por la posición en la que estaba, pero la lastimaría cruelmente.

Agarró el mango y lo levantó, quedándose quieto unos instantes. Sabía que nuestro plan era atraparlo desprevenido en cuanto saliera, y Joel no era tonto. Debió haber entendido que teníamos segundas intenciones en esa negociación casi pacífica, porque dudó brevemente. Lo vi mirar a mi madre, de una manera sospechosa, y la levantó del sofá, tirándola sobre su hombro, como si no fuera más que una bolsa de papas.

Solté un grito asustada con el movimiento repentino.

—Me la voy a llevar conmigo. Solo hasta el coche. No se apuren. Realmente solo quiero irme de aquí.

Ya no podíamos seguir creyendo en él. Él era el tipo de persona en quien no se podía confiar, y como no sabía qué hacer, marchó hacia la puerta caminando hacia atrás. Y en un parpadeo todo cambió.

Joel nos dio la espalda por un momento. Tan breve que ni pensé que fuera posible actuar.

Pero Nathan estaba listo para todo. Se lanzó sobre Joel, probablemente sin importar si mi madre caía. Eso era lo de menos en ese momento.

Mi madre cayó, pero sobre la alfombra. Corrí hacia ella, para sostenerla y apartarla de la confusión, pero estaba aterrada porque sabía que Joel estaba armado.

Nathan logró sorprenderlo lo suficiente como para hacerle soltar el revólver, pero cayó lo suficientemente cerca como para que él saltara e intentara recuperarlo.

Nate era más grande y fuerte, así que consiguió inmovilizarlo, girarlo y dejarlo en una posición de sumisión el tiempo suficiente como para darle algunos puñetazos.

Más que eso, sabía exactamente dónde golpear, tanto que presionó un punto en la carótida de Joel que lo hizo asfixiarse muy rápido. Era evidente que estaba a punto de perder la conciencia, pero Nathan, concentrado, no se dio cuenta de que el hijo de puta estaba tanteando el suelo.

—¡Nate! —grité para llamar su atención, pero Joel disparó.

Nathan gruñó de dolor, y yo me asusté, dejando a mi madre de lado y corriendo hacia él.

—Estoy bien. Fue solo un rasguño. ¡Estoy bien! —me dijo jadeando de dolor, pero yo estaba tan asustada por la sangre que solo me di cuenta de todo lo demás cuando Nathan me empujó, colocándome detrás de él. Ambos estábamos tumbados en el suelo, vulnerables.

—¡Hijos de puta! ¿Qué piensan? ¿Que soy un idiota? —Escupió sangre mientras hablaba. —Qué bueno que las cosas terminen así. Con cada uno de ustedes con una bala en la cabeza. Era lo que iba a hacer de todos modos, pero ahora va a ser aún más delicioso.

Engatilló el arma, y juré que nos iba a matar. Tanto que cerré los ojos cuando escuché el disparo.

No me hizo ningún daño, así que juré que Nathan había sido lastimado. Abrí los ojos, aterrada, temiendo lo peor, pero vi al hombre a mi lado, el hombre que amaba, que usaba sus manos para curar, con el revólver en la mano, después de haber disparado.

Frente a mí, Joel seguía de pie, pero el arma que sostenía había caído. Tenía una mancha de sangre en el pecho, a la que le estaba poniendo las manos. Su boca estaba abierta, pero no salía ningún sonido; sin embargo, podía sentir sentir la desesperación, el dolor.

Era lo que se merecía.

Me quedé mirando el cuerpo convulsionando en el suelo cuando Nathan comenzó a levantarse. Hice lo mismo, queriendo ayudarlo, pero aparentemente su herida no era grave. Se acercó a Joel, todavía con el arma apuntando. Parecía un ángel justo, respirando profundamente, esperando.

Pero el desgraciado dejó de moverse y sus ojos se quedaron en blanco. La cabeza cayó hacia un lado.

Nathan se agachó, midiendo su pulso.

—Está muerto.

Era muy triste sentirme tan aliviada por la muerte de alguien, aún más en esas circunstancias, pero dejé caer los hombros y mis ojos se llenaron de lágrimas. Más aún cuando Nathan cerró el arma y la cambió a la mano de su brazo herido, usando su mano sana para atraerme hacia él.

Me besó en la cabeza y suspiró. Sus ojos estaban vacíos, sin vida, seguramente lamentando lo que había hecho.

—Nate, fue legítima defensa.

—Lo sé, amor. Pero lo que importa es que se acabó. Ya no puede hacernos daño.

Sí, ya no podía.

Ni a mí, ni a mi hija, ni a nadie.



NATHAN MITCHELL

Ya habían pasado varios días desde que tenía el anillo en mis manos, pero todo salió completamente diferente a lo esperado.

Por más que sabía que había matado a una persona en legítima defensa, no era algo fácil de digerir. A mí me gustaba salvar vidas, no quitarlas. Aun así, lo hice para salvar a Olivia. Lo haría de nuevo.

Después de salir de ese lugar, llevamos a la señora Lancaster a una clínica de rehabilitación, donde se quedaría por algunos meses. No parecía nada conforme con eso, pero era una alternativa a la cárcel. Contra mi voluntad, Olivia decidió retirar la denuncia contra su madre, siempre y cuando ella intentara recibir un tratamiento.

Una cosa llevó a la otra, y el ambiente para una propuesta de matrimonio se fue tornando menos favorable.

Sin embargo, ya habían pasado dos meses desde el incidente, y yo estaba listo para dar el siguiente paso.

Quería un ambiente perfecto para el romance, así que preparé todo con el mayor cuidado. Lo primero que hice fue alquilar el chalet junto al lago en Harmony Falls, con esa vista hermosa y todos los buenos recuerdos que teníamos de allí.

Conduje con ellas dos y Troy, y Gaby durmió todo el camino, en su silla del asiento trasero. Pusimos música suave y observamos el paisaje exterior pasar ante nuestros ojos, mientras tomaba su mano y la besaba, esperando que muy pronto hubiera un anillo allí.

Cuando llegamos, Olivia recibió su primera sorpresa. Portia y su madre estaban allí, como invitadas especiales, y las amigas se abrazaron por un largo rato. Las dos me ayudaron a arreglar todo en el chalet y hasta prepararon un delicioso almuerzo para nosotros, además de la mesa afuera, cerca del lago.

Gaby no dejaba de hacer muecas todo el tiempo, riendo y balbuceando cosas en su idioma de bebé, y yo solo podía quedarme observando la escena y pensando en lo afortunada que era.

Mientras bebía el delicioso vino que había reservado para nosotros, lancé una mirada al cielo, preguntándome si Thomas y mi padre estarían orgullosos de mí. Todavía me dolía que de las últimas cosas que le había dicho a mi hermano, una de ellas hubiera sido tan cruel.

Me hubiera gustado saber si él estaría de acuerdo conmigo al ver a Olivia y a Gaby en mi vida, y ver el bien que me hacían. Cómo ellas me habían salvado.

No es que necesitara su aprobación, no era el caso, pero era mi familia. Si estuvieran vivos, me hubiera gustado que recibieran bien a Olivia, que la trataran con respeto y cariño.

Ya estaba anocheciendo cuando Portia y su madre se fueron, dejándonos solos.

Me sentía nervioso como un adolescente.

Esperé a que Gaby se durmiera y Olivia la llevara al cuna, puse música suave, abrí otra botella de vino y serví dos copas, sin dejar de destacar que era tinto, como a ella le gustaba.

Brindamos y tomamos un buen trago. Seguimos de pie, y yo tomé su copa, la dejé sobre la mesa de la cocina, la saqué a bailar, lo que la hizo reír.

—Además de todo lo que sabes hacer bien, Dr. Mitchell, ¿quiere decir que también sabes bailar?

—Sé bailar, pero no quiere decir que lo haga bien.

—Aún no me has pisado el pie, creo que eso es una victoria.

Solo para provocarla, comencé a girarla, haciendo como si estuviéramos en una competencia de baile. La incliné hacia atrás, bebiendo su risa como si fuera algo aún más dulce que la música que sonaba. Cuando la traje hacia mí, lo hice con un poco más de fuerza, lo que la dejó sin aliento, sobre todo por la cercanía en la que nos colocó.

No es que no estuviéramos así todos los días. No es que no nos despertáramos y durmiéramos juntos, no es que no hiciéramos el amor religiosamente en cuanto Gaby se quedaba dormida. Aun así, yo aún la deseaba en cada momento, y ella parecía desearme también.

Troy, notando el cambio de ambiente, rozó nuestras piernas, solo para que notáramos su presencia, y saltó sobre el sofá, acomodándose.

—¿Puedo mostrarte algo? —pregunté, todavía ansioso.

—Claro.

Tomé su mano, guiándola hacia afuera del chalet, agarrando el monitor para bebé en el camino. Solo íbamos a quedarnos afuera un rato, pero era bueno tener acceso a los sonidos de Gaby, por si nos necesitaba.

Dejé a Olivia afuera, y entré al garaje, donde había algo que había comprado y escondido. Cuando salí, ella abrió una gran sonrisa.

—Nate, ¡no lo puedo creer!

Corrió hacia mí mientras yo sostenía y empujaba una bicicleta por el manubrio. Una nueva, por supuesto, pero con una canasta llena de flores, como le gustaba.

—Creo que vas a necesitar una, ya que te gusta pasear por el lago y ahora tienes un chalet que será tuyo.

Sus ojos se abrieron con una expresión hermosa.

—¿Cómo es eso? —preguntó, sorprendida.

—Compré esta casa, ¿eh? Cuando nos conocimos dijiste que era el lugar de tus sueños. Y quiero cumplir todos los sueños de mi futura esposa —dije, con ese tono un poco cursi, levantando una ceja y cruzando los brazos.

—¡Nathan! ¿Futura esposa? ¿Cómo es eso? —Olivia se llevó ambas manos a la cabeza, sacudiéndola y luciendo un poco perdida. Esa era la idea.

Sin decir una palabra, me arrodillé frente a ella. Sin caja alguna en la mano. Era parte de la sorpresa.

—¡Dios mío! —exclamó, cubriéndose la boca, conteniendo un pequeño grito.

—Teniendo en cuenta que te he salvado la vida dos veces... —empecé, en tono juguetón.

—¿Dos?

—Claro. Una en el accidente con la bicicleta, cuando nos conocimos, y luego cuando nos reencontramos.

Ella frunció el ceño.

—Salvarme la vida cuando nos conocimos, ¿estás exagerando un poco, no?

—Solo acéptalo, linda. ¿Me dejas hacer las cosas más emocionantes? —Sonrió y asintió. —Teniendo eso en cuenta, creo que hasta es algo irónico, que seas tú la heroína de nuestra relación. —Me puse un poco más serio, sintiéndome incluso emocionado. —Cuando creí que mi vida estaría llena solo de oscuridad, regresaste tú. Me hiciste no solo ver la luz otra vez, sino también reencontrarme como médico, como persona, como hombre. Tú y nuestra hija.

—Ah, Nate... —suspiró, emocionada.

Tomé su mano y la besé, levantando la vista hacia ella, viendo cómo sus ojos se llenaban de lágrimas.

—Estoy seguro de que seremos felices, donde sea, como sea, pero quiero prometerte que serás la mujer más consentida, la más cuidada de todas. Voy a compensar todo el tiempo que estuviste sintiéndote desamparada y desprotegida. Seremos nosotros contra el mundo, linda. Si me aceptas, claro...

—¡Acepto...! ¡Acepto! ¡Claro que acepto! —dijo, repitiendo con entusiasmo, como una niña.

Metí la mano en la canasta de la bicicleta, saqué la cajita del anillo y la abrí, mostrándoselo.

Coloqué el anillo en su dedo y me levanté, alzándola del suelo y girándola en el aire, ansioso por toda nuestra vida que comenzaría en ese momento.

Aún sosteniéndola así, la besé, sintiéndome feliz y vivo como nunca.

Cuando me aparté, la tomé por debajo de las rodillas, levantándola en mis brazos como una novia, volviendo a ese estilo travieso que sabía que en el fondo le encantaba.

—Te prometí que serías la mujer más cuidada, en todos los sentidos, y también serás la más consentida. Eso te lo puedo jurar.

Corrí con ella en mis brazos, riendo, llevándola hacia la cama, decidido a cumplir cada una de las mil promesas que aún le haría. Todas las que fueran necesarias para mantenerla siempre a mi lado.



EPÍLOGO

OLIVIA LANCASTER

Seis años después

—¿Para qué sirve esto, papá? —Nuestra pequeña curiosa señaló el estetoscopio de Nathan, mientras él lo apoyaba en el pecho de un niño solo un poco más pequeño que ella.

—Es para que papá pueda escuchar los latidos del corazón de otras personas. También puedo escuchar la respiración y saber qué está pasando dentro del cuerpo.

—¡Qué cool! —Dijo ella, abriendo los ojitos. —¿Puedo escuchar?

Con toda la paciencia, Nate tomó el objeto, colocando los auriculares en los oídos de nuestra hija, que frunció el ceño, pensativa.

—¿Qué escuchas, hija? —le pregunté, sosteniendo a nuestro niño de un año y tres meses en brazos. Nuestro dulce Leo.

Mientras Gaby era voluntariosa, decidida y muy segura de sí misma, yo tenía la impresión de que su hermanito sería más tranquilo, menos audaz. Él se parecía más a mí, mientras que ella

era completamente el reflejo de su papá. Una excelente argumentadora, encantadora y muy seductora cuando quería algo.

—Escucho un tum-tum. ¿Es su corazón?

—Sí, hija. Es un corazón normal de un niño como nuestro amiguito... —Nathan miró al niño con una sonrisa y recibió una mirada de regreso. Para ese niño, él era casi un superhéroe. Igual que para muchos otros en ese lugar. —Da 80 latidos por minuto. ¿Quieres contar con papá?

No era necesario hacerlo, pero sabía que a ella le iba a gustar. Además, pusieron al niño a contar también, lo que se convirtió casi en un juego.

Sabía que Gaby quería ser médica como su papá. Ella me lo había dicho en voz baja un día, pero pensaba que Nathan no estaba completamente seguro aún. Un día ella se lo contaría, y yo tenía la certeza de que sería un motivo enorme de orgullo. Otra Mitchell para llevar el legado de la familia.

Me alejé un poco de ellos y fui a echar un vistazo a las otras áreas.

Habíamos seguido adelante con el proyecto diseñado por Nathan, pero de una forma más amplia. No solo el St. Clair proporcionaba profesionales y capacitación para hospitales pequeños en las ciudades cercanas a Chicago, sino que también hacíamos viajes mensuales a esos lugares, atendiendo a la comunidad necesitada, especialmente a niños de padres y madres con dependencia a sustancias.

Yo era uno de ellos y sabía muy bien hasta qué punto podían descuidarse estos niños y jóvenes. Mientras Nathan cuidaba sus cuerpos y su salud, yo me ocupaba de sus cabecitas. Me había graduado en Psicología, como siempre quise, y me especialicé en Terapia Infantil. Tenía mi consultorio en Chicago, atendía todos los días, pero los fines de semana, cada quince días, Nate y yo nos embarcábamos en nuestro proyecto.

Habíamos conocido a mucha gente increíble, médicos excelentes y profesionales dedicados que cuidaban a las personas con tanto amor que nos hacían volver a creer en la humanidad todos los días, a pesar de todo lo que habíamos pasado.

Mi propia madre me había hecho mucho daño, pero ella misma era una de las personas que necesitaba el trabajo que empezamos a hacer. Una colega de la universidad estaba cuidando de su salud mental, y nosotros le alquilamos una casita en Harmony Falls. Ella había conseguido trabajo en un supermercado y estaba intentando mantenerse sobria, pero aún no podíamos considerarnos amigas. Ni siquiera con los nietos ella actuaba como una abuela cariñosa. Era más una formalidad.

Y estaba bien... La vida era demasiado buena en todos los otros aspectos. Tenía a mis amigos, mi profesión, mi maravilloso esposo y mis increíbles hijos.

Me quedé mirando a mi alrededor, viendo a todas las personas que estábamos ayudando, y una sonrisa se dibujó en mi rostro. Era reconfortante saber que nuestra vida tenía un propósito; que el amor que Nate y yo habíamos construido había dado frutos, no solo para nuestra familia, sino para otras también. Que podíamos llevar un poco de cariño a personas que no tenían nada de eso.

—Mamá —Leo, en mis brazos, me llamó, y le di un besito en la cabeza por haberme regresado a la realidad.

Seguí caminando y volví con los otros dos.

Gaby seguía haciendo un millón de preguntas a su papá, tal como siempre lo hacía Bella. Emocionada, mi pequeña se acercó a su madrina, la Dra. Gordon, que también estaba con nosotros, haciendo su parte. La vi como una especie de ama de llaves para ambos, tratando de entender y descubrir todo lo que podía sobre el tema, lista para su futuro.

Me quedé observando a mi esposo mientras atendía a una anciana, desplegando todo su encanto. La mujer casi suspiraba por él, con su cabello gris.

La sonrisa, la risa, el cariño con el que trataba a todos... el hombre que elegí para mí era, sin dudas, el mejor. Un héroe en todos los sentidos.

Al notar que lo miraba con una mirada soñadora, me dirigió un pequeño guiño, que nunca dejaba de hacerme temblar las rodillas. Podrían pasar mil años y yo seguiría enamorada de ese hombre.

Continuó atendiendo a la señora y se acercó a mí, ajustándose el estetoscopio. Aún sonriendo de lado, acarició a nuestro hijo, que ya estaba en el suelo jugando con otro niño de su edad, y se inclinó para darme un beso. No pude evitar sentirlo respirar cerca de mi cuello.

—¿Puedes creer que todavía hueles a mousse de limón? —Habló en un susurro, casi ronco, y me estremecí.

—¿Crees que todavía me derrito toda cuando te veo así, con la bata?

—Lo creo. Es irresistible, lo entiendo. La seducción es inevitable.

Puse los ojos en blanco y le di una palmada en el brazo.

—¡Mamá, no le pegues al papá! —Leo salió en defensa de su padre, como siempre, y Nathan se agachó para tomarlo en brazos.

—¿Ves, hijo? Así son las cosas. ¿Qué te parece si también ayudas al papá, eh?

Leo aplaudió, dejando que su papá lo tomara, y yo me quedé mirando a los dos.

Pronto Gaby se unió, y vi a las personas que más amaba reunidas, en una sintonía muy especial.

Sonreí, en paz. Era todo lo que quería en la vida.

Había encontrado mi "felices para siempre".

FIN



¡Nuestra querida Bella Mitchell, sobrina del Doctor Nathan, tiene su propio libro! Consulta el prólogo de su libro y puedes comprarlo haciendo clic en el siguiente enlace:

https://amzn.to/3Ta2Rrz

BELLA MITCHELL

—¡La presión arterial está bajando! ¡Necesitamos estabilizarla ahora! —Anuncié al equipo, mientras mi mano se movía automáticamente, sosteniendo el bisturí ya ensangrentado. —Hemorragia interna grave—añadí, tras confirmarlo.

Miré el reloj, tratando de desconectarme un poco de la realidad frente a mí.

Eran las dos de la mañana.

A esa hora, el equipo del hospital estaba reducido, y aunque sabía que los médicos estaban presentes para atender las emergencias, yo era la única en el frente, de guardia. Era solo una residente, pero al menos podría ofrecer atención inicial.

Pero ella tenía los ojos tan asustados... Y pidió ser atendida por mí, porque yo era mujer. Porque ya no confiaba más en los hombres.

Su nombre era Mary Trainer. Era todo lo que sabía de ella, según lo que me informó la vecina que la había traído. Eso y el hecho de que fue su esposo quien la apuñaló tres veces, por celos.

Su pedido me conmovió. Fue lo último que dijo antes de perder el conocimiento. ¿Cómo podría negarme?

En ese momento, ya comenzaba a arrepentirme.

Tenía el conocimiento necesario para atenderla, pero nunca había estado sola en una sala de cirugía.

—¿Doctora? —la voz de una de las enfermeras interrumpió el flujo de mis pensamientos, y la miré, viéndola con gasas en las manos, para detener al máximo el sangrado. —¿Qué necesita?

¿Qué necesitaba? Escapar de allí.

Quizá ni siquiera nací para la medicina. Tal vez debería haber seguido cualquier otra carrera. ¿Gastronomía? No, ni pensarlo. No era una buena cocinera...

—¿Doctora Mitchell?

Mis manos estaban sudadas. Era el momento en el que debía actuar. El momento en el que tenía que tomar una decisión.

Así que lo hice.

—Llama al Doctor Mitchell, con urgencia. Él está en la sala de descanso.

Esa era mi oportunidad de demostrarme, de mostrar que podía realizar esa cirugía sola. Porque podía, de hecho. Tenía el conocimiento, tanto que mi mente, de manera completamente racional y lógica, ya estructuraba todo lo que necesitaba hacer.

Era capaz. Pero no podía arriesgar la vida de esa mujer.

Mi orden a la enfermera la hizo salir corriendo del quirófano. Solo saber que mi tío estaría allí en unos instantes hizo que mi actitud cambiara.

—Prepare dos unidades de sangre O negativo —ordené, con una voz más fuerte de lo que me sentía por dentro. —¡Necesitamos

más suero fisiológico, rápido!

Actuamos con la máxima precisión posible, mientras mi tío llegaba. Mis manos seguían sudando dentro de los guantes, pero al mismo tiempo estaban más firmes.

Cuando él entró, fue como si todo el equipo se sintiera un poco más seguro. Era una presencia imponente, se puso el gorro, y ya tenía su uniforme quirúrgico.

Era el Dr. Nathan Mitchell, una leyenda en todo el país por sus años de dedicación a la medicina. Él era el dueño y director del hospital, mi mayor ejemplo. El hombre que se convirtió en un padre para mí, cuando perdí al mío. Mi mentor, mi mejor amigo.

—¿Cuál es la situación, Doctora Mitchell? —me dijo, mientras se ponía los guantes, mirándome. Sus ojos y el tono de su voz me alertaban de que debía recomponerme.

—Mujer, 35 años, ingresada con una herida por arma blanca en el abdomen. Fue apuñalada por su esposo durante una pelea doméstica. Cuando llegó, estaba consciente, pero en estado de shock hipovolémico. La presión arterial estaba en ocho por cinco y la frecuencia cardíaca en 130 latidos por minuto. La herida de entrada está localizada en el cuadrante superior derecho del abdomen. Había signos evidentes de hemorragia interna, con distensión abdominal y hematoma en la pared abdominal.

Él asintió y fue a revisar la herida, usando toda su habilidad y años de experiencia.

—Laceración significativa en el lóbulo derecho del hígado, con sangrado activo. Posible perforación en el duodeno. Necesitamos suturar.

Los dedos firmes de mi tío comenzaron a moverse, mientras otra de las enfermeras también actuaba, entregándole todos los instrumentos necesarios para iniciar la sutura.

Con su presencia, comencé a sentirme más confiada, mirando el monitor que medía los signos vitales de la paciente.

—La saturación de oxígeno está baja. ¡Ventilación asistida! —grité yo misma, y alguien colocó una máscara sobre el rostro de la paciente.

Le agarré la mano, la misma que había apretado la mía antes cuando me pidió ayuda.

—Solo un poco más, ya casi estamos —murmuré para mí misma, mientras mi tío seguía con su trabajo.

Me sentía inútil, pero ninguno de nosotros podía rendirse.

De repente, el monitor cardíaco comenzó a emitir un pitido continuo. El sonido que todos temíamos.

—¡Asistolia! —anunció mi tío. Su corazón se estaba deteniendo.

Hubo varios intentos para salvarla. Se le administró epinefrina con precisión, pero no hubo manera.

—Hora de la defunción, 2:43 —dijo el tío Nathan, con todo el respeto que siempre tuvo por cada paciente.

El silencio que siguió fue ensordecedor. Miré a la paciente en la mesa, sintiendo una mezcla de fracaso y una profunda tristeza. Lo intentamos. Lo intentamos con todas nuestras fuerzas, pero no fue suficiente.

No sabría decir cuántos minutos pasaron, porque seguí allí, cerca de ella, como si no quisiera dejarla. De la misma forma en que ella me había pedido que no lo hiciera.

Sentí una mano pesada sobre mi hombro y la cálida voz de mi tío me llamó:

—Ven, Bella. Ya no hay nada que podamos hacer...

Sabía que tenía razón. La muerte era una de las pocas cosas inevitables. El obstáculo más infranqueable que podría aparecer frente a nosotros. Como médicos, era nuestro enemigo constante. El que combatíamos todos los días.

Un enemigo que conocía muy bien; que apareció en mi vida cuando era solo una niña y perdí a mis padres en un accidente.

Me dejé guiar por él, hasta la sala de descanso, donde entró conmigo, cerró la puerta y me condujo para que me sentara.

—Bella, háblame, querida —me alentó. Dentro del hospital, frente a los demás médicos y enfermeras, el trato que tenía conmigo

era diferente. Nos llamábamos por el título, y aunque siempre era cariñoso, porque así era él, actuaba con más reservas.

Casi me desmoronó con una sola frase.

—Fue mi culpa —afirmé, levantando la cabeza e intentando mantenerme firme. También me levanté, porque no soportaba seguir sentada. —Me demoré mucho en llamarte.

—Tú tenías el control. Cuando llegué tenías toda la información, había abierto la herida y revisado su estado. Me dijiste todo lo que necesitaba saber de forma coherente. —Mis hombros se desplomaron, pero el tío Nathan los atrapó y me giró para que lo mirara. —Bella... esa mujer no será la última paciente que pierdas. Debes tener esto en cuenta. Cuando entramos al hospital, nunca sabemos qué va a pasar. Podemos irnos de aquí como héroes o sintiéndonos miserables.

—Lo sé. Y no quería sentirme tan débil por eso. —Intenté alejarme de él.

—¡Ey, ey, ey! —Tío Nathan me sujetó con más fuerza. —Fue en mis manos donde tu papá murió, hace años. ¿Crees que no salí de órbita también? ¿Crees que no lloré como un condenado cuando perdí al primer paciente? Quise rendirme, quise culparme, pero nada de eso sirvió. No traje a esa persona de vuelta. Así como no traje a tu papá.

—Si no hubiera dudado tanto... Saber que tú hubieras hecho todo diferente me dejó un poco paralizada.

—Entonces tienes que dejar de compararte conmigo. Tengo cincuenta y siete años, Bella. Este cabello blanco aquí me dio suficiente experiencia, algo que tú aún no tienes.

—Sigues siendo guapo —bromeé, con una sonrisa apagada, porque era cierto. Mi tío era el tipo más increíble que conocía, en todos los sentidos.

—Ya sé *que eso* es verdad —respondió con su falsa arrogancia, que era una característica que tampoco había cambiado. —Pero tienes que entender que aún vas a pasar por muchas cosas. Yo sigo pasándolas. No es porque me sienta más seguro en un quirófano que no cometo errores o que no pierdo pacientes. Algunos de ellos ya llegan casi condenados. No hay nada que hacer.

—El problema no fue solo que ella muriera, tío. Fue un conjunto de cosas. Me sentí muy débil, muy incapaz. Tal vez no debí haberte llamado.

—Claro que debías. Es protocolo del hospital. Tú aún eres residente, necesitas tener a alguien supervisando la operación.

—Pero podría haber sido cualquier otro médico. Yo te quería a *ti*. Porque solo me sentiría segura si fueras *tú* el que estuviera a mi lado.

Tío Nathan asintió, colocando las manos en la cintura.

—¿Crees que te sentirías más segura trabajando en un hospital donde yo no esté?

No era algo que se me hubiera ocurrido, pero tenía sentido.

—¿Me vas a despedir? —traté de bromear, aunque estaba algo confundida y preocupada.

—No, pero puedo transferirte al St. Clair de Seattle. Estamos contratando a un nuevo director allá, que es bastante rudo. Muy severo. No sé si estás preparada para eso.

—¿Quién es?

—El Dr. Liam Cavendish.

—¡Dios mío! ¡Es una referencia en cardiología! ¡El tipo es una eminencia en el área! —exclamé, animada.

—Sé que has estado coqueteando con la cardiología por tu padre, así que creo que podría ser una buena opción.

Un día, mi papá fue el director del St. Clair de Chicago, donde estábamos. Él era cardiólogo, y yo estaba muy dividida entre eso y la cirugía general, por mi tío.

—Sí, sí. Sería genial. —Mi entusiasmo se desinfló un poco cuando pensé en las consecuencias. —Pero me alejaría de ti y de tía Olivia. Además de los niños... —Tenía dos primos, hijos de mi tío: Gaby y Leo, que eran como hermanos para mí.

—Cuatro horas de avión nos separarían. Siempre estoy viajando para revisar las cosas allá, y podrás regresar cuando quieras. Podemos fijar un tiempo. ¿Un año? ¿Algunos meses? Después de eso, te transferimos de nuevo aquí. Es tu decisión, pero creo que te ofrecería un buen crecimiento profesional.

—Sí, yo también lo creo. —Necesitaba pensar un poco más, analizar las opciones, pero siempre tuve una forma impulsiva que me hacía dar la respuesta más rápido de lo debido. —Lo acepto, tío. Mándame a Seattle.

Si hubiera sabido las consecuencias que eso traería, tal vez habría tomado otra decisión...

¿Te gustó este libro y te gustaría tenerlo en tu biblioteca? Está disponible en una versión especial, con una portada diferente, además de una edición bellísima con ilustraciones.

HAZ CLIC AQUÍ PARA ADQUIRIRLO:
https://biacarvalhoautora.lojaintegrada.com.br/